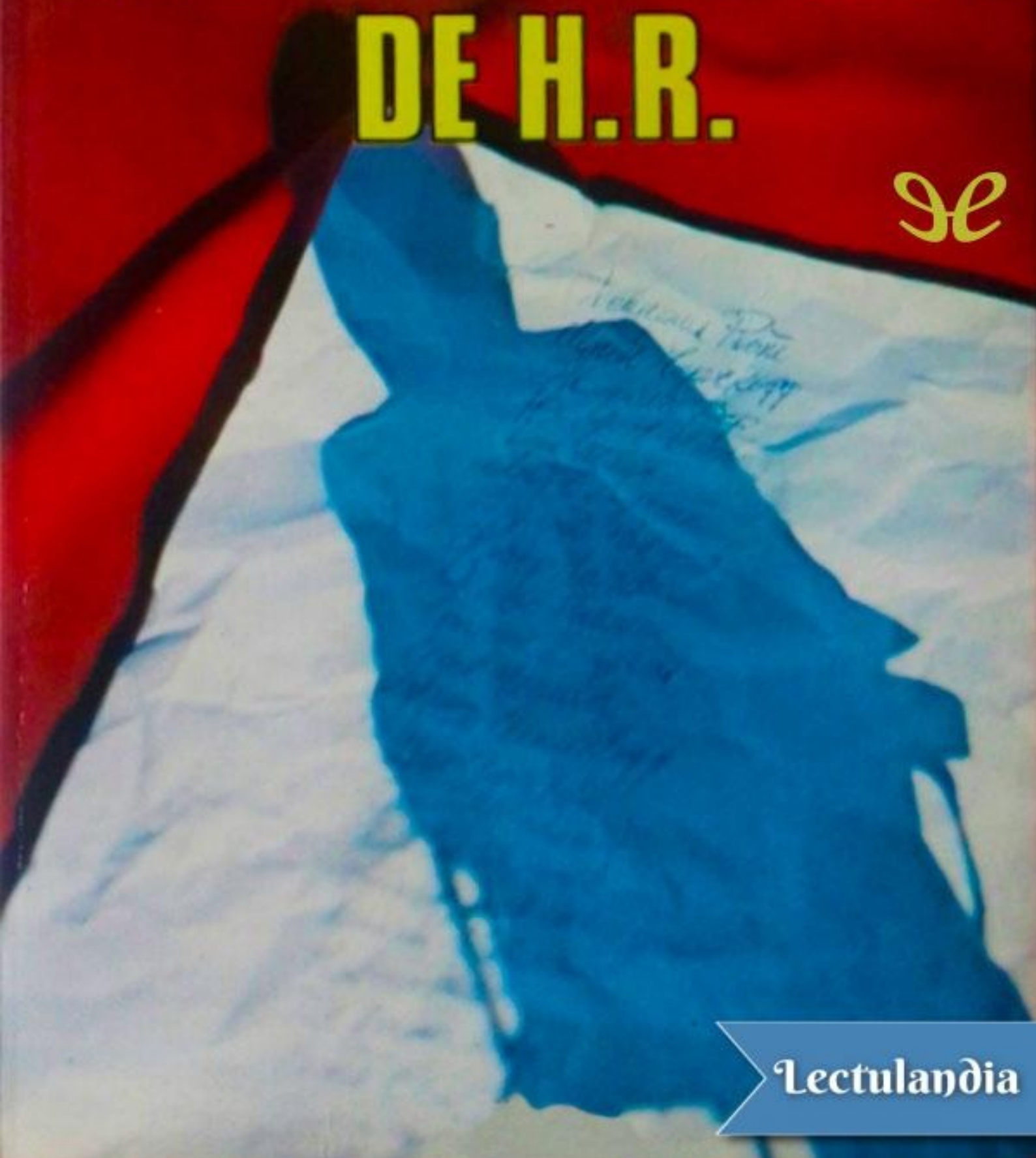


MICHAEL BARAK

**LA LISTA SECRETA
DE H.R.**

se



Lectulandia

Sabía que el nombre estaba en alguna parte, y tenía que encontrarlo antes de que Israel desapareciera del mapa. Si no lo habían vencido los nazis, ¿podía aceptar que un viejo trozo de papel lo derrotara?

Todo comenzó casi dos años después de la famosa guerra del Yom Kippur. El comando israelí aterrizó en Egipto y descubrió mucho más de lo que esperaba. A partir de ese momento varios servicios secretos deben trabajar las 24 horas del día. Los israelíes saben exactamente hacia dónde apuntan los misiles, los estadounidenses están dispuestos a colaborar dentro de una telaraña cada vez más compleja en su trama, los soviéticos están dispuestos a cualquier cosa con tal de no fracasar. Todo parece depender de una lista con determinados nombres. Y casi no hay tiempo para buscarla.

De un lugar a otro del globo parten agentes especializados e implacables, autorizados a matar si es preciso.

En medio de una trama compleja y cruel, una pareja quiere creer que todavía es posible disponer de algunos días, de unas pocas horas. Árabes e israelíes, estadounidenses y soviéticos van estrechando el cerco. Hay que encontrar la lista secreta de Heinrich Roehm. No importa el precio. Ni las víctimas. Ni las consecuencias. Jeremiah Peled sabe que de ella depende el poder hacer una jugada maestra. Y no está en condiciones de perder: la supervivencia de Israel depende de él.

Lectulandia

Michael Barak

**La lista secreta de Heinrich
Roehm**

ePub r1.0

Titivillus 11.04.2019

Título original: *The secret list of Heinrich Roehm*
Michael Barak, 1977
Traducción: Diorki
Digitalizador: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com



SEXTO ANIVERSARIO

PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES

El día seis de octubre, de madrugada, recibimos de fuente fidedigna una advertencia clara de que en el transcurso de ese mismo día los países árabes iban a atacar a Israel.

(Declaración de Golda Meir, primer ministro de Israel, a raíz de la guerra del Yom Kippur)

1 de enero de 1972

Como gigantescas libélulas de aspecto diabólico, los seis helicópteros Super Frelon SA-321 se cernieron sobre las oscuras aguas del golfo de Suez. La noche era oscura y sin luna. Los aparatos no dejaban sombra al cruzar las bajas dunas de arena blanca que surgían en la costa africana del istmo. Se encontraban en pleno territorio enemigo, avanzando profundamente hacia el centro de Egipto. A medio camino de El Cairo, efectuaron un semicírculo, girando hacia el sur y luego otra vez hacia el este, regresando hacia las costas de Suez.

—Llegaremos al objetivo siguiendo la dirección de El Cairo —le dijo el piloto del primer Super Frelon a Joe Gonen, un teniente coronel de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Aéreas Israelíes—. Así nadie sospechará nada.

Nadie sospechó nada, en efecto. Cuando los helicópteros aterrizaron en medio de una nube de polvo, a unos quinientos metros de la base aérea egipcia de Marsa, no sonó ningún disparo. El destacamento de la 4.^a Compañía, 57.^o Batallón de Infantería del Primer ejército egipcio, encargado de la vigilancia de la base secreta, estaba acostumbrado al incesante tráfico aéreo que traía misteriosos visitantes y pesadas cajas de equipo. Sólo cuando los ligeros morteros de 82mm y las pesadas ametralladoras del 0,5 abrieron fuego simultáneamente, empezaron a sonar las sirenas de alarma. Los soldados egipcios, sorprendidos, corrieron hacia sus puestos. Pero ya era demasiado tarde. Los comandos israelíes cargaron sobre ellos a toda velocidad, cortándoles el camino con una lluvia de balas y de granadas de mano. En cuestión de minutos acabaron con aquella desorganizada resistencia en el cinturón de seguridad que rodeaba la base de

Marsa. Tuvieron una sola baja, la de un joven teniente que fue alcanzado mientras encendía una carga explosiva al lado de la puerta de acero accionada eléctricamente, en la entrada de la base. El centinela egipcio del puesto cercano, que disparó la ráfaga de balas Gurionov calibre 7,94 sobre el zapador israelí, no vivió lo suficiente para verlo caer. Una granada de mano explosiva destrozó su plataforma de tiro y el potente reflector montado sobre la ametralladora. Ésta fue la última acción de la batalla. Gran número de paracaidistas israelíes, vestidos con uniformes verde-oliva y botas rojizas, atravesaron los restos retorcidos de la puerta de acero que antes cerraba la base. De los barracones y hangares de extrañas formas surgían figuras humanas, algunas en ropa interior, con los brazos sobre la cabeza. Nadie trató de resistir. Pequeños destacamentos de paracaidistas colocaron rápidamente barricadas y parapetos con ametralladoras en las dos carreteras que confluían en la base, una desde Ismailía y la otra desde Assuan. Quince minutos después de la hora H, la base aérea secreta de Marsa había caído en manos de los israelíes.

—Terminada la fase uno, seguimos con la fase dos. Corto —dijo el teniente coronel Gonen a través de su transmisor.

A su alrededor, los paracaidistas registraban sistemáticamente los edificios, amontonando pilas de documentos y cajas con equipo a lo largo de la pista asfaltada.

—Daos prisa, Joe —la voz desde el otro lado del golfo de Suez llegaba clara y tranquila—. Sólo tenéis una hora. Corto.

—Que vengan los ingenieros —le dijo Gonen al rechoncho capitán de paracaidistas que estaba a su lado.

El oficial asintió con la cabeza y desapareció en la oscuridad. Cinco minutos después, la fase dos estaba en marcha. Equipados con sopletes de acetileno e instrumentos mecánicos, una unidad especial de ingenieros empezó a dismantelar la enorme estación de radar que había sido levantada en una colina artificial, en el centro del campamento. Las piezas más pequeñas fueron rápidamente embaladas e introducidas en grandes cajas de madera. Pero la mayor parte del equipo electrónico estaba almacenado en dos estructuras metálicas oblongas, parecidas a los contenedores de los barcos de carga, unidas una a la otra. Los ingenieros las separaron aserrando las uniones, y les pasaron unos cables de acero alrededor. Cuando todo estuvo listo, aparecieron dos pesados helicópteros Sikorsky CH 53, procedentes del otro lado del golfo. Sin llegar a aterrizar, encendieron todos sus reflectores y empezaron a realizar un extraño *ballet* sobre la colina del radar, tratando de

enganchar los cables de acero con los ganchos de sus cabrias. Varios ingenieros saltaron sobre los contenedores cargados de equipo electrónico, agarraron los ganchos y los asieron hábilmente a los cables. Como si fueran pájaros prehistóricos que escaparan con su presa, los helicópteros ganaron altitud y se dirigieron hacia el este, con su precioso botín balanceándose bajo sus desmañadas panzas. Abajo, en los hangares, los sudorosos paracaidistas seguían corriendo de un lado a otro, cargando febrilmente cajas y cajas con papeles e instrumentos que trasladaban a los helicópteros franceses. Varios de los Super Frelon volaron tres o cuatro veces hacia el Sinaí ocupado por Israel y regresaron de nuevo a la base.

Hacia las 3 de la madrugada todo había terminado. Los exhaustos paracaidistas subieron a los aparatos, que despegaron en rápida sucesión. Al ganar altura, los soldados, olvidando sus fatigas, rompieron a cantar con todas sus fuerzas, acompañándose con entusiasta batir de palmas. Estaban exultantes de alegría, y no era para menos. Acababan de finalizar la más extraordinaria operación de comandos de la historia del ejército israelí: el robo de una instalación de radar completa, nueva y altamente secreta.

En la base aérea israelí de Bir-Gafgafa, en el Sinaí, los vientos del desierto aullaban echando nubes de arena sobre las pistas de aterrizaje de hormigón. La noche era oscura y sin luna. Sentados en un *jeep*, dos hombres vestidos con pesados chaquetones y capuchas observaban silenciosamente cómo descendían de los helicópteros los jubilosos paracaidistas. Uno de ellos se quitó las gafas para el desierto, dejándolas descansar alrededor de su cuello. Un parche negro cubría su ojo izquierdo. Era un distintivo famoso en todo el mundo, lo mismo que su rostro, enjuto y de rasgos duros. El hombre era Moshe Dayan, ministro de Defensa de Israel. Su compañero era un hombre de baja estatura y cabellos plateados, de nariz prominente y plácidos ojos azules. Llevaba botas negras, y una boina también negra, cuidadosamente doblada bajo su charretera, en la que se veían bordadas dos hojas de higuera en color verde, con una espada cruzada por una rama de olivo, insignias del máximo rango en el ejército israelí: teniente general. Era el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, el general Chaim Bar-Lev. A pesar de las rachas de viento del desierto, consiguió encender un gran cigarro. Según se decía, los puros habanos eran su mayor vicio.

El general emitió con satisfacción una amplia bocanada de humo.

—¿Vamos a saludar a los muchachos? —preguntó, con su voz lenta y flemática que impartía una sensación de seguridad.

—Dentro de un momento —contestó Dayan—; primero quiero ver la descarga.

—Casi sufrieron un accidente sobre el golfo —dijo Bar-Lev—. El maldito contenedor del radar pesaba más de cuatro toneladas, y por un momento pensamos que el helicóptero no podría con él. Ordenamos al piloto que lo dejara caer al mar, pero consiguió seguir adelante. Tan pronto como los hombres hayan acabado enviaremos el equipo a Cinco Cuarenta y Siete, para su montaje y estudio.

—¿Y cuándo tendremos alguna respuesta? Bar-Lev sopesó cuidadosamente sus palabras. —Supongo que no tardaremos mucho tiempo en hacernos con este tipo concreto de radar. Desde la guerra de los Seis Días no hemos tenido problemas para interferir sus radares rusos y franceses. Pero cuando montaron este nuevo modelo en Marsa, me sentí preocupado. Como te comenté entonces, nunca habíamos visto nada igual: diferente diseño, distintas antenas, todo. ¿Recuerdas la estimación de las Fuerzas Aéreas? Este radar podría bloquear el acceso de nuestros reactores a El Cairo, paralizando todos los proyectos de bombardeo y vigilancia aérea a gran distancia. Pero ahora descubriremos cómo funciona y cómo poder inutilizarlo.

Fueron interrumpidos por un grupo de jóvenes paracaidistas que habían reconocido el parche negro de Dayan. En la atmósfera informal del ejército israelí, especialmente en situaciones de combate, los soldados no tenían prevención alguna en dirigirse a un ministro o a un comandante en jefe.

—Bueno, señor, ¿qué le ha parecido la operación? —le preguntó a Bar-Lev un sargento de ojos azules y elevada estatura, con el pelo completamente revuelto y el uniforme arrugado y lleno de polvo.

—Un trabajo de primera clase —respondió el comandante en jefe—. No podía haber salido mejor. Creo que James Bond debería empezar a buscarse un nuevo empleo.

Riéndose entre dientes, Dayan se ajustó la tirilla que mantenía en su lugar el parche de su ojo. Era un gesto familiar en él.

—Desde el primer momento sabía que sería un éxito. Bar-Lev quería enviar espías por todo el mundo para apoderarse de los planos de este nuevo radar. Pero yo le dije: «Chaim, al diablo con los espías. Sólo hay una forma de hacerse con ese tipo de cosas: ¡robándolas!».

Con una carcajada unánime, el grupo se dirigió hacia uno de los grandes hangares, donde se servía un improvisado desayuno.

Antes de entrar, Dayan llamó aparte a su ayuda de campo, un teniente coronel de contextura delgada y ligeramente encorvada, que mostraba

siempre una expresión divertida en el rostro.

—Amir, llama inmediatamente a la oficina de censura. Quiero un secreto absoluto para esta operación. Ni una sola palabra a la prensa. Dejaremos que sean los egipcios los que reaccionen.

El oficial asintió con la cabeza y se marchó.

Pero el secreto no pudo mantenerse más de tres días. Los rumores se extendieron por el país como el incendio por el bosque. El 4 de enero, Melvin Stafford, eficiente corresponsal del *Sunday Magazine*, descubrió todo el asunto. Esquivando las normas de censura, voló a Chipre y desde Nicosia telegrafió la sensacional historia a Londres.

Al día siguiente, el audaz «secuestro del radar» se convertía en el titular de todos los periódicos del mundo. Por segunda vez en una semana, los israelíes habían superado a Alí-Babá. Pocas noches antes, en una fría y neblinosa noche de Navidad, habían desafiado el embargo unilateral de Francia, robando las cinco fragatas porta-misiles que los franceses habían construido para ellos en los astilleros de Cherburgo.

Primera Parte

El plan

1

6 de enero de 1972

Las reuniones de la comisión se celebraban una vez a la semana en un salón de conferencias de tamaño mediano, en el piso superior de una casa bastante destartada en el centro de Tel Aviv. En el edificio tenían su sede varios de los departamentos de la Mossad, organismo de seguridad e inteligencia israelí, más o menos equivalente a la CIA estadounidense. El edificio estaba apropiadamente situado, dominando el Dizengoff Plaza. Tenía su propio garaje subterráneo, unido al piso superior por dos ascensores. Los visitantes debían entrar por una puerta de aspecto corriente que daba a un pequeño vestíbulo. Después de un completo examen por parte de dos guardias armados vestidos de paisano, los visitantes podían pasar al salón de conferencias. El salón normalmente estaba cerrado por una pesada puerta de acero, cargada de cerrojos y controlada desde dentro por un circuito cerrado de televisión. Enfrente del tercer guardia, que también comprobaba la identidad de los visitantes, había un pequeño cubículo con una centralita telefónica electrónica conectada directamente con las oficinas del primer ministro, el ministro de Defensa y el de Asuntos Exteriores, el jefe del estado mayor y los diversos servicios secretos.

El salón de conferencias estaba modestamente arreglado: paredes color crema desnudas, salvo por una vieja fotografía en color de Ben-Gurion, que alguien se había olvidado de quitar cuando dejó su cargo hacía nueve años. Una amplia ventana en la pared oeste podría haber ofrecido una panorámica gloriosa de la bahía de Jaffa, si no fuera porque estaba siempre cubierta por una pesada cortina que había sido blanca como la nieve cuando el Estado nació, un cuarto de siglo antes. Una mesa rectangular con seis sillas presidía la estancia, bajo dos potentes lámparas fluorescentes. Había otras sillas pegadas a las paredes. Cuando la Comisión se reunía, los jefes de los organismos de inteligencia se sentaban alrededor de la mesa, y sus ayudantes ocupaban sus lugares a lo largo de las paredes. En un aparador próximo había un tablero de color verde, una pantalla de proyección y gran número de mapas de Oriente Medio. Así se hacía por órdenes expresas del Viejo. Escrupuloso

al máximo, nunca hubiera permitido que en la sala hubiera ni una persona ni una cosa que no fuera, como él decía, «indispensable» para el asunto que se trataba.

Pero esta mañana todas las cosas y todo el mundo eran indispensables, o así lo parecía. A las ocho menos diez, la sala de reuniones hervía de actividad. Dos jóvenes mayores con uniforme caqui estaban dando los últimos toques a un detallado croquis de la base de Marsa, que había sido dibujado con tizas de varios colores sobre el tablero verde. Otro oficial estaba colgando un gran mapa de Oriente Medio en la pared opuesta. El mapa estaba cubierto de círculos rojos y azules. Varios ayudantes civiles y militares, sentados a lo largo de las paredes, examinaban cuidadosamente voluminosos expedientes y mapas desplegados. En una esquina, cuatro altos oficiales de las Fuerzas Aéreas conversaban en voz baja. Uno de ellos era Joe Gonen.

Pocos minutos antes de las ocho, tres mujeres de mediana edad con delantales blancos entraron en la sala. Llevaban varias bandejas con refrescos, pastas secas, frutas y cafeteras. Justo cuando se marchaban apresuradamente, se abrió otra puerta al fondo de la sala e hizo su aparición el Viejo. Eran las ocho en punto.

Era un hombre bajo y regordete, pero de hombros anchos y sólidas piernas. Su melena de cabello blanco purísimo, cuidadosamente peinada hacia un lado, coronaba una frente amplia y despejada. A primera vista parecía un apacible abuelo o un profesor jubilado, pero la fría mirada de sus penetrantes ojos gris-azulados hacía abandonar inmediatamente esa suposición. Era un viejo duro y decidido; evidentemente, podía resultar un enemigo implacable. Jefe de la Mossad y presidente de la comisión de directores de los servicios de inteligencia, era el hombre más poderoso en el mundo en sombras de los servicios secretos israelíes. Su nombre y sus funciones constituían un secreto de Estado. Era una especie de leyenda para sus hombres y para las pocas personas en el exterior que conocían su posición. Maestro de espías y combatiente en secreto desde el primer día de su llegada a Palestina, ocultando un revólver en una barra de pan, Jeremiah Peled, ruso de nacimiento, había subido diligentemente todos los peldaños hasta el puesto máximo de los servicios secretos. Diez años antes, Ben-Gurion lo había nombrado director de la Mossad y presidente de la Comisión que reunía a todos los jefes de los servicios secretos. Sus subordinados se dirigían a él ahora utilizando su nombre bíblico, Jeremiah, pero se preguntaban si existía una segunda razón para haber escogido su apellido hebreo, Peled, que

significa acero. Ninguno de ellos, sin embargo, podía recordar desde cuándo o por qué habían empezado a llamarle el Viejo.

Una especie de corriente eléctrica pasó a través de la atestada sala mientras la cruzaba con paso corto y rápido, saludando a todo el mundo con una rutinaria inclinación de cabeza, sentándose en su lugar acostumbrado y arrojando, más que depositando, su llavero sobre la mesa de roble. Se decía que una vez había ejecutado con sus propias manos a un traidor a la Haganah, un informador de la policía inglesa durante la sorda batalla contra la dominación británica en Palestina. Nadie podía asegurar que la historia fuese verídica. Pero todo el mundo estaba seguro de que si Jeremiah consideró que eso era «indispensable» —y sólo en tal caso—, lo habría matado sin la menor vacilación.

Los directores de los otros servicios secretos ocuparon sus puestos alrededor de la mesa sin preocuparse por el protocolo. A la derecha de Jeremiah se sentó un hombre delgado de unos cuarenta y cinco años, con uniforme de general: Aaron Yariv, jefe de la Aman, servicio militar de inteligencia. A su izquierda, Arthur Davidi, jefe del Shin Bet, el servicio de seguridad interior. El oficial superior de la policía que ya estaba susurrando algo al oído de Davidi era Nitzav Uri Oppenheimer, director de la sección especial de la policía israelí. Oppenheimer y Davidi habían trabajado juntos, sobre todo en operaciones de espionaje. El jefe de la quinta sección de los servicios secretos era Joseph Gilat, director del departamento de investigación del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Aunque la sexta silla de la mesa normalmente estaba vacía, en esta ocasión la ocupaba un hombre taciturno y con gafas, vestido con traje y corbata oscuros. Era el doctor Jacob Herzog, uno de los hombres más brillantes del país y principal asesor de la primer ministro Golda Meir. Si no otra cosa, al menos la presencia de Herzog demostraba que alguien importante en el Gobierno otorgaba un gran valor a esta reunión de la Comisión.

Jeremiah dirigió una mirada severa a su alrededor. Fue suficiente: todo el mundo prestó la máxima atención.

—Como ustedes saben, esta reunión estaba programada para mañana —empezó a decir—. Les he pedido que nos reuniéramos hoy porque se ha descubierto algo muy grave como resultado de la expedición de nuestros comandos en Marsa. Pero antes de entrar en detalles, le pediría al general Yariv que nos informara sobre las consecuencias de la operación en el bando egipcio.

Yariv, el director de los servicios de inteligencia militar, tenía la costumbre de llevar gafas oscuras para proteger sus ojos. En la iluminación artificial de la sala tenía el aspecto de un jefe de la Mafia, pero en realidad era un hombre dotado de una gran serenidad, y su exposición resultó clara y sucinta.

—Podía esperarse —dijo—, que después de una humillación tan evidente como la de la expedición sobre Marsa, el Gobierno egipcio se mostrara furioso. Esta vez, sin embargo, su reacción fue de una violencia sin precedentes. Puedo confirmarle los rumores que empezaron a circular ayer por la mañana. Por decisión personal del ministro de la Guerra, ratificada por el presidente Sadat, tres altos oficiales han sido sometidos a consejo de guerra. Eran el general Ali El-Mohsan, comandante de la segunda región militar, Primer ejército egipcio; el coronel Ibrahim Shanti, comandante de la 56 Brigada de Infantería, encargada de la defensa de Marsa y Ras-Banas, y el coronel de las Fuerzas Aéreas Gani El-Madawi, responsable del sistema de defensa aérea de dicha región. Todos ellos fueron hallados culpables de negligencia criminal y fueron inmediatamente ejecutados.

—¿En secreto? —preguntó Davidi, jefe del Shin Bet, el servicio de seguridad interior.

—No exactamente. Después de la ejecución, empezó a circular un informe sobre el juicio y el veredicto entre todos los altos jefes del ejército egipcio, unos novecientos generales y coroneles. El informe estaba calificado como de alto secreto, y la prensa no lo mencionó. Era como una advertencia para que nada semejante volviera a ocurrir nunca más. El estado mayor general tenía la impresión de que el ejército egipcio se había convertido en el hazmerreír del mundo.

—Tendríamos que dar a conocer la historia de esas ejecuciones —sugirió Davidi.

—Las personas con mentalidad bélica están de acuerdo en eso —replicó Yariv—. Pero no debemos darla a conocer directamente. Es demasiado arriesgado. Creo que lo mejor sería que la sección romana de la Mossad hiciera llegar el informe del ejército egipcio a través de su canal habitual a nuestro hombre en el periódico *L'Orient-Le Jour* en Beirut. Viniendo de allí, la historia resultará más creíble y nuestras fuentes permanecerán ocultas.

—Pero, ¿por qué desde Roma? No deberíamos... —interrumpió Joseph Gilat, del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Jeremiah Peled se movía inquieto en su silla.

—Tenemos cosas más importantes de qué ocuparnos ahora —refunfuñó—. Si has terminado, Aaron, me gustaría decir algo.

Yariv asintió con la cabeza y sonrió. Todo el mundo sabía que era el favorito de Peled, y que no le molestaban lo más mínimo las maneras bruscas del Viejo.

Peled entró directamente en materia.

—A algunos de ustedes no les puede haber sorprendido que no hayamos apresado a ningún prisionero egipcio, especialmente a técnicos que podrían habernos explicado el funcionamiento del nuevo radar. Si no lo hicimos fue por una razón muy concreta: ¡todo el personal del campamento era ruso!

Los presentes se quedaron boquiabiertos. Sólo Yariv, Herzog y Gonen permanecieron impassibles. Ya lo sabían.

—¿Rusos? —Davidi parecía desconcertado—. ¿Dirigiendo una estación de radar? ¿Por qué?

Peled le dirigió una mirada oblicua y continuó.

—El campamento estaba protegido exteriormente por fuerzas egipcias. Pero ninguno podía entrar dentro. Estábamos completamente equivocados. Marsa era exclusivamente una base rusa. Conocemos, por supuesto, la existencia de varias bases rusas, especialmente de las Fuerzas Aéreas, que están estrictamente prohibidas a los egipcios, pero no sabíamos nada de eso en relación con instalaciones de radar. Tuvimos la segunda sorpresa cuando nuestros hombres empezaron a examinar el equipo electrónico capturado. Él teniente coronel Gonen, de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Aéreas, les hablará de eso.

Gonen se acercó al tablero verde con una cojera casi imperceptible. Era un piloto de rostro agraciado y cabellos rubios con poco más de treinta años, y su cojera era una consecuencia del impacto directo que había destrozado su Mirage III-C sobre el delta del Nilo el día 5 de junio de 1967. Había conseguido activar su asiento eyector y pudo sobrevivir milagrosamente. Después de pasar dos días oculto en un palmeral ante una batida de histéricos feddayines armados con picos y palas, fue rescatado por un helicóptero israelí. Pero ya era demasiado tarde para poder curarle totalmente la herida que tenía en la pierna. Tuvo que soportar una serie de dolorosas operaciones, hasta que finalmente los médicos le anunciaron que nunca más podría volver a volar, lo que le dejó un rastro de amargura en las comisuras de los labios y un sobrehumano interés por destacar en la nueva carrera que iba a emprender. No le resultó nada fácil. Volar había sido su gran pasión. Afortunadamente, el mundo de los servicios de inteligencia le intrigó. Después de haber cumplido

con éxito varias misiones peligrosas en países enemigos, la gente empezó a llamarle «el *playboy* volador». Había desempeñado un papel fundamental en la operación de Marsa, y cuando le tocó el turno de hablar, los viejos zorros del espionaje le escucharon con un concentrado respeto.

—Esperábamos encontrar una estación de radar en Marsa, pero descubrimos algo totalmente diferente: una instalación electrónica que constituye, sin duda alguna, parte de un sistema de control y orientación para misiles balísticos de alcance intermedio —empezó a decir, con lentitud.

Por segunda vez en esa mañana, un silencio pesado y expectante se extendió por la sala.

Gonen expuso los hechos con calma a la Comisión. Señaló los diversos edificios y hangares representados en el croquis de la base de Marsa y les explicó sus funciones. La instalación de radar, dijo, parecía constituir una parte de una completa infraestructura levantada por los rusos en diversos lugares de Egipto. No podía indicar si los propios misiles habían sido ya colocados en posición, y ni siquiera si habían sido ya montados en algún lugar. Era bastante posible que los misiles no hubieran llegado todavía a Egipto. En realidad, la instalación de Marsa no estaba todavía en funcionamiento, y muchos componentes electrónicos fueron hallados dentro de sus embalajes de origen. Indudablemente, los misiles iban a estar equipados con cabezas nucleares. No obstante, no estaba seguro que estarían allí para ser utilizados contra Israel.

—Su alcance es demasiado largo para eso —señaló—. Si quieren atacarnos a nosotros, pueden utilizar los cohetes Scud que han estado suministrando a Egipto durante años. Tienen un alcance de trescientas cincuenta millas, y pueden estar equipados con cabezas nucleares o convencionales.

Pasó entonces a explicar que los mapas y documentos aprehendidos en la base, demostraban que las supuestas trayectorias de los misiles apuntaban hacia los países árabes productores de petróleo. Poniéndose frente al gran mapa de Oriente Medio colgado en la pared opuesta, Gonen indicó los círculos rojos y azules que representaban el alcance estimado de los IRBM (misiles balísticos de alcance intermedio).

—Creemos que quieren amenazar a Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, Bahrein, Irak, Libia, Argelia y a algunos pequeños emiratos del golfo Pérsico. No podemos decir aún por qué, ni tampoco cuándo ese plan podrá ser operativo. No sabemos si los rusos han empezado ya a construir sus bases de lanzamiento: quizá las estén camuflando. En los documentos hemos

encontrado varias referencias al «día D» y a «cuando Egipto se ponga en movimiento», pero son vagas e incompletas.

El Viejo dirigió una mirada a los presentes.

—Supongo que todos ustedes comprenden el significado de este descubrimiento. La Rusia Soviética está construyendo secretamente bases de IRBM en Egipto, posiblemente incluso sin conocimiento de las autoridades civiles y militares egipcias. En un determinado momento, estará en condiciones de amenazar a cualquier país árabe productor de petróleo del Oriente Medio. Ese plan está en cierto modo relacionado con un movimiento de Egipto. Todavía no sabemos qué tipo de movimiento, pero yo no excluiría un ataque a Israel. Dicho ataque podría proporcionar a Rusia un pretexto para poner en práctica sus planes.

—¿Qué piensas hacer a este respecto? —le preguntó el director del Shin Bet.

—Creo que este asunto no nos afecta sólo a nosotros —respondió Peled. Por un momento permaneció en silencio. Luego miró su reloj—. A las cuatro de la tarde el Gobierno celebrará una reunión de emergencia, y a las siete y media yo tomaré un vuelo sin escalas hacia Nueva York. Ya he telegrafiado al director de la CÍA.

2

9 de enero de 1972

El director de la CIA se bajó del discreto automóvil azul claro que había conducido él mismo hasta la entrada oeste de la Casa Blanca. Cuatro de sus principales ayudantes salieron de un segundo coche. La mañana era fría y soleada en Washington. Peter Wilkie lanzó una mirada alrededor antes de entrar en el Ala Oeste. Satisfecho al no ver a ningún periodista en las proximidades, saludó al joven oficial de seguridad que le estaba esperando, siguiéndole luego a través de los corredores. A medida que los años pasaban, había desarrollado una fobia irracional contra los periodistas, a quienes consideraba irresponsables e innecesarios. Especialmente hoy quería evitar un encuentro casual con la prensa. Había tomado unas precauciones infrecuentes para venir a la Casa Blanca, insistiendo en que los demás miembros del Consejo Nacional de Seguridad y de la Junta de Servicios de Inteligencia de EE. UU. hicieran lo mismo. Pero podía apostar que en la primera página del *Times* de mañana saldría el comunicante usual anunciando que el presidente, a solicitud de Wilkie, había convocado urgentemente una reunión conjunta super-secreta de ambos organismos. Wilkie suspiró. Confiaba solamente en que la razón de la reunión no saldría en los periódicos. Anotó mentalmente pedir al presidente permiso para hacer referencia a algún pretexto concreto: Vietnam, Chile, o cualquier otro.

El presidente tenía un aspecto especialmente tenso y preocupado esta mañana. Fue el último en entrar en la sala, acompañado por el secretario de Estado y su omnisciente asesor para asuntos de seguridad nacional. Todos los demás miembros del Consejo Nacional de Seguridad y de la Junta de Servicios de Inteligencia, el secretario de Defensa, los jefes de las Fuerzas Armadas, los directores del FBI, de la CIA y de las otras agencias nacionales y militares ya estaban allí. Peter Wilkie esperó a que el presidente y su séquito se sentaran, y luego tomó la palabra.

—El tema del que quiero informarles es la penetración soviética en Oriente Medio —dijo, decidido a suavizar el asunto todo lo posible.

Empezó con una detallada descripción de los persistentes esfuerzos soviéticos durante los últimos años para hacerse con una posición firme en Oriente Medio, especialmente en Egipto, Irak y Siria. Explicó cómo el conflicto árabe-israelí había sido astutamente utilizado por los rusos para profundizar y ampliar su posición en dichos países. Una parte importante de la penetración rusa había consistido en el establecimiento de bases aéreas y navales, especialmente en Egipto, cuyo acceso estaba estrictamente prohibido al personal egipcio. Wilkie consultó sus documentos.

—En la actualidad, y sólo en Egipto, los rusos han introducido veintidós mil «asesores» militares. Entre estos asesores hay instructores del ejército egipcio, expertos técnicos, personal que controla las bases de misiles antiaéreos, y pilotos que participan en misiones con las fuerzas aéreas egipcias contra aviones israelíes. Estos pilotos vuelan con sus propios aviones soviéticos, procedentes de sus bases autónomas. Pero los aviones llevan los colores egipcios. Los pilotos rusos tienen órdenes terminantes de evitar, en lo posible, cualquier encuentro con los israelíes sobre la península del Sinaí, debido al riesgo de ser alcanzados y capturados por ellos. Eso podría ser una prueba suficiente de su participación activa en la guerra árabe-israelí, y Moscú teme despertar la reacción de los Estados Unidos.

»Hasta hace poco tiempo —admitió Wilkie—, no poseíamos una evaluación clara de los propósitos reales de los rusos en el Oriente Medio. Nos preguntábamos si lo único que querían era ampliar su influencia sobre la zona, o crear unos gobiernos procomunistas y obtener bases militares. Quizás incluso hacerse con el control militar en Oriente Medio y aislar a Turquía y a Irán, que amenazan el flanco más débil de Rusia —Wilkie hizo una pausa—; pero últimamente nos han llegado dos informaciones muy inquietantes, una de tipo político y la otra técnica. Estos nuevos informes arrojan una luz nueva sobre la situación.

»El informe político nos llegó de forma... hum... muy poco usual, y no estamos seguros de que la fuente sea fidedigna. Venía a decir que el próximo objetivo de la Unión Soviética en Oriente Medio era el dominio total de las fuentes de petróleo de esa región.

—Pero, ¿en qué forma? —preguntó el secretario de Estado, que no le tenía ninguna simpatía, e incluso desconfiaba de él. Sus sentimientos se transparentaban en el tono frío y punzante de su voz.

—Ésa es la pregunta que nos hacemos nosotros, señor secretario —contestó Wilkie pacientemente—. Hemos tratado de comprobar la información a través de nuestras mejores fuentes, sin éxito alguno. Nadie

puede confirmarla. Y repentinamente, ayer mismo, nos llegó un informe técnico de Tel Aviv que corroboraba toda esta historia de los rusos.

El director de la CIA describió a los presentes la expedición israelí a la base de Marsa, y el sorprendente hallazgo de los mapas, los planos y toda la instalación para orientación de misiles.

—Los israelíes dicen que todos los países árabes productores de petróleo estarán bajo el radio de acción de los IRBM rusos cuando éstos sean operativos. Según ellos, es cuestión de unos dos años más. Si nuestras suposiciones son correctas, los rusos se moverán con mucha lentitud, pues comprenden que el despertar prematuramente las sospechas de los egipcios podría dar al traste con todo el proyecto.

—¿Se fía usted de los informes israelíes? —otra vez era el secretario de Estado el que preguntaba.

—Absolutamente —replicó Wilkie—. Nos han enviado fotografías de los mapas y fotocalcos, y nuestro agente en Tel Aviv voló hacia el Sinaí para ver por sí mismo el equipo.

—¿Ha llegado ya a alguna conclusión sobre lo que intentan los rusos? —preguntó el secretario de Defensa.

—Nada definitivo todavía —contestó Wilkie con cautela, mirando al presidente—, pero nuestros expertos consideran que el significado general está claro. La premisa básica de los rusos es la de que los Estados Unidos no correrán el riesgo de una guerra mundial a causa de Oriente Medio. Así que se creen con las manos libres para actuar. Durante los últimos tres años, Rusia ha estado estimulando, paciente pero insistentemente, a los egipcios y a los sirios a que se prepararan para una nueva guerra, a fin de recuperar los territorios perdidos en la guerra de Los Seis Días. Nosotros creemos que cuando empiece la guerra —dentro de dos o tres años—, los rusos intervendrán de forma limitada, enviando pequeñas unidades para ayudar o asesorar a los árabes. En realidad, esas fuerzas se emplearían para manejar y armar las bases de misiles en Egipto, que estarán terminadas para entonces. Israel podrá quedar destruido. Seguirá a continuación una amenaza militar inmediata contra los países productores de petróleo, que les obligaría a rendirse a la dominación rusa en la zona. Occidente se despertaría repentinamente encontrándose con que el suministro del petróleo estaba en manos de los rusos. Eso significa que el mundo libre dependería para su supervivencia de la buena voluntad de los rusos. Se hizo un pesado silencio en la sala.

—Eso es un arma política terrible —añadió Wilkie—, y podríamos convertirnos en las víctimas del mayor chantaje del siglo. Podríamos llegar a

tener que ponernos de rodillas ante los rusos.

—O vernos obligados a responder con las armas —dijo lentamente el secretario de Defensa.

Después de tales revelaciones, Wilkie se vio sometido a un bombardeo de preguntas. Bajo dicho fuego graneado, admitió que la amenaza de los misiles nucleares contra los países árabes podría no ser necesariamente una amenaza directa de los soviéticos.

—Tal amenaza podría disfrazarse —dijo, un poco a la defensiva—. Una de las posibilidades a tener en cuenta es la de que durante la guerra en Oriente Medio, una junta pro-soviética podría conquistar el poder en Egipto y recibir «formalmente» las bases de misiles bajo su control. La confrontación se presentaría entonces como una simple disputa entre árabes, y Occidente no tendría entonces ninguna excusa para intervenir.

—Pero, ¿y Egipto? —preguntó el general Cárter, presidente de la junta de jefes de estado mayor—. ¿Estaría dispuesto a colaborar? ¿Qué pasaría si nosotros informamos a su gobierno ahora sobre esos misiles? Inesperadamente, fue el asesor del presidente en asuntos de seguridad nacional quien respondió por Wilkie. Se levantó, ajustándose cuidadosamente las gafas.

—Nosotros consideramos que los egipcios no saben nada sobre los proyectos de los rusos. Pero incluso en el caso de que los descubrieran, no creo que el presidente Sadat reaccionase con firmeza. Ya ha ido demasiado lejos en su empeño por recuperar los territorios ocupados. En este momento no podría soportar la pérdida de la masiva ayuda militar soviética. Incluso si nosotros le brindamos esta información, probablemente enterraría su cabeza en la arena y haría como si no hubiera visto nada.

El presidente estaba sombrío.

—Hay un elemento en sus estimaciones que es correcto, debo confesarlo. Los Estados Unidos no correrán el riesgo de una guerra mundial a causa de Oriente Medio.

Los militares no se daban por vencidos.

—¿No podríamos intervenir en Moscú —preguntó el general Cárter—, y exigir que desmantelen inmediatamente las instalaciones de misiles?

—Se negarán a hacerlo —respondió con pesimismo el asesor del presidente—, y el resultado será una dolorosa humillación para nosotros. Ya no estamos en 1962, y Egipto no es Cuba.

—Entonces, ¿por qué no damos a conocer al público todo el asunto?

—Porque así les haríamos directamente el juego a los rusos. Si no estamos realmente decididos a hacer algo, y me temo que no, la publicación del asunto sería algo así como una aceptación por nuestra parte de que Egipto se ha convertido en una base soviética.

—¡Pero tenemos que decidirnos a hacer algo! —exclamó el general Cárter.

El presidente se movió intranquilo en su sillón.

—Lo sé, general. Algo tendrá que hacerse —y añadió, enigmáticamente—; pero por el momento hay que valorar y examinar la situación planteada.

El presidente se levantó: la reunión había terminado.

En la Habitación Oval, el presidente y el director de la CIA deliberaron privadamente durante algunos minutos.

—¿Alguna sugerencia, Peter? —le preguntó el presidente a Wilkie.

—Los israelíes tienen un plan, señor.

—¿Los israelíes? ¿Has hablado con ellos?

—El jefe de los servicios secretos está aquí, con algunos de sus colaboradores. Me trajo el expediente de la base de Marsa, y sugiere que se realice una operación conjunta.

Al presidente no parecía gustarle eso.

—No sé... —dijo, vagamente—, no me gusta..., no quisiera ninguna colaboración estrecha. Quiero decir, nada que nos comprometa.

—Nada de eso, señor. Nosotros no sabemos cuál es su plan, ni cómo lo van a llevar a cabo. Nuestra participación es mínima y marginal en esta fase. Yo sólo tengo que hacer algunas llamadas telefónicas.

—De acuerdo —el presidente se encogió de hombros—, pero sin mezclarnos demasiado, Peter. Ya sabes que la situación es muy delicada.

De vuelta a su oficina de Langley Woods, Wilkie marcó un número de teléfono por su línea directa.

—¿Jenny...? Ha pasado mucho tiempo, y... Cuando reconoció la voz, Jenny colgó furiosamente el receptor, con un gesto de ira y soltando un terrible juramento. Nunca más regresaría al servicio.

En las afueras de Washington, uno de los miembros de la Junta de Servicios de Inteligencia de EE. UU. entró en una cabina telefónica pública. Marcó un número de Nueva York. La voz que respondió hablaba con mucho cuidado. El hombre que hizo la llamada susurró rápidamente su mensaje a través del hilo.

3

11 de enero de 1972

Había sólo un puñado de pasajeros en el vuelo nocturno semanal de Lufthansa a Munich. Jeremiah Peled estrechó ceremoniosamente la mano del oficial de enlace de la CIA que había ido a despedirle al aeropuerto Kennedy, y se dirigió rápidamente hacia la puerta de salida. Miró distraídamente a través de una ventana: seguían cayendo, lentos, grandes copos de nieve. Atrapado durante unos segundos por la seducción de las luces multicolores del aeropuerto, la caída de aquellos millares de copos de nieve le proporcionó una momentánea sensación de serenidad. En el interior del Boeing 707, se dirigió directamente a su asiento: en el pasillo, una fila antes del final, en clase turista. Nada del mundo le haría viajar en primera clase: desde sus años de pionero en el miserable kibbutz de Galilea, había adquirido una aversión total a todo signo de lujo. Según una vieja costumbre, colocó su cartera de mano bajo su asiento, se quitó su pesado abrigo azul, se sentó y se colocó el cinturón de seguridad. Ésa era la forma en la que le gustaba viajar: solo, sin tener que perder el tiempo en conversaciones estúpidas con alguno de sus hombres, o con algún funcionario del gobierno que conociera su identidad y que no pararía de hablar durante horas, tratando de impresionarle. Y quizá por una razón que ni siquiera admitiría ante sí mismo: bajo su duro caparazón, era un hombre muy tímido, que se sentía bastante incómodo en presencia de otros, y que se encontraba más a gusto cuando estaba solo.

Su último encuentro con Wilkie se desarrolló tal como esperaba. Se había mostrado comprensivo con los problemas de su país, como ya sabía Peled, pero había prometido colaborar no por afecto a Israel, sino porque sabía que la Mossad era perfectamente capaz de actuar sin necesidad de la ayuda o el permiso de la CIA. Al ofrecerle su ayuda, Wilkie podía al menos asegurarse de que la parte americana en la operación estaría completamente bajo su control.

Peled se vio interrumpido en sus pensamientos por la meliflua voz de la azafata, que saludaba a los pasajeros en inglés y alemán a través de los altavoces. Su mirada experta se extendió sobre los demás pasajeros, tratando

de valorarlos y clasificarlos. Se detuvo un momento sobre el hombre que estaba sentado al otro lado del pasillo, una fila más arriba de la suya. Tendría unos cincuenta años, era calvo, rechoncho y con una gran papada. Sudaba profusamente, y se secaba de continuo la frente con un gran pañuelo blanco. Una pila de periódicos alemanes descansaba en sus rodillas y, al acercarse a él una azafata pelirroja con su radiante sonrisa, sus periódicos y revistas se le cayeron al suelo. De entre las páginas dobladas del respetable Die Welt surgió una vulgar revista pornográfica, con dos chicas desnudas retozando en la portada. El cuello de buey del hombre se volvió púrpura, mientras recogía apresuradamente sus periódicos. El Viejo no pudo evitar una sonrisa.

Los poderosos motores «Rolls-Royce» bramaron con furia. En pocos minutos, el gran reactor salió disparado hacia adelante, despegando entre las densas nubes invernales. Peled cerró sus ojos. El despegue le trajo una oleada de recuerdos palpitantes que surgían de su pasado. Todos aquellos vuelos, en solitario, utilizando nombres falsos, en misiones peligrosas y que en ocasiones fueron cruciales para la propia existencia de su país. Recordó aquella apresurada salida hacia Europa, casi diez años atrás, cuando Israel se vio sorprendida al conocer que cientos de científicos y técnicos alemanes estaban en Egipto, construyendo secretamente misiles de alcance medio, armados con cabezas no convencionales. El pánico se había apoderado del pequeño país, amenazado por una terrorífica aniquilación mediante el bombardeo de cobalto y estroncio radiactivos. Acababa de ser nombrado jefe de la Mossad. Con un programa de choque, se había lanzado sobre Europa a la cabeza de su unidad operativa. En sólo tres semanas, sin reparar en los riesgos que les acechaban, su equipo había conseguido localizar y atacar por sorpresa los centros neurálgicos de la organización en Europa, apoderándose de todos los documentos, las direcciones de los proveedores y las listas de los científicos. Durante seis meses nadie suministraría un miligramo de cobalto a El Cairo, y docenas de científicos alemanes, aterrorizados por misteriosos atentados con bombas, estaban abandonando Egipto. Un año después de dada la alarma, el presidente Nasser de Egipto se veía obligado a olvidarse del proyecto, y a cerrar las fábricas de cohetes de Heliópolis.

Y otro vuelo anterior, cuando fue a la Argentina para capturar a Adolf Eichmann. No podría olvidar nunca aquel terrible momento, en una habitación vacía en los sótanos de una casa de los suburbios de Buenos Aires, cuando su prisionero, un hombre calvo, delgado y con gafas, se dio repentinamente por vencido y dijo: «Yo soy Adolf Eichmann, y sé que estoy en manos de los israelíes». Su primer impulso fue el de estrangular al

monstruo nazi. ¿No había sido él el que había proclamado al final de la guerra que «saltaría de alegría en su tumba, satisfecho de haber matado a seis millones de judíos»? En lugar de hacerlo, Peled salió bruscamente de la habitación y se dirigió hacia el frío y oscuro jardín, donde se desmayó, incapaz su sudoroso y estremecido cuerpo de sostenerle más. Una semana después estaba sentado tranquilamente frente a Eichmann en un avión de la El Al, en el que le habían metido subrepticamente con un uniforme de auxiliar de vuelo, para llevarlo a Israel y someterlo a juicio.

Y aquel otro vuelo solitario a Suiza, para reunirse con un piloto iraquí y tratar de convencerle de que desertara en Israel con un valiosísimo caza MIG-21, nunca antes capturado y examinado por los occidentales. Y aquel peligroso viaje a Egipto, bajo uniforme de la NATO, para animar a un grupo de oposición prooccidental a los más altos niveles del ejército egipcio. Y, más recientemente, su vuelo de último recurso a Washington, en vísperas de la guerra de los Seis Días, cuando tuvo que convencer al Gobierno de EE. UU. de que Israel tenía que atacar primero si quería sobrevivir.

Había sido siempre una cuestión de supervivencia. Cuando llegó por primera vez a Palestina en 1929, lo hizo en medio de un baño de sangre provocado por las hordas árabes que se dedicaban a asesinar a cientos de judíos en Jerusalén, Safed, Tiberíades y en la pequeña comunidad de judíos ortodoxos de Hebrón. Él mismo había pagado su propia contribución de sangre y lágrimas por la supervivencia de Israel, cuando su único hijo, Omri, cayó en la batalla de Jerusalén durante la guerra de la Independencia. Su mujer, Myriam, no sobrevivió por mucho tiempo a Omri. Cuando ella murió, Peled se dedicó a su trabajo con una especie de rabia ciega. Se decía que a partir de entonces ya nunca volvió a ser el mismo, aunque él no podía recordar haber sido diferente alguna vez.

Y ahora tenía una vez más una misión fatídica, mientras su lejano país, sereno y confiado después de la victoria de los Seis Días, era todavía ignorante del peligro mortal que acechaba en sus fronteras. Iba a poner en marcha la más peligrosa operación de su carrera. Pero la clave para que las cosas empezaran a ponerse en marcha residía en su entrevista con un hombre, un alemán, concretada para diez horas más tarde. Este alemán era un hombre ya viejo, jubilado cuatro años atrás, pero su nombre era todavía uno de los más eminentes en el mundo del espionaje: el general Reinhard Gehlen.

Hacía muchos años que conocía a Gehlen. La primera vez que oyó mencionar su nombre fue en 1947, un año antes de que naciera el Estado de Israel. Un judío ruso, oficial del servicio secreto soviético, había desertado en

Alemania y fue enviado apresuradamente a Palestina por la red subterránea de la Haganah. Interrogado por Peled, el desertor dijo que había sido enviado al sector americano de Alemania para localizar a Gehlen. Dándose cuenta de que Jeremiah y los demás oficiales de la Haganah se mostraban perplejos, les contó una curiosa historia. Gehlen, dijo, había sido uno de los oficiales del servicio de espionaje de mayor talento de la Wehrmacht durante la guerra. Un hombre bajito y delgado, de mirada astuta y con un talento natural para la conspiración, había hecho una carrera meteórica dentro de la Abwehr, el servicio de inteligencia del ejército alemán. Nombrado mayor en 1939, en diciembre de 1944 era general. Con paciencia y talento extraordinarios había conseguido establecer una red de espionaje de gran eficacia dentro de la Unión Soviética. Entre sus espías había altos oficiales, funcionarios del gobierno y famosos periodistas. Se dijo que incluso había conseguido infiltrarse en la MVD, el servicio de seguridad soviético dirigido por el famoso Laurenti Beria. Durante la guerra, prosiguió el desertor ruso, la red de Gehlen le había suministrado inapreciables informaciones. Todos los esfuerzos del contraespionaje soviético para destruir la organización terminaron en fracaso. Una vez terminada la guerra, el nombre de Gehlen figuraba el primero en las listas soviéticas de las personas buscadas, pero había desaparecido sin dejar rastro. Durante algún tiempo los rusos creyeron que podía haber muerto, o escapado a un continente remoto. A fines de 1946, sin embargo, descubrieron que Gehlen y su organización estaban perfectamente vivos. Poco antes del final de la guerra, el astuto general se había rendido a los americanos y les había ofrecido un trato: estaba dispuesto a poner a su disposición todos sus archivos, sus conocimientos y su red de espionaje en la Unión Soviética, si ellos estaban de acuerdo en ayudarlo a reactivar su organización. Los americanos estuvieron de acuerdo. En agosto de 1945, se llevaron secretamente a Gehlen y a sus más íntimos colaboradores a Washington. Un año después Gehlen estaba de vuelta en Alemania. El ave fénix había renacido de sus cenizas, y el más peligroso de los maestros del espionaje estaba otra vez con sus sensibles antenas dirigidas hacia los secretos mejor protegidos del Kremlin. Beria había decidido enviar a sus espías más listos, a sus mejores agentes, a Alemania, para encontrar a Gehlen y destruirlo con todos sus hombres. «Así es como llegué a Alemania y me escapé a Palestina» —dijo el oficial judío, terminando su historia.

Varios años después, una vez constituida la República Federal de Alemania, Peled volvió otra vez a oír hablar de Gehlen. Había montado un magnífico servicio secreto, que oficialmente se denominaba BND

(*Bundesnachrichtendienst*: Servicio Federal de Inteligencia), pero que todo el mundo conocía por «la organización Gehlen». Seguía siendo el mejor del mundo para obtener informaciones secretas dentro de la Unión Soviética. La infraestructura que con tanto cuidado había implantado Gehlen en Rusia en la década de los años cuarenta, proporcionaba regularmente información de primera clase. A finales de la década de los cincuenta, la organización Gehlen había establecido contactos con los servicios secretos israelíes, por iniciativa del canciller Konrad Adenauer, que consideraba que su país debía hacer todo lo que fuera posible por pagar su enorme deuda moral con el pueblo judío. Peled se reunió con Gehlen en varias ocasiones. No llegaron a hacerse amigos, pero sí que se tuvieron el profundo respeto y estima mutua que caracteriza las relaciones entre profesionales de máxima categoría. En 1962, la KGB, el servicio secreto soviético que sucedió a la MVD, trató de utilizar las estrechas relaciones entre la Mossad y la organización Gehlen en provecho propio. Los rusos trataron de infiltrar a su mejor espía israelí, un alto funcionario gubernamental llamado doctor Israel Beer, en el cuartel general de Gehlen en Pullach. Gehlen no sospechó nada. El doctor Beer fue recibido cordialmente y se le entregaron las correspondientes instrucciones. Pero al llegar a Israel fue inmediatamente desenmascarado por el Viejo, y terminó sus días en la cárcel.

Varios años más tarde, un agente soviético importante capturado por los israelíes confesó todo lo que sabía en los interrogatorios. Al hablar sobre su pasado, reveló su participación en el establecimiento de una red de espionaje procomunista dentro del cuartel general de la organización Gehlen, Peled comunicó inmediatamente la sorprendente información a Gehlen. Se produjo una rápida serie de arrestos, y la red quedó destruida. Los alemanes se mostraron muy impresionados y agradecidos a la Mossad, ya que los espías comunistas podían haber hundido su organización.

Seguro que Gehlen recordaría todos esos episodios, pensó Peled. Pero, ¿estaría de acuerdo en hacer lo que él, lo que el Estado de Israel, iba a pedirle?

Peled abrió los ojos. Las luces grises del amanecer bañaban de un misterioso color las ventanillas ovaladas, y el enorme avión empezó a descender sobre Munich.

Un hombre joven le recibió en el adormecido aeropuerto. No perdió el tiempo haciéndole preguntas sobre el vuelo, el tiempo, y otros lugares comunes.

—El coche está fuera —le dijo—; uno de los muchachos está esperando con el motor en marcha. Los documentos, los mapas, todo está listo.

Peled se dirigió rápidamente hacia la salida. Su rostro no mostró reacción alguna cuando vio a otros dos de sus hombres vigilando discretamente la zona de llegadas. Uno de ellos estaba mordisqueando una salchicha en un *schnellimbiss Kiosk*; el otro estaba inmerso en las páginas del *Süddeutsche Zeitung*, en la puerta interior. Peled sabía que tenían el lugar bien cubierto. A la menor señal de alerta, estarían de rodillas disparando a matar, mientras que el hombre que estaba a su lado lo conduciría, en cuestión de segundos, por una ruta de escape previamente reconocida y ensayada. No le gustaban todas esas medidas, pero sabía que eran necesarias. Alemania estaba llena de árabes, y la organización terrorista Al Fatah tenía gente adiestrada en todas las ciudades importantes.

El agente que estaba en la salida cruzó normalmente las puertas de vidrio y acero, ofreciendo total protección al Viejo, que salía escasamente a un metro de distancia. Dio unos pasos por la resbaladiza acera cubierta de hielo, apartándose luego a un lado, lo justo para permitir que Peled entrara en el asiento delantero derecho del «Mercedes» negro. El coche se puso en marcha con suavidad, sin chirridos de neumáticos, que sólo hubieran servido para atraer la atención. El agente que estaba con el periódico fue recogido por un modesto BMW gris con otras dos personas dentro, que siguió al coche de Peled.

Fue el segundo agente, el que quedaba en el vestíbulo del aeropuerto, quien vio a un desconocido voluminoso corriendo hacia la salida medio minuto después de Peled, y con agilidad sorprendente saltar dentro de un Opel Kadett azul que apareció repentinamente de entre una larga fila de taxis que esperaban. Sin perder su compostura, y masticando todavía su *Würst*, el israelí introdujo una moneda en un teléfono público del *Kiosk*. Hizo una breve descripción del coche y del hombre, sin olvidar mencionar que el sospechoso individuo continuamente se secaba el sudor de la frente con un gran pañuelo blanco.

Menos de dos horas más tarde, el «Mercedes» negro que llevaba a Peled se detuvo frente a una imponente puerta, artísticamente decorada con figuras de hierro forjado. El lugar cortaba el aliento: alrededor, las grandes montañas de Baviera emergían majestuosamente bajo una sábana de verdes coníferas y nieve recién caída. Peled salió del coche. Un hombre con abrigo de piel vuelta, gruesos chanclos y gorro de piel había salido por la puerta y se acercaba a saludarle. Era Reinhard Gehlen.

Ya dentro de la espaciosa mansión, los dos hombres se sentaron en confortables sillones de cuero frente al acogedor fuego de la chimenea. El Viejo rechazó amablemente los tradicionales *Schnaps*, pero aceptó agradecido una taza de café negro que le ofreció una vieja y sonriente mujer. Cuando se quedaron solos, Peled no perdió el tiempo intercambiando cumplidos.

—Necesitamos su ayuda —le dijo—; Israel está en peligro.

Pasaron varios minutos antes de que Gehlen contestara.

—Todavía la llaman la «organización Gehlen» —dijo, con un dejo de nostalgia—, pero usted sabe que ya hace cuatro años que me jubilé. Por supuesto que siempre estaré a su disposición y encantado de prestarle mi asistencia personal. Pero, ¿por qué me necesitan? Ustedes tienen uno de los mejores servicios secretos del mundo, y sus fuentes en Egipto y Siria constituyen el sueño de todo jefe de espionaje.

Peled lo observó inquisitoriamente. El hombre había envejecido —tendría ahora alrededor de setenta años—, pero todavía se sentaba erguido en su silla, con el pecho hacia afuera, con la frente alzada, como un clásico oficial prusiano. Su mostacho era más estrecho y blanco, y su cabeza estaba casi calva.

—No es a Egipto o a Siria a quien temo —dijo Peled con gesto grave—, sino a los rusos.

La sombra de una sonrisa se dibujó en los labios finos de Gehlen.

—Así que por eso ha venido a verme —dijo—; tenía que haberlo supuesto cuando recibí su telegrama. Peled lo miró con una sonrisa burlona. —Estoy seguro de que usted ya se imaginaba algo parecido. Nuevamente apareció una sonrisa en el rostro de Gehlen, pero no dijo nada.

—No voy a andar pegando palos a ciegas —dijo Peled—; necesitamos desesperadamente algunas informaciones al máximo nivel dentro de la URSS. Nosotros no tenemos agentes allí, y usted lo sabe. Hemos hablado con los norteamericanos. Ellos están tan a oscuras como nosotros. Por eso he venido a verle. Usted es el único que puede ayudarnos —Peled hizo una pausa—. No quisiera dramatizar, pero se trata de algo que puede ser de vida o muerte para nuestro país.

Por primera vez, Gehlen miró directamente a los ojos a su invitado.

—Comprendo el esfuerzo que debe significar para usted el venir aquí y hablar conmigo, un general alemán que, Abwehr o no Abwehr, estuvo combatiendo al lado de Hitler. Me gustaría ayudarle, pero ¿cómo podría hacerlo? Mi famosa organización dentro de Rusia ya no es más que una leyenda en la actualidad. Mis espías, mis informadores, han desaparecido,

bien por su avanzada edad, bien por la cuidadosa labor de los pelotones de fusilamiento de la KGB. Hace treinta años de aquello, no lo olvide. Ahora bien, si me pregunta por nuestras redes actuales, evidentemente, hemos reclutado nuevos espías, pero yo no sé nada sobre eso —Gehlen añadió, con amargura—; a mí ya no me comunican nada. Quizá debería entrar en contacto directamente con la BND, pero dudo...

Sus palabras se perdieron en el aire.

—No quisiera ser indiscreto —dijo Peled lentamente—, pero ¿es que se han vaciado todos los archivos, todas sus listas?, quiero decir, ¿es que ya no queda realmente nada de su organización original?

—Me temo que no —respondió Gehlen.

Peled hablaba con voz muy tranquila, sin mirar a su anfitrión.

—Odio tener que sacar a colación asuntos olvidados, pero seguro que usted recuerda los casos Beer y Felfe. Creo que les hicimos un gran favor en aquellos momentos. Uno de sus hombres me dijo entonces, en su nombre, que nos estarían ustedes eternamente agradecidos. ¿No es cierto?

Gehlen lo miró, dejando luego vagar su mirada sobre los troncos ardientes de la hoguera. Durante varios minutos pareció perdido en sus pensamientos. Después se levantó, bruscamente.

—Perdóneme —murmuró, y salió de la habitación cerrando tras de sí la pesada puerta.

Pasaron diez o quince minutos antes de que regresara. Traía en su mano derecha una fina carpeta amarilla. Se sentó.

—Quizás haya sólo una forma en que pueda ayudarle —dijo, indeciso—, pero dudo mucho de que pueda servirle de algo. En mi actuación durante la guerra, cada una de las redes o cadenas de espionaje estaba bajo la supervisión directa de un oficial. Los llamábamos directores de cadenas. Cuando me oculté al final de la guerra, conseguí guardar en secreto la mayoría de los archivos, que utilicé más tarde para reactivar mi organización. Hubo, no obstante, dos —Gehlen consultó los pocos papeles de su carpeta— no, tres oficiales de mi sección que escaparon y se llevaron sus archivos con ellos. No se reunieron conmigo cuando volví a salir a la luz. Simplemente, desaparecieron. Supongo que lo que querían era vender sus archivos a cambio de sus vidas. Sé que uno de ellos, Rudi Lischke, murió, y sus documentos nunca aparecieron. Otro fue capturado por los rusos —no puedo decirle su nombre—, y fue secretamente ejecutado con todos sus agentes. Queda, sin embargo, uno, el tercero, del que no sabemos nada. Estoy casi seguro de que está vivo. Debe seguir oculto en algún lado. Y tiene una lista de nombres, los

nombres de sus agentes. No sé si entre ellos queda alguien todavía vivo, pero apostaría mi vida a que todavía conserva su lista.

—¿Por qué sigue ocultándose? —le preguntó Peled, intrigado—, la guerra se acabó hace casi treinta años. ¿A quién puede temer?

—A los rusos, por supuesto —contestó Gehlen, impaciente—; a los que saben que sus nombres están en la lista, y a los que siguen buscando a los traidores. Lo han estado persiguiendo por todo el mundo desde el final de la guerra. Por eso estoy seguro de que tiene una nueva identidad. Yo puedo darle su nombre verdadero. Era el mayor Heinrich Roehm.

El viejo estaba sumido en profunda meditación. Luego suspiró.

—Es casi como un disparo en la oscuridad, pero me parece que no tenemos otra alternativa. No tenemos fuentes de información en Rusia.

—No le resultará fácil —le advirtió Gehlen—; yo he estado buscando por todo el mundo para encontrarle: Oriente Medio, España, América del Sur. Nada de nada. Peled se incorporó de un salto.

—Si está vivo, lo encontraremos —dijo, con decisión—. Encontramos a Eichmann. Encontramos a Cukurs y también a otros nazis. ¡Encontraremos a Roehm! Estrechó calurosamente la mano de Gehlen.

—Muchas gracias —le dijo, sinceramente—; nunca olvidaré esto.

El alemán sonrió, ligeramente embarazado, y acompañó a su invitado hasta el coche que le estaba esperando fuera.

Esa misma noche, un telegrama con la advertencia urgente — máxima prioridad, puso en pie de alerta a todas las bases de la Mossad alrededor del mundo. De Tel Aviv salieron unos enviados especiales con destino a Viena, para reunirse con los «cazadores de nazis» Simón Wiesenthal y Hermann Langbein; otros volaron hacia Washington, Londres y Bonn, para entrevistarse con expertos en la historia de las fuerzas armadas alemanas; varios investigadores se lanzaron sobre los centros de documentación de París y Berlín, y sobre la Zentralstelle, el centro de conservación de todos los documentos relacionados con los criminales nazis, en Ludwigsburg, Alemania Federal.

Todos los telegramas llevaban la misma orden: «¡Encuentren a Roehm!».

11 de febrero - 19 de mayo de 1972

Como todos los días, la limousine Zil de un negro brillante se paró a la entrada de una moderna y fea casa de apartamentos de la elegante Kutuzovsky Prospect. Eran exactamente las 8,35 de la mañana. Los milicianos apostados en la entrada observaron con indiferencia al joven de traje gris que salía del coche, sin abrigo y con la cabeza descubierta, a pesar del frío terrible de Moscú, y entraba corriendo en la casa. Dos minutos más tarde estaba de vuelta, seguido por un hombre alto y de fuerte complexión, con un sombrero de fieltro y un grueso abrigo. Sus rubias sienes empezaban a teñirse de blanco. Llevaba unas gafas sin montura sobre unos ojos inexpresivos; su labio superior ligeramente levantado daba una expresión de sempiterno disgusto a su rostro helado. Los milicianos juntaron sus tacones y saludaron. Yuri Vladimirovitch Andropov, presidente de la KGB devolvió lacónicamente el saludo, mientras un chófer uniformado le abría la puerta del automóvil. Su joven guardaespaldas se acomodó en el asiento delantero derecho. Andropov dejó su cartera de mano de cuero negro a su lado, y se quitó el sombrero.

—A la oficina, Piotr —le dijo tranquilamente al chófer. Quince minutos después —el tráfico era lento, a causa de la nieve que caía—, el automóvil se detuvo en el patio interior del n.º 2 de la Plaza Dzerzhinsky, sólo dos manzanas más allá del Kremlin. Respondiendo con breves inclinaciones de cabeza a los guardias armados que se ponían firmes a su paso, Andropov cruzó el patio interior, sin dirigir siquiera una mirada perdida al lóbrego complejo gris de la prisión de Lubianka, emplazada al otro lado del patio. Hacía tiempo que se había hecho a la idea de que tres de sus predecesores, Heinrikh Yagoda, Nikolai Yezhov («el enano sanguinario») y Laurenti Beria, fueron torturados y fusilados en sus cámaras de ejecución. Entró en la sección antigua de su cuartel general —más conocida como «el Centro» de la KGB—, por una pesada puerta de madera. Era un edificio de piedra gris, construido a principios de siglo, para sede central de la Compañía de Seguros de Todas las Rusias. Desde que el fundador del Servicio secreto soviético, Feliks

Edmundevich Dzerzhinsky, confiscó el edificio en 1918, se había mantenido como centro neurálgico del servicio, a pesar de sus frecuentes cambios de nombre y funciones acaecidos en el transcurso de los años: de la Cheka a la GPU, después la NKVD, MVD, y ahora KGB, el Comité para la Seguridad del Estado.

Andropov y su guardaespaldas marcharon a través de los corredores de verdes paredes, iluminados con bombillas ovaladas blancas que colgaban del techo a intervalos regulares. Sus pasos resonaban en el suelo de madera desnudo. Pasaron a la parte nueva del edificio, una estructura de aspecto pesado y compacto de nueve pisos, que había sido construida poco después de la Segunda Guerra Mundial por prisioneros políticos y alemanes capturados. Un viejo ascensor los condujo al tercer piso. El guardaespaldas le ayudó a quitarse el abrigo y el sombrero y desapareció en una habitación vecina, mientras Andropov, con su traje clásico de buen corte, entró en su despacho privado.

Era una habitación hermosa y amplia, ricamente amueblada y decorada con gusto. Las gruesas alfombras persas del suelo, los paneles de caoba oscura de las paredes, los sillones confortables, las enormes ventanas con vistas a la animada Marx Prospect, producían la impresión de que uno se encontraba en el despacho de un próspero hombre de negocios occidental. Sólo el retrato de Dzerzhinsky en la pared, y la hilera de seis teléfonos en la gran mesa de madera roja dejaban traslucir el carácter real del lugar. A Andropov le gustaba su despacho, y rechazaba con obstinación las sugerencias de sus colaboradores para que se trasladara al moderno complejo de cristal y acero que se ocultaba en un bloque de pinos de las afueras de Moscú. El edificio estaría terminado el verano próximo, pero el presidente ya había decidido que sólo el primer directorio (Operaciones en el extranjero), se trasladaría allí. Basaba su decisión de quedarse en la Plaza Dzerzhinsky en su proximidad al Kremlin.

Esa mañana había varias personas esperándole en su despacho. Todos ellos se levantaron cuando entró, y les rogó que volvieran a sentarse. Su voz era tranquila y educada, y sus gestos apacibles. Sólo sus ojos opacos sugerían que en aquella piel de cordero se ocultaba un lobo.

Todos sus adjuntos estaban presentes: Tsvigun, Pirozhkov, Pankratov, Malygin, Tsinev y Chebrikov. También estaban convocados Mikhail Tsymbal, director adjunto de Operaciones Extranjeras, Razumov, jefe del Directorio de Planificación y Análisis, y el general Lev Ivanovich Yulin, director del Octavo Departamento (Oriente Medio) del Primer Directorio. De

forma excepcional, se había permitido la asistencia a esta reunión extraordinaria a un oficial de enlace de la GRU, servicio de inteligencia militar, el coronel Mnoushkin.

Andropov se arrellanó en su sillón giratorio y esperó a que su secretario, un joven moreno de aspecto nervioso, le pusiera delante una delgada carpeta y desapareciera rápidamente.

—Camaradas —dijo—: escuchemos el informe del general Yulin sobre los últimos acontecimientos en torno al proyecto Aurora.

El general Lev Ivanovich Yulin era un hombre de baja estatura, cabellos grises y facciones angulosas, de ojos estrechos e inteligentes rodeados por pequeñas arrugas y profundamente hundidos bajo tupidas cejas blancas. Durante casi toda su vida había pertenecido al servicio secreto, y se sentía como en su casa en ese mundo de conspiraciones, peligros y traiciones. Había sido reclutado a los diecinueve años por los secuaces de Heinrich Yagoda, jefe de la NKVD, que entonces estaba muy ocupado con las sangrientas purgas de los años treinta, y buscaba hombres fanáticos y sin escrúpulos dispuestos a morir —o más bien a matar— en nombre de la Revolución. El joven Yulin había demostrado que podía ser a la vez depravado y sin principios. No obstante, deseaba otro tipo de trabajo secreto. La oportunidad se produjo durante la Segunda Guerra Mundial, cuando consiguió ganar renombre gracias a numerosas y audaces operaciones dentro de las filas enemigas. Una vez terminada la guerra, sus actividades se trasladaron a EE. UU. y a Europa Occidental.

Destinado con frecuencia en misiones especiales de la MVD, la NKVD y el GRU, participó en varias de las más espectaculares operaciones de espionaje de la era de la guerra fría. En la década de los cincuenta fue por primera vez a Oriente Medio, y descubrió allí un campo de actividades que se acoplaba perfectamente con sus gustos y su talento. Como jefe del grupo de operaciones especiales que había reclutado y entrenado personalmente, empezó a planear y llevar a cabo sorprendentes operaciones de espionaje en todo el Oriente Medio. Pronto fue nombrado jefe del Octavo Departamento, pero continuó dirigiendo a sus hombres en peligrosas operaciones en Israel y en los países árabes. Las empresas arriesgadas y bien planeadas eran como una droga para él, y odiaba el trabajo administrativo. A medida que pasaban los años, se mostraba justificadamente orgulloso de todos los golpes triunfales que había concebido y llevado a cabo: la planificación entre bastidores de asesinatos, chantaje político, corrupción ministerial y maniobras financieras que habían llevado al poder en Siria a un gobierno procomunista el año 1958;

la paralización de la ofensiva de la CIA en Egipto en 1955; la infiltración del régimen del general Kassem en Irak en 1959; el apoderamiento gradual del movimiento terrorista Al Fatah por parte de elementos pro-comunistas después de 1968. Consiguió personalmente primero comprometer, y después chantajear, varios israelíes eminentes, a quienes no quedó otra solución que suministrar a la KGB, durante muchos años, informaciones fidedignas sobre el potencial militar de Israel y sobre las tendencias políticas de sus líderes.

Con 58 años de edad, estaba considerado como uno de los mejores oficiales de la KGB, con buenas posibilidades para llegar a la cumbre en los próximos años. Pero permanecía en su actual puesto. Hombre de acción, con una intuición legendaria y una inteligencia aguda y esquemática, rehusó obstinadamente dejar su departamento para obtener un puesto más alto.

La reunión de esta mañana había sido convocada a instancia suya. Mostraba un semblante inexpresivo y su tono de voz era indiferente, cuando se incorporó y empezó a hablar, sin consultar la carpeta que tenía delante.

—Ha pasado ya más de un mes desde que los comandos israelíes efectuaron una agresiva penetración en suelo egipcio y se apoderaron de nuestras instalaciones de Marsa. Pero el gobierno de Tel Aviv no ha publicado todavía una sola palabra sobre ello. Todos sabemos que ha habido funcionarios del gobierno y oficiales de las Fuerzas Armadas que han confesado, de modo extraoficial, que la información publicada por el *Sunday Magazine* era más o menos correcta, y que habían capturado un nuevo tipo de radar, que todavía estaba siendo examinado. Paradójicamente, esas filtraciones informales han conseguido acallar hasta ahora todas las posibles sospechas del gobierno egipcio. Como seguramente todos ustedes recordarán, cuando pusimos en marcha el proyecto Aurora, informamos a Egipto que Marsa se emplearía para experimentar un nuevo tipo de radar que luego pasaría al sistema de defensa aérea.

«Alguno de ustedes se habrá visto tentado a pensar que los israelíes no han sido capaces de descubrir el objetivo real de las instalaciones. Desgraciadamente, hemos recibido pruebas fehacientes de todo lo contrario. Sabemos que pocos días después de la operación, el director de la Mossad, Peled, voló hacia Washington y presentó un informe completo sobre el equipo y documentos capturados en Marsa. Se convocó una reunión del Consejo Nacional de Seguridad, pero no se llegó a tomar ninguna decisión. Nuestra fuente de información señala que están totalmente a oscuras sobre nuestras intenciones —Yulin se puso sus gafas y por primera vez ojeó sus papeles—. Nuestro informante dice: “El presidente y sus asesores mostraron su

impotencia y admitieron que no podían hacer nada para bloquear nuestros proyectos, ni siquiera informar al Gobierno egipcio”».

Yulin observó a su alrededor, como para asegurarse de que todos habían comprendido.

—Por otra parte, el director de la Mossad fue seguido desde Washington a Nueva York, y posteriormente hasta Munich. Desde allí se dirigió directamente a la residencia de Gehlen —hizo una nueva pausa—. Ustedes conocen perfectamente, camaradas, lo que eso significa. A Gehlen sólo habrá podido pedirle una cosa: sus contactos en nuestro país. Creo que los israelíes quieren obtener información sobre el proyecto Aurora desde dentro de la URSS. Tendremos que andar con mucho cuidado. Ése... este desgraciado incidente puede destruir completamente todos nuestros esfuerzos en Egipto.

Razumov, el jefe de Planificación y Análisis, miró a Yulin con una media sonrisa pintada en su rostro.

—Veo que está usted preocupado, Lev Ivanovich, y entiendo perfectamente por qué. Pero si tratamos de analizar la situación, todo se reduce al hecho de que los israelíes, y los estadounidenses saben algo sobre Aurora, pero son incapaces de reaccionar. ¿No es así? Si nosotros conseguimos manejar a los egipcios, podremos seguir adelante con el plan. Usted, usted mismo ha dicho que los norteamericanos son incapaces de reaccionar.

Andropov hizo un gesto de aprobación.

—La decisión del Politburó sigue siendo firme —dijo—. Debemos continuar la construcción de nuestras instalaciones en Egipto. Debemos doblar las medidas de camuflaje y de seguridad. También tendremos que protestar ante el Gobierno egipcio por la pobre vigilancia de sus soldados alrededor de la base de Marsa, y exigir que se refuerce la vigilancia en nuestras otras bases. Sugiero incluso que les dejemos visitar una de las bases en las que no se haga nada importante, con el pretexto de mostrarles las medidas de seguridad que nosotros estamos aplicando. Ellos se sentirán halagados, y con ello evitaremos por adelantado cualquier solicitud egipcia de visitar todas nuestras bases, lo que podría precipitar un conflicto desagradable.

Yulin no parecía convencido.

—Podríamos continuar como si nada hubiera sucedido si se tratara de una cuestión de semanas, incluso de meses, camarada presidente. Pero en este caso todavía nos queda trabajo para uno o dos años, como mínimo.

—¿No podríamos acelerar todo el proyecto? —preguntó Andropov—. Podríamos ordenar a la Armada que empezara inmediatamente el embarque de los misiles, y simplificar el diseño de los silos de lanzamiento. ¿Qué hay de nuestros amigos allí? ¿Cuándo estarán listos para tomar el poder?

—Aún es pronto, camarada Andropov —contestó rápidamente Yulin—. Tenemos que andar con mucho cuidado esta vez. Todos sabemos lo que ocurrió el pasado mes de mayo. Nuestra gente fue demasiado impaciente, y el resultado fue que el presidente Sadat desmanteló toda la organización y envió a todo el mundo a la cárcel: Alí Sabri, Sharaf, Gomaa, Fawzi... Nuestra última esperanza es el general Salem.

—Muy bien, ¿qué pasa con Salem? —Andropov empezaba a impacientarse.

—Es un buen hombre, camarada, pero calculamos que sólo será capaz de derribar a Sadat después de una guerra victoriosa contra Israel. Sólo entonces tendrá a su lado al ejército y al pueblo. Pero necesitarán bastante tiempo antes de que sean capaces de desencadenar una guerra. A eso me refería cuando hablaba de uno o dos años. No creo que podamos arriesgarnos a nada antes de la guerra.

—Muy bien —confirmó Andropov, pensativo—. Informaré de esto al Politburó. Resumamos la situación en la actualidad: el enemigo ha obtenido accidentalmente una vaga noción de lo que va a suceder. No puede entrar en acción basándose en ese conocimiento. Por tanto, debemos esperar una operación secreta norteamericana-israelí. Debemos descubrir exactamente qué es lo que saben los israelíes. Debemos también conocer qué es lo que intentan hacer. Es posible que estén preparando ya un plan militar para destruir nuestras bases. La única forma de hacerlo es por medio de la aviación. Debemos, por tanto, dar máxima prioridad a nuestra infiltración en las Fuerzas Aéreas israelíes.

—Eso resultará muy difícil, camarada presidente —advirtió Yulin—. Desde que cerramos nuestra embajada en Tel Aviv durante la guerra de los Seis Días, casi no tenemos contactos allí.

—¿No hay espías inactivos? —preguntó Andropov. Sin duda pensaba en todos los agentes que él y sus hombres habían entrenado y colocado en países extranjeros en un plan de largo alcance, que quedaron inactivos durante años, hasta conseguir coberturas seguras para sí mismos.

—Sí, varios —admitió Yulin—, pero no están en condiciones de entrar en contacto con las Fuerzas Aéreas. Los israelíes tomarán ahora mayores

medidas de seguridad, y cualquier intento forzado de entrar en contacto puede ser perjudicial para Aurora.

—Probemos entonces el lado norteamericano —sugirió Andropov—. Los israelíes informan regularmente al Pentágono sobre sus proyectos, sus planes de adiestramiento, etc. Cualquier nuevo proyecto operativo dará lugar a pedidos de nuevos equipos para sus Fuerzas Aéreas, y en ese sentido Razumov hará el trabajo deductivo para nosotros. Pruebe en ambos lados, Yulin, ¿de acuerdo?

—Sí, camarada. ¿Y en cuanto a la reunión de Peled con Gehlen?

—Ya nos ocuparemos de eso —replicó Andropov, completa— mente abstraído.

La reunión había terminado, y los presentes se levantaron para marcharse. Por un momento, el general Yulin permaneció sentado, con aspecto perplejo y preocupado.

Andropov no estaba tan tranquilo y confiado como aparentaba. Esa misma tarde era introducido en el despacho del primer secretario del Partido Comunista, en el Kremlin. El secretario convocó rápidamente al primer ministro y a los ministros de Defensa y de Asuntos Exteriores.

—Esa expedición sobre Marsa puede poner fin al proyecto Aurora —les informó Andropov—. Existen pruebas de que en las últimas semanas los servicios secretos norteamericanos e israelíes están desarrollando una actividad sin precedentes en los países árabes, especialmente en Egipto. Están decididos a descubrir exactamente cuáles son nuestras intenciones. Y lo conseguirán, salvo que hagamos un alto *inmediatamente*.

—¿Tiene usted algo que sugerir? —le preguntó ácidamente el mariscal Grechko.

El ministro de Defensa no podía acostumbrarse a la idea de que la KGB pudiera imponer sus puntos de vista y su política sobre el poderoso ejército soviético siempre que ella quisiera.

—Sí, en efecto —contestó Andropov agriamente—. Creo que debemos montar una amplia operación de cortina de humo. Tenemos que convencer a los israelíes de que nos hemos visto forzados a abandonar nuestros planes. ¡Y la única forma de hacerlo es abandonar Egipto!

—¿Abandonar Egipto? ¿Qué quiere decir, Yuri Vladimirovitch? —el ministro de Asuntos Exteriores parecía alarmado.

—Quiero decir que tenemos que maniobrar de tal forma que consigamos que Egipto expulse a la mayoría de nuestros veintidós mil expertos y asesores militares de su territorio. Se difundirían noticias de una crisis muy grave entre

Egipto y la URSS. Se intercambiarían duras notas diplomáticas. Eso convencería a los israelíes de que nuestros planes habían sido abandonados. En realidad, los preparativos del proyecto Aurora proseguirían secretamente.

—Todo eso suena como muy imprudente —dijo el ministro de Asuntos Exteriores—. Poner en peligro nuestras relaciones con Egipto, sacar a todos esos miles de oficiales soviéticos enviados allí. ¿Y todo eso para qué?

—Precisamente —respondió Andropov—. Las apuestas son muy altas. No creo que deba usted preocuparse. Sabe tan bien como yo que en un año o dos los egipcios desencadenarán la guerra contra Israel. Necesitarán armas, aviones, repuestos y apoyo internacional. Entonces vendrán a suplicarnos — con expertos o sin expertos—, y será el momento de poner en marcha el proyecto Aurora. Ése será el último mazazo para Occidente. Sin el petróleo, toda Europa Occidental y Norteamérica estarán a nuestra merced.

—Sí, eso lo sabemos —dijo el primer secretario bruscamente.

—¿Entonces, Leónidas Ilyich? —Andropov le miró de manera desafiante. El secretario permaneció en silencio algunos segundos.

—Convocaré una reunión extraordinaria del Politburó para mañana por la mañana —dijo, finalmente.

Karol Thaler, el corresponsal en Londres de la agencia UPI, que se había hecho famoso con sus informaciones interiores sobre el bloque soviético, fue el primero en publicar las sensacionales noticias el 19 de mayo de 1972. Los expertos rusos abandonan Egipto, decía su primer *flash* informativo en miles de teletipos de periódicos de todo el mundo. Thaler proseguía comunicando los «rumores sin confirmar» sobre una disputa que había estallado entre los gobiernos de Rusia y Egipto. A consecuencia de la negativa soviética a suministrar a Egipto modernos cazas MIG-23 y misiles sofisticados, el presidente Sadat había exigido que la mayoría de los expertos rusos abandonaran Egipto con sus familias. Rusia estaba preparando frenéticamente un puente aéreo para transportar a muchos miles de sus oficiales, con sus mujeres y niños.

En los siguientes días se confirmaron los rumores. Cualquier periodista extranjero podía comprobar con sus propios ojos el apresurado éxodo de los asesores militares soviéticos. Se los podía ver con sus familias en los zocos de El Cairo y Alejandría, comprando recuerdos antes de su salida; autobuses repletos se dirigían hacia los aeropuertos militares, donde pesados aviones Tupolev e Ilyushin despegaban a todas horas. Otros, la mayoría familias con sus niños pequeños, abarrotaban el puerto de Alejandría, esperando la llegada de buques rusos y polacos que los devolverían a su país. En un intercambio de

secos comunicados oficiales entre Moscú y El Cairo, se anunció que la mayoría de los expertos soviéticos, al haber terminado sus cometidos en Egipto, abandonaban el país. Sólo varios cientos de técnicos permanecerían allí durante un período limitado de tiempo.

Israel estaba eufórico. Distinguidos comentaristas y expertos explicaban a la nación aliviada que la penetración soviética en Oriente Medio tocaba a su fin, y que la URSS había sufrido su más humillante derrota en Oriente Medio. El presidente Sadat de Egipto, señalaban, al perder a su aliado más importante, ya no podía soñar con una guerra contra Israel, y tendría ahora que empezar a negociar. El asunto se discutió a fondo con el Gobierno israelí, que adoptó la postura de considerar que el peligro ruso en Oriente Medio había desaparecido, al menos por el momento. En las reuniones de la Comisión de servicios secretos, los directores de varios de los servicios de inteligencia expresaron opiniones similares. La misma opinión podía escucharse en Washington.

El plan de Andropov, en efecto, había sido una idea genial. Casi consiguió su objetivo. Casi, pero no del todo. Pues mientras todos sus colegas estaban exultantes, celebrando el fin de sus problemas, un hombre —Jeremiah Peled—, seguía adelante con su operación, tozudo como un *bulldog*.

Segunda Parte

El nombre

28 de agosto - 12 de noviembre de 1972

Era más de medianoche, y la señora María Jacinto Ribeiro, dueña del bar Cangaceiro de Sao Paulo, estaba cada vez más preocupada. Una mulata gorda con poco más de cincuenta años, no paraba de retorcer nerviosamente su pañuelo rosa cuando miraba a los dos alemanes sentados en la mesa 17. Estaban borrachos, gritaban, reían ruidosamente, golpeaban la mesa con sus puños, y pellizcaban afanosamente los traseros de las asustadas camareras. No es que la señora Ribeiro estuviese en contra de que pellizcaran los traseros de sus camareras, especialmente si eso ayudaba a los clientes a juzgar la calidad de las chicas y pidieran una para sí en las tranquilas habitaciones convenientemente situadas a lo largo del vestíbulo. Ella misma había sido objeto de tales aventuras cuando empezó su carrera, treinta y cinco años antes como chica del «salón» de Alcido Costa, en la favela de Río, cuando era una joven hermosa, delgada y de pequeños pechos. Eso era parte del juego. Pero esos dos alemanes estaban yendo demasiado lejos esta noche. Con terribles risotadas, echaban tras de sí las pesadas jarras de vidrio que luego estallaban en el suelo de baldosas. La mayoría de los otros clientes, con miedo a intervenir, habían pagado rápidamente sus cuentas y se habían marchado. El matón de la señora Ribeiro, Cicero, un hombre enorme de puños de hierro, faltaba desde el domingo. No había nadie que pudiera parar a esos salvajes *estrangeiros* mientras fuera tiempo. Ella sabía demasiado bien lo que iba a pasar: pronto empezarían a desafiar y a insultar a los pocos clientes que quedaban, se iniciaría una pelea, convertirían el local en un infierno, y tendría que llamar a la policía. Ésa era su mayor preocupación. Con todas esas camareras, las habitaciones que había y otras prácticas ilegales, una visita de la policía podría resultar desastrosa.

—¡*Minhu Madre!* —murmuró fervorosamente, dirigiéndose a la Virgen María en el lugar más inapropiado—. ¡Te lo ruego, haz algo!

Una camarera chilló cuando uno de los alemanes, un hombre grueso y bajito, con bigote castaño y cráneo calvo en forma de huevo, le golpeó vigorosamente en el trasero, haciéndole derramar la mitad de la cerveza que

estaba tratando de dejar en la mesa. Se produjeron nuevas carcajadas. El otro hombre, grande y de anchos hombros, de pelo rubio enmarañado y una sonrisa untuosa en su cara rojiza de pómulos pesados, empezó a cantar una canción alemana de bebedores de cerveza, a plena voz. Su compañero se unió a él, y en un momento estaban pegando gritos con sus voces roncas, golpeándose en la espalda y pateando el suelo cubierto de pedazos de vidrio.

De repente, uno de los clientes dejó firmemente su vaso en la barra y se dirigió directamente a su mesa. Era un hombre alto, delgado, de ojos azules y elegantemente vestido con un traje azul. Hasta ese momento había estado bebiendo tranquilamente su cerveza, y parecía indiferente a los ruidos procedentes de la mesa 17. Se presentó ante la mesa de los dos borrachos.

—¿No pueden ustedes calmarse, por favor? —les dijo en alemán. Su voz era tranquila y fría—. Están ustedes molestando a todo el mundo. Esto no es una pocilga. Los cantos cesaron bruscamente.

—Mira a ese bastardo, Klaus —dijo con desdén el alemán bajito y regordete—. No quiere dejarnos cantar. ¿Quién diablos se creerá que es?

Klaus se levantó amenazadoramente, apartó su taburete y se dirigió al intruso. Era mucho más alto que su adversario, y bajo las mangas de su chaqueta manchada de cerveza se adivinaban unos músculos poderosos. Con agilidad insospechada para un hombre de su contextura y su estado de ebriedad, lanzó su mano derecha, y su enorme puño se estrelló con terrible fuerza en la cara sin protección de su contrario. Catapultado literalmente por los aires, el hombre del traje azul cayó sobre una mesa, volcándola en su caída, y quedó inmóvil durante un momento entre los fragmentos de vasos y bebidas derramadas. Klaus volvió a soltar una fuerte risotada, mientras las aterrorizadas camareras corrieron a buscar refugio detrás de la barra. Bastantes clientes se retiraron hacia la salida.

—¡*Minha Madre!* —gritó la señora Ribeiro, mientras se santiguaba varias veces con su mano temblorosa.

El hombre que estaba en el suelo poco a poco consiguió incorporarse. Con su manga se secó un pequeño reguero de sangre que le brotaba del lado izquierdo de la boca. Dio un paso hacia adelante, se sacudió la cabeza y se dirigió hacia su agresor.

—Si quieres más, aquí te espero —rugió Klaus, levantando su formidable puño.

Eso fue lo último que hizo. Con un rápido gesto de su brazo izquierdo su adversario paró el golpe que le llegaba, golpeando enérgicamente el estómago descubierto del sorprendido gigante con su puño derecho. Klaus jadeó y se

echó hacia atrás dolorido, agarrándose el vientre con ambas manos. Dos nuevos golpes en rápida sucesión se estrellaron en sus pómulos. Se tambaleó hacia atrás y luego cayó pesadamente, pero el otro lo izó por las solapas de la chaqueta, estrellándole a continuación un terrible derechazo en el ojo izquierdo. Entonces lo dejó caer y se volvió hacia su aterrorizado compañero.

—¿Qué pasa contigo? —le dijo, resoplando—, ¿quieres reunirte con tu amigo?

El asustado hombrecillo, que había perdido temporalmente el habla, movió vigorosamente su cabeza para asegurarle que no tenía el menor deseo de reunirse con su espatarrado e inmóvil compañero.

—¡Entonces, desaparece inmediatamente de aquí!

El hombrecillo se apresuró a decir que sí con la cabeza.

El hombre de azul se acercó de nuevo a la barra y cogió su cerveza. Varias personas se arremolinaron en torno a él, felicitándole por su pelea. Era también un extranjero, pero un extranjero *macho*. La señora Ribeiro le sonrió coquetonamente, mandó a las chicas a limpiar los desperfectos, y le preguntó si quería beber más, a cuenta de la casa, por supuesto. El hombre sonrió y empezaba a contestar en portugués, cuando vio de nuevo el terror en sus ojos. Se volvió lentamente y se encontró a Klaus frente a él. Pero una mirada a sus brazos caídos le bastó para darse cuenta de que no había nada que temer. El ojo izquierdo de Klaus estaba casi cerrado, y la piel a su alrededor se estaba volviendo violeta, casi azul. La expresión de su rostro era humilde y conciliadora, lo mismo que su tono de voz.

—No hay problemas, *Mein Herr* —dijo con su voz ronca, todavía bajo los efectos del alcohol—. Mi amigo y yo —y señaló hacia la pequeña figura con cabeza de huevo en la mesa 17— queremos excusarnos. No queríamos molestar a nadie. Lo sentimos mucho. Chóquela, ¿eh?

El hombre dudó, y luego estrechó la mano de Klaus.

—Mi nombre es Lemming, Klaus Lemming —dijo el hombretón—, y mi amigo se llama Antón Kunda. Pagaremos todos los vasos rotos. ¿De acuerdo? Ahora venga con nosotros y tómese una copa, por favor, para hacer las paces. Es usted un buen luchador; queremos beber a su salud, *ja?*

El hombre del traje azul lo miró un momento. Luego se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—; voy con ustedes.

—¡*Wunderbar!* Venga, por favor. Esta noche estamos celebrando algo. Un magnífico negocio. Así que ya lo sabe. Nos sentiremos muy honrados, *Herr... Herr...*

—Bauer, Hermann Bauer —contestó el hombre de azul, y se dirigió hacia la mesa 17, retirando suave pero firmemente el pesado brazo que Klaus Lemming había puesto en su hombro, en un gesto demasiado amistoso.

Lemming y Kunda pusieron todo de su parte para agradecer a su nuevo amigo, pero estaban demasiado borrachos. Lo mejor que Bauer pudo hacer por ellos fue llevarlos hasta un taxi y enviarlos a su hotel, pero no antes de que le hicieran prometer que sería su invitado a cenar la noche siguiente. Y así, exactamente a las 8 de la noche del 30 de agosto, Hermann Bauer entró en el lujoso *foyer* del magnífico Hotel do Brasil.

Kunda y Lemming le esperaban en el bar tropical. Ya sobrios y tratando de comportarse con dignidad, eran bastante distintos a los vulgares camorristas que había conocido la noche anterior. Impecablemente enfundados en costosos trajes oscuros, incluso podían haber presentado un aspecto respetable, si no fuera por el ojo morado de Lemming. Lo condujeron amablemente al exquisito restaurante francés de la última planta. Junto a una botella de carísimo borgoña, Kunda le habló de ambos. Lemming llevaba veinte años viviendo en Montevideo, capital de Uruguay, y él vivía en Frankfurt.

Ambos estaban haciendo un viaje por las capitales americanas, le dijo Kunda, para estudiar las posibilidades de promocionar una gran agencia de viajes, que organizaría viajes en grupo desde Alemania, Austria y Escandinavia, a través de toda América del Sur. La agencia había sido fundada recientemente por un grupo de amigos en Frankfurt, y un «millonario en Alemania Occidental» había invertido una importante suma que constituiría el capital inicial durante los primeros dos años. Kunda dirigía la oficina de Frankfurt; Lemming sería el principal agente para América del Sur. Ayer noche estaban muy animados porque acababan de firmar «un fantástico contrato» con Varig, la compañía aérea nacional del Brasil.

—¿Ya tienen un nombre para su agencia? —preguntó Bauer, con repentino interés.

—Claro que sí —respondió Kunda, sacando de su cartera una tarjeta de visita en la que figuraba su nombre como director de «Sombrero-Reisen», Frankfurt—. A la gente les gustan estos nombres exóticos —dijo, con una mueca.

—Se lo pregunto porque quizá podríamos mantener algún tipo de relaciones comerciales —aclaró Bauer—. Bueno, yo hace veinticuatro años que resido en Brasil. Hace pocos meses me trasladé a Sao Paulo y abrí aquí un servicio de aero-taxis. Tenemos algunos aviones ligeros: dos Cessnas, dos

Irlanders. Con frecuencia los alquilamos a pequeños grupos de turistas para vuelos a Paraguay, al Mato Grosso, e incluso para excursiones de varios días por todo Brasil. Quizá podríamos hacer algunos negocios juntos.

—Bueno, no lo sé —respondió vagamente Kunda, ajustándose nerviosamente sus gafas oscuras—. Nosotros, como ve, ya tenemos todo concertado de antemano: contratos, acuerdos y todo lo demás.

—¿Pero no se han puesto en contacto con ningún servicio como el mío?

Kunda miró rápidamente a Lemming.

—No estoy seguro de que su servicio esté exactamente en nuestra línea de actividades —dijo embarazosamente Lemming.

El resto de la comida se desarrolló en silencio. La casi instintiva negativa de los dos agentes de viajes a considerar su oferta ofendió a Bauer, pero no dijo nada. Se bebió de un trago su *cafezinho*, se levantó bruscamente y estrechó las manos de los dos hombres antes de que éstos pudieran ni siquiera ofrecerse a acompañarle hasta su coche.

—Que pasen una agradable estancia aquí —les dijo fríamente, y luego pareció cambiar de opinión—. ¿Cuánto tiempo piensan permanecer en Sao Paulo?

—Oh, algunos días más —respondió Lemming, ausente.

—Bueno, adiós, y gracias por la excelente cena. Al salir del Hotel do Brasil, Bauer estaba convencido de que nunca más volvería a ver a los dos alemanes.

Pero fue Bauer quien al día siguiente les telefoneó. Tuvo que marcharse un poco precipitadamente la noche anterior, les dijo, pero se sentiría muy honrado si aceptaban venir a cenar esa noche a su casa al lado de la playa. Su mujer y sus hijos estarían encantados de conocerlos. Le contestaron que sí, y no se arrepintieron. Fue una noche magnífica al aire libre, entre las espléndidas palmeras del jardín de Bauer, con las suaves olas del Atlántico chapoteando perezosamente a sus pies. Casi no hablaron de negocios, salvo por una casual observación de Bauer.

—Hice algunas verificaciones sobre ustedes —dijo con una risita ahogada—. Hablé con el director de la Varig en Sao Paulo, un buen amigo mío. Me dijo que había examinado informes sobre su agencia antes de firmar el contrato, y que parecen ustedes de plena confianza. Predijo un brillante futuro para Sombrero-Reisen.

Kunda y Lemming parecían halagados. A la cena siguieron varias excursiones por el mar, otras cenas y una excursión deliciosa a la provincia alemanas de Santa Catalina. Volaron una mañana soleada en uno de los

Cessnas de Bauer y regresaron muy avanzada la noche. Bauer los condujo al hotel, pero antes de que se bajaran del coche, Kunda, que estaba sentado en el asiento posterior, se incorporó hacia adelante y pasó un brazo por el hombro de Bauer.

—Hermann, ¿quieres acompañarnos a tomar una copa? Nosotros nos marchamos mañana, y me gustaría hablar contigo.

Encontraron sitio en un rincón aislado del bar. Kunda miraba pensativamente a Bauer.

—¿Puedo hacer una pregunta? De índole personal, quiero decir.

—Claro que sí —dijo Bauer, sorprendido.

—Hemos pasado mucho tiempo juntos durante la semana pasada. Hemos hablado sobre muchísimas cosas. Pero cada vez que tocábamos el tema de lo que habíamos hecho durante la guerra, tú te cerrabas como una ostra. ¿Por qué, Hermann?

—Es algo de lo que no me gusta hablar —dijo Bauer, distante. Luego añadió—: la verdad es que yo también puedo preguntaros lo mismo. Tampoco me habéis dicho lo que hicisteis durante la guerra.

—Quizá por las mismas razones que tú —intervino Lemming enigmáticamente.

Bauer lo miró incisivamente.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, vamos —dijo Kunda, en tono conciliador—. Tú has hecho averiguaciones sobre nosotros, pero también nosotros las hemos hecho sobre ti. Llevas veinticuatro años viviendo en Brasil, como tú mismo nos dijiste. A propósito, hay muchos alemanes en este país y en toda América del Sur, que emigraron hacia aquí en los años siguientes a la guerra. Consideraban simplemente que Alemania ya no era un lugar seguro. Comprendían que su país había sido traicionado, y se veían perseguidos por lo que habían hecho o dejado de hacer.

—¡Yo no estoy avergonzado de nada de lo que hice! —exclamó Bauer, con tono estridente.

—Nosotros tampoco, Hermann —replicó inmediatamente Kunda—. Tú pertenecías al ejército alemán. Te escapaste a Brasil. Eres más o menos conocido para algunos de nuestros amigos. Éstos son los hechos.

—¿Qué tipos de amigos tenéis aquí? —Bauer estaba tenso como la cuerda de un violín.

—Buena gente —respondió Kunda, y añadió, conciliadoramente—. Mira, seamos francos. No hubiera hablado contigo así, si no hubiera recibido luz

verde de mi gente. Yo era un oficial de las SS durante la guerra, lo mismo que Klaus. Igual que la mayoría de nuestros socios en Sombrero-Reisen. Quizá puedas llamarla una organización de amigos, para ayudarse mutuamente y ayudar a otros si hubiera necesidad. Nuestro principal financiador también estaba con nosotros durante la guerra. Hoy estamos en posición bastante segura ¿no, Klaus?

Klaus afirmó con la cabeza.

—Puedes examinar los archivos de oficiales de las SS. No encontrarás ningún Kunda o Lemming allí. Nuestros antiguos apellidos hace tiempo que están enterrados y casi olvidados. Y lo mismo sucede con todos nuestros amigos. No te preguntaré si Bauer es tu verdadero nombre. Ése es tu secreto.

Bauer no contestó nada, pero Kunda alzó su mano.

—Por favor. Habrás comprendido que, hasta ahora, la razón principal de nuestra resistencia a hablar de negocios contigo era porque tenemos una norma fundamental en nuestra organización: no aceptar a nadie de fuera, sólo de los nuestros. Queríamos estar seguros, eso es todo. Muchos de nosotros, incluso Klaus y yo mismo, todavía estamos siendo buscados por comandos israelíes y por la policía alemana. Nuestro jefe se ha pasado media vida oculto, hasta que consiguió hacerse con una nueva identidad segura. Yo ahora tengo la impresión de que tú eres uno de los nuestros. Nuestros amigos aquí dicen que tu situación económica es bastante difícil. Tu servicio de aero-taxis no marcha muy bien, y nuestra agencia podría ser la salvación para ti. Bauer no dijo nada.

—Si todavía sigues interesado —prosiguió Kunda con suavidad—, hablaré con nuestros amigos a mi regreso a Alemania. Serías un magnífico director de nuestra oficina brasileña.

—Estoy interesado —dijo Bauer, mirándole directamente a los ojos. Y añadió—: No tenéis por qué preocuparos. Y tú sabes a qué me refiero.

Kunda se levantó de su asiento y estrechó vigorosamente la mano de Bauer.

—¡Bueno! Mañana regresaré a Frankfurt. Ya recibirás noticias. Dentro de un par de meses tendremos una reunión de todos nuestros directivos en América del Sur, en Brasil, en Argentina o quizás en Uruguay. Conocerás al jefe en persona. Estoy seguro de que todo marchará sobre ruedas. También Lemming estrechó la mano de Bauer.

—No tengas remordimientos por mi ojo, amigo —le dijo sonriendo—; ya está completamente curado. Espero que entres en nuestro negocio. Será una mina de oro. Lo sé.

A finales de octubre, Hermann Bauer recibió una carta certificada de Frankfurt. Un sombrero lleno de colores aparecía impreso en el sobre, encima de la inscripción «Sombrero-Reisen», seguida de una larga serie de direcciones, apartados de correos y números de teléfono de Alemania, Noruega, Suecia y Dinamarca. Bauer rasgó el sobre. Dentro había una carta en términos muy cordiales de Antón Kunda. Estaba encantado de informarle que el «gran jefe» estaba a favor de que entrara a formar parte de la agencia. La reunión de la que había hablado iba a celebrarse el 13 de noviembre en Montevideo. Adjuntaba un billete de ida y vuelta a Montevideo. Habían efectuado una reserva a nombre de Bauer a partir del 12 de noviembre en el Hotel Victoria. «Estaremos encantados de volver a verte. Klaus y yo te enviamos nuestros mejores deseos y nuestros más profundos respetos a *Frau Bauer*».

Bauer sonrió de satisfacción mientras leía la carta. Había resultado bastante difícil, pero lo había conseguido. Cogió el teléfono y marcó un número. Esa misma noche, en un café destartado al borde de la playa, estuvo reunido un buen rato con dos hombres, escuchando cuidadosamente sus instrucciones. Antes de marcharse, uno de los hombres le entregó una lista de nombres y números de teléfono.

—Memorízala y destrúyela —le dijo—. Un informe telefónico cada doce horas. El último número de teléfono es en caso de emergencia. Nuestra gente de allí estará siempre cerca, por si acaso es una trampa.

El 10 de noviembre, Bauer recibió un telegrama: Te esperamos el miércoles en Montevideo. saludos. Anton.

Cuando subió al avión de Air France con destino a la capital de Uruguay, Bauer llevaba en el bolsillo un revólver Colt calibre 38. Por si acaso.

6

8 - 13 de noviembre de 1972

El 8 de noviembre, Rolf Roeder, con pasaporte austríaco núm. 726 161, llegó a Montevideo. Se alojó en el Hotel Gloria Palace y alquiló un «Volkswagen» verde. Pasó la mayor parte de los días siguientes en la habitación de su hotel, y por las noches salía y regresaba solo.

El 9 de noviembre, Otto Klein, con pasaporte alemán núm. 2 778 905, llegó a Montevideo. Se alojó en el Hotel Uruguay y alquiló un «Fiat 124».

El 11 de noviembre, Rudy Buehler, con pasaporte alemán núm. 995 971, llegó a Montevideo. Se alojó en el Hotel Nogaro y alquiló un «Ford Cortina» blanco.

Ese mismo día, Antón Kunda llegó procedente de Frankfurt, vía Lisboa y Río, en un avión de la Varig. Fue recibido en el aeropuerto por Klaus Lemming, quien lo condujo al Hotel Victoria y allí le entregó las llaves y documentos de un «Volkswagen» negro alquilado.

—¿Todo va bien? —preguntó Kunda.

—Sí. Hermann llega mañana, así que podemos mantener la fecha original del 13 de noviembre. Se reunirá con nuestra gente en una casa de la calle Bolivia, en Morales, junto a la playa. Es un sitio tranquilo, y nadie nos molestará.

—Muy bien —dijo Kunda, aunque estremecido.

—¿Temes alguna trampa? —le preguntó Lemming.

—No lo sé —contestó—. Hasta ahora, Hermann no nos ha dado ningún motivo para sospechar. Pero nunca se sabe, claro.

—¿Podemos hacer algo?

—Vigilarlo. Envía a alguien delante de mí al aeropuerto para cuando llegue, y que vea si lleva armas. Y pon a alguien que le siga si sale del hotel. Eso es todo lo que podemos hacer. ¿Puedes registrar sus llamadas telefónicas?

—No. Es imposible. —Lemming estaba seguro de eso.

El 12 de noviembre, Bauer aterrizó en Montevideo. Por los altavoces le pedían que se presentara en Información, donde le indicaron que un tal señor Kunda le estaba esperando en su coche fuera de la terminal. Se dirigió hacia

la salida, con una pequeña bolsa de fin de semana. Un joven que venía corriendo tropezó con él, resbaló y luego se incorporó, rozándole ligeramente. Le pidió perdón con aire ausente y prosiguió su carrera hacia la salida, llegando a las grandes puertas de cristal unos treinta segundos antes que Bauer. El joven miró a Kunda, que estaba de pie ante su «Volkswagen», y movió sus labios. «Pistola» decían sus labios mudos. El rostro de Kunda permaneció impasible bajo sus gafas oscuras.

Un momento después, la figura familiar y erguida de Bauer surgió del edificio de la terminal. Kunda le hizo unas señas, y luego se saludaron calurosamente. Lo condujo al Hotel Victoria, pero declinó la invitación hecha por Bauer para salir esa noche.

—Llegué esta noche de Frankfurt y todavía no me he adaptado a la diferencia de horarios —le explicó—; me siento como borracho, y tengo un terrible dolor de cabeza.

—¿Cuándo nos veremos, pues? —le preguntó Bauer.

—Como convinimos. Te recogeré mañana sobre la una menos cuarto. Tendremos una comida con toda nuestra gente. La mayoría de ellos ya están aquí. El jefe llegará esta noche.

—¿Dónde será la reunión? —Bauer trataba que su voz sonara despreocupada.

—En casa de Lemming.

—¿Dónde? —insistió.

Kunda lo miró por un momento, sonrió y se sacó un trozo de papel del bolsillo, leyendo en voz alta la dirección.

El 13 de noviembre, a las 12.30 del mediodía, Bauer marcó un número de teléfono por la línea directa de su habitación.

—Tengo una cita a la una de la tarde en la Casa Cuvertini, calle Bolivia. Si no regreso o no llamo a las dos y media, poneros en movimiento.

Las calles del tranquilo suburbio residencial del Morales estaban desiertas. Era el final de la primavera en Uruguay, y el aire ya era húmedo y sofocante. El sol parecía querer derretir el asfalto negro de las calles. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, y la gente se había encerrado en sus casas para pasar unas horas de bendita siesta latina.

El «Volkswagen» negro se paró en la calle Bolivia, a la entrada de la Casa Cuvertini. Un «Volkswagen» verde y un «Cortina» blanco estaban también aparcados allí.

—Éste es el lugar —dijo Kunda.

Bauer salió del coche y echó una mirada alrededor. No se veía a nadie.

—¿Quieres indicarme el camino? —le pidió muy amablemente. Kunda observó las pequeñas gotas de sudor en su frente, y la involuntaria rigidez de los músculos de su cara. El hombre estaba en un estado de alta tensión.

Kunda pasó delante y llamó al timbre. Rápidos pasos que se acercaban sonaron en el interior. La puerta se abrió y allí estaba Lemming, sonriendo complacido.

—¡Hermann! ¡Bien venido! Pasa, pasa.

Bauer entró.

—Hola, Klaus, cómo...

Todo ocurrió en un segundo. Al tiempo que la puerta se cerraba, alguien saltó por detrás sobre Bauer abrazándole con terrible fuerza, con lo que inmovilizaba sus brazos. Otros dos hombres, que esperaban en el oscuro corredor con sus armas preparadas, se le acercaron apuntándole al pecho y a la cabeza. La enorme mano de Lemming se pegó a su boca, casi sofocándole.

—¡No te muevas! ¡No intentes alcanzar tu pistola! —la orden de Kunda era terminante—. Sabemos que llevas encima una pistola.

Sin mirarle a la cara, Kunda le registró y le quitó la pistola. Le pusieron esposas en las manos y en los tobillos. Le amordazaron expertamente. No podía moverse. Lemming y el hombre que lo había agarrado por detrás lo condujeron adentro de la casa, sentándole en un sillón, en medio de una habitación grande con muebles destartalados.

—Si se comporta bien, no le mataremos —dijo uno de sus captores en alemán—. Escuche atentamente. Repito: si se comporta bien, no le mataremos. Le dejaremos en libertad, no inmediatamente, pero dentro de un período de tiempo razonable. Le comunicaremos a su familia que está usted vivo. Si ha entendido lo que he dicho, mueva su cabeza.

Bauer movió la cabeza.

—Este lugar está aislado. Aunque grite, nadie le oirá. Estos dos hombres le estarán apuntando durante todo el interrogatorio. Cualquier movimiento sospechoso de su parte, y morirá. Ahora, si usted está dispuesto a colaborar y a no intentar nada, le quitaremos la mordaza y las esposas.

Bauer confirmó con la cabeza. Silenciosamente, Kunda y Lemming le quitaron las esposas y la mordaza.

—Tenga un cigarrillo —le dijo el desconocido—. Trate de permanecer tranquilo. Le repito: no tenemos intención de matarle, al contrario. Relájese, *Herr Bauer*, ¿o prefiere que le llamemos mayor Roehm?

Sus captores esperaron pacientemente a que terminara la larga retahíla de maldiciones.

—Es una lástima que desperdicies así tus fuerzas —le dijo Kunda con amabilidad—. Mi amigo te ha dicho que ya sabemos quién eres, pero no queremos hacerte daño.

—Así que me han encontrado por fin —dijo Bauer con amargura—. ¿Son ustedes rusos, o qué?

—No, nosotros no somos rusos. Pero no vamos a decirte quiénes somos.

Roehm miró a su alrededor, estudiando la situación. Lemming había salido de la habitación; debería estar vigilando la calle. Una casa como ésta seguramente tendría otra salida, pero debería haber más gente alrededor. Uno de los pistoleros estaba apoyado en el alféizar de la ventana, completamente cerrada. Kunda y el otro estaban de pie ante las dos puertas de la habitación. Kunda estaba también armado, pero tenía la pistola metida en el cinturón. De todas formas, era el que estaba más alejado. Si trataba de acercarse a él, lo matarían antes de que pudiera dar un paso. Y no tenían que preocuparse por el ruido de los disparos. Todas las armas estaban equipadas con silenciadores.

—¿Le has dicho a alguien que venías aquí? —le preguntó Kunda.

Un ligero atisbo de esperanza cruzó su mente.

—No —replicó.

—Dinos la verdad —insistió Kunda—. Si se lo has dicho a alguien, nos iremos a otro lugar. No queremos peleas. Y no queremos matarte. ¿Está claro?

—No se lo he dicho a nadie —dijo Roehm.

Aspiró ansiosamente el humo del cigarrillo, que le hizo toser con tuerza, al no ser tabaco norteamericano.

—¿No tienes contactos aquí?

—No.

Kunda no volvió a preguntar más.

—Puede llamarme Hans —le dijo el desconocido.

—¿Qué es lo que buscan?

—Ya tenía que haberlo adivinado. Lo que queremos es su lista, mayor.

—¿Qué lista?

Hans le miró con fijeza, y le habló con tono monocorde.

—Usted es un hombre inteligente. Tiene que haberse dado cuenta de que nosotros lo sabemos todo sobre usted. Nuestros hombres no se le presentaron en el bar Cangaceiro por simple casualidad. Usted lo sabe.

—Yo no tengo ninguna lista.

—No vamos a torturarlo, mayor Roehm. Si no quiere decírnoslo, tendremos que matarlo. Piense en eso. —Hans encendió un cigarrillo y se

marchó de la habitación.

El tiempo parecía transcurrir con gran lentitud. Roehm deseaba fervientemente saber qué hora era, cuánto tiempo llevaba allí, pero le habían quitado el reloj. Otro más de esos malditos trucos psicológicos.

Después de lo que parecía una eternidad, Hans regresó a la habitación.

—Queremos su lista. Queremos saber dónde está. No pretenda hacernos creer que no sabe de lo que estamos hablando. Me imagino que usted está preocupado por su seguridad y por la de su familia —se comportaba de forma comprensiva, incluso compasiva—; podemos ofrecerle identidades nuevas, nuevos y auténticos pasaportes, dinero suficiente para iniciar una nueva vida, una casa y un empleo en un sitio diferente. No tendrá que preocuparse nunca más.

—Ésa es una alternativa —intervino Kunda con sequedad—. La otra es evidente. Si no hablas, te pegamos un tiro inmediatamente.

Roehm soltó una maldición para sus adentros. Conocía demasiado bien estas tácticas de interrogatorio: el uso alternativo de la promesa y la amenaza, de la zanahoria y el palo. Podían intentarlo si querían, pero él no iba a dejarse vencer por métodos tan manoseados.

Klaus entró de puntillas en la habitación y susurró algo al oído de Hans.

—Muy bien, gracias —dijo, y se volvió hacia Roehm—. Aún hay algo más. Le interesará saber que desde mediodía tenemos en nuestro poder a su esposa y a sus hijos.

La sangre desapareció del rostro de Roehm.

—No le creo —dijo, con voz temblorosa—. ¡Eso es una sucia mentira! Están tratando de engañarme.

—No tenemos por qué mentirle —replicó Hans, desapasionadamente—. Esta mañana algo no iba bien en la instalación eléctrica de su casa. Su esposa llamó a la compañía eléctrica. Nuestros hombres, vestidos de electricistas, llegaron a su casa. Se apoderaron de su familia a punta de pistola. También de los criados. Los matarán a todos si no habla.

Lemming entró portando un teléfono con un largo cable, el aparato en una mano y el auricular en la otra.

—No dijimos nada antes, pero acabamos de establecer comunicación. ¿Quieres hablar con tu esposa?

Roehm se pasó la lengua por sus labios secos. Dijo que sí con la cabeza.

—Está al teléfono —dijo Lemming.

—¿Emma? —la voz de Roehm era temblorosa—. ¡Emma, soy yo! —la mano de Lemming cubrió inmediatamente el micrófono.

—¡Heinrich! —el grito aterrorizado de la mujer a través del auricular—. ¿Dónde estás? ¡Haz algo! ¡Nos van a matar a todos, haz algo! Por favor, por favor, Heinrich...

Su llanto resonaba en sus oídos mientras Lemming cortó la comunicación y salió de la habitación.

—¡Hijos de perra! —exclamó.

—Ya se lo prometimos: no haremos daño a nadie; dinero, pasaportes, seguridad. Sólo queremos la lista a cambio. —Hans continuaba mirándolo sin mostrar ningún tipo de emoción. Heinrich Roehm habló como un autómata.

—La lista está en una caja de seguridad, en Suiza. Para conseguirla, todo lo que tienen que hacer es entrar en el departamento de cuentas y depósitos secretos de la oficina principal en Berna de las Banques Helvétiques Unifiées. Tienen que pronunciar una clave que es un nombre y una cifra: Schwartzwald 5491.

—Has salvado la vida, Roehm —le dijo Kunda, sinceramente aliviado, y llamó a Lemming—. Quiero que llames, en presencia de Roehm, a Sao Paulo, ordenes a nuestros hombres que abandonen el lugar, y mantengas la comunicación hasta que se hayan ido, para que *Frau* Bauer, o *Frau* Roehm, lo confirme por sí misma.

Pocos minutos después la voz de Emma Roehm podía oírse nuevamente a través del auricular, esta vez exultante de alegría.

—¡Se han marchado, Heinrich! —No hubo respuesta—. ¡Me oyes, Heinrich, se han marchado todos!

—Muy bien —dijo lentamente—. No llames a la policía. No se lo digas a nadie. Volveré —se volvió, mirando interrogadoramente a Kunda— pronto, bastante pronto, te lo prometo. Lemming retiró el teléfono con parsimonia. —Has salvado la vida —le repitió Kunda, quitándose las gafas oscuras—. Ahora tendrás que estar algunas semanas bajo «nuestra protección». No frunzas el ceño. No creo que te resulte tan terrible. Ya sabes que te aprecio. Te sacaremos de aquí, y...

De repente, el chirriar de los frenos de un coche alteró la quietud de la calle Bolivia. Lemming apareció en la puerta, gritando:

—¡Alguien viene! ¡Tres hombres, los tres armados!

Oyeron entonces pasos apresurados y golpes en la puerta.

—¡Rápido, a la salida trasera! —gritó Hans.

Los dos pistoleros corrieron, con Lemming detrás de ellos. La pesada puerta empezaba a ceder. Sonaron dos disparos desde afuera, seguramente tratando de hacer saltar el cerrojo de la puerta.

—Así que has llamado a tus amigos —le dijo Kunda a Roehm, furioso—. ¡Eres un estúpido!

Roehm no escuchaba. Tenía que ser ahora o nunca, se dijo, sintiendo los músculos en tensión. Kunda dio un paso indeciso hacia él, y entonces saltó. Se tiró instintivamente hacia la puerta abierta, en un desesperado intento de escapar. Pero no tenía ninguna posibilidad. Detrás de él, Kunda apuntó su pistola. El sonido del primer disparo le hizo volverse y mirar hacia atrás. Lo último que vio antes de que Kunda apretara nuevamente el gatillo, fue la expresión dolorida y desesperada de sus pequeños ojos oscuros. Después, su pecho explotó y se derrumbó a pocos pasos del destartado sillón.

Antes de que los amigos de Roehm, miembros de la organización secreta «Das Reich», tiraran abajo la puerta, los secuestradores habían desaparecido por la puerta trasera, que daba a una pequeña calle que desembocaba en la calle Colombia. En cuestión de segundos, la furgoneta y el Volvo que estaban allí aparcados, se pusieron en marcha, torcieron la esquina y se perdieron de vista.

Cuando los hombres de «Das Reich» irrumpieron en el chalet, encontraron sólo el cuerpo sin vida de Heinrich Roehm.

14 - 22 de noviembre de 1972

A la mañana siguiente, un viejo caballero de cabellos blancos descendió de un imponente automóvil con chófer y entró en la oficina principal de las Banques Helvétiques Unifiées, en Berna. Sus inocentes ojos azules, protegidos por gafas de concha, su costoso abrigo y sus cuidados modales le daban como un aura de natural autoridad. Parecía alguien a quien había que otorgar todas las deferencias. El empleado de la ventanilla de información se mostró encantado de acompañarle al departamento de cuentas y depósitos secretos, prudentemente instalado en el segundo piso. Pidió ver al director del departamento, a quien dio la clave de la caja de seguridad. El director le pidió que esperara en su despacho, y se dirigió a los sótanos. Pocos minutos después estaba de regreso, entregándole a su visitante un sobre viejo, sin señas y lacrado.

El sobre contenía una sola hoja de papel: la lista secreta de Heinrich Roehm.

Jeremiah Peled examinó detenidamente la hoja de papel escrita hacía veintisiete años, que ya había costado la vida de un hombre. Sus agentes habían tenido éxito allí donde los alemanes y los rusos habían fracasado: primero localizando, y después capturando a Heinrich Roehm. Recordó su entrevista con Gehlen, diez meses atrás, y el mensaje urgente que había despachado a todos los centros de la Mossad alrededor del mundo: «¡Encuentren a Roehm!». Pero la operación había empezado de mala manera, y más de una vez se había sentido al borde del fracaso. Sus agentes habían interrogado en vano a los «cazadores de nazis» de Viena, Frankfurt, Jerusalén y Ludwigsburg; en vano habían examinado las largas listas de grandes criminales nazis existentes en diversos archivos. Su suerte cambió sólo meses después, cuando uno de sus mejores hombres, actuando como exnazi, había conseguido introducirse en el círculo secreto de los antiguos oficiales alemanes de Paraguay. Había conseguido acceder a los archivos de la organización, que cubrían toda América del Sur. Allí descubrió el nuevo nombre y el domicilio de Heinrich Roehm. Después se desarrolló la

intrincada operación de Sao Paulo y Montevideo, cuyo resultado final fue la simple hoja de papel que ahora tenía en sus manos.

Era una cuartilla oblonga, mecanografiada, en papel corriente. A un solo espacio, algún mecanógrafo aficionado —sin duda, el propio Roehm—, había escrito veintidós nombres. La lista ocupaba la mitad de la hoja. Sólo estaban los nombres. Ni direcciones ni funciones, sólo los nombres y apellidos, y en el caso de los militares, su graduación. Al lado de cada nombre figuraba su denominación en clave, que implicaba también el sistema de contacto en caso de emergencia: mediante contacto directo, y utilizando el nombre clave.

Nada se decía sobre las informaciones que cada fuente había suministrado, ni tampoco se indicaba nada sobre sistemas de comunicación más sofisticados. Resultaba evidente que Roehm había redactado apresuradamente la lista para su propia utilidad, destruyendo los archivos originales y limitando el documento a los datos esenciales que pudiera necesitar. Pero incluso así se trataba de un material explosivo.

Existía una excepción en la lista: el último nombre, correspondiente al número 22, faltaba. Sólo estaba la clave: Minerva 6N. Debajo de la lista aparecía un comentario escrito a mano, también del propio Roehm, sin duda. Peled, que no dominaba el alemán, lo leyó con lentitud:

Trabajé con Minerva durante tres años, desde 1941 hasta 1944. Yo era el director de su círculo. No obstante, nunca lo conocí y nunca supe su verdadera identidad. Por lo que yo sé, no había nadie en la Abwehr, ni siquiera el propio Canaris, que conociera la identidad de Minerva. Sólo sabemos que es un importante cargo en la policía secreta estatal. Había sido un agente de la GPU, y después de la NKVD. Fue él quien se puso en contacto con nosotros en 1939, dejando una nota sin firma en el coche de nuestro agente principal en Moscú, cuya cobertura era un empleo como representante de la Krupp en nuestra misión comercial. A partir del establecimiento de contactos, Minerva nos suministró informaciones a través de un intrincado sistema de casillas de correo inutilizadas. Nunca lo vimos ni escuchamos su voz. Durante la guerra le entregamos un transmisor, en el que transmitía en Morse. Sus informaciones eran principalmente sobre interioridades del Kremlin, y esporádicas pero excelentes indicaciones sobre las actividades de la guerrilla ucraniana dentro de nuestras líneas. Nunca exigió dinero, y creo que sus motivaciones eran de tipo

político. Esta información se corroboraba por el hecho de que su información era selectiva. Sólo nos comunicaba lo que él quería, pero se guardaba otras informaciones de mucha mayor importancia, que poseía con toda seguridad.

El Viejo leyó la hoja una y otra vez, con el cejo fruncido, como si tratara de adivinar entre líneas lo que no estaba escrito.

—¿Qué opinas Jeremiah? —le preguntó su adjunto, Mike Avivi que observaba atentamente su reacción al otro lado de la gran mesa de su despacho. Era un hombre regordete y jovial, de pelo corto y rubio, ojos azules brillantes y aspecto agradable: el candidato ideal para una cobertura escandinava, que con frecuencia utilizaba en sus salidas.

Peled dejó la hoja sobre la mesa.

—No hay duda de que Roehm escribió todo eso para su propia protección —dijo desapasionadamente—. Recuerda que redactó esta nota en 1945. Evidentemente, al principio pensaría vendérsela a los rusos. En otro caso, se hubiera unido a Gehlen o se habría puesto en contacto con los norteamericanos. Pero conocía perfectamente los métodos que los rusos empleaban para sacar informaciones a la gente. Si hubiera caído en sus manos, lo hubieran torturado hasta la muerte para descubrir la identidad de Minerva. Así que puso todo lo que sabía en una hoja de papel, para demostrar que realmente desconocía su identidad. Era una especie de seguro de vida, en el caso de que sucediera lo peor.

Avivi no parecía convencido.

—¿De qué seguro de vida estás hablando? Lo hubieran matado de todas formas. Por el contrario, posiblemente conociera la verdadera identidad de Minerva, y eso era una carta que guardaba bajo la manga como última solución.

—Quizá lo supiera y quizá no —dijo el Viejo con impaciencia; no le gustaba que le contradijeran—. De todas formas, esta discusión es meramente especulativa. El hombre está muerto y eso es todo lo que poseemos. ¿Qué es lo que vas a hacer ahora con ella?

—Dame un par de semanas —contestó Avivi—. Ya he reunido a todos nuestros expertos en asuntos rusos. Vamos a verificar una y otra vez cada uno de los nombres de la lista. Después de hablar por teléfono contigo ayer, telegrafíé a la CIA para que nos enviaran a su mejor hombre en este campo. Dijeron que sí inmediatamente. Están todavía más interesados que nosotros en ver la lista. Nos envían a Snyder, a quien viste ya una vez, y a Lederer. Llegarán mañana.

—Ya sabes que no me gusta mucho que ellos conozcan todo esto —dijo Peled con irritación—. Al menos deberán prometernos que no utilizarán ninguno de los nombres de la lista hasta que haya terminado nuestra operación.

—Ya me ocuparé de eso —dijo Avivi—. Pero me parece que no tenemos otra alternativa. No poseemos ninguna lista completa de los funcionarios y altos cargos militares rusos. Los norteamericanos pueden sencillamente meter esos nombres en sus ordenadores, y todo saldrá a la luz.

—De acuerdo, pero quiero un informe completo cada día.

Avivi se levantó para marcharse.

—Tenemos muy poco tiempo, Mike —le advirtió Peled—. Una semana nada más. Eso es todo lo que puedo concederte.

Una semana después, Jeremiah Peled se dirigió al escondido chalet que la Mossad había puesto a disposición del «equipo ruso». El chalet estaba en Herzlia, a unos veinticinco kilómetros de Tel Aviv. El invierno había llegado bruscamente —como Siempre—, y una violenta tromba de agua se estaba precipitando sobre la llanura costera. El diluvio estaba acompañado de vientos huracanados, rayos y truenos. Olas gigantescas inundaban el paseo marítimo de Tel Aviv, llevándose con ellas las tumbonas, los parasoles multicolores y las mesas de los cafés del paseo. El Viejo no tardó más de quince segundos, lo que demostraba su magnífico estado físico, en recorrer la distancia entre su automóvil y la puerta del chalet, pero no le sirvió de nada. Estaba empapado hasta los huesos, con los zapatos llenos de barro rojo. Maldecía entre dientes. Les había ofrecido al equipo ruso un grupo de oficinas en el edificio principal de la Mossad, sólo un piso por debajo de su propio despacho, con todos los servicios y equipo necesarios, pero los norteamericanos se habían negado terminantemente.

—Se nos dijo que ésta sería una misión informal —había dicho Snyder—, y habrá de realizarse en terreno neutral. Peter no nos permitiría quedarnos dentro de la Mossad. Sobre esto se mostró inflexible.

Los estadounidenses se habían negado también a utilizar los canales de comunicación de la Mossad, y cada vez que tenían que telegrafiar o telefonar, salían corriendo hacia su Embajada de la calle Hayarkon. Después de todo, eso no resultaba demasiado complicado: a partir de la guerra de los Seis Días, los norteamericanos habían instalado un criptógrafo en una de las líneas directas que unían la Embajada con el Departamento de Estado.

El guardia de la puerta dejó pasar a Peled, quien se quitó el inútil impermeable y pasó a la sala de estar, bautizada por el equipo como «el

taller». Ése era el aspecto que tenía, con grandes pizarras negras y verdes colgando por todas partes, llenas de nombres escritos en inglés, en hebreo y en ruso. En un gran panel de espuma de plástico habían clavado listas, hojas de papel, telegramas e incluso varias telefotos. Archivos, libros de notas y manuales estaban esparcidos por los sofás, el suelo y las mesas. Los ceniceros rebosaban colillas, y en un rincón estaban apilados los vasos de papel con residuos de café, botellas grandes de cola y latas de cerveza. En el aire flotaba un fuerte aroma a tabaco rancio. Peled pudo ver de reojo una serie de botellas vacías de *whisky* escondidas apresuradamente detrás de las grandes cortinas de la ventana. Sus hombres conocían su aversión por los licores fuertes: hubiera castigado severamente a todo el que fuera sorprendido bebiendo en servicio. Esta vez, con tacto infrecuente, decidió no darse por enterado. Los hombres habían estado trabajando contra reloj durante casi una semana, y Peled conocía las costumbres bebedoras de los norteamericanos. Hizo un simple comentario, bastante comedido:

—Este lugar parece la escuela de un *pogrom* —murmuró—. Espero que haya valido la pena.

Mike Avivi despejó rápidamente un sillón para Peled, tirando al suelo todos los papeles allí apilados. Snyder, en camisa de manga corta y corbata con el nudo aflojado, se sentó en el suelo entre sus papeles. Dos de los hombres siguieron su ejemplo, mientras otros cogieron algunas sillas y las dispusieron en semicírculo alrededor de Peled. Había allí ocho personas: los dos norteamericanos, Avivi, y otros cinco israelíes.

—Hablaré en inglés, para que todos me entiendan —empezó a decir Avivi.

—Por supuesto —replicó el Viejo, con su inglés bronco y entrecortado—. Adelante.

—La situación es la siguiente —dijo Avivi—: hemos comprobado exhaustivamente todos los nombres de la lista.

—¿Los habéis localizado a todos? —interrumpió ansiosamente Peled.

—Finalmente, sí —contestó Avivi—. El problema ha sido que la mayoría de los nombres no estaban en los archivos de la CIA en Washington. Los de la CIA tuvieron que pedir a su Embajada en Moscú que hicieran discretas investigaciones sobre ellos. Al final conseguimos todos los datos. Tuvimos problemas con tres, no, cuatro, de los nombres, porque nos encontramos con que más de una persona los había usado. En un caso, tuvimos tres personas con el mismo nombre. Así que hicimos comprobaciones con todos ellos, y estamos seguros de que en este momento ya no hay posibilidad de errores.

»Vamos primero con los muertos. Catorce de las personas de la lista ya no viven. Toma esto y mira. —Avivi le entregó a Peled una xerocopia de la lista de Roehm. Catorce de los veintidós nombres estaban marcados con una pequeña cruz. Avivi leyó la lista en voz alta—: Ivan Ratikin, Viacheslav Verkhov, Genadi Korchagin, Laurenti Morozov, mayor Aleksandr Biedny, mayor Vladimir Goulin, Andrei Prikhotka, Nikita Rebrov, Dimitri Visagonov, capitán Lev Gaidar, Grisha Kossovski, Yuri Khislov, mayor Yafim Ignatov, y Olg Kruglov. Todos están ya muertos. Con toda seguridad. Creemos que varios de ellos fueron desenmascarados por la KGB y ejecutados secretamente. Pero no tenemos ninguna prueba concluyente al respecto.

»Nos quedan, por tanto, ocho nombres. Después de comprobar que estaban vivos, verificamos su situación con especial cuidado. Tres de ellos no presentan el menor interés. Todos son viejos, y hace bastante tiempo que se jubilaron. Son los siguientes: Valentin Ivanov, que vive ahora con la familia de su hijo en Novosibirsk; Mikhail Gulyanov, anteriormente funcionario en el Ministerio de Abastecimientos, que ahora es pensionista en Leningrado; y el capitán Boris Petrunin que llegó a teniente coronel de artillería, pero que se retiró del servicio activo hace diez años y vive ahora con su mujer en Sochi.

»Así que nos quedan cinco personas. Otras tres, nuevamente, difícilmente puedan sernos de utilidad. Igor Novikov, que fue un oficial durante la guerra —capitán, como puedes ver—, es el director del astillero de Vladivostok. No puede sernos de ninguna ayuda. El capitán Vasily Maksimov es un general en la actualidad, pero manda la tercera división Kirghiz, en Asia Central. Casi nunca va a Moscú, y consideramos que no puede saber nada sobre un proyecto tan secreto como el que nos ocupa. Igor Ipolitov ha tenido éxito en su carrera dentro del Partido. Ahora es el secretario de la región de Kiev. Muy bonito, pero tampoco tiene interés para nosotros.

Peled escuchaba con atención. Cada vez que se mencionaba y se descartaba un nombre, lo tachaba de su lista.

—Y aquí tenemos a Minerva. Sobre él, lo tenemos todo en blanco. No sabemos nada. Puede estar vivo. Puede estar muerto. Puede ser un alto cargo. Lo que hemos comprobado en sus pocos datos —su información, sus anteriores funciones—, no nos dice nada. No obstante, hay algunas cosas que hemos podido deducir de los datos incluidos en la lista de Roehm. No estuvo nunca en la Cheka, que fue suprimida en 1922 —por entonces debería ser un niño—, pero estuvo en la GPU como meritorio. Pero en 1934, la GPU fue suprimida creándose la NKVD. Si en la GPU era un meritorio, en 1934 debería tener algo más de veinte años. Hoy debería tener alrededor de sesenta.

Eso es todo lo que hemos podido saber. Hemos tratado de localizarlo estudiando el pasado de varios de los principales jefes de la KGB que deben ser de su misma edad, pero no hemos conseguido nada. En resumen, estamos tan a oscuras como al principio. Por una vez, los ordenadores no han servido de nada.

—¡Sí, sí! —Peled blandió su copia de la lista con impaciencia—. Pero aún nos queda otro nombre. ¿Qué hay de él?

—Ah, sí, éste, el único que no has tachado en tu lista ¿verdad? —Avivi sonrió ampliamente y miró a Snyder.

Snyder sonrió también.

—Me parece que con éste hemos dado en el clavo, señor. Ahí tiene a su hombre.

Peled no se sumó al jolgorio general.

—¿Qué quiere decir? Vamos al grano, por favor.

—Adelante —le dijo Avivi a Snyder—. Cuéntaselo tú. Es tu criatura.

—Sí —dijo Snyder, radiante—. Está en su lista. El mayor Laurenti Blagonravov. A mí me sonaba algo ese nombre, así que telegrafíé a Washington pidiendo informes sobre él. Fue muy sencillo, en realidad. En la actualidad, el hombre es el teniente general Blagonravov, uno de los oficiales de mayor rango al mando del programa de misiles soviéticos. Fue asignado al proyecto de misiles estratégicos desde el principio, cuando todavía estaban trabajando con los científicos alemanes que habían secuestrado al final de la guerra. Supervisó la construcción de sus primeros cohetes, los R-10, R-11 y R-14. Escapó milagrosamente cuando se produjo aquella explosión en Siberia. Usted recordará la explosión del A-32 en su plataforma de lanzamiento, que destrozó a siete generales y docenas de oficiales, científicos y funcionarios del Gobierno. Fue el guía de De Gaulle durante su visita oficial a Baikonur, en 1966. Participa en todas las reuniones al más alto nivel del Kremlin, cuando se tratan temas sobre misiles y armas nucleares. Sabemos que se le consulta en profundidad antes de iniciar cada sesión de las conversaciones SALT.

Peled no podía controlar su creciente excitación.

—¡Esto es fantástico! —exclamó—. Tiene que ser nuestro hombre.

—Si existe algún secreto, él tiene que conocerlo —dijo Snyder—. Y tengo otras noticias más para usted. Washington me ha informado que últimamente viaja con frecuencia a Egipto.

—¿Tiene todo eso por escrito? —le preguntó Peled, que estaba tratando de reprimir el sentimiento de alegría que le embargaba. La parte más difícil de

la operación estaba todavía por hacer.

Snyder le entregó dos hojas de apretada mecanografía.

—Aquí está toda la información que poseemos sobre el teniente general Blagonravov.

Después arrancó del panel de espuma la fotografía de un oficial serio y de cabeza cuadrada, con la clásica expresión estoica que los generales rusos adoptan ante la cámara, su amplio pecho cubierto con unas docenas de medallas.

—Éste es su hombre —dijo Snyder finalmente.

—Éste es nuestro hombre —repitió Peled, con lentitud, poniéndose de pie—. Amigos míos, me permito expresarles mi más profundo agradecimiento. —Y, sonriendo de felicidad, le dijo a Avivi—: Mike, esta noche daremos una fiesta en mi casa. Que traigan la comida de los mejores restaurantes. Serán ustedes mis invitados. —Al llegar a la puerta, añadió—: Y pueden traer esas botellas que están detrás de las cortinas. Compren algunas más, y pónganlas en mi cuenta personal. ¡Esta noche beberemos a la salud de Laurenti Blagonravov!

Avivi estaba asombrado. Seguro que el Viejo había perdido la chaveta, se dijo.

Pero antes de que Peled brindara a la salud de Laurenti Blagonravov, le esperaban varios asuntos muy importantes. A última hora de la tarde había convocado a cuatro personas en su despacho. Dos de ellos, Raphael Dori y Dan Brandt, pertenecían a la Mossad y estaban considerados las estrellas del Departamento de Investigación. El tercero, David Ron, era un alto oficial de la policía, considerado como el mejor investigador policíaco del país. Había entrado en la Policía después de una brillante carrera en el Shin Bet. Poseía una mente ordenada e incisiva y una intuición magnífica; había conseguido resolver un gran número de crímenes. Cuando Ron abandonó el servicio secreto, Peled se negó a retirar su nombre de sus listas. Una y otra vez era «pedido prestado» por el Mossad, para diversas misiones secretas en el extranjero. El cuarto hombre era el profesor Walter Heller, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Tel Aviv. Era un antiguo miembro de la Mossad, en la que había exhibido sus extraordinarias capacidades intelectuales para la planificación y ejecución de operaciones no convencionales. Los cuatro hombres, pese a su distinta preparación, ya habían trabajado en equipo en varias ocasiones con anterioridad. Peled les invitó a tomar asiento.

—Recientemente hemos conseguido obtener, por medios poco corrientes, una lista de las personas que habían sido espías alemanes en la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial —Peled no les indicó cómo habían obtenido la lista ni por qué la necesitaban, y ellos le conocían demasiado bien como para preguntárselo—. De todos los nombres incluidos en la lista, sólo dos de ellos presentan interés para nosotros. Uno es un general soviético, Laurenti Blagonravov. Nosotros nos ocuparemos de él. El segundo es un misterioso alto cargo del servicio secreto soviético, cuyo nombre clave durante la guerra era Minerva 6N.

Peled hizo circular entre los cuatro hombres las fotocopias de la lista de Roehm.

—Lean atentamente la nota manuscrita sobre Minerva —les dijo.

A Raphael Dori, que no sabía alemán, Peled le entregó una copia traducida de la lista. Heller fue el primero en hablar.

—Creo que adivino lo que nos vas a decir, Jeremiah. El Viejo sonrió.

—Claro. Ustedes cuatro forman el mejor equipo de investigación que puedo reunir en todo el país. Quiero que todos ustedes abandonen lo que estén haciendo, y se concentren en una cuestión: ¿quién es Minerva? Ya he hablado con el inspector general de la Policía sobre tu situación, David. A partir de mañana por la mañana estarás a mi disposición. En cuanto a ti, Joseph —se volvió hacia el profesor Heller—, el trabajo que te asignaré puede que te ocupe varios meses. Ya sé que el curso académico acaba de empezar. Si puedes encontrar una solución por ti mismo, mejor que mejor. Pero si quieres, puedo pedir al ministro de Educación, o incluso a la primer ministro, que convoque al rector de la Universidad y le convenza para que te pongas a disposición del Gobierno. En todo caso, yo te necesito y una respuesta negativa no me sirve.

—De acuerdo, Jeremiah —dijo el profesor Heller mientras encendía su pipa de brezo—. No tienes que convencerme. Ya encontraremos una solución.

—Muy bien, entonces —dijo Peled con satisfacción—. En cuanto a Dori y Brandt, supongo que no habrá problemas. Bastará que comuniquen a su jefe que los he requisado.

—Vayamos ahora a su misión. Tendrán que descubrir quién es Minerva. Esto es de la máxima importancia. Hagan una pequeña labor preliminar aquí, y luego váyanse a Europa. Recorran todas las bibliotecas, institutos de investigación, centros de educación. Nosotros conseguiremos —y no me pregunten cómo— la lista completa de los más altos cargos en la KGB y el GRU en la actualidad. Obtendremos una amplísima lista de los altos cargos de

la NKVD en Rusia durante la guerra. Conocemos ya la edad aproximada de nuestro hombre. Analizando la información que suministró, podremos descubrir qué personas dentro de los diversos servicios secretos tenían acceso a ese tipo de material durante la guerra. Trabajaremos por eliminación, estrechando gradualmente el círculo de personas que se acoplan a dichas características. De mí obtendrán ustedes toda la ayuda posible: introducción en los servicios secretos extranjeros que colaboran con nosotros, contactos con especialistas en problemática rusa, dinero para cualquier asunto, documentos de identidad, hombres que puedan introducirse en los grupos de rusos emigrados. Si necesitan montar una operación de cualquier tipo, yo les enviaré nuestros mejores hombres. Si necesitan agentes que hablen ruso para infiltrarse en los círculos rusos, yo se los proporcionaré. Tenemos que encontrar a Minerva y hacerle hablar. No puedo decirles por qué razón, pero sí que ésta es la misión más importante a la que hayan sido asignados nunca.

Los cuatro se levantaron, ya dispuestos a marcharse.

—Dos cosas más —dijo Peled—: el tiempo es un factor de la máxima importancia. Quiero que estén ustedes en Europa como máximo dentro de dos semanas.

—¿Y la segunda? —preguntó el profesor Heller, exhalando su pipa.

—Se trata de un asunto muy secreto. Quiero de ustedes el más riguroso secreto, y una perfecta distribución de asignaciones. Deben proceder con el máximo cuidado. No es contra los árabes contra quienes actuamos, sino contra los rusos. Puede incluso costarles la vida —y añadió, sin mirarles—, y las vidas de muchos otros.

22 de noviembre de 1972

El general Laurenti Blagonravov, de 72 años, no representaba siquiera los 55. El corte al cepillo de su cabello rubio-grisáceo, y la piel tersa de su amplio rostro le daban un aspecto casi añorado. Su cuerpo, alto y bien proporcionado, está siempre erguido, y su estrecha cintura no había cambiado desde su primera juventud. Sus amigos le decían burlonamente que si no fuera por la estrella roja que lucía en su visera, podría confundirse con un aristocrático oficial del ejército del zar. No le molestaba que le dijeran eso. En realidad, si la Revolución del 17 de Octubre no hubiera pulverizado el antiguo régimen en Rusia, seguramente sería un oficial del ejército del zar. Y era en realidad un aristócrata, un auténtico noble de sangre azul. Su padre, el conde Golovni, había sido durante muchos años asesor de confianza de Alejandro III y Nicolás II. Gracias a la absoluta confianza que el zar Nicolás tenía en él, fue enviado a Novorossiisk, al mando del ejército cosaco, para restablecer el orden en la ciudad y reforzar la autoridad imperial en la rebelde región, hostil al trono después del baño de sangre que había aplastado la Revolución de 1905. El pequeño Laurenti creció en el palacio de su padre, en las afueras de Novorossiisk, pero pasaba la mayor parte del tiempo con sus guerreros, los cosacos del Don, orgullosos y salvajes. Estaba fascinado por esos hombres temibles y tostados por el sol, con sus rostros ascéticos y vagamente asiáticos, sus narices ganchudas, negros mostachos y fiera mirada. Hubiera querido acariciar con admiración sus largas túnicas negras, magníficamente bordadas de seda, y adornadas con grandes racimos de cartuchos de verdad cosidos al vestido, sobre el pecho. ¡Qué viriles parecían los jefes cosacos, los atamanes con sus cinturones de cuero, sus brillantes botas que llegaban a las rodillas, y sus ajustados *kolpaks* de piel! A los quince años, Laurenti recibió su primer uniforme de cosaco. Y desde luego hizo honor al mismo, pues montaba a caballo, disparaba y maldecía igual que un cosaco de pura sangre.

—Hasta tus piernas se están quedando torcidas de tanto cabalgar —le diría su padre, añadiendo orgullosamente—: estoy criando un nuevo atamán bielorruso para el ejército de cosacos del zar.

El conde Golovni se equivocaba. Estaba criando un rebelde dentro de su propia casa. Pues sólo había un hombre al que su hijo admiraba más que al general Glebko, el atamán de los cosacos: su viejo profesor de blanca barba, Innocenti Blagonravov. Al final de la jornada, día tras día, el joven se sentaba a la mesa de su cuarto de estudio para escuchar las lecciones de su profesor. Pero Blagonravov no hablaba sólo de Pushkin y Dostoievski, de Pedro el Grande, Iván el Terrible y Boris Godunov; no sólo practicaba el francés y las ecuaciones matemáticas con el muchacho. Con frecuencia su rostro bonachón y pacífico se metamorfoseaba en la cabeza de un apasionado profeta, y hablaba de los pobres y de los oprimidos, de los terribles sufrimientos del pueblo ruso. Seduciría al niño con palabras como democracia, igualdad, revolución. Lo seduciría con descripciones de un hombre, un legendario líder oculto en un lugar lejano, un hombre que se llamaba Ulianov, pero al que sus amigos y seguidores llamaban Lenin.

El viejo Blagonravov fue uno de los primeros mártires de la Revolución de Octubre. Cuando el Ejército Rojo de Lenin derribó el antiguo régimen en San Petersburgo, cometió la equivocación de expresar en voz alta su alegría. El atamán Glebko y sus hombres, furiosos, lo despedazaron. Esa misma noche, el joven Laurenti escapó con su yegua blanca y se unió al Ejército Rojo. No trató de ocultar su origen aristocrático, pero adoptó el nombre de Blagonravov. Durante la guerra civil se distinguió por su valor y lealtad. No derramó una sola lágrima a la muerte de su padre y de toda su familia. Después de la Revolución, continuó como oficial en el Ejército Rojo. Se le toleraba, pero su promoción a rangos superiores se veía seriamente perjudicada por su origen. Otros aristócratas habían sido asesinados por orden de Stalin. Él consiguió sobrevivir, pero tardó muchos años en alcanzar el grado de capitán. Sus compañeros de batallas eran ya coroneles y generales. Laurenti se resignó. Las enseñanzas del viejo Blagonravov estaban profundamente inmersas en su interior, y seguía creyendo fervientemente en el futuro de la Revolución. Estaba seguro de poder ser útil a su patria, aun como capitán.

Su lenta ascensión empezó a finales de la década de los años veinte, cuando se establecieron relaciones secretas entre el Ejército Rojo ruso y la Wehrmacht alemana. Los alemanes utilizaban el suelo ruso para sus maniobras y para el desarrollo de nuevas armas, actividades prohibidas por el Tratado de Versalles. Los rusos estudiaban en academias militares alemanas, y pudieron finalmente saciar su sed de conocimientos técnicos en el desarrollo de las modernas técnicas de guerra. Blagonravov hablaba el alemán con

fluidez, y siempre había demostrado especial predisposición por las matemáticas, así que fue enviado a las academias de artillería alemanas, y permaneció cuatro años en Berlín como miembro de la misión militar soviética. Durante ese período, mantuvo estrechos lazos de amistad y camaradería con muchos oficiales alemanes. Eran los comienzos de la década de los años treinta, cuando el mariscal Tuckhachevski, entonces señor de los ejércitos rusos, creó y estrechó los lazos entre las fuerzas armadas de Rusia y Alemania. Fue en esos años cuando los amigos alemanes de Blagonravov empezaron a hacerle preguntas sobre Rusia, el ejército ruso, sus planes de guerra y su potencial. Blagonravov les respondía sin el menor asomo de duda. Con frecuencia les presentaba informes escritos y cartas, que cordialmente entregaba a sus contactos alemanes. ¿Por qué no iba a hacerlo? Sus países eran aliados, destinados a mantenerse unidos frente a un mundo hostil capitalista.

Llegaron entonces las grandes purgas en Rusia. Durante los años 1935-37, Tuckhachevski y cientos de los mejores oficiales soviéticos fueron arrestados, juzgados sumarísimamente y salvajemente ejecutados. En el Kremlin, Stalin había decidido dar la vuelta a la situación y eliminar la avasalladora influencia alemana en el Ejército Rojo. Pero al hacerlo así, dejó sin cabeza a las fuerzas armadas rusas y asestó un golpe terrible a sus mandos, del que no llegaron a recuperarse.

Blagonravov consiguió sobrevivir. Y fue precisamente su origen aristocrático lo que le salvó la vida. Tuvo suerte de ser solamente un mayor, una pequeña rueda en el engranaje, de quien nadie se preocupó. Fue llamado a Moscú y nombrado experto en artillería en el cuartel general. Pero se sentía amargamente ofendido por el sangriento crimen de Stalin. Continuaba reuniéndose y confraternizando con oficiales alemanes de la capital, en el cumplimiento oficial de sus obligaciones. Cuando sus amigos alemanes empezaron a hacerle comprometidas preguntas sobre el Ejército Rojo, les respondía con toda confianza, sin guardar secreto alguno. Pero sólo en 1941, cuando Alemania atacó a traición a la Unión Soviética, se dio cuenta de que se había convertido inadvertidamente en espía alemán. En Moscú, un agente alemán volvió a ponerse en contacto con él otra vez. Su primera reacción fue la de negarse, pero se le hizo ver que no tenía otra alternativa. Sus informes manuscritos y firmados estaban apilados en los archivos de la Abwehr. Y la única forma de salvar su vida era continuar colaborando con el espionaje alemán.

Se portaron amablemente con él. Su oficial de enlace le preguntó qué nombre clave le gustaría utilizar. Algún recuerdo de su infancia debió venirle a la cabeza, pues respondió:

—El Cosaco del Don.

Cuando la guerra terminó, poco a poco se fue dando cuenta de que también su agonía había terminado. Nadie volvió a ponerse en contacto con él, y ninguno de los espías alemanes capturados revelaron nada sobre él. Ascendió a coronel y se le puso al mando de la división de misiles y cohetes de infantería de la artillería del Ejército Rojo. Su primera acción fue la de reagrupar a todos los científicos alemanes especialistas en cohetes, que pudo encontrar en los campos de concentración y en antiguas instalaciones de investigación en Alemania. Era consciente de que su país carecía de los suficientes conocimientos teóricos. Sabía que los alemanes habían construido las temibles V-1 y V-2, y que conservarían en sus cajas fuertes y en sus mesas de dibujo los planos detallados de tales ingenios. Blagonravov tentó a cientos de científicos y a miles de ingenieros y técnicos con promesas de buenos alimentos y alojamientos calientes en la depauperada y helada Alemania de 1945. Los hizo volver a sus centros de investigación de la zona rusa, y empezaron a trabajar para su país. Pero hasta el otoño de 1946 no puso en práctica su plan secreto. Después de una exhaustiva preparación que duró todo un año, se puso en marcha la noche del 21 de octubre de 1946. Sus tropas especiales irrumpieron en miles de apartamentos; los oficiales informaron a los asombrados científicos y a sus familias que habían sido requisados por el gobierno soviético y que tenían que partir hacia Rusia esa misma noche. Fue el secuestro más grande en la historia de Alemania. Esa misma noche, a bordo de noventa y dos trenes, unas veinte mil personas fueron llevadas a la Unión Soviética, donde iban a permanecer entre cinco y diez años. Blagonravov había planeado todo hasta el más mínimo detalle. Los científicos fueron divididos en grupos y enviados a bases diseminadas por toda la Unión Soviética: Moscú, Kuybyshev, Gorodomlia, Podberezia... A su llegada, se vieron sorprendidos al encontrar sus mesas de dibujo, sus calcos vegetales, sus instrumentos. Los científicos secuestrados se encontraron con órdenes educadas, pero tajantes, de que debían volver a trabajar y empezar a construir una nueva generación de misiles para la Unión Soviética.

Era, en cierto modo, la venganza de Blagonravov. Los alemanes lo habían convertido en su esclavo durante la guerra, y ahora él los hacía esclavos suyos, de Rusia. Resultaba inhumano y bárbaro, le había dicho uno de esos alemanes.

—Quizás —había contestado, cínicamente—; pero en la historia sólo cuentan los resultados.

Y Blagonravov obtuvo esos resultados. En octubre de 1957, fue lanzado al espacio el primer satélite soviético, el «Sputnik». Gracias a Blagonravov, Rusia había vencido en la carrera espacial. Fue ascendido a general y recibió la medalla de la Orden de Lenin. Había tardado cuarenta años en superar su nacimiento aristocrático. A una delegación oficial norteamericana que visitó la Unión Soviética en 1962, el primer ministro Nikita Khrushchev les dijo con orgullo, mientras golpeaba amistosamente la espalda de Blagonravov:

—También nosotros tenemos nuestro Von Braun. ¿Ven a Blagonravov? Es un conde. Tiene el rostro de un *mujik*, pero la sangre, la sangre, camaradas, de un aristócrata...

Así es como Blagonravov se convirtió en uno de los hombres más importantes de la Unión Soviética. Participaba en todas las reuniones a máximo nivel del Gobierno y del Politburó. Su retrato aparecía con frecuencia en el *Pravda* y en *Estrella Roja*, el órgano oficial del Ejército Rojo. Viajaba continuamente al extranjero, siempre rodeado de una cohorte de guardaespaldas y agentes de seguridad. ¿No era éste el hombre que conocía más secretos militares que cualquier otro ruso vivo?

Ningún servicio secreto extranjero lo había abordado nunca. Ni una sola vez había vuelto a oír hablar de su oficial de enlace alemán, ni le habían citado el nombre clave «El Cosaco del Don». En ocasiones se despertaba en medio de la noche, bañado en sudor, pero pronto se volvía a tranquilizar, seguro de que la pesadilla había terminado. Estaba plenamente convencido de que ese oscuro episodio de su vida había sido enterrado. No se consideraba a sí mismo como un traidor. Amaba a su patria, creía en la Revolución y en el comunismo. Esperaba culminar su larga carrera militar con una operación espectacular, que le hiciera acreedor a la máxima condecoración: la de Héroe de la Unión Soviética.

Así es como se convirtió en el arquitecto principal del proyecto Aurora. No era idea suya, pero la había apoyado entusiásticamente. Con frecuencia dejaba vagar sus pensamientos sobre la fantástica victoria que iba a conseguir su país cuando, a través de una amenaza directa sobre los países árabes productores de petróleo, la Unión Soviética pondría a todo Occidente a sus pies. Y todo gracias a los misiles de Blagonravov. Durante dos años había estado estableciendo, paciente y secretamente, la infraestructura para la instalación de sus poderosas armas en territorio egipcio. Empleó cualquier artificio, cualquier oportunidad, cualquier nueva base ofrecida por los

presidentes Nasser y Sadat a las Fuerzas Aéreas soviéticas, para instalar allí sus plataformas de lanzamiento, para montar sus dispositivos electrónicos, para camuflar a sus técnicos en cohetes. La expedición sobre Marsa no frenó su actividad, sino al contrario, pues el Kremlin le había dado luz verde para acelerar el proceso. Había construido, con grandes precauciones, otras dos estaciones de control y seguimiento. Últimamente había enviado a Egipto sus primeros misiles. Los había camuflado sin conocimiento del gobierno egipcio, sólo con la secreta connivencia del jefe del estado mayor egipcio, el general Salem. Al cabo de un año, quizá menos, las bases podrían ser operacionales y los misiles podrían estar listos para atacar.

Blagonravov no podía suponer que, muy lejos de allí, en una pequeña y modesta oficina al lado del mar, un hombre de blancos cabellos había empezado a tejer una telaraña mortal con un solo objetivo: intentar atrapar en ella al Cosaco del Don.

El 22 de noviembre, poco después de la medianoche, Peled despedía a sus invitados. Había finalizado la fiesta ofrecida a su «equipo ruso». Habían hecho muchos brindis por el general Blagonravov, e incluso el Viejo se había bebido su vasito de coñac. Con torpeza, pero con toda sinceridad, había agradecido al equipo su lealtad y su magnífica labor.

—Ustedes han hecho que pusiera toda mi atención en Blagonravov —les dijo, a guisa de conclusión—. Han dado lo mejor de sí mismos. Yo, por mi lado, haré todo lo que esté a mi alcance para no defraudarles.

Peled se había quedado solo. Hizo una llamada a los Estados Unidos. En Washington eran algo más de las seis de la tarde. Encontró a Peter Wilkie en su casa.

—¡Jeremiah! —La voz de Wilkie sonaba satisfecha—. Bueno, ¿qué opinas de mis muchachos? Te han hecho una labor espléndida, ¿no?

—Estamos muy agradecidos, Peter. Quiero darte las gracias.

—Bueno, quizás algún día me contarás cómo conseguiste esa lista.

—Quizá —contestó Peled cautamente, añadiendo después de una breve pausa—, ¿recuerdas nuestro pequeño acuerdo? ¿El proyecto conjunto?

—Claro que sí.

—Bueno, pues ahora te toca a ti, Peter.

Tercera Parte

El señuelo

23 de noviembre de 1972 - 9 de febrero de 1973

Jenny Bacall podía colgarle abruptamente el teléfono a Peter Wilkie, pero no podía hacer gran cosa más: imposible negarse. Su llamada había sido una mezcla del más puro chantaje con una irresistible tentación, y por segunda vez en su vida experimentaba la alarmante inquietud de no controlar la situación.

Jenny era una escultural rubia de boca dulce y sensual y ojos verdes expresivos y soñadores. Durante los últimos doce años había llevado una vida tumultuosa, y en cierto modo el mundo aventurero que había conocido la había hecho, a los treinta años de edad, aún más atractiva y deseable. A veces se permitía ensueños nostálgicos, reviviendo aquellas aventuras. Y en vano buscaría a la chica tranquila y bien educada que había sido hasta los dieciocho años de edad. Entonces recordaría aquella terrible mañana en Phoenix, Arizona, en la que había cambiado radicalmente su vida.

El suceso había ocupado titulares en la prensa de la época. Todo había empezado una fresca y magnífica mañana de domingo, cuando salió de excursión con otras dos amigas. Había tomado el coche de su madre, viuda. El camino hasta el desierto había estado plagado de risas, chismes y travesuras. Ninguna de las chicas había escuchado las repetidas advertencias de la emisora local, sobre un preso huido que había asesinado a un policía en la carretera 47, abandonando su cuerpo desnudo en la calzada. Estaban todavía riéndose tontamente, cuando un hombre vestido de uniforme las había hecho parar en la desierta carretera. Sólo cuando abrió violentamente la puerta trasera del «Chevrolet», apuntándolas con su pesado revólver, se dieron cuenta de que algo iba mal. Sus dos amigas prorrumpieron en gritos histéricos. Se volvió hacia ellas con violencia, amenazando con matarlas si no hacían lo que les ordenara. Jenny se mantuvo tranquila y dominó el terror paralizante que le subía por el estómago. Obedeció dócilmente sus órdenes y atravesó con maestría tres puestos de control de la policía, mientras el hombre se tumbaba bajo el asiento delantero, apuntando a una de las chicas. Incluso llegó una vez a sonreírle a través del espejo retrovisor, mientras sopesaba cuidadosamente cómo reaccionaría si se presentaba alguna oportunidad.

Después de conducir durante varios kilómetros, paró el coche a un lado de la carretera, siguiendo sus instrucciones. Entonces escribió una nota, que le dictó para la policía, en la que se decía que ella y sus amigas serían asesinadas si no suspendían inmediatamente la búsqueda de Kreigh —ése era su nombre—, y le permitían pasar a México. Jenny dejó la nota en el limpiaparabrisas del coche, y los cuatro se dirigieron hacia las colinas. Kreigh se puso detrás de las chicas mientras ella y sus amigas cargaban las cestas y un bidón de agua que habían traído para la excursión. Cuando cayó la noche, Kreigh les ató las manos y las piernas. Una de las chicas se desmayó, y la otra lloró y gritó hasta que tuvo que darle una bofetada. Jenny sólo lo miraba en silencio mientras la ataba. Sabía que tenía intención de matarlas. Así que, con calma y astucia, ideó un plan para salvarse. Cuando él se tumbó, muy cerca de ellas, se acercó a rastras hasta él y le pidió tímidamente que le dejara meterse en su saco de dormir.

—Me da miedo estar sola en la oscuridad —le susurró—. Por favor, déjeme meterme con usted.

Kreigh la desató y la poseyó de forma salvaje. Dos años en la cárcel sin una mujer le habían producido un estado de excitación terrible, y Jenny hizo todo lo que sabía para proporcionarle placer. Cuando empezaba a amanecer, cayó finalmente en un sueño profundo. Jenny, tranquilamente, le quitó el revólver de la mano, se puso de pie de un salto y fríamente le disparó dos veces, apuntándole a las piernas. Después se quedó vigilando, fumándose sus cigarrillos, mientras sus amigas corrían a avisar a la policía.

Sólo más tarde comprendió lo que le había sucedido. Se asombró cuando se dio cuenta de que había disfrutado con todo el episodio: el miedo, el peligro, los momentos de tensión mientras planeaba y calculaba fríamente una forma de salvarse, utilizando su astucia y su atractivo sexual para ganarse la confianza del enemigo, y luego el tensarse de su cuerpo y mente antes de asestar el golpe. Y al final, el dulce y glorioso sabor del éxito. Pensó en una película que había visto, sobre un corresponsal en la Segunda Guerra Mundial que se había ido al frente para encontrar la respuesta a una pregunta: ¿por qué los hombres se matan unos a otros? La película estaba plagada de preguntas y respuestas banales, pero ella recordaba el final. Después de haber luchado heroicamente y haber salvado (por supuesto) la vida de varios soldados norteamericanos, el general le preguntaba al corresponsal:

—Bueno, ¿descubrió usted por qué los hombres se matan unos a otros?

Y él había respondido:

—Sí. Por una razón muy simple. Les gusta hacerlo.

Jenny no había disfrutado hiriendo al criminal, pero sí que le había gustado toda la aventura. Había sido la primera vez que utilizaba su voluptuoso cuerpo deliberadamente, de cuyo poder de excitación no se había dado plena cuenta todavía. Deseaba nuevas aventuras inciertas, para volver a sentir la vida pulsando a través de sus venas, y para probar otra vez esas emociones nuevas que brotaban en presencia del terror y del triunfo.

Jenny abandonó la escuela superior, y también Phoenix. Sin experiencia, pero no desamparada, se dirigió a los lugares de moda. Durante los siguientes años se dejó arrastrar por Reno, Las Vegas, cruzó la frontera mexicana, vivió en una colonia *hippy* en Nevada. Se metió en el mundo de las carreras de coches, y se convirtió en una adicta a la velocidad. Durante un año convivió con un piloto de carreras. Lo abandonó por un jugador profesional, participó en una expedición submarina a las costas de Guatemala, atravesó sola con un chico las junglas de América del Sur, se convirtió en la amante de un solterón riquísimo, que la llevó en su yate a un largo crucero por las islas Galápagos, y a una cacería de tigres en la India.

Las gentes que la apreciaban decían de ella que tenía una moralidad de tipo diferente. Pero en una tormentosa escena en un bar de Acapulco, una mujer celosa le dijo que estaba simplemente prostituyéndose a sí misma. No la ofendió. Simplemente, no creía que fuera así. A medida que Jenny se iba convirtiendo en una belleza resplandeciente, siempre había sabido elegir a sus hombres. Rechazaba a los que no le gustaban, nunca se comprometía definitivamente, y nunca se había entregado de forma completa a ninguno de ellos. En lo profundo de sí misma seguía alimentando el sueño de alguien muy especial, que tendría que aparecer algún día. Hasta entonces se mostraría más bien indiferente a los hombres que conociera. Muchos de ellos le propusieron casarse, incluso sabiendo la vida que llevaba, que no era ningún secreto. Quizá se veían atraídos hacia ella porque era una criatura extraña, una especie de animal salvaje. Dúctil, intuitiva, atrevida y espontánea, era totalmente diferente a las otras chicas que pululaban por el gran mundo.

Un día, un joven que había conocido en una carrera de canoas, le trajo un café y le hizo una extraña proposición.

—Te gusta la aventura y el peligro —le dijo—. Muy bien. ¿Por qué no te unes a nosotros? Podemos ofrecerte las más apasionantes aventuras que pudieras haber soñado, y al mismo tiempo podrás hacer algo útil por tu país.

Le había hablado con una media sonrisa, como si estuviera bromeando, pero ella se dio cuenta de que estaba poniendo a prueba sus sentimientos reales.

—¿«Nosotros»? ¿Quiénes son «nosotros»? —había preguntado ella, encendiendo un cigarrillo.

—El Gobierno de los Estados Unidos. Existe una gran cantidad de cosas que pueden hacerse de forma oficial, ya sabes.

—¿Quieres decir todo eso de los servicios secretos? ¿Mata Hari y compañía?

—Bueno, no podemos prometerte que llegues a ser una Mata Hari —se replegó él, prudentemente—; pero puede ser muy excitante.

Ella lo miró pensativamente.

—¿Estás hablando en serio o no?

—Si —contestó—. Hace ya algún tiempo que estamos interesados por ti. Piénsalo con calma y dame tu respuesta cuando hayas decidido.

—¿Por qué gastar el dinero de los contribuyentes en una nueva taza de café? —le dijo ella, burlescamente—. Estoy de acuerdo. Siempre me quedará el recurso de renunciar y volver con mis millonarios y sus cacerías de tigres.

El hombre se quedó desconcertado con una respuesta tan rápida.

—Pensaba hacerte un discurso aplastante sobre la libertad, el patriotismo, la democracia, y todo lo que puedes hacer por América —le dijo, casi desilusionado.

—Si yo fuera tú, no lo intentaría. Si me uno a vosotros, es solamente por la diversión. Pero puedo prometerte que no tendréis ninguna queja de mí.

Y no la tuvieron. Se convirtió en una magnífica estudiante en los centros de adiestramiento de la CIA. Después de más de un año de intensiva preparación, fue enviada a su primera misión. Al ser tan evidentes sus encantos, parecía que sólo serviría para un tipo de propósitos. Fue a España, donde consiguió sin grandes problemas introducirse en el lecho del embajador cubano. Se ocupó de sus noches durante cerca de un año, y no hubo nada de lo que el embajador supiera sobre su país, y especialmente sobre sus lazos con los rusos, que Jenny no informara debidamente a Washington. Pero Jenny era demasiado para el embajador. Al cabo de un año el pobre hombre murió de apoplejía, y Jenny se encontró recorriendo África como la amiga de un coronel de mercenarios belga. En 1966 apareció en París, sonsacando a un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores francés. Sin dificultad le entregó informaciones preciosas sobre las actividades secretas del personal diplomático chino, que habían convertido la enorme Embajada de la Avenue Montaigne en el cuartel general del espionaje chino en Europa. Tuvo que salir precipitadamente de París cuando un funcionario del Departamento de Estado trató de volver a vender a los franceses las informaciones que Jenny estaba

obteniendo de ellos. Cuando su amante fue despedido del Quay d'Orsey, y un furioso De Gaulle ordenaba una exhaustiva investigación sobre su vida privada, Jenny ya estaba muy lejos. En 1967 pasó varios meses en Grecia, tratando de obtener informaciones desde dentro sobre las aspiraciones políticas reales de los oficiales de la Junta Militar que se habían hecho con el poder en Atenas. Washington, no obstante, decidió sacarla de allí, temiendo que se descubriera su identidad, la CIA podría ser acusada —injustamente, como todo el mundo sabe—, de haber desempeñado algún papel en el golpe militar. Durante casi un año, la CIA la mantuvo sin asignarle ninguna misión. En 1968 apareció en Beirut, donde cayó en los brazos de un misterioso joven millonario de nombre Selim, que se dedicaba a vender armas ligeras a bajo precio a los guerrilleros palestinos. Su misión era la de descubrir dónde conseguía las armas. Eran armas europeas y norteamericanas, pero sus superiores tenían fuertes sospechas de que el Kremlin estaba detrás de todo el asunto.

Pasó varios meses en Beirut, y de forma inesperada se vio envuelta en una aventura amorosa con otro hombre, algo que nunca había hecho antes. Fue una relación amorosa muy apasionada, y Jenny se entregó de cuerpo y alma a ella, contra todas las normas del espionaje. Una noche, después de una fuerte discusión con Selim, lo abandonó y se fue a pasar la noche con su amante secreto. Eso le salvó la vida. La mañana siguiente, cuando regresó al apartamento de Selim, se dio de bruces, horrorizada, con su cuerpo mutilado en medio de un gran charco de sangre. Nunca llegó a saberse si las guerrillas habían descubierto la verdadera identidad de Jenny, o si se habían peleado con Selim por cuestiones de dinero. En cualquier caso, ellos habían decidido deshacerse de Selim, y lo despacharon en la forma habitual. Jenny fue llevada inmediatamente al aeropuerto por el agente fijo de la CIA en Beirut, y quince horas después estaba de nuevo en Washington. Pero se sentía muy perturbada. Acababa de ver una muerte violenta, tan de cerca y tan cruel, por primera vez en su vida. Y se había dado cuenta con horror de que no siempre se puede estar en el lado vencedor. Además, su relación amorosa había modificado su actitud despreocupada ante la vida y el sexo.

Se fue a ver a Peter Wilkie y le presentó su renuncia. Repentinamente necesitaba una nueva vida, tranquila y sin emociones, y deseaba seguridad y paz.

—Quizás encuentre a alguien que haga de mí una mujer decente —le dijo a Wilkie, nostálgica, con evidentes señales en sus ojos verdes de varias noches sin dormir.

Wilkie se mostró muy solícito con ella. Le presentó a Robert Bacall, un joven mayor de las Fuerzas Aéreas muy atento y de aspecto atractivo, que rápidamente se enamoró de ella. Jenny, apaciguada por su amor abierto y honesto y por la sensación de seguridad y propia estimación que le proporcionaba, se casó con él. Se convirtió en una esposa intachable, e incluso disfrutó con su situación, aunque nunca llegó a olvidar a su amor de Beirut. Bacall no sabía nada sobre su vida pasada, y ella no le contó nada. Cuando ocasionalmente pensaba en su propia vida, Jenny estaba convencida de que su salida de la CIA había sido la mejor decisión que hubiera tomado nunca. Jamás volvería a ella por nada del mundo.

Eso es lo que pensaba hasta que Peter Wilkie le telefoneó.

La primera vez que la llamó, ella cortó la comunicación. Dos meses después volvió a llamarla, y la amenazó bruscamente con revelar todo su pasado a su marido, si se negaba a cooperar.

—Lo siento mucho, Jenny, pero te necesitamos. No puedes negarte —le dijo.

—Sí, claro que puedo —contestó, irritada—. No voy a estar dejándome esclavizar por ustedes cada vez que me amenace con revelar mi pasado. Haga lo que le apetezca.

Wilkie cambió su táctica y la invitó a tomar una copa.

—Por nuestros viejos tiempos, Jenny, sólo una copa —volvió a insistir.

Jenny dudó, pero finalmente accedió. Le debía algo a Wilkie, por Robert y su confortable vida actual. Y, de todas formas, estaba segura de que él no podría quebrar su resolución, así que, ¿qué arriesgaba? Se reunieron en un establecimiento bastante apartado, y Peter la recibió con la misma sonrisa encantadora de siempre. Una vez servidas las bebidas, Peter se sacó de su bolsillo interior una fotografía y se la entregó a Jenny, que, al mirar el rostro agraciado y sonriente de la instantánea, sintió que la sangre le subía a la cabeza y el corazón empezaba a latir con fuerza. Agachó la cabeza y se cubrió sus ojos húmedos con manos temblorosas. Finalmente, encaró a Wilkie, y le preguntó:

—¿Cómo diablos lo habéis encontrado?

Joe. ¿Cuántos años habían transcurrido desde aquella última noche en Beirut?, se preguntó a sí misma. ¿Tres, cuatro años, una eternidad? Los recuerdos de aquel amor volvían a ella entre una riada de sentimientos de dulzura y dolor. Lo había conocido mientras vivía con Selim, en uno de los cócteles de la Embajada francesa. Esa noche ella estaba tensa, asqueada del untuoso y acicalado Selim. Sin ganas de intercambiar banalidades con los

diplomáticos, se había dirigido lentamente hacia el magnífico jardín de palmeras desde el que se divisaba la plateada bahía de Beirut. La noche era muy clara, con una brisa suave y el cielo lleno de estrellas. Se había recostado sobre el pretil de mármol y se dedicaba a gozar de la belleza circundante.

El olor a humo de tabaco le había hecho dirigir su atención hacia una sombra que estaba a su derecha. Un hombre estaba de pie al lado de una pequeña palmera. Estaba segura de que llevaba allí más tiempo que ella. No podía divisar su rostro entre las sombras, y él tampoco podía verla bien a ella. Quizá por eso Jenny se sentía a gusto. Ella había hecho algún comentario trivial, algo como «¡Qué noche más hermosa!». Después de un breve silencio él le había contestado con una voz agradable, con fuerte acento francés. Le habló sobre las noches de esa región, sobre el luminoso cielo oriental, con su bóveda única de estrellas brillantes. Parecía un hombre que hubiera viajado mucho, pues pasó con facilidad a describirle vívidamente las noches estrelladas de América del Sur. Ella le habló de sus aventuras en las junglas de Guatemala y Brasil. Permanecieron mucho rato hablando, perdiendo el sentido del tiempo, como dos personas que se estuvieran descubriendo mutuamente, ajenas a la presencia de otra gente.

Años más tarde, Jenny decidió que todo aquello había sucedido porque aquella noche estaba totalmente desprevenida. Siempre había mantenido en público una barrera a su alrededor, protegiéndose de todos aquellos lobos con formas humanas, de mirada hambrienta, que sólo buscaban poseerla por la fuerza, arrebatados por su belleza. En aquella ocasión el hombre casi no podía verla, y ella se sintió orgullosa de que disfrutara conversando con ella como una persona, y no por su sensual belleza. Por primera vez en muchos años notaba una maravillosa sensación de libertad, olvidándose por una vez de que era una espía en plena misión.

Decidieron finalmente regresar a la fiesta, y observaron asombrados el repentino silencio que reinaba en la Embajada. No encontraron a nadie dentro. Todos los invitados se habían marchado, incluso Selim. Jenny observó entonces al desconocido a plena luz. Era un hombre alto, bien parecido, rubio, con algo más de treinta años, ojos grises llenos de humor, que contrastaban con la determinación y decisión que se desprendía de su poderoso mentón.

—Bueno, me parece que nadie nos ha echado de menos —dijo, divertido, mirando la sala vacía. Después comentó—: Estoy hambriento, ¿y tú?

Ella también. La llevó a un restaurante del centro de la ciudad llamado Le Madrigal. Se sentaron en un rincón suavemente iluminado, mirándose el uno al otro mientras bebían *champagne*. Él le dijo que se llamaba Joe Gorsky, que

era francés de origen ruso, y que se dedicaba a negocios petrolíferos. Ella no le creyó: no era ese tipo de hombre. Tenía la sensación de que llevaba algún tipo de vida secreta, quizá del mismo tipo que la suya. Pero no trató de averiguarlo. A decir verdad, ya no se preocupó por nada a partir del momento en que sus miradas se encontraron y se entrelazaron, interrumpiendo sus risas. Ella creía que podría ser peligroso el juego, pero así es como había sucedido todo.

Después de cenar la llevó a su casa. Conducía lentamente, sin hablar. En todo ese tiempo ni siquiera le había cogido la mano. Cuando paró el coche frente a la casa de Selim, ella se sintió repentinamente temerosa de no volver a verlo más. No quería admitir que hubiera algún riesgo real en volver a verlo. Él salió del coche, pasó al otro lado y le abrió la puerta; como ella no hacía gesto alguno de salir, volvió a cerrar la puerta y regresó a su asiento. La besó tiernamente en la mejilla. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna. Después, él puso el coche en marcha y se dirigió con rapidez hacia su apartamento. Jenny se quedó con él toda la noche, y al llegar la mañana ambos estaban seguros de que se amaban.

Selim se mostró furioso cuando ella regresó. Le explicó fríamente que había pasado la noche con un hombre, que volvería a hacerlo y que si él quería conservarla, tendría que aceptarlo así. Aunque se mostró muy desdichado, finalmente tuvo que aceptar su ultimátum.

Jenny nunca había sido tan feliz, aunque trataba de ocultar la razón. Ignoraba las explosiones de celos de Selim y las advertencias persistentes y desesperadas de su superior de la CIA en Beirut. Y se negó a pensar en el futuro. Joe se reunía con ella casi todos los días, y pasaban muchas noches juntos. Jenny descubrió en él una acusada sensibilidad por la belleza y la bondad, oculta tras una fachada de dureza, así como un poso de dolor largamente sentido que ella no hubiera sospechado. Ahora estaba segura de que eran ciertas sus sospechas: Joe andaba metido en alguna actividad secreta, aunque nunca en su presencia había dado el menor indicio. Ella estaba demasiado bien adiestrada para no darse cuenta de sus repentinos silencios, las llamadas telefónicas en medio de la noche y sus respuestas monosilábicas. Pero nunca le hizo preguntas: tenía miedo de perderlo. Aunque poco a poco tuvo que admitir que esa feliz situación que compartían no podría durar mucho.

El final llegó repentinamente aquella mañana de septiembre, cuando Jenny descubrió el cuerpo desnudo y ensangrentado de Selim, y tuvo que salir precipitadamente del Líbano. Sus alarmados amigos de la CIA ni siquiera le

permitieron despedirse de Joe. Sólo le prometieron que le entregarían la nota que había escrito y metido en un vulgar sobre blanco.

«Te amo», decía simplemente la nota.

Y ahora se encontraba con su retrato en manos de Peter Wilkie, en un bar de Georgetown. La angustia atenazó su garganta y las lágrimas volvieron a su rostro. Lo había estado buscando durante tanto tiempo, haciendo tantas llamadas a su apartamento de Beirut, escribiendo cartas y telegramas, que le eran invariablemente devueltas con la frase, estampada en árabe y francés, se marchó sin dejar señas.

—¿Quieres volver a verlo, verdad? —le preguntó Wilkie con una sonrisa en sus labios, mientras estudiaba atentamente las reacciones de su rostro.

—Ya sabes que sí —le dijo en voz baja. Se daba cuenta de que estaba a merced de Peter Wilkie, y por eso le odiaba.

—Lo verás cuando hayas hecho algo para nosotros.

—¡Hijo de perra! —murmuró entre dientes Jenny.

—Todo arreglado, entonces —dijo Peter, sin que desapareciera su media sonrisa—. ¿Recuerdas a Fred Hancock? Ahora es el jefe del DDI. Te llamará aproximadamente dentro de un par de días.

DDI era la abreviatura de Dirección Adjunta-Inteligencia, el departamento de recogida de información de la CIA. Jenny tenía un aspecto distante.

Robert Bacall no se preguntó por qué había sido ascendido repentinamente a teniente coronel, y destinado a la sección israelí del departamento extranjero de las Fuerzas Aéreas, en el Pentágono. Estaba simplemente feliz y orgulloso, y no se dio cuenta de la expresión de tristeza de Jenny cuando la llevó a cenar al Jockey Club para celebrar su ascenso. Diez días después era enviado a Israel para un viaje de seis semanas, y Jenny era nuevamente convocada por la CIA.

—La necesitamos a usted como señuelo —le dijo Fred Hancock con brusquedad—. Irá usted a todas las fiestas internacionales, tratando de que los rusos establezcan contacto. Debe usted saber que, por supuesto, no es la única. Tenemos otras damas y caballeros en este trabajo, pero no podemos saber quién será el afortunado triunfador.

Durante las siguientes tres semanas, Jenny apareció en la mayoría de las reuniones diplomáticas y otros acontecimientos sociales importantes de la vida de Washington. Sus amigos de Langley Woods estaban muy ocupados obteniendo para ella las invitaciones correspondientes, y proporcionándole acompañantes convenientes y acreditados, que luego desaparecían discretamente una vez hechas las presentaciones, dejándola vagar sola entre

los invitados. Esa noche estaba en una recepción de la Embajada británica. Su caballero acompañante era un tejano alto y tosco que había sido agregado comercial en alguna oscura ciudad industrial centroeuropea. Acababa de dejarla «para ir a beber algo», cuando sintió que alguien la estaba vigilando. En cuestión de segundos, su bien entrenada mirada descubrió a un hombre joven, con cierto aire fanfarrón, de pelo negro y mirada oscura y vivaz. ¿Sería éste el agente ruso que se suponía tendría que atrapar? Jenny no podía dejar de sentirse halagada. No era simplemente otro hermoso semental lo que ellos le enviaban esta vez; se trataba sin duda del mejor ejemplar de su establo.

Pretendió no darse cuenta de su presencia mientras él trataba de abrirse paso entre la muchedumbre. Pronto lo tuvo frente a ella, con dos vasos en la mano.

—¿Cuál de los dos prefiere? —tenía una sonrisa franca y desarmante—. He conseguido *whisky* escocés y *champagne*.

Jenny le devolvió la sonrisa.

—El *champagne* irá bien.

Le entregó el vaso.

—¡Salud! —exclamó.

La forma de arrastrar las consonantes descubría su origen extranjero.

—No va usted a decirme que estaba deambulando entre la multitud, con dos vasos en la mano, simplemente buscando a alguien con quien charlar a través de unas copas, ¿no? —le dijo Jenny, con cierto sarcasmo.

—Bueno, no exactamente —le dijo él, sin dejarse amilanar—. La verdad es que la vi aquí, sola, y decidí que tenía a la fuerza que hablar con usted. Así que la mejor excusa que encontré fue la de tomar estos dos vasos y correr hacia usted, antes de que otro se me adelantara.

Su ingenuidad era peligrosamente eficaz, tuvo que admitir Jenny para sí, y el desconocido parecía desenvolverse con naturalidad. Ruso o no, era atractivo, masculino y seguro de sí mismo. Podría fácilmente hacer muchas conquistas entre las esposas de mediana edad de los diplomáticos y funcionarios que pululaban, aburridas, entre las fiestas sociales de Washington.

—Y ¿quién es usted? —le preguntó Jenny, sin conceder a la pregunta mayor importancia.

El desconocido hizo una inclinación de cabeza.

—Bueno, se supone que soy un implacable enemigo del mundo Libre —su mirada era burlona—. Me llamo Sergei Malinov, y pertenezco al personal de la oficina de Washington de la agencia de noticias Tass. Estoy lleno de

ambiciones, me he graduado en Marxismo-Leninismo, pero si puedo descubrirle un secreto, estoy completamente seducido por la vida decadente de Occidente.

—¿Es usted ruso? —Jenny lo miró con mayor interés—. ¡Qué fascinante! Nunca había conocido un ruso aquí en Washington. La mayoría de ellos son de edad madura y bastante aburridos. Llevan trajes pasados de moda y no tienen sentido de humor.

—Yo soy la excepción a la regla —declaró Sergei, con burlona solemnidad—. ¿Y qué me dice de usted? ¿Asiste con frecuencia a este tipo de fiestas? Yo nunca la había visto antes. ¿Está usted en alguna Embajada, o en el Departamento de Estado?

—No. Mi marido trabaja en el Pentágono. Pero viaja al extranjero con bastante frecuencia, y a mí me gustan las fiestas y la gente. Me llamo Jenny Bacall, y mi marido es el coronel Robert Bacall.

No pareció reaccionar ante el nombre, y parecía más interesado por ella.

—Supongo que no tendrá problemas para encontrar a alguien que la acompañe a estas fiestas, cuando su marido está fuera.

—Desde luego que no —dijo Jenny, con mirada desafiante.

—Imagino que esta noche también está acompañada. —Sí.

Estuvieron hablando durante varios minutos, hasta que Jenny decidió que ya era el momento de mirar su reloj.

—Bueno —dijo él—, ¿podríamos quizá tomar una copa más tarde, quiero decir, después de la fiesta?

Jenny sacudió la cabeza negativamente.

—Lo siento, pero esta noche es imposible.

Sergei dudó por un momento.

—¿Y qué tal mañana? Me gustaría volverla a ver.

—La verdad es que ahora no puedo decidir nada, pero quizás en otro momento... —Jenny le sonrió de una forma invitadora.

—¿Está su teléfono en el listín?

—Claro —y volvió a sonreírle mientras se alejaba entre la multitud.

—Vámonos, amigo —le dijo a su tejano, que estaba en un rincón, mirando con los ojos en blanco su vaso lleno de *bourbon*.

El tejano vació de un solo trago su bebida, mirando con tristeza la larga hilera de botellas sin abrir alineadas en el bar, y la siguió hacia la puerta.

Esa misma noche, Jenny informó a Hancock. Parecía encantado con lo que le decía.

—¡Ése es el contacto que estábamos esperando, Jenny! Ya conocemos a ese muchacho. Seguro que trabaja para la KGB. Muchos de la Tass lo hacen. Es una de sus típicas coberturas, como Aeroflot o las misiones comerciales. Puedes seguir adelante.

A la mañana siguiente, Jenny recibió una llamada telefónica de Sergei y quedaron en salir a tomar una copa. Tres días después, en su pequeño apartamento de la Constitution Avenue, se rindió a sus encantos.

—Querida —la llamó Sergei—, ¿puedes venir un momento?

Jenny se había despertado con las primeras luces del día, después de un fatigoso sueño de sólo dos horas. Su relación amorosa, después de dos semanas, giraba ya en torno a una rutina prefijada: cada noche, unas copas, la cena y después su apartamento con su enorme cama. Sergei era un amante experto, lleno de atenciones y cariño; conocía perfectamente cómo satisfacer a una mujer. Unos años antes, Jenny hubiera disfrutado incluso con esta misión. Pero todo lo que ahora sentía era disgusto, disgusto por Sergei, por ella misma, por las cosas que Hancock, Wilkie y sus amigos le obligaban a hacer. Había empezado ya a odiar sus encuentros diarios con el ruso. Pero estaba segura de que él no sospechaba nada. Sabía exactamente cómo comportarse: cómo suspirar, cuándo gemir, cuándo abrazarle apasionadamente. Sabía cómo emplear todos aquellos pequeños gestos —caricias espontáneas, palabras dulces, miradas soñadoras—, tan característicos de una mujer enamorada. Su actuación era perfecta. Sólo la esperanza de volver a ver a Joe le hacía seguir adelante. Eso era todo lo que la preocupaba por ahora. Ni siquiera una vez pensó en Robert, su marido.

—¿Quieres venir, querida? —volvió a llamarla Sergei.

—Ya voy.

Jenny se puso la túnica verde transparente que había traído al apartamento, y se acercó descalza hasta el cuarto de baño.

Sergei estaba afeitándose pausadamente, mientras admiraba el reflejo de su torso desnudo y sus músculos poderosos en el espejo.

—¡Buenos días! —le dijo alegremente, bajo su máscara de blanca espuma.

—Buenos días.

—Quería hablarte. De nosotros.

Jenny se apoyó en el marco de la puerta, estudiando su armonioso perfil.

—Me dijiste que tu marido llegará dentro de una semana. Así que me parece que no podremos seguir viéndonos como hasta ahora.

—Oh, ya encontraremos un medio, estoy segura. *Quand on veut, on peut* —añadió.

Sergei permaneció en silencio mientras terminaba de afeitarse. Prefería emplear las viejas navajas, que acostumbraba afilar en un viejo cinturón de cuero que siempre colgaba del espejo.

—¿Tú me quieres de verdad, Jenny? —le preguntó, con un tono distinto.

—Ya sabes que sí —le contestó, plantándole un ligero beso en el hombro.

—Si de verdad me quieres, deberías hacer algo por mí —le dijo, con calma.

—Claro que sí, todo lo que me digas.

—¿Cualquier cosa? —le preguntó con vehemencia.

Jenny se fingía desconcertada.

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza?

—Creo que podrías ayudarme en mi trabajo.

Ella hizo el papel de mujer ingenua hasta el final.

—¿Cómo podría ayudarte? Quiero decir...

—Bueno —dijo Sergei lentamente—; tu marido trabaja en asuntos que me interesan mucho, ¿sabes?

Sergei la miró de reojo, y ella afirmó con la cabeza, con una expresión de perplejidad pintada en el rostro. Sergei prosiguió:

—Me gustaría mucho poder, de vez en cuando, echar un vistazo a los documentos que tu marido se trae a casa.

—Pero...

Sergei la interrumpió.

—Escúchame. Yo sé que se trae muchos documentos a casa. Todo el mundo lo hace. Quizá tú podrías traerme algunos durante el fin de semana, o por la noche... —su rostro se iluminó—. ¡Mira, tengo una idea! ¿Por qué no te compras una pequeña cámara fotográfica? Entonces podrías fotografiarlos para mí. No tardarías más de un par de minutos cada vez, y me harías un gran favor. ¿Qué te parece? ¿No es...?

Se interrumpió bruscamente al ver la expresión de su cara. Se había puesto mortalmente pálida. Se cogió los bordes de la túnica y se los apretó alrededor de los hombros. Sus ojos se abrieron al máximo, y miró a Sergei con gesto de repentina comprensión, que inmediatamente se cambió por un gesto de ira.

—¡Así que es esto! —su voz temblaba de contenida rabia—. ¡Quieres que espíe a mi marido! ¡Tú, sucio, traidor, seductor hijo de perra! ¿Eso es todo lo

que querías desde el principio, no es verdad? Y yo que pensaba que me amabas. Nunca me has amado, ¿verdad?

Poco a poco se fue retirando de la puerta del baño. Sergei trató de cogerla en sus brazos.

—¡No me toques! —gritó furiosa, y se apartó de él—. ¡No te acerques! ¡Espera, Señor Espía Ruso, espera y verás!

Jenny salió corriendo del baño, recogió todas sus ropas del dormitorio y las envolvió en su abrigo de piel. Sergei corrió tras ella y trató de contenerla, ridículo en su total desnudez.

—Por favor, Jenny, déjame que te explique.

—¡Vete al diablo! —gritó—. No quiero volver a verte. ¡Nunca más!

Y salió corriendo del apartamento.

Una vez en el ascensor empezó a tranquilizarse. Había sido la mejor comedia que había representado en mucho tiempo, quizá porque la mayoría de las palabras que había dicho expresaban sus verdaderos sentimientos. Se preguntaba, sonriéndose a sí misma, si hubiera resultado más convincente tirándole uno de aquellos hermosos jarrones de porcelana del recibidor. No, la escena hubiera resultado demasiado sobreactuada, se dijo.

Esa noche, mientras estaba sola en su casa, un sobre marrón sin señas fue deslizado bajo la puerta. Dentro de él había seis fotografías. Las estuvo mirando con cierta indiferencia. En realidad, era algo que ya estaba esperando. Las fotografías mostraban escenas culminantes de amor entre ella y Sergei, desnudos en el dormitorio. Todas habían sido tomadas desde el mismo ángulo, desde una cierta posición en la que —si recordaba correctamente—, había un gran espejo con marco de caoba. Estuvo mirando las fotografías durante largo tiempo, pensativa, quemándolas luego, una a una, en la chimenea que ardía en la sala de estar. Después llamó por teléfono a Hancock.

—Acabo de recibir algunas fotos —le dijo, con calma.

—Perfecto —respondió Hancock—. Sigue adelante, tal como acordamos.

Después, Jenny llamó a Sergei, que estaba en su casa.

—Soy yo —le dijo, con tono servil y humillado—. He recibido tu regalo. Dime qué es lo que quieres.

Una semana después, el teniente coronel Robert Bacall, tostado por el sol y con cara de satisfacción, estaba de regreso de su viaje a Israel. Tuvo un muy placentero reencuentro con su encantadora esposa, pero ya a partir de la noche siguiente, y durante todas las noches, Jenny se levantaba silenciosamente de la cama cuando su marido estaba dormido, se dirigía a su despacho y

fotografiaba todos los documentos que había traído del Pentágono. Todos los días, y a horas diferentes, se dirigía a uno de los parques de Washington, al Cementerio de Arlington o a la Colina del Capitolio; los días lluviosos iba a alguno de los museos, o bien omitía el paseo. En cada lugar depositaba un pequeño rollo de película en un depósito oculto, normalmente un buzón de correos inutilizado. Una vez a la semana llamaba por teléfono desde una cabina pública, siempre una diferente, se identificaba mediante una clave, y daba el número de la cabina. Después colgaba el teléfono y esperaba. Dos minutos después el teléfono sonaba y ella escuchaba una voz neutral que le comunicaba nuevas instrucciones: el programa para la semana siguiente, nuevos puntos de recogida del material, un nuevo teléfono, y la fecha para la próxima llamada. Jenny cumplía exactamente tales instrucciones.

A Sergei no volvió a verlo nunca más.

En la Plaza Dzerzhinsky, de Moscú, todos estaban muy contentos.

Lo mismo sucedía con el Viejo, en Tel Aviv, cuando Peter Wilkie le llamó desde Washington.

—Ahora te toca a ti, Jeremiah —le dijo—; nosotros ya hemos terminado nuestra parte del acuerdo.

Pero Peter Wilkie tenía también un acuerdo que cumplir con Jenny, y debía hacer honor a su palabra.

A primeros de febrero, escasamente dos semanas después de la toma de posesión del presidente, la primer ministro de Israel, Golda Meir, efectuó una visita oficial a Washington, y el embajador israelí, el general Yitzhak Rabin, dio una gran fiesta en su honor. Robert Bacall, por supuesto, era uno de los invitados. El primer impulso de Jenny fue de no asistir, excusándose en un dolor de cabeza. Ya había tenido una experiencia desagradable en otra fiesta diplomática, y temía un encuentro embarazoso en la de ahora. Pero cuando llamó a Wilkie para pedirle consejo, Peter la animó a ir.

—Puedo prometerte que Sergei Malinov no asistirá. Te ruego que vayas, Jenny. Estás viviendo en un estado de perpetua tensión, y te sentará bien un poco de diversión. Y, quién sabe, a lo mejor te encuentras con personas muy agradables, para cambiar.

Jenny no llegó a comprender el sentido de sus palabras, al menos hasta el momento en que divisó, entre la multitud de invitados de la Embajada, a Joe, con un vaso en las manos, y en uniforme de las Fuerzas Aéreas israelíes.

Jenny sintió un estremecimiento, y quedó paralizada, sin poder pronunciar palabra. Joe también la vio, y el corazón de ella empezó a latir con fuerza. Ambos se quedaron mirándose el uno al otro durante largo rato,

ensimismados en su mutua contemplación y como si no hubiera nadie más en el amplio salón. Joe se acercó a ella, la cogió dulcemente por el codo y la llevó a un apartado rincón donde poder hablar tranquilos.

—También yo te amo —le dijo Joe, contestando a la nota que ella le había dejado cinco años atrás.

Se quedaron en aquel rincón durante mucho tiempo, conversando, sin pensar en la gente que les rodeaba. La voz de Joe era dulce. Cuando se habían conocido en Beirut, le dijo, realizaba una misión secreta, utilizando una identidad francesa. No podía revelarle su verdadera identidad, pues hubiera puesto su vida en peligro. Había salido de Israel para esa misión, y cuando regresó a su país no se le permitió ponerse en contacto con ella. Pero había recibido su nota y la había conservado con todo el cariño.

—Aquello no fue una simple aventura, Jenny —murmuró—. Fue un amor verdadero, y todavía lo es para mí.

Se vieron interrumpidos por el coronel Dagan, el agregado aéreo israelí en Washington, que estaba hablando con Robert Bacall.

—Así que estás aquí, Joe —dijo en voz alta y, volviéndose hacia Bacall—: quisiera presentarle a mi nuevo ayudante, el teniente coronel Joe Gonen. Teniente coronel Robert Bacall.

Joe lo saludó atentamente.

—Encantado de conocerle, coronel —estrechándole la mano.

—Y ésta es la hermosa señora Bacall, claro —dijo Dagan, sonriendo galantemente.

En los ojos de Joe se dibujó una momentánea expresión de sorpresa. Después dijo, sin inmutarse:

—Sí, claro, acabamos de conocernos.

16 de marzo - 12 de mayo de 1973

El 16 de marzo, a las 12.02 del mediodía, un Boeing 707 de la TWA despegó de Atenas. El avión hacía el vuelo 714 Nueva York-Tel Aviv, y después de una parada para repostar en Atenas iniciaba la última escala de su largo trayecto. Escasamente cinco minutos después del despegue, la torre de control de Atenas recibía un desesperado mensaje del capitán del aparato: «¡Nos han secuestrado!», gritaba a través de la radio, «Vamos a cambiar de dirección». El avión estuvo describiendo círculos por el Mediterráneo durante media hora, acercándose al espacio aéreo yugoslavo en varias ocasiones. La torre de control del aeropuerto de Zagreb recibió la voz de una mujer hablando por el transmisor del avión:

—Esto ya no es TWA. El avión se llama ahora *Franja de Gaza* Aquí *Franja de Gaza* transmitiendo. *Franja de Gaza* está en manos del Ejército de Liberación Palestino, Al Fatah. Volveremos a conquistar toda Palestina. —La voz se puso a cantar *La Internacional* y otras canciones revolucionarias, con voz alegre y fuerte.

El avión cruzó el Mediterráneo y apareció cerca de Beirut. Las autoridades locales le negaron el permiso de aterrizaje. Entonces se dirigió a Israel. Los israelíes ni siquiera contestaron a sus llamadas. Unidades especiales del ejército ocuparon el aeropuerto de Lod, mientras cientos de vehículos fueron enviados hacia las pistas de aterrizaje, impidiendo cualquier intento de tomar tierra. El avión secuestrado voló entonces hacia El Cairo, después hacia Bagdad y Damasco. Finalmente, a última hora de la tarde, penetró en el espacio aéreo jordano, cruzó a la orilla este del río Jordán y aterrizó entre una nube de polvo en una pista de arena desértica en Zarqa, unos cuarenta kilómetros al este del río. Poco después del aterrizaje, el avión se vio rodeado de guerrilleros palestinos, llegados en *jeeps* y camiones, armados de ametralladoras y con las cabezas cubiertas por capuchas.

Ese mismo día, a las 12.39 del mediodía, un DC-8 de la Swissair despegaba del aeropuerto de Loten en Zurich con 155 pasajeros a bordo, en su vuelo 606 hacia Nueva York. Cuando sobrevolaba París, el avión cambió

bruscamente de dirección. El secuestro fue anunciado por una mujer que hablaba en inglés y árabe, que proclamó que el avión había sido ocupado por el Frente Popular para la Liberación de Palestina, una rama de extrema izquierda de la organización terrorista Al Fatah. El avión fue rebautizado solemnemente como *Haifa Uno*. Llegó a Zarqa, en Jordania, alrededor de media hora después que el avión de la TWA y, después de aterrizar, se colocó al lado de éste.

A las 2.50 de la tarde, tres personas, dos negros y un blanco, secuestraron un Boeing-747 Jumbo de la Pan Am que acababa de despegar del aeropuerto de Schiphol, en Ámsterdam. Una investigación posterior reveló que los tres secuestradores habían tratado inicialmente de subir a un avión de la El Al, pero habían levantado las sospechas de los oficiales de seguridad de la compañía aérea israelí, y fueron rechazados. Sólo entonces pudieron subir a bordo del avión de la Pan Am. No pudieron aterrizar en Zarqa, porque la pista era demasiado corta para un Jumbo. Amenazando con hacer explotar el avión en el aire, consiguieron forzar a las autoridades egipcias para que les permitieran aterrizar en el aeropuerto internacional de El Cairo. Los pasajeros fueron evacuados precipitadamente, y pocos minutos después el Jumbo saltó por los aires en una terrible explosión.

En el mismo momento en que era secuestrado sobre Ámsterdam el avión de la Pan Am, se estaba produciendo una dramática escena —según fuentes israelíes—, en un Boeing 707 de la El Al que había despegado de Schiphol. Era el vuelo 218 de Nueva York a Tel Aviv, con escalas en Ámsterdam y Atenas. El avión israelí había estado detenido inexplicablemente durante bastante tiempo en Schiphol. Aunque había salido de Nueva York media hora antes que el avión secuestrado de la TWA, no pudo despegar de Schiphol hasta las 2.07 de la tarde. Al poco tiempo de estar en el aire, un joven pasajero rubio que acababa de subir al aparato, se puso súbitamente de pie. Gritando como un poseso, mostró una pistola y una granada de mano, y corrió hacia la cabina de mandos exclamando «¡Fatah! ¡Fatah! ¡Fatah!». Su compañera, una chica de cabello oscuro, sacó otras dos granadas de mano que llevaba ocultas en el sujetador y corrió detrás de él.

Pero ahí se acabó toda la similitud con los otros secuestros. Siguiendo las estrictas instrucciones para los casos de intento de secuestro, el capitán cerró automáticamente la puerta de su cabina. Un guardia de seguridad israelí, que permanecía oculto en primera clase, se levantó de repente y disparó, matando al secuestrador. Otro hombre, que había estado sentado al lado de la chica (que después no quiso revelar su identidad, diciendo que era un

estadounidense que no quería líos), se lanzó sobre ella, le inmovilizó las manos y la tumbó en el suelo. Con ayuda de las azafatas, y utilizando corbatas, le ató los brazos y las piernas. Mientras el vuelo proseguía, el piloto hizo que el avión se balanceara violentamente, para que los terroristas se desequilibraran.

A las tres y cuarto el avión hizo un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto de Heathrow, en Londres, dirigiéndose hacia una zona alejada de estacionamiento.

—Han tenido ustedes mucha suerte al volar en un avión de la El Al — comunicó alegremente el capitán a sus pasajeros, que respondieron con grandes aplausos y empezaron a cantar canciones populares israelíes, bajo la dirección de una guapa azafata.

La chica capturada y el cadáver del secuestrador fueron entregados a la Policía inglesa. La chica resultó ser la conocida terrorista Leila Khaled, que había participado en el secuestro de un avión de la TWA que volaba de Roma a Tel Aviv, el año anterior.

La captura de Leila Khaled provocó el último acto de la ofensiva de secuestros palestina. Al día siguiente, un comando terrorista árabe se apoderó de un DC-10 de la BOAC en vuelo de Bahrein a Beirut, aterrizando con éxito en Zarqa, lo que elevaba el número de aviones secuestrados a tres, todos concentrados en aquel desértico lugar. El avión de la BOAC fue bautizado como *Safed Uno*. El cuartel general de Al Fatah en Beirut anunció que los pasajeros del avión de la BOAC no serían liberados hasta que se permitiera la salida de Inglaterra de Leila Khaled.

Pero ésa no era la única condición. Trataron de negociar el intercambio de los pasajeros de los tres aviones secuestrados por la liberación de cientos de terroristas prisioneros en Israel. Israel se negó terminantemente. Las potencias occidentales empezaron a ejercer fuertes presiones sobre el Gobierno jordano para la inmediata liberación de los pasajeros. Varias unidades del ejército jordano se dirigieron hacia Zarqa. Tuvieron que pararse a unos doscientos metros de los aviones, que se hallaban rodeados ahora por una histérica multitud de guerrilleros, que habían izado banderas palestinas y estampado en los pasaportes de los pasajeros un sello que decía «Campo de aviación revolucionario del Movimiento de Liberación Palestino». Amenazaron con hacer explotar los aviones con sus pasajeros dentro si el ejército se acercaba más. Dijeron que habían colocado cientos de cartuchos de dinamita en los aviones. Los terroristas habían dispuesto en círculo alrededor de los aviones

sus morteros, cañones y *bazookas*. En otro círculo interior había varios *jeeps* equipados con cañones sin retroceso de 50mm.

Durante tres días se mantuvieron duras negociaciones en el desierto, mientras los pasajeros secuestrados conseguían sobrevivir gracias a pequeñas cantidades de alimentos y bebidas que se había permitido suministrarles a la Cruz Roja. Al final pudo llegarse a un compromiso. Leila Khaled fue liberada; otros terroristas árabes, encarcelados por asesinato, secuestro y sabotaje en países europeos, fueron también liberados y llevados a Beirut. Los terroristas liberaron a los pasajeros grupo a grupo y fueron llevados exhaustos y aterrorizados, a Ammán. Cuando la zona de Zarqa quedó libre de gente, los terroristas hicieron explotar los tres aviones secuestrados, con todos los equipajes y carga dentro.

Así es como empezó a conocerse el día 16 de marzo de 1973, como «el día de los secuestros».

El único israelí que sufrió las consecuencias de los secuestros fue un joven diplomático destinado en Washington, que ni siquiera se había llegado a acercarse a los aviones. Era segundo secretario en la embajada, y justamente ese día tuvo que volar a Nueva York para entregar una valija diplomática al cuidado personal del capitán del vuelo 218 de la El Al. No era material secreto de «Categoría A», que sólo podía ser transportado por un correo diplomático en una valija especial encadenada a su muñeca. Se trataba de documentos de Categoría «B» y «C», que podían ser custodiados por el personal de la El Al.

Desgraciadamente, y a causa de una reunión de última hora en Washington, el joven israelí perdió su avión y tuvo que tomar un vuelo posterior. Cuando llegó al aeropuerto Kennedy, el Boeing de El Al acababa de despegar. Consciente de que la valija era esperada en Tel Aviv esa misma noche, el secretario hizo lo que él y otros colegas habían hecho con frecuencia en otras ocasiones, aunque fuera en contra de las normas: envió la valija como conocimiento aéreo en el avión de la TWA, el mismo que fue secuestrado y que saltó en pedazos en el desierto jordano.

Cuando tales hechos fueron descubiertos, el joven fue inmediatamente despedido y devuelto a Israel. Se trataba más bien de una medida disciplinaria de rutina, pues en las altas esferas de Asuntos Exteriores no estaban particularmente preocupados por la pérdida de la valija. En primer lugar, porque no contenía nada de verdadero valor, y segundo, porque las informaciones llegadas de Ammán indicaban sin duda alguna que todo el equipaje y la carga del avión de la TWA habían sido volados por los

guerrilleros. El oficial de seguridad del Ministerio de Asuntos Exteriores estaba seguro de que la valija no había caído en manos del enemigo.

Pero estaba equivocado. Antes de hacer saltar por los aires el Boeing 707, el jefe de operaciones de Al Fatah, Abu Ayad ordenó examinar detalladamente toda la carga del avión. Una semana después, la pesada valija, con su sello roto, llegaba a Moscú a través de la Embajada soviética en Beirut. Los especialistas en lectura hebrea del departamento de Oriente Medio de la KGB examinaron detenidamente su contenido y leyeron cuidadosamente cualquier hoja de papel. Descartaron los impresos, los informes técnicos, las actas de las deliberaciones del Senado y la Cámara de Representantes, así como las carpetas con recortes de periódicos y revistas. Pero entre las pocas cosas que llamaron su atención encontraron algo de cierto valor. Era una carta privada y manuscrita enviada por el agregado aéreo israelí en Washington, el coronel Jacob Dagan, a un viejo compañero suyo en Tel Aviv, que había pertenecido a las Fuerzas Aéreas. La carta se refería en su mayor parte a asuntos banales, pero había un párrafo que llamó la atención de los especialistas de la KGB: «Estoy muy preocupado con nuestro viejo amigo, Joe Gonen. Ya sabes que ahora está conmigo. Creo que el muchacho ha perdido su autocontrol. Quizá se deba a una depresión por su incapacidad para volver a volar. De todas formas, se dedica a perseguir a las mujeres, bebe demasiado, y se pasa los fines de semana gastándose el dinero en mesas de ruleta de Las Vegas o Reno. Podrá llegar a ser un problema. No quiero informar sobre él antes de razonar seriamente con él sobre sus problemas, pero me siento bastante pesimista».

Dagan tenía razón. Algo iba mal en Joe, y la primera en darse cuenta de ello fue Jenny.

Unas dos semanas después de haberse encontrado en la embajada, pasaron un fin de semana en un motel perdido de Virginia. Robert Bacall se había marchado dos días antes a hacer una gira por las industrias de aviación de la costa Oeste, y Jenny se apresuró a llamarle por teléfono. Joe estaba ansioso por encontrarse con ella, aunque insistió en tomar unas precauciones que a ella le parecieron excesivas. Pero una vez solos, Jenny olvidó todas sus preocupaciones. Su primera noche juntos fue una satisfacción completa a todos sus sueños de muchos meses atrás. Fue como una explosión del amor, la pasión y la ternura que se había acumulado en ellos desde que se separaron en Beirut. Joe estaba totalmente enamorado de ella. Podía apercibirse en la forma en que la miraba, la tocaba y le hablaba. Jenny lloró esa noche, y le dijo a Joe que era de felicidad. No le dijo nada del sacrificio que había tenido que hacer

para poder volver a verlo. Nada le dijo sobre Sergei, ni sobre su misión como agente doble de la CIA. Joe suponía que se habían vuelto a ver por simple coincidencia, y ella le dejó creerlo así. No quería que nada se interfiriera en el éxtasis que la embargaba.

Pero durante el día y la noche siguientes, Jenny observó en él los antiguos signos familiares. Otra vez sintió —igual que en Beirut— que ella era sólo una parte de él. Su amante se pasaba el tiempo intranquilo, pasaba largos ratos en silencio, y su frente sudorosa, su mirada nerviosa traicionaban una profunda ansiedad y tensión. Ella no dijo nada, y trató de comportarse de la forma más natural, pero un poco antes del amanecer, Joe la acercó hacia sí, como tratando de tranquilizarla, o quizá de tranquilizarse a sí mismo.

—Jenny —Joe hablaba con dificultad—; Jenny, durante un tiempo tendremos que dejar de vernos. Ella se puso rígida y se apartó de él.

—¿Qué...? —pero Joe no la dejó terminar, poniéndole una mano en la boca.

—Por favor, no digas nada. Yo te amo. Tú eres todo lo que tengo, y ni siquiera te tengo conmigo siempre. Pero, por favor, ten confianza en mí. No podemos volver a vernos por ahora. Ni siquiera en secreto. Y no me preguntes por qué.

Jenny no le preguntó nada. Con manos temblorosas trató de encender un cigarrillo, y después de haber usado en vano todas las cerillas de la caja, lo aplastó furiosa en el cenicero de la mesilla de noche. Se levantó y se vistió. Joe no trató de evitar que se marchara. Y Jenny salió a toda velocidad en su coche, a través de la carretera húmeda por la lluvia, a la media luz de la madrugada, sin prestar atención a las lágrimas que derramaba, y que le impedían ver bien mientras conducía. Nunca en su vida se había sentido tan herida y desilusionada.

Estuvo varios meses sin volver a verlo, pero lo oía nombrar continuamente. Por todo Washington empezaban a correr rumores sobre Joe Gonen: su vida ajetreada, lo mucho que bebía, su comportamiento inmoral. Nadie la mencionaba a ella, pues su relación amorosa permanecía secreta. Pero Jenny sufría cada vez que Robert le repetía inocentemente las historias que la gente contaba sobre las juergas que se corría el atractivo *playboy* de la Embajada israelí.

Una vez más, sentía que estaba al borde del ataque de nervios. Saber que el hombre que amaba estaba tan cerca de ella, y se negaba a verla; escuchar todas esas historias sobre sus conquistas amorosas, todo eso la sumía en un estado de desesperación y humillación. Una noche, segura de que no podía

vivir en esa situación, llamó por teléfono a Joe. Se comportó de manera distante y reservada, pero aceptó verla. Le dio una serie de instrucciones detalladas sobre cómo y dónde tendrían que verse. Escogió un pequeño hotel en las afueras de Washington, donde Jenny se registraría con un nombre falso. Cuando ella abrió la puerta para dejarle entrar, le costó mucho reconocerlo. Parecía nervioso y deprimido, y estaba medio borracho.

Deseaba abrazarlo y tratar de consolarle, pero súbita e inexplicablemente se vio poseída por un acceso de ira y de celos. Empezó a reprocharle todo lo que hacía, repitiéndole las historias que le habían contado.

Joe la miró de manera extraña.

—¿Otras mujeres? Ah, sí, eso es lo que la gente anda diciendo —y le pasó la mano por la cara tiernamente, mientras murmuraba—: no hay ninguna otra mujer más que tú, Jenny. Todos esos rumores son falsos. Pero tú nunca debes negarlos.

—No lo entiendo —dijo ella, llorando—. Si esas historias son falsas, ¿por qué diablos todo el mundo habla de ello?

Joe suspiró.

—Déjalo estar, Jenny, por favor, confía en mí. Todo eso no tiene importancia.

Jenny estaba desesperada y derrotada.

—Entonces, ¿por qué tú, por qué nadie dice nada? ¿Por qué no puedo verte? ¿Qué está pasando, Joe? ¿Qué nos sucede? —su voz era un gemido de angustia.

Joe la cogió entre sus brazos y la besó dulcemente en los labios. En sus ojos se pintaba el dolor.

—Jenny querida, cuando todo esto acabe...

Ella se apartó.

—¿Qué es lo que tiene que acabar, Joe?

Pero su cara había perdido ya toda expresión.

—Nada —contestó.

13 de mayo de 1973

En Moscú, el general Lev Ivanovich Yulin, director del Octavo Departamento, Oriente Medio, convocó a sus ayudantes a una reunión urgente en la «pequeña sala de conferencias» del cuarto piso de la sede de la KGB.

Seis personas se encontraban reunidas en la habitación, en la que estaban encendidas las luces. Las persianas estaban bajadas, y pesadas cortinas negras tapaban las ventanas. Una gran pantalla colgaba de la pared frente a la mesa de conferencias. En el lado opuesto de la habitación, un proyector de diapositivas montado en un soporte de aluminio. Su motor ronroneaba suavemente. El técnico, una matrona rechoncha de mediana edad, esperaba pacientemente el comienzo de la sesión. La gente sentada alrededor de la mesa conversaba en voz baja.

Se abrió la puerta y entró Yuri Andropov, presidente de la KGB, seguido por su secretario, Nikitin. Detrás venía el general Yulin con el viejo coronel Timosheev, adjunto de Yulin desde hacía muchos años. Andropov y Yulin ocupaban sus sitios en la mesa.

—Ya puede usted empezar, camarada Timosheev —le dijo Yulin.

Timosheev se acercó a la pantalla y cogió un puntero blanco que estaba apoyado en la pared. Le hizo una señal al técnico.

—Estamos listos —dijo.

La sala se quedó a oscuras, y apareció un rectángulo amarillo brillante en la pantalla. Sonó un chasquido metálico en el proyector y una imagen en blanco y negro ocupó la pantalla. Era la de un sonriente joven rubio con uniforme de las Fuerzas Aéreas israelíes, con gorra de oficial, las insignias de piloto y paracaidista en su pecho, las alas plateadas de paracaidista a la derecha, las alas de tela azul de piloto a la izquierda. Llevaba los galones de segundo teniente. Timosheev comentó:

—Joe Gonen. Esta fotografía se realizó el día de su graduación en la escuela de vuelo, el 11 de agosto de 1960. Tenía entonces veinte años. La fotografía se publicó tres años después en el semanario de los soldados *Bamahané*, en la que se hacía una entrevista a Gonen con motivo de las

acrobacias que había realizado sobre Tel Aviv, en un reactor Fouga-Magister, el Día de la Independencia. Por cuestiones de seguridad, en el artículo no se mencionaba su apellido, y sólo se referían a él como «Joe». La siguiente, por favor.

En la pantalla apareció una imagen en color. Gonen, descubierto, descendía de un caza Mirage III-C, vestido con un mono verde y pesadas botas de cuero. Llevaba una pistola a la cintura.

—1966 —dijo Timosheev—. Gonen era piloto de Mirages. No sabemos cuál era su graduación entonces, pero suponemos que era capitán. Esta fotografía y la siguiente fueron tomadas de una película de propaganda de ocho minutos, titulada *De ellos es el cielo*. Fue producida y distribuida por las Fuerzas Aéreas israelíes para animar a los jóvenes a alistarse en la escuela de vuelos. La película representó oficialmente a Israel en el Festival de Cine Militar de Versalles. La otra, por favor.

La siguiente imagen, también de la película, mostraba a Gonen con su casco de vuelo, a los mandos de su Mirage. En otra aparecía paseando con unos amigos, en dirección a un sol que se estaba poniendo en un cielo sin nubes.

—No hemos tenido problemas para identificarlo —prosiguió Timosheev—; Gonen tenía veintiséis años y era un buen piloto. La siguiente.

La siguiente imagen era un poco borrosa, en blanco y negro. Mostraba un primer plano de Gonen tumbado en una camilla, con el pelo revuelto, y una sábana que le cubría hasta el rostro. Tenía los ojos cerrados y estaba sin afeitarse.

—Esta imagen corresponde al 7 de junio de 1967. La hemos obtenido de otra mayor, y sólo ampliándola se puede distinguir el rostro de Gonen. ¿Quiere mostrarnos la foto completa, camarada?

En la pantalla, el rostro de Gonen fue reemplazado por la imagen de una camilla que estaba siendo bajada de un helicóptero. Un hombre vestido de blanco y varios soldados descubiertos con uniformes caqui muy arrugados llevaban la camilla. La cara de Gonen en la camilla era pequeña y difícilmente reconocible.

—El relato de lo que le sucedió —dijo Timosheev— fue publicado en la revista mensual de las Fuerzas Aéreas, en el número especial conmemorativo de la victoria en la guerra de los Seis Días. Era el comandante de un escuadrón, y se había distinguido en los primeros ataques aéreos sobre territorio egipcio. Fue derribado sobre el Delta del Nilo, y al final rescatado

por un helicóptero, que lo devolvió a Israel con una pierna rota en mala forma. Seguían llamándolo sólo Joe. La siguiente, por favor.

Apareció otra imagen muy borrosa. Parecía haber sido tomada a escondidas, desde el interior de un coche. Mostraba una calle muy concurrida en una ciudad oriental. La mayoría de la gente llevaba vestidos europeos, pero había algunos a la usanza árabe. Un círculo dibujado con tinta china en la diapositiva rodeaba dos caras: la de un árabe bajito, con bigotes y pelo rizado, y la de un europeo rubio, que parecía estar hablando con él. El europeo llevaba gafas oscuras.

—Ésta es una foto muy curiosa —dijo Timosheev—. Miren.

El proyector pasó varias fotos en rápida sucesión, mostrando cada vez una imagen más cercana y ampliada del hombre rubio. Timosheev se acercó a la pantalla.

—Como ven, aunque no podemos estar totalmente seguros, esta cara tiene un gran parecido con la de Gonen. La foto fue tomada secretamente por un equipo nuestro en Beirut, en 1968. Seguramente ustedes recordarán la operación que fracasó a finales de verano.

—¿La operación Pájaro de Fuego? —preguntó Andropov, sorprendido.

—Exactamente. Como recordarán, nuestros hombres trataban de convencer a un piloto libanés para que desertara con su Mirage y volara hasta Bakú, a cambio de dos millones de dólares. Pero alguien traicionó a nuestro hombre en Beirut. Veinticuatro horas antes de la operación, agentes secretos del Deuxième Bureau libanés, blandiendo sus armas, irrumpieron en el apartamento de nuestro hombre, Vladimir Vasilyev. Atacaron e hirieron a Vasilyev y a otro de nuestros agentes, Aleksandr Komiakov. Ambos fueron expulsados del Líbano. Ése fue el final de la operación Pájaro de Fuego. Pero algún tiempo antes, mientras la operación estaba aún pendiente, montamos una vigilancia rutinaria sobre el piloto libanés que tenía que entregarnos el Mirage. Seguimos a toda la gente con la que se encontró mientras estaba negociando con nosotros. El árabe bajito —Timosheev señaló en la pantalla— fue uno de ellos. Todavía no sabemos quién es. En aquel momento no sospechábamos de él, pero cuando lo seguimos y fotografiamos a la gente con quien se reunía, obtuvimos la imagen de éste —tocó la cara del europeo con el puntero—. Por sorprendente que parezca, puede ser muy bien Joe Gonen, lo que sugiere dos conclusiones. Primero, que después de haber sido herido e incapacitado como piloto, empezó a tomar parte en operaciones secretas dentro de países árabes. Segundo, que puede haber sido el hombre que, desde un segundo plano, descubriera nuestra operación, y que es el responsable del

fracaso del proyecto Pájaro de Fuego. Si era realmente él quien estaba en Beirut ese verano, reuniéndose con alguien que conocía al piloto libanés, entonces fueron los israelíes los que dirigieron todos los movimientos de los servicios secretos libaneses. De todos modos, ésta es una indicación de que Gonen puede ser un agente importante del servicio secreto israelí.

—Veamos un momento —interrumpió Andropov—; primero, me gustaría saber cuándo fue que descubristeis esta foto de Gonen.

—Bueno, creo que fue el año pasado. Siempre estamos haciendo estudios comparativos de las fotos de nuestros archivos, como sabe. Hasta que decidimos crear un fichero fotográfico sobre Gonen no empezamos a realizar verificaciones comparativas de todas las fotos sobre Oriente Medio en las que nuestro catálogo computadorizado señalaba la existencia de imágenes de hombres desconocidos de características similares a las suyas.

—Mi segunda pregunta es —continuó diciendo Andropov, en tono desafiante—, si pueden darme una explicación lógica de por qué un piloto israelí, herido en la guerra de los Seis Días, debe aparecer un año después en Beirut, dirigiendo operaciones secretas en favor de los libaneses y contra la Unión Soviética.

—Bueno, sí que existe una explicación lógica, camarada presidente —dijo Timoshev con cierta indecisión—. Gonen no podía volar. Así que se le encargó una nueva función en las Fuerzas Aéreas. Pienso que fue a finales de 1967 cuando ingresó en los servicios de inteligencia de las Fuerzas Aéreas. Si consideramos correcta dicha suposición, es muy posible que los agentes israelíes en Beirut le dieran noticias de nuestra operación. Está muy clara la razón de que los israelíes quisieran evitar a toda costa que un Mirage cayera en nuestras manos. Los servicios secretos israelíes usaban con frecuencia, en sus operaciones secretas en el extranjero, a funcionarios y demás personal civil de otras categorías. Dado que Gonen ya estaba introducido en los servicios de inteligencia, y dado que, además, había sido piloto de Mirages y estaba familiarizado con los aspectos técnicos del proyecto y con la mentalidad de un piloto, no resulta extraño que fuera enviado a Beirut para sabotear nuestro plan.

—Sí, es posible —admitió Andropov—. Continúe.

—La siguiente —dijo Timoshev.

La siguiente imagen mostraba a Gonen con el uniforme de teniente coronel, con una bebida en la mano y rodeado de varios hombres vestidos con trajes veraniegos. Todos ellos sonreían en dirección a la cámara.

—Esta foto es del cuatro de julio de 1971, en una recepción en la Embajada de los Estados Unidos en Tel Aviv —explicó Timosheev—, Gonen fue invitado en su calidad de jefe de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Aéreas.

—Eso es muy importante —dijo el presidente de la KGB—. ¿Está usted seguro de la fecha? ¿Y del año?

—Sí.

—Eso significa que, en el momento de la expedición sobre Marsa, Gonen ya estaba al frente de los servicios de inteligencia aérea. Así que debe conocer todo lo relacionado con Marsa. Si los israelíes han planeado algún tipo de contramedidas, es evidente que él debe estar al tanto.

—Exactamente. Y aún diría más, camarada presidente. Creo que fue nombrado ayudante del agregado aéreo en Washington, precisamente gracias a su completo conocimiento del asunto de Marsa. Posiblemente esté en Washington para supervisar algún tipo de operación conjunta entre Israel y Estados Unidos. Andropov se sumió en un silencio meditativo.

—Sí —dijo finalmente—, pero ¿cómo explica usted todas esas historias sobre borracheras, chicas y juego?

—Gonen se sintió muy afectado ante su incapacidad para volar, Yuri Vladimirovitch —explicó Timosheev—. Durante los últimos cinco años se sometió a una serie de operaciones para rehabilitar varios de los músculos y nervios inertes de su pierna derecha. Todos esos años estuvo viviendo con esa esperanza, que se convirtió en una especie de obsesión para él. Su carácter se volvió agrio e irascible. Hace seis meses, los médicos le comunicaron que nunca más podría volver a volar, y que el diagnóstico era definitivo. Fue un golpe terrible. La vida había perdido para él su verdadera significación. Ya conoce usted a esos pilotos, camarada; para ellos el volar es como una droga.

—¿Cuál ha sido su fuente de información para tales análisis psicológicos? —el tono de Andropov era sarcástico.

—Una persona que está en la Embajada inglesa en Tel Aviv, camarada. Es la chica que mecanografía los informes del agregado aéreo inglés. También han sido ratificadas por fuentes dentro del Pentágono, en Washington.

—¿Qué opina usted, Lev Ivanovich? —le preguntó Andropov al general Yulin, que había permanecido en silencio todo el tiempo.

—No sé qué pensar —respondió, con cierta reserva—. Me parecen demasiadas coincidencias. Por mera coincidencia, aparece en la valija una carta que se refiere a Gonen; por pura suerte, resulta que Gonen es el hombre

que más nos interesa; y para arreglarlo todo, ahora resulta que Gonen es un gran bebedor, un maníaco sexual y un jugador. Yo no creo en las coincidencias y en la simple suerte. Me resultan sospechosas.

—¿Qué es lo que propone usted, entonces? —Andropov empezaba a impacientarse.

—Comprobaría más a fondo todo el asunto —contestó Yulin sin inmutarse—. No estoy convencido que debamos iniciar una operación en el actual estado de cosas.

El presidente de la KGB pareció ignorar la respuesta.

—¿Tiene usted alguna cosa más, Timoshev? —su voz parecía alterada y disgustada.

—Sí, camarada presidente, una última foto.

Gonen apareció en la pantalla vestido de civil, con el nudo de la corbata aflojado, el rostro contraído y fatigado. Estaba frente a una gran mesa de ruleta, en medio de un grupo de personas.

—Esta foto fue obtenida en Las Vegas el pasado domingo —dijo Timoshev—. Después de interceptar la carta sobre Gonen, decidimos comprobar lo que decía. La carta dice la verdad, camarada. Todos los informes de nuestros hombres en Washington confirman que Gonen está en plena decadencia. Bebe y gasta grandes sumas de dinero en los casinos de juego.

—Muy bien —dijo Andropov—; enciendan las luces.

Todos los presentes parpadearon incómodos ante la iluminación de la sala. Andropov observó a Yulin. El general seguía inmóvil en su sitio, evitando su mirada. Los presentes se dieron súbitamente cuenta de que, por primera vez en muchos años, Andropov iba a desautorizar públicamente al viejo zorro, maestro de espías.

El presidente de la KGB se encogió de hombros.

—Bueno. Muy bien. Lev Ivanovich y usted, Timoshev, vengan por favor a mi despacho. Vamos a ocuparnos del *tovarishch* Joe Gonen. Y si, como usted dice, Timoshev, él fue el responsable de nuestro fracaso en Beirut, le haremos pagar por ello.

13 de mayo - 7 de junio de 1973

Se dice que Las Vegas es como la flor de medianoche, ese milagro de la naturaleza salvaje. Sólo cuando el rojo sol del desierto desaparece entre la barrera de montañas de Nevada, vuelve la flor a la vida, abriendo sus ricos y resplandecientes pétalos, que florecen en una asombrosa armonía de vívidos colores. Al llegar la noche, tiendas y oficinas se cierran, la gente corriente desaparece, y el latir profundo y regular de la ciudad se transforma en una pulsación frenética, bombeando codicia, fantasía y esperanza irracionales sobre las hordas de invasores procedentes de todas las partes del mundo, en busca de fortuna y placer. Durante varias horas, el desierto eterno pierde su dominio sobre la multitud de estructuras de acero, cristal y cemento, tan pequeñas e indefensas ante su enormidad, y emerge un nuevo mundo de brillantes colores, convirtiendo en realidad las ilusiones.

Las Vegas, por la noche, se convierte en un festival para los sentidos. Quienes la visitan se zambullen en un remolino de sonidos: el traqueteo perpetuo de las máquinas tragaperras, el plateado tintineo de una cascada de monedas, las exclamaciones esperanzadas de los jugadores en las mesas de ruleta y bacará, las rítmicas notas de la música que suena en los *cabarets* y teatros, las risas coquetas e incitantes de las mujeres. La mirada ingenua del recién llegado trata ávidamente de grabar en su retina el caleidoscopio siempre cambiante de luces y lugares que lo rodean: anuncios luminosos con los nombres de famosos artistas, los millones de bombillas eléctricas que forman innumerables signos, figuras en movimiento, ríos de oro y plata, las multitudes de hombres tostados por el sol y mujeres elegantes arracimadas alrededor de los verdes tapetes en la cargada atmósfera de los casinos, la noche del desierto, transparente y estrellada, formando una bóveda oscura sobre la ciudad iluminada. Los sentidos se despiertan por la fragancia exquisita de los perfumes franceses, el rico aroma de costosos cigarros puros, el gusto fuerte de los licores, y los delicados olores de las elaboradas comidas de restaurantes elegantes. Pero todo eso no es nada al lado de la posibilidad de tocar el dinero, las fortunas inmensas que parecen estar al alcance de

cualquiera, y que sólo penden del giro de una rueda de ruleta, o del azaroso rodar de un par de dados sobre el paño.

Ésos eran los pensamientos de Joe Gonen, parado ante la esplendorosa entrada del Román Palace, mientras encendía un largo cigarro negro. Le gustaba el clima seco del desierto, y la sensación de frescor que experimentaba su piel al contacto con el aire sediento. Echó una última mirada a la espléndida sucesión de juegos de agua, iluminados desde el interior, y se dirigió hacia el enorme vestíbulo del casino. Eran más de las tres de la madrugada, pero era sábado, y la gente todavía se agolpaba alrededor de las mesas. Atravesó las hileras de máquinas tragaperras, miró admirativamente a un par de muchachas de largas piernas que corrían, sonriéndole, en dirección opuesta, y llegó finalmente ante las ventanillas, profusamente iluminadas, para el cambio de fichas. Se apoyó en uno de los mostradores de mármol y se sintió repentinamente fatigado. Su cabeza estaba llena de *whisky*, no había cenado por culpa de una partida de ruleta, y no había dormido más de dos horas desde su llegada, el viernes.

—¿Cuándo pagará usted su deuda, señor? —le preguntó el encargado de caja, sacándole de su letargo. Se mostraba educado, pero su tono era decidido y no sonreía.

—Envíela a la Embajada, en Washington —respondió Gonen, mientras cogía hábilmente un vaso de *bourbon* de la bandeja de una camarera que pasaba.

—Lo siento mucho, señor, pero hace dos meses que estamos enviando sus facturas y avisos de sus deudas de juego a su Embajada en Washington, y hasta ahora no hemos recibido ningún pago.

Gonen se secó su frente sudorosa y cogió vacilante el vaso que había dejado en el mostrador.

—Ya sabe usted que esas cosas van despacio. Y yo he firmado mis recibos, ¿no? No me diga que usted no se fía de la firma de un coronel y diplomático —hizo una pausa—. Me gustaría ver al gerente, ahora.

El hombre hizo una ligera inclinación de cabeza, pero su expresión helada no desapareció. Se dio la vuelta y desapareció en el despacho interior. Gonen exhaló el humo acre de su cigarro y después vació su copa. Un par de minutos después reapareció el encargado de caja.

—No será necesario que hable con el gerente, señor. Aceptaremos su firma.

—Muy bien —dijo Gonen secamente, mirando al hombre. Éste le devolvió una mirada en blanco y le puso en el mostrador un impreso. Gonen

lo firmó sin mirarlo.

—¿Dos mil dólares esta vez, señor?

—Sí, en fichas de cincuenta dólares.

—Puede usted sentarse en la mesa que le plazca, señor. Uno de los oficiales de seguridad le llevará las fichas.

—Muy bien —dijo Gonen, y se dirigió hacia las mesas.

Paró a una camarera en minifalda, cogiendo de su bandeja un vaso lleno hasta arriba, y luego deambuló sin rumbo fijo por entre las mesas. Finalmente escogió una mesa de ruleta vacía, un poco retirada. El aburrido *croupier*, que estaba sentado sin hacer nada, hizo un gesto de reconocimiento, se puso de pie, y puso en marcha la ruleta. Gonen se sentó en la mesa, dejó el cigarro en un cenicero, y cogió un cigarro francés de la bandeja cercana. El oficial de seguridad, vestido de uniforme y con pistola al cinto, se acercó a él.

—¿Coronel Gonen? Dos mil dólares en fichas de cincuenta, señor. ¿Quiere firmar el recibo, por favor?

Gonen firmó, y colocó cuatro fichas en las casillas 13, 15, 17 y 19. Ni siquiera miró la ruleta cuando oyó caer la bolita de marfil en una casilla, y no levantó la cabeza cuando el *croupier* anunció, en tono indiferente, «treinta y dos, rojo». Colocó inmediatamente otras cuatro fichas en los mismos números.

Al otro extremo del casino, cerca de una arcada profusamente iluminada que llevaba a la piscina, dos hombres lo vigilaban. Ambos tendrían algo menos de 50 años, eran de mediana complexión y llevaban trajes caros. Uno de ellos era calvo, de semblante rojizo. Llevaba gafas de concha y fumaba un gran cigarro. Parecía un hombre competente, pero aburrido.

El otro estaba tostado por el sol, con un brillo de perspicacia en sus ojos azules y abundante pelo oscuro que se había vuelto gris en las sienes. Llevaba un traje gris cortado a la moda, sobre una camisa de seda blanca con un dibujo de pequeños rombos grises. Un foulard rojo oscuro cuidadosamente anudado en torno al cuello. Tenía aspecto de aventurero.

—Ve ahora —le dijo el hombre calvo a este último. Gonen ni siquiera miró al desconocido que se sentó al otro extremo de la mesa. Estaba mirando únicamente sus números, con su vaso otra vez vacío, mientras el montón de fichas que tenía a su lado disminuía ostensiblemente. Oyó cómo el desconocido preguntaba:

—¿Cuál es la postura máxima en esta mesa?

—Doscientos cincuenta dólares en cada número, señor. —El *croupier* señaló hacia un pequeño cartel que colgaba de la mesa.

—Muy bien. Doscientos cincuenta en el treinta y seis rojo, y otros doscientos cincuenta en el treinta rojo.

Silenciosamente, dos hombres que estaban en el estrecho pasillo que formaban las mesas, se acercaron al jugador, observando atentamente su comportamiento, así como el del *croupier*. Una apuesta de quinientos dólares no era muy infrecuente, pero no podía descartarse la posibilidad de un acuerdo secreto entre el *croupier* y el jugador.

Gonen volvió lentamente su rostro hacia la derecha y estudió al nuevo jugador. El hombre le hizo un saludo amistoso. Tenía una sonrisa sincera.

—¿Qué tal va la suerte esta noche? —le preguntó.

Gonen se encogió de hombros y señaló hacia su montón de fichas.

—No parece colaborar demasiado —dijo.

—Tiene usted que jugar a mis números —dijo el hombre—. Tengo un sistema seguro. Tiene que salir bien.

Pero no salió bien. Media hora después, las fichas de Gonen habían desaparecido, y el otro hombre no había tenido mejor suerte. Gonen calculó que el desconocido había perdido alrededor de cinco mil dólares. De mala gana se levantó de la silla. También el otro hombre se levantó.

—Bueno —sonrió—, mañana será otro día. Vamos, tomemos una copa.

—¿Por qué no? —contestó Gonen, aceptando el costoso puro habano y el firme apretón de manos del otro—. Me llamo Jackson —dijo éste—. Lew Jackson.

—Yo soy el coronel Joe Gonen, de las Fuerzas Aéreas israelíes, y ahora estoy en la Embajada de Washington.

—¿Israel? —Jackson parecía sinceramente complacido—. Admiro mucho su país, coronel. Y sus Fuerzas Aéreas, por supuesto. Yo también fui piloto de guerra. Luché en Corea, en Vietnam, en Laos. Dos veces herido, una vez derribado.

—¿De verdad? —en el rostro de Gonen se pintó el interés—. ¿En qué aparatos volaba?

—Bueno, en Corea teníamos el Sabré, después el Starfighter, el Skyhawk...

Los dos hombres se dirigieron al bar. Gonen le preguntó cómo se ganaba la vida. Jackson le dijo vagamente algo sobre comprar y vender. Gonen no insistió en el asunto.

El hombre calvo observaba toda la escena desde su puesto en la zona de máquinas tragaperras. Su expresión no había cambiado, pero estaba muy satisfecho.

Gonen y Jackson se despidieron hacia las cinco de la madrugada. Al mediodía siguiente volvieron a reunirse en la piscina, donde comieron algo ligero. Tenían muchas cosas en común. Ambos eran fuertes, seguros de sí mismos y atractivos. En la piscina se convirtieron en el centro de atención de varias chicas guapas, que veían en ellos dinero y diversión. En realidad, la situación económica de Gonen no podía ser peor, pero cuando rehusó la propuesta de Jackson de ir otra vez a jugar, su nuevo amigo le dio una palmada amigable en la espalda, diciéndole: —Vamos. Tú jugarás conmigo. Este fin de semana estoy cargado de dinero, y tú puedes ayudarme a librarme de la pasta. Entra fácilmente, pero se va más de prisa aún.

Estuvieron jugando durante varias horas, y volvieron a perder mucho. Pero el buen humor de Jackson no desapareció. Esa misma noche salieron con dos de las chicas que conocieron en la piscina.

El lunes por la mañana, antes de que Gonen saliera hacia el aeropuerto, Jackson le preguntó con aire casual:

—¿Vas a venir el próximo fin de semana?

—Realmente no lo sé, Lew —le contestó, desanimado—. La verdad es que me he quedado limpio.

—No te preocupes por eso —le dijo Jackson—. Yo conozco alguna gente aquí en Las Vegas. Yo puedo avalarte. Ellos te adelantarán dinero si les prometes que les entregarás parte de tus ganancias.

—Vamos, vamos —Gonen le miró con reproche—. ¿Crees que nací ayer? ¿Qué trampa es ésa?

—Nada que no pueda agradarte —le respondió Jackson, con seriedad—. Vuelve el próximo fin de semana. Serás mi invitado. Ya hablaremos de ello, y si tú quieres, te presentaré alguna de esas personas. Todo depende de ti. Si te gusta, pues muy bien. Y si no, pues pasaremos simplemente otro fin de semana divertido aquí. ¿De acuerdo? No hay compromiso de ningún tipo.

—Bueno, vendré —respondió Gonen, pensativo.

Lew Jackson era un hombre que trabajaba muy bien. Al final de ese segundo fin de semana en Las Vegas, había conseguido ablandar a Gonen lo suficiente para su última maniobra. Después de cuarenta y ocho horas de beber, jugar, comer en los mejores restaurantes, y acostarse con una preciosa pelirroja en la *suite* que Jackson le había reservado, Gonen parecía dispuesto a hacer cualquier cosa para continuar con ese tren de vida. Jackson le había valorado adecuadamente: un hombre como ése nunca se rendiría ante presiones o amenazas. Tenía que manipularlo de forma que conservara su orgullo y respeto por sí mismo. Jackson había encontrado la solución perfecta.

El domingo a mediodía se presentaron dos hombres tranquilos y de aspecto grave a ver a Gonen, y le dijeron que eran oficiales de los servicios de inteligencia de la OTAN. Le hablaron durante largo rato sobre la amenaza que Rusia representaba para el mundo Ubre, especialmente hoy día, cuando la palabra mágica *détente* había adormecido a Occidente de forma harto peligrosa. Incluso determinados círculos influyentes de la OTAN, se habían dejado engañar por la ofensiva de paz de la Unión Soviética. En realidad, las intenciones reales de los rusos eran utilizar la actitud relajada de Occidente para socavarlo y debilitarlo. Ante esta nueva situación, la OTAN tenía que hacer todo lo que estuviera en sus manos para evitar las maniobras soviéticas.

—Nosotros estamos extremadamente preocupados por la influencia soviética en Oriente Medio —le dijo uno de los visitantes, que se había presentado como mayor George Mackenzie, de Canadá—. Sabemos que lo mismo ocurre en su país. Nuestros objetivos son idénticos. Quisiéramos proponerle que colaborara con nosotros, y nos proporcionara información sobre las implicaciones soviéticas en los países árabes. También nos gustaría que nos comunicara las medidas de represalia que Israel estaría dispuesta a aplicar en caso de una crisis en la región.

—Tenemos, como quizá usted sepa, un importante presupuesto destinado a este cometido —dijo el otro visitante, un sueco alto y rubio, el mayor Songstróm—. Podríamos poner a su disposición una parte de nuestros fondos.

—¿Por qué no prueban a obtener sus informaciones mediante contactos directos con los servicios secretos israelíes? —preguntó Gonen con cautela.

—Porque sabemos que no obtendríamos nada. Los servicios secretos, por su propia naturaleza, son desconfiados y muy lentos en cualquier intercambio de informaciones secretas, aun cuando sea en beneficio de sus propios países.

Gonen se mostró conforme, sonriendo irónicamente.

—¿Puedo ver sus credenciales?

—Claro —contestó Mackenzie.

Ambos le enseñaron sus pasaportes y sus documentos de identidad personales de la OTAN.

—De acuerdo —dijo Gonen—. Tenemos todos los mismos objetivos. Colaboraré con ustedes.

Mientras estrechaba sus manos, Gonen se preguntaba si ellos se imaginaban que sabía con toda seguridad que la OTAN no tiene ningún tipo de servicios de inteligencia.

Tres semanas después, en la sede del Octavo Departamento, el interfono de la mesa del general Yulin empezó a zumbear, y la voz joven e impaciente

del secretario del presidente, Volodya Nikitin, le dijo:

—El presidente Andropov desea verle, camarada. Andropov estaba de pie ante la ventana de su despacho, mirando pensativamente hacia el cielo bajo y gris. Eran los últimos días de la primavera, pero el tiempo en Moscú era desacostumbradamente frío y monótono, con una llovizna que caía sin interrupción. Yulin llamó a la puerta y entró.

—Pase, pase, Lev Ivanovich —le dijo Andropov, mientras se frotaba las manos y luego las depositaba sobre el radiador que estaba bajo la ventana—. He pedido que nos traigan té. Siéntese, por favor.

El presidente de la KGB parecía estar especialmente contento ese día.

Yulin esperó pacientemente sus siguientes palabras. —Acabo de venir de una reunión del Politburó —dijo Andropov—. Les informé sobre nuestros progresos en el proyecto israelí, todo el mundo parecía muy satisfecho —dirigió una rápida mirada hacia el pequeño general—. Pero no usted, Lev Ivanovich.

Yulin le devolvió la mirada con determinación.

—No, yo no estoy satisfecho —dijo, lanzando un suspiro, y añadió—: todavía no, por lo menos. El buen humor de Andropov cambió repentinamente. —No le entiendo a usted. ¿Qué es lo que le sucede? ¿Por qué es usted tan desconfiado? Tenemos a ese coronel. Está hablando, y hablando bien. Un informe cada semana. Hechos, cifras, estimaciones. ¿Ha comprobado usted sus informaciones?

—Sí —dijo Yulin—. Todo parece auténtico. Mis expertos en las Fuerzas Aéreas dicen que la información es la mejor que podían esperar.

—Entonces, ¿qué es lo que le preocupa? ¿No se fía de él? Se abrió la puerta y entró una mujer de mediana edad con dos tazas de té ruso, dulce y oscuro.

—Gracias, Vera —le dijo Andropov, ausente, y cogió la taza con las dos manos, al estilo ruso.

Yulin echó hacia adelante su cabeza y apretó los puños contra la mesa.

—Simplemente, no me gusta todo esto, Yuri Vladimirovitch —dijo, lentamente, tratando de controlar el tono de voz, en el que se advertía una nota de enfado reprimido—. Hace tres o cuatro meses, no sabíamos nada sobre las Fuerzas Aéreas israelíes. Ahora, y del modo más súbito, tenemos dos informadores. Un hombre y una mujer. Los mejores. Ella nos entrega todos los documentos del Pentágono sobre sus Fuerzas Aéreas; el otro nos hace llegar informes regulares, basados en conocimientos de primera mano. Ya le dije que no me gustaba todo aquello de la valija diplomática. Tampoco

me gusta el asunto ese del juego en Las Vegas. He estudiado muy a fondo el historial de Gonen. Y no puede ser él. No me lo imagino bebiendo y jugando. Y no puedo comprender por qué todavía no ha sido devuelto a Israel. Su conducta escandalosa es notoria. Los israelíes hacen volver a sus diplomáticos por faltas mucho menos graves. Y después tenemos aquella reunión con Gehlen. No me la puedo quitar de la cabeza. Los israelíes deben andar detrás de algo, después de la expedición sobre Marsa y el contacto con Gehlen.

—Pero todo eso son sólo sospechas, nada verdaderamente tangible — contestó Andropov, acalorado.

—Sí, pero ¿por qué sólo yo desconfío? —explotó al fin Yulin—. Usted tiene fama de ser tan desconfiado como yo. ¿Por qué no quiere hacer nuevas comprobaciones más a fondo? ¿Por qué está tan seguro de que todo está en orden? El rostro de Andropov enrojeció.

—No me gustan esas insinuaciones, Yulin. Yo estoy satisfecho con la situación. Nuestros hombres no son un hatajo de estúpidos. Hemos comprobado una y otra vez todo. Seguiremos adelante con la operación, tal como se ha decidido. Yulin se levantó. —¿Puedo marcharme ya?

—Sí —dijo Andropov, violento. Su cara era una máscara llena de ira.

Yulin salió disparado hacia su despacho, maldiciendo furiosamente entre dientes. Mandó llamar a su jefe de operaciones, Laurenti Karpin, un joven y eficiente ucraniano que había ido ascendiendo en el Octavo Departamento, y que había efectuado diversas misiones en el extranjero. Karpin entró de puntillas y temeroso en el despacho, pues ya las secretarias le habían avisado que el general estaba furioso. Encontró a Yulin paseando nerviosamente arriba y abajo del despacho, hablando consigo mismo. Cuando vio a Karpin se paró.

—¡Laurenti! Quiero que ponga en marcha varias operaciones inmediatamente. Máximo secreto. Quiero decir, que no tiene que informar a ningún otro departamento. Infórmeme sólo a mí, personalmente. ¿Entendido?

—Sí, camarada general —respondió Karpin, perplejo.

—Muy bien. Quiero que movilice a todos sus informadores entre los guerrilleros palestinos. Quiero que descubran exactamente cómo se planeó y llevó a cabo el «día de los secuestros». Quiero conocer cuáles eran los aviones que debían ser secuestrados originalmente, y si se produjo algún cambio en el plan. Quiero saber quiénes estaban al corriente del proyecto, y si pudo producirse algún tipo de fuga de información. Quiero saber si existe la más mínima posibilidad de que los israelíes pudieran haberse infiltrado en la organización Al Fatah, y hasta qué nivel. Quiero conocer, a toda costa, si fue

simplemente una coincidencia que el avión de la El Al fue el único que no debía ser secuestrado, y si esa maldita valija diplomática había sido retrasada a propósito para que se enviara precisamente con el avión de la TWA. Haga usted todas las gestiones que sean necesarias. ¿Ha entendido bien?

—Sí, camarada general —dijo Karpin con seriedad, anotando ansiosamente en su bloc de notas.

—Y una cosa más, Karpin. Necesito una «mariposa» en Estados Unidos. Una de las mejores, alguien con gran experiencia sexual y que sea capaz de obtener informaciones.

—Eso no será problema. Tenemos a varias actuando allí ahora. Hay una chica francesa, Annie Blaine, que trabaja en el Secretariado de la ONU. Tenemos también dos azafatas norteamericanas. Tenemos también otras mujeres, pero las tres primeras son las mejores y podemos utilizar a cualquiera de ellas.

Yulin no le dejó terminar.

—Quiero que una de ellas trate de introducirse en la cama de Gonen. No me importa cómo, pero quiero que sea lo antes posible, y que se quede con él durante una temporada, un mes, dos meses, los fines de semana y las fiestas. Mire a ver si puede enviarla a Las Vegas. Gonen siempre se aloja en el Román Palace. Tiene que utilizar cualquier truco para hacerle hablar. Quiero que nos informe de todo lo que hace, de todo lo que dice, cualquier llamada telefónica, carta, o nota que reciba. Quiero saberlo todo sobre ese hombre.

—Sí, camarada general —dijo Karpin, añadiendo a continuación—: puede usted confiar en mí, Lev Ivanovich. Me ocuparé de todo.

—Perfecto —respondió Yulin, y lo despidió.

Karpin se ocupó de todo. El Octavo Departamento se vio inundado de informes detallados de los agentes comunistas en la organización Al Fatah. Al mismo tiempo, la encantadora Annie Blaine entró en relación con Gonen en un vuelo a Las Vegas, y a partir de entonces compartió regularmente sus fines de semana en Nevada. Annie informó sobre todo, tal como se le había ordenado.

Pero en ambas operaciones, Yulin no sacó nada en limpio.

Cuarta Parte

El duelo

7 de junio de 1973

La luz que tan desesperadamente estaba buscando Lev Ivanovich Yulin, llegó de un sitio totalmente inesperado. Había perdido prácticamente sus esperanzas, cuando Valery Bykovski, jefe del oscuro Servicio Especial Uno del Primer Directorio (el servicio de información), anunció que quería verle. Bykovski era un hombre tímido, con cabeza de profesor: cabellos largos, frente amplia, gafas gruesas sobre unos ojos miopes de mirada perdida a lo lejos. Entró en el despacho de Yulin casi subrepticamente, dirigiéndose hacia una silla, en cuyo borde adoptó una postura que vagamente recordaba la de estar sentado. Llevaba un traje negro muy gastado, y sus dedos jugueteaban nerviosamente sobre la cubierta de una delgada carpeta.

—No sé cómo empezar, camarada Yulin —dijo con una voz profunda, que desmentía su aspecto tímido y desastrado—. Se trata sólo de una sospecha, pero pensé que si se la comunicaba quizás usted podría tranquilizarme.

—Claro, claro, Bykovski —le animó Yulin, sonriendo. Conocía perfectamente los defectos de Bykovski, pero recordaba también que, tiempo atrás, su inteligencia había sido considerada una de las más brillantes en todo el servicio.

—Verá, resulta que hemos descubierto algo muy curioso en relación con algunos sucesos producidos en noviembre último —Bykovski echó una ojeada, con cierto embarazo, a la carpeta que portaba—. El 13 de noviembre, en Montevideo, Uruguay, fue asesinado misteriosamente un hombre. Su nombre era Hermann Bauer, de origen alemán, residente en Sao Paulo, Brasil. Pero una investigación a fondo por parte de la Interpol, así como las encuestas realizadas con su familia, nos llevaron a la conclusión definitiva de que se trataba de Heinrich Roehm, un antiguo oficial de los servicios de inteligencia del Ejército alemán, que había desaparecido en 1945 llevándose consigo una lista de los agentes proalemanes en Rusia.

El jefe del departamento de Oriente Medio de la KGB lanzó un pequeño gemido. Se echó hacia adelante en su sillón y miró con intensidad hacia

Bykovski.

—Siga, siga, por favor.

—Bueno, resulta que descubrimos que al día siguiente del asesinato, el 14 de noviembre, un sobre depositado probablemente por un exnazi en un Banco suizo, fue entregado a una persona que dijo el número y la frase de la clave al director del departamento de cuentas y depósitos secretos.

—¿Cómo? —Yulin se puso de pie de un salto. Su mente empezó a trabajar febrilmente, relacionando las informaciones que poseía mediante una serie de deducciones que hicieron que se le helara la sangre en las venas—. ¿Está usted seguro de lo que dice?

La expresión de Yulin hizo que Bykovski se hundiera en su asiento.

—Ya le dije que era sólo una sospecha, Lev Ivanovich —le dijo en un tono más bien de excusa—. Todavía no podemos relacionar de modo definitivo ambos hechos. Bauer, o Roehm, fue asesinado en Montevideo el 13 de noviembre. Al día siguiente el paquete fue entregado a un desconocido en Berna.

Yulin apoyó sus codos en la mesa y se cubrió el rostro con las manos. Sentía que un súbito temblor se apoderaba de todo su cuerpo. Se mordió los labios y trató de recobrar el control sobre sí mismo. Pero cuando volvió a hablar, lo hizo empleando un tono de helada cólera que atemorizó aún más al pobre Bykovski.

—Estamos en junio ahora, camarada. Y usted me está hablando de cosas que sucedieron en noviembre. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no he sabido nada de esto hasta ahora?

Bykovski extendió sus manos, con las palmas hacia arriba, en un gesto de impotencia.

—Camarada Yulin, no teníamos idea de que Bauer y Roehm pudieran ser la misma persona. Nadie lo descubrió con anterioridad. La Interpol determinó la verdadera identidad del asesinado sólo un mes después de los hechos. En ese momento empezó nuestra gente a investigar, a causa del historial nazi de Roehm. Les costó entonces bastante tiempo descubrir que habían sido los israelíes los que lo habían matado. Seguíamos pensando que no se trataba de nada excepcional. Israel sigue todavía cazando muchos nazis, como sabe. Pero me sorprendió que nadie, ni siquiera de forma anónima, informara a las agencias de noticias sobre la muerte de un criminal nazi. Siempre había una denominada «Organización de Vengadores» que se ocupaba de dar a conocer estas cosas.

—Muy bien, así que ellos no dijeron nada —dijo Yulin, impacientándose.

—La siguiente información, relativa al paquete entregado —prosiguió Bykovski— nos vino a través de un servicio distinto, mucho tiempo más tarde, y quedó enterrada en los archivos de una sección diferente durante una temporada. Como sabe, la subdivisión financiera del Quinto Departamento tiene una especie de informador, sin dedicación plena, en las Banques Helvétiques Unifiées de Berna. Les comunica ocasionalmente los hechos infrecuentes que se producen allí. Y les informó que un sobre depositado al final de la guerra, probablemente por un nazi en plena huida, había sido entregado a un viejo caballero que dio la clave. Nadie dentro de nuestros servicios fue capaz de relacionar ambas informaciones.

—Entonces, ¿cómo llegó usted a hacerlo? —preguntó Yulin, apremiante.

—Ya sabe usted que nuestra labor principal es la de reunir y distribuir dentro del Centro todas las informaciones rutinarias que nos llegan de las diversas ramas del Primer Directorio. Mantenemos listas cronológicas de los hechos producidos cada mes, que se actualizan de vez en cuando. Y sólo esta mañana, cuando me puse a leer la lista de los últimos ocho meses, encontré las anotaciones que señalaban que el depósito de un exnazi había sido retirado de un Banco suizo, menos de veinticuatro horas después de la muerte de un exnazi en Uruguay.

—Sólo esta mañana, dice usted —dijo Yulin, lentamente.

—Sí —admitió Bykovski, con gesto de culpabilidad—. La verdad, realmente no comprendí que...

Pero Yulin sí entendió el verdadero sentido de la secuencia de acontecimientos: el descubrimiento por parte de los israelíes de que algo estaba sucediendo en Egipto, remotamente controlado por la Unión Soviética; el rápido viaje del jefe de la Mossad a la residencia de Gehlen; el asesinato, por parte de los israelíes, de Heinrich Roehm, antiguo ayudante de Gehlen, encargado del anillo nazi de espionaje en la Rusia soviética durante la guerra, y el hombre que la KGB estaba buscando desde el año 1945; la misteriosa aparición de un desconocido que se apodera de un sobre en el Banco suizo...

—¿Era un sobre y no un paquete, verdad? —preguntó Yulin, jugueteando nerviosamente con su lápiz.

—Eso es lo que ellos dijeron. Un sobre —le contestó Bykovski, mirándole a la cara.

—Y yo sé qué es lo que contiene ese sobre —exclamó Yulin, furioso—. Una lista de nombres. Esos bastardos están tratando de introducirse aquí, para saber qué es lo que realmente va a suceder.

Olvidándose del aterrorizado Bykovski, Yulin salió disparado del despacho.

—¡Karpin! —gritó— ¡Karpin!

Su puño cayó como una maza sobre la mesa de una secretaria asombrada.

—¡Busque a Karpin y tráigamelo inmediatamente a mi despacho!

La aterrorizada chica salió corriendo en busca del jefe de Operaciones.

Cuando Karpin entró apresuradamente en su despacho, Yulin ya había recobrado su talante habitual, preciso y terriblemente eficaz.

—Mañana por la mañana saldrá usted hacia Ginebra, en el primer vuelo de la Aeroflot —le dijo, golpeando la mesa con su puño, como para dar relieve a la urgencia de tal misión—. Establecerá allí su cuartel general. Llévase a quien quiera con usted. Podrá tener a su disposición a todos los hombres de la sección de operaciones. Si los necesita, relévelos de sus actuales cometidos.

Yulin le explicó sucintamente todo lo referente al asesinato de Roehm y su lista secreta, que estaba evidentemente en manos israelíes.

—Tiene usted que descubrir qué es lo que están haciendo los israelíes con dicha lista —prosiguió Yulin—. Tiene usted que descubrir los nombres de la persona o personas que se han apoderado de ella. Tenemos que saber lo que intentan hacer con ella, así como saber qué nombres están en la lista. ¡Los nombres, Karpin, ése es el dato más importante que necesitamos ahora!

Karpin, con su habitual rapidez mental, aventuró:

—¿Cree usted que sus agentes en Europa puedan saber algo sobre la lista?

—Los que residen habitualmente en Europa no, por supuesto. Tendrá usted que vigilar cualquier actividad israelí infrecuente en Europa Occidental, quizás incluso también en algunos países orientales. Pero empiece con Berna. Allí hemos obtenido una pista. Quizá pueda saber algo más sobre la gente que consiguió el sobre. Capture agentes israelíes en cualquier lugar de Europa. Hágalos hablar. Utilice los medios que le plazca. Asesine si es necesario. Alguien, en algún lugar, tiene que saber algo. La Mossad es un servicio pequeño. Entre un pequeño número de personas siempre se tienen noticias sobre cualquier viaje fuera de lo corriente, sobre la llegada o salida de cualquier equipo de operaciones. Obtenga esa información. En cuanto a los medios, estará usted cubierto por mí. Le concedo autoridad absoluta.

—Pero, camarada general —objetó Karpin—, eso no está dentro de nuestras competencias. No en nuestro departamento ni en nuestra sección. Ese tipo de operación corresponde a la sección europea o a la Mokroie Déla —

añadió, resaltando sus últimas palabras, como una alusión directa a los sangrientos asesinatos y secuestros políticos que eran su especialidad.

—¡Deje de decir tonterías! —explotó Yulin—. La sección europea o la Mokroie Déla no moverían un solo dedo —Yulin dio un rodeo a su mesa y se encaró con Karpin—: El futuro de este país puede depender de esto. Tenemos que descubrir, cueste lo que cueste, ¿entiende?, qué traidores hay entre nosotros.

Yulin se dejó caer pesadamente sobre una silla, como si le hubieran abandonado todas sus energías.

—Ahora, márchese —le dijo, ya calmado.

2 de julio de 1973

El Viejo llamó por el interfono a su secretaria, una mujer pelirroja llena de vitalidad de unos cuarenta y cinco años, que había sido su leal ayudante desde los días en que Jeremiah Peled era un oscuro jefe de sección.

—Dalia, ¿está listo el coche?

—Sí, Yossi está esperando abajo.

—Muy bien, dile que bajaré en cinco minutos. Puedes enviar por delante al coche con los guardaespaldas. Y vuelve a repetirles que se muevan mucho por allí, que no se oculten, que su presencia sea lo más evidente posible.

Peled cerró el interfono y volvió nuevamente a mirar los documentos que tenía cuidadosamente ordenados frente a sí. Uno era una hoja de papel amarillo, cruzada en diagonal por dos líneas rojas, lo que automáticamente lo clasificaba como máximo secreto. Contenía el texto descifrado de un telegrama enviado por la «Oficina principal» de la Mossad en Suiza. Aparte de sus centros de operaciones en las fronteras exteriores de Israel, la Mossad tenía secciones locales en la mayoría de los países de Europa Occidental. Su misión principal era la de obtener informaciones rutinarias y colaborar con los equipos de la Mossad en misiones *ad hoc*. La sección de Suiza estaba en Zurich, pero el informe que tenía frente a él, de fecha 28 de junio, se refería a Berna:

El 23 de junio, un europeo rubio de elevada estatura, con pasaporte austríaco, alquiló un «Rolls-Royce» con chófer en la Compagnie Gontrand, voitures avec chauffeur, calle Davos 137. Mientras rellenaba los documentos de alquiler en la oficina, preguntó por un amigo suyo, un banquero alemán de unos sesenta y cinco años, que debía haber alquilado un Rolls allí mismo durante las dos primeras semanas de noviembre. Parece que obtuvo respuestas detalladas de la secretaria que le atendió. Utilizó la sencilla táctica de decir un nombre cualquiera. La secretaria comprobó la lista de noviembre.

Cuando ella le dijo que el nombre no aparecía, expresó su sorpresa y pidió que le dejara ver la lista. La chica se la entregó de buena fe, y él comprobó los nombres, direcciones y pasaportes. Finalmente, pidió excusas indicando que se había equivocado. Nuestro hombre destinado allí escuchó parte de la conversación y se puso en contacto con nosotros. Siguiendo nuestras instrucciones, mantuvo una estrecha vigilancia de la oficina y, cuando el austríaco devolvió el coche el 26 de junio, consiguió obtener dos fotos de él con una cámara oculta B-32 miniatura que le entregamos. Enviamos las fotos por correo urgente.

Jeremiah Peled examinó las fotografías. Era un trabajo bastante malo, de aficionado. Una era completamente borrosa, pero la otra, aunque movida, mostraba claramente la cara del austríaco: pómulos salientes, nariz delicada, ojos pequeños, labios finos.

Una vez más comparó dicha foto con la que estaba unida a una ficha amarilla. Las caras eran idénticas, salvo que en la fotografía de la ficha el hombre parecía más joven y su cabello era oscuro. Había varias cosas escritas en la ficha, pero Peled sólo se fijó en las dos líneas mecanografiadas en el borde superior: «Nikishov, Nikolai Vassilievitch, alias Rudy Shoenke, alias Gert Knutt, alias Bruno Heiffer. Agente operacional de la KGB, Departamento de Acción Ejecutiva (V Departamento-Mokroie Déla), Primer Directorio, 1967-1972; Octavo Directorio (Oriente Medio), sección operativa, desde septiembre de 1972».

Peled dejó los documentos en su bandeja del día, se levantó y salió rápidamente de su despacho. El ascensor le llevó directamente al garaje, donde su chófer, Yossi, un joven exparacaidista, le esperaba al volante de su Volvo totalmente blanco.

Peled se puso las gafas de sol y se acomodó en el asiento de al lado del conductor.

—Vámonos a la parte vieja de Jaffa —le pidió—; al Café Aladin.

El Café Aladin era una vieja casa árabe con el suelo de azulejos a la usanza oriental. La casa en sí era pequeña. Había escasamente sitio para una barra circular, dos mesas redondas de madera y varios bancos incrustados en pequeños nichos de la pared. Pero el Aladin poseía algo valioso, que era su magnífica terraza que parecía estar flotando sobre las olas verde esmeralda del Mediterráneo. Ofrecía una vista maravillosa de la bahía de Jaffa. A la izquierda podía observarse la pintoresca ciudad de Jaffa: las mezquitas

circulares y de un blanco brillante, los minaretes en forma de agujas, las serenas iglesias italianas y francesas, los viejos muros y las ruinas meticulosamente restauradas de la antiquísima ciudad. A la derecha, entre la media luna que formaba la bahía, se extendía el moderno Tel Aviv: edificios elevados, una hermosa hilera de hoteles a lo largo de la playa arenosa, grandes avenidas al borde del mar hirvientes de tráfico.

Era temprano, las ocho y media de una soleada mañana de julio. Una hora más tarde el sol tropical caería a plomo sobre la ciudad, y una ola de calor y humedad se apoderaría de ella. Pero a esa hora el aire fresco y límpido, y una brisa agradable acariciaba las palmeras. Las mesas blancas de la terraza del Aladin estaban rodeadas de sillas de hierro forjado con sus correspondientes cojines. Colocadas bajo la sombra de grandes sombrillas de alegres colores, constituían un lugar ideal para una conversación relajada en torno a unas tazas de espeso café turco.

Ocho hombres se habían sentado alrededor de dos mesas cuadradas en la parte norte de la terraza, que era la más fresca a esa hora del día. La mayoría de ellos tendría alrededor de cuarenta años, de variadas complexiones y distintas apariencias. Algunos de ellos tenían un magnífico aspecto por su forma de vestir, mientras otros llevaban modestas ropas veraniegas. Pero todos ellos tenían algo en común: todos habían sido antiguos agentes de la Mossad, el Shin Bet o la Aman. Después de quince o veinte años de servicios, se habían retirado y dedicado a ocupaciones más pacíficas: negocios, seguros, empleos oficiales en el gobierno.

Esta reunión, después de varios años de actividades «civiles», había creado la atmósfera de una reunión de antiguos alumnos. Los antiguos espías se palmoteaban alegremente las espaldas y se intercambiaban bromas; al estar solos en la terraza, podían incluso permitirse recordar pasadas actividades.

La aparición de Peled hizo que la alegría finalizara bruscamente. El *Viejo* aparecía sonriendo amistosamente, y todos le saludaron por su nombre, como siempre. Ninguno de ellos dependía ya de él, ya había dejado de ser su jefe. No obstante, la autoridad natural que se desprendía de él les hizo retroceder a los viejos tiempos, en los que el respeto al jefe había sido su norma de conducta durante tantos años.

—Os he convocado aquí ahora, a pesar de que vengo preparando esta reunión desde hace muchos meses —empezó a decir Peled—. Quizás os preguntaréis por qué os he convocado en un lugar público. La respuesta es porque me interesaba precisamente un lugar público. Ruego a Dios que nuestra reunión sea advertida y se informe de ella, y que haya alguien que me

identifique a mí y a varios de vosotros. Quiero que Moscú conozca esta reunión.

—¿Por eso nos enviaste a cuatro guardaespaldas en un coche, hace un cuarto de hora? —le preguntó Jacob Barnea, antiguo director adjunto del Shin Bet, y amigo íntimo del Viejo—. Estuvieron corriendo por aquí con sus transmisores, mostrando sus pistolas, y nosotros empezamos a creer que algo marchaba mal en el servicio.

—Nada marcha mal en el servicio —dijo Peled—, pero tienes razón sobre los guardaespaldas. Hicieron exactamente aquello que se les había ordenado. Ahora os contaré por qué.

Peled bajó la voz, eligiendo cuidadosamente sus palabras, evitando hacer referencia a datos irrelevantes.

—Hace unos meses, obtuvimos una cierta lista con los nombres de varios rusos que habían sido espías extranjeros. Entre esos nombres, encontramos uno que resulta de gran importancia para nosotros. Tendremos que ponernos en contacto con ese hombre en un futuro próximo, y sobre una cuestión de importancia vital. No os voy a decir ahora cuándo, dónde ni cómo se efectuará tal contacto.

»Tarde o temprano esperaba que los rusos descubrieran que teníamos en nuestro poder esa lista, y que harían todo lo posible por conocer sus nombres. Hace tres días recibí la confirmación de que ya lo sabían. Los rusos saben que tenemos la lista, y han tratado de averiguar, a través de una operación de inteligencia en Suiza, la identidad del hombre que obtuvo la lista. Por ese lado no tengo nada que temer, hemos borrado todas las huellas, y la investigación de los rusos pronto se encontrará en un punto muerto. Por otro lado, los servicios secretos rusos estarán —si no lo están ya— alertas ante cualquier intento por nuestra parte de entrar en contacto con el espía o espías dentro de Rusia. Así es que quiero poner en marcha un plan de desorientación que me permita entrar en contacto con el hombre que necesito, mientras la atención de la KGB se centra en otro sitio.

—Y ahí es donde entramos nosotros, supongo —dijo Barnea.

—Exactamente. Os necesito a vosotros como cortina de humo.

—¿Qué es lo que quieres que hagamos? —preguntó un hombre delgado y nervudo, sentado al extremo de la mesa—. Me temo que ya no conservemos la misma forma que antes.

Peled sonrió.

—No me importa. Lo que yo realmente necesito son vuestros rostros y vuestros nombres.

—¿Qué quieres decir?

Peled echó una ojeada a todos los reunidos.

—No sé si os habéis dado cuenta de que vuestro común denominador, aparte de que seáis antiguos agentes, es el de que todos sois muy conocidos para la KGB. Tú, Jacob, eras el director adjunto del Shin Bet cuando arrestamos a los agentes soviéticos Beer, Sitta y Collier. Tú, David, y tú, Shmuel, fuisteis los que efectuasteis los arrestos. Bernard y Abraham, en la Mossad, trabajaron contra la KGB en Polonia y Checoslovaquia cuando se formalizó aquel enorme convenio de armamento entre Egipto y el bloque soviético. Amos fue expulsado de Finlandia, después de la protesta oficial presentada contra él por la Embajada soviética. Michael los enfureció cuando hizo fracasar su intento de montar un movimiento subterráneo antioccidental en Chipre. Y todos vosotros recordáis los problemas que tuvo Mandy, aquí presente, con su colega ruso en la ONU.

—Parece que somos bastante famosos, ¿no? —dijo Barnea, en un tono divertido.

—Estoy seguro de que los rusos tienen vuestras fotos en sus ficheros, y también vuestros historiales detallados.

—¿Entonces? —preguntó Michael, con ansiedad.

—Pues os voy a enviar a todos vosotros a la Unión Soviética y a otros países comunistas. Algunos de vosotros tendréis que salir ya mañana mismo.

—¿Cómo? —dijo Jacob, asombrado.

—Ya me habéis oído —dijo Peled con calma—, os voy a enviar detrás del Telón de Acero.

—¿Y con qué cobertura? —Michael preguntó otra vez.

—Ninguna cobertura —dijo Peled con tranquilidad—. Vuestros nombres reales, vuestras ocupaciones actuales. Hace meses que estoy planeando unas excusas adecuadas para vuestros viajes. Jacob irá a la convención mundial de cultivadores de cítricos que se inaugura el 15 de julio en Moscú.

Peled se volvió hacia su antiguo adjunto.

—Está exactamente en tu línea de actividad, Jacob. Michael volará a Helsinki, para hacer una visita a la fábrica de televisores Salora. Eso es lo que tú importas ¿no? Durante tu estancia allí, harás una visita turística de dos días por la bahía de Leningrado. La compañía de tractores con la que trabajas tú, Bernard, te enviará a Moscú también, para formalizar un importante contrato.

Bernard sonrió intencionadamente.

—Así que estás trabajando codo con codo con la CIA, ¿no, Jeremiah?

El Viejo se encogió de hombros.

—En este asunto se puede esperar una cierta porción de buena voluntad por parte de la CIA —respondió Peled, sin querer comprometerse demasiado. Luego prosiguió—: David y Shmuel, como vosotros sois amigos íntimos, os llevaréis a vuestras esposas de vacaciones a Europa la semana próxima. En París os uniréis a un grupo de turistas organizado por la Agencia Franco-Rusa, y os dirigiréis a Moscú, Kiev, Volgogrado, Odesa y Sochi.

Peled miró nuevamente sus papeles.

—Tú, Amos, te irás a Berlín Occidental. Representarás al gobierno en ese seminario sobre viviendas. Mientras estés allí, pasarás la frontera y te quedarás un día en Berlín Este. Mandy se irá a Rumanía, para cerrar un nuevo contrato sobre importación de carnes. Abraham volará a Turquía, y de allí pasará en coche a Bulgaria, donde visitará a los tíos y tías que dejó allí hace veinticinco años. Eso es todo. Me parece que no he olvidado a nadie ¿no?

—¡Vamos, vamos, Jeremiah! —protestó Barnea—. Debes estar mal de la cabeza. Ellos no permitirán que entre nadie. Ni siquiera me dejarán entrar a mí en Moscú. Nunca se me ha considerado *persona grata* en Rusia, especialmente después de haber cortado sus relaciones diplomáticas con nosotros.

Algunos de los otros antiguos agentes expresaron su acuerdo con las palabras de Barnea.

—No te preocupes, Jacky —dijo el Viejo—. Apuesto mi vida a que sí te dejarán entrar. A ti y a todos los demás. ¿No te das cuenta? Ellos saben que tenemos la lista, y saben que pensamos utilizarla. Estoy seguro de que la mitad de la KGB está esperando y vigilando a que alguien establezca contacto. Escuchadme ahora, todos vosotros: cuando entréis en la Unión Soviética, o en otros países comunistas, tendréis que trabajar duro. Salir a las calles todo lo que podáis. Parad a la gente en las esquinas, sentaros con personas solitarias en los bancos de los parques, hablad con ellos, preguntadles cosas. Llamad por teléfono a desconocidos que habréis elegido al azar en los listines telefónicos y pedid luego perdón, diciendo que os habéis equivocado. Tratad de poneros en contacto con el mayor número posible de rusos, y procurad que os vean hablando con ellos.

—Voy a decir algo que puede sonar a cobardía —interrumpió Bernard—: me parece muy arriesgado todo esto.

—No digas tonterías —le respondió Peled inmediatamente—. La KGB no os pondrá una mano encima. A su gente es a la que buscan. Empezarán siguiendo e interrogando a todos aquellos que hayan hablado con vosotros. Con vosotros ocho operando en Rusia y en el bloque soviético durante un par

de semanas, ocho antiguos agentes de los servicios secretos que están fichados por la KGB, tendré a los rusos completamente confundidos. Los norteamericanos también pueden ayudarnos enviando a algunos de sus hombres con el mismo propósito. Será una cortina de humo fantástica. El único contacto que de verdad me es esencial lo haremos con toda tranquilidad y sin peligro.

Se produjo un silencio.

—¿Me habéis comprendido? —preguntó Peled.

Todos afirmaron con la cabeza. Peled prosiguió.

—De todos vuestros asuntos de negocios, los salarios, etc., ya nos ocuparemos nosotros de arreglarlos. Recordad lo que os dije cuando abandonasteis el servicio. Nunca os habéis marchado del todo. Por supuesto que podéis negaros, y yo no moveré un dedo contra vosotros. Pero como os conozco —y Peled sonrió ampliamente—, me apuesto una cena a que nadie se va a rajarse.

Y nadie lo hizo.

De regreso a su oficina, el Viejo llamó por el interfono a su ayudante.

—Mike, ¿hay alguna noticia del equipo que enviamos a Europa en busca de nuevas pistas sobre Minerva?

La voz de Mike sonó a través del interfono.

—Ayer recibí su informe semanal. —¿Y?

—Lo siento Jeremiah. Su informe es negativo. No han descubierto absolutamente nada.

Peled suspiró.

—Mándales un telegrama para que prosigan la búsqueda. Tienen que encontrar algo. Quiero a ese hombre.

3 de agosto - 26 de septiembre de 1973

No parecía suceder nada especial en el Palacio de Kubbeh, en El Cairo, esa noche. La mayoría del personal —empleados, secretarias, jefes de departamento— había abandonado el palacio presidencial a las cinco de la tarde. A las seis se abrieron las grandes puertas para dar paso al automóvil presidencial, escoltado por cuatro policías motorizados y dos coches del servicio secreto. Las cortinillas del automóvil estaban echadas, y la multitud que poblaba las calles de El Cairo no pudo ver a Anuar el-Sadat. La pequeña comitiva motorizada se dirigió hacia el elegante suburbio residencial de Heliópolis, a unos cuarenta kilómetros del centro de la ciudad, donde la familia Sadat tenía su residencia veraniega.

El automóvil presidencial se dirigió a Heliópolis, pero el presidente no iba dentro de él. Mientras la ruidosa multitud saludaba el paso de su automóvil vacío, Sadat estaba en su palacio, conduciendo a varios visitantes ultrasecretos hacia su despacho privado. El primero era el ministro de la Guerra, Ismail Alí. Después llegó el jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Salem, y su jefe de Operaciones, el general Gamasy. Pocos minutos después, su automóvil militar traía a tres visitantes extranjeros, que habían llegado de incógnito a Egipto: el general Hafez Assad, presidente de Siria; su ministro de la Guerra, Mustafá Tías; y su jefe del Estado Mayor, el general Shihabi. Acababan de llegar de Damasco a bordo de un avión militar, que había aterrizado en la base militar al oeste de El Cairo.

El grupo estuvo conferenciando durante muchas horas. El exquisito reloj de pared del despacho del presidente Sadat hacía mucho tiempo que había dado las doce de la noche, cuando estrechó las manos de sus distinguidos huéspedes extranjeros, acompañándolos hasta su automóvil presidencial. Los líderes sirios fueron conducidos nuevamente hacia el aeropuerto, de donde despegaron inmediatamente hacia Damasco. En Kubbeh, Sadat daba unas últimas instrucciones a sus ayudantes.

—¿Tiene usted alguna sugerencia para el nombre en clave de esta operación, señor? —le preguntó el general Salem.

—Sí —respondió pensativamente—; la llamaremos «operación Badr».

Salem y los demás se mostraron satisfechos, ya que en la batalla de Badr, Mahoma, el profeta del Islam, había ganado su primera victoria militar, en el año 634, una victoria que se describía en el Corán como una expresión de la buena voluntad divina.

Durante los siguientes días, enormes titulares en la mayoría de los periódicos de El Cairo anunciaban las próximas grandes maniobras, programadas para el 1 de septiembre y que durarían seis semanas. Las primeras unidades auxiliares del Segundo y Tercer ejército egipcios empezaron a tomar posiciones a lo largo del Canal de Suez. La prensa egipcia señalaba también que el Estado Mayor estaba estudiando una posible peregrinación masiva de varias divisiones armadas hacia La Meca, durante las fiestas religiosas musulmanas del mes de noviembre.

Mientras tanto, y con un secreto celosamente guardado, algunos altos oficiales escogidos del ministerio de la Guerra estaban planeando la fase inicial de la operación Badr.

En la Central de la KGB en Moscú, Yulin había sido convocado por su jefe, Yuri Andropov. A partir de su disputa sobre la credibilidad de Gonen, sus relaciones habían sido frías y distantes. El presidente de la KGB se dirigía a Yulin de modo formal, sin rastro alguno de la vieja camaradería que habían compartido durante años. Con frecuencia, Andropov prefería dirigirse al ayudante de Yulin, el coronel Timoshev. Pero para las decisiones o consejos importantes, necesitaba del cerebro de Yulin. El pequeño general, por su parte, mantenía obstinadamente sus puntos de vista. Continuaba adelante, cada vez más convencido, con la búsqueda secreta de la lista del mayor Roehm.

En realidad, Yulin estaba preocupado ante la llamada de Andropov. Temía que el jefe de la KGB hubiera oído algo sobre su operación no autorizada en Europa Occidental, y tratara de poner fin a todo ello. Podía incluso pedir su dimisión, pensó Yulin con un estremecimiento.

Pero la primera pregunta de Andropov fue suficiente para tranquilizarle.

—Necesito urgentemente alguna información sobre las Fuerzas Aéreas israelíes, Lev Ivanovich. ¿Has descubierto algo sobre sus planes de emergencia para atacar nuestras bases en Egipto?

—Nada de nada —contestó Yulin—. Ni la mujer norteamericana ni el piloto israelí han dicho nada sobre ello. Según sus informes, es como si lo de Marsa nunca hubiera sucedido.

Andropov encendió un cigarrillo con nerviosismo.

—Últimamente vamos muy justos de tiempo en nuestro programa. Tendremos que movernos con mucha mayor rapidez. Necesito saber, a la mayor brevedad, qué es lo que ellos se proponen hacer en caso de guerra con Egipto.

—Quizá tengamos que apretar los tornillos a nuestros informadores —dijo Yulin con calma.

—Sí. Eso habrá que hacer —Andropov frunció el ceño—. Pero con presiones no conseguiremos nada de la mujer norteamericana. Ella nos entrega lo que su marido trae a casa. Y no puede pedirle nada a él. El piloto israelí es quien nos interesa. ¿Sigue informando con regularidad?

—Una vez a la semana, puntualmente —respondió Yulin, con tono sarcástico—. Sus expertos están muy satisfechos.

—Pero no yo —replicó Andropov—. Toda esta operación sólo perseguía un objetivo: descubrir qué es lo que ellos se proponían hacer después de descubrir lo de Marsa. Y todavía no tenemos nada, mientras el tiempo se nos echa encima.

—Ya le dije que yo no confiaba en Gonen —dijo Yulin, pero Andropov no estaba dispuesto a volver a su antigua discusión.

—Dígame, este Gonen ¿sospecha que está trabajando para nosotros? —le preguntó.

—Aparentemente, no —respondió cautelosamente Yulin—. Nuestros hombres dicen que se cree que está informando a la OTAN.

—¿Y qué es lo que usted piensa? —Andropov le miró indeciso.

Yulin se encogió de hombros y no respondió a la pregunta.

—No tenemos tiempo, Lev Ivanovich.

Andropov se levantó y se acercó a la ventana, abriéndola. Había llovido en Moscú esa mañana, y el olor fresco de aire limpio penetró en la habitación.

—No tenemos tiempo —repitió, estrellando su puño sobre la mesa—. Tenemos que hacer hablar a Gonen. Tenemos que sacarle cualquier información, por pequeña que sea. ¿Está claro?

—Mi gente me ha informado que tiene el propósito de regresar a su país de permiso, dentro de una o dos semanas —le brindó Yulin.

—¡Estupendo! —el rostro de Andropov se iluminó—. Le pediremos que pase una semana con nuestra gente en su viaje hacia Israel. Algún lugar tranquilo en Europa servirá. Cerca del mar. Quizás en Italia, o en la Riviera francesa. Tres o cuatro días serán suficientes. Unas suaves sesiones de interrogatorio. Utilice siempre la cobertura de la OTAN. Y tenga un barco de pesca cerca y preparado, para el caso de emergencia.

Yulin se mostró de acuerdo.

—Muy bien. Me ocuparé de eso.

Yulin no pudo dejar de notar la fenomenal capacidad de Andropov para desarrollar sobre la marcha un buen plan de operaciones. Sintió algo de la vieja admiración y respeto por su jefe. Y dijo después, en un tono de voz bastante diferente:

—Otra cosa, Yuri Vladimirovitch. Estoy muy preocupado por aquella lista que los israelíes obtuvieron de los alemanes. Me temo que puedan chantajear a alguien de entre los nuestros.

Andropov le miró condescendentemente.

—Vamos, Yulin. Parece que eso se ha convertido en una obsesión para usted —trató de emplear un tono tranquilizador y apaciguador, pero Yulin tenía la curiosa impresión de que su jefe trataba de ocultar sus propios sentimientos—. ¿Cree usted que una lista que ha sido descubierta, si es verdad que lo ha sido, treinta años después de la guerra, pueda tener alguna importancia? Podría citar a cualquiera, incluso a mí.

Andropov hizo una mueca extravagante ante lo absurdo del pensamiento, se dio la vuelta y se marchó, mascullando algo sobre una importante reunión del Politburó. Detrás de él, Yulin se quedó parado ante la puerta, pensativo.

Gonen estaba mordisqueando con aire ausente una chuleta de ternera mal cocinada, en un popular asador de carnes de las afueras de Washington, cuando alguien puso su bandeja frente a él.

—¿Me permite?

Gonen asintió. Ni siquiera levantó su mirada. Sabía que el hombre que le preguntaba si podía compartir su mesa en el repleto restaurante era George Mackenzie, el oficial de la OTAN que llevaba su caso. Mackenzie nunca se reuniría con él en un pequeño y solitario bar, ni en una cafetería de reducidas dimensiones, ni en un banco del parque.

—Los lugares más seguros —le había dicho— son los que están llenos de gente. Todo el mundo se está empujando, y nadie se fija en nadie. Usted se halla perdido entre la multitud. Gonen no le discutió su punto de vista. Estuvieron hablando de banalidades durante unos minutos. Para cualquier observador no desconfiado, su conversación parecía simplemente un rutinario intercambio de ocurrencias entre dos desconocidos que tenían que compartirla misma mesa. Poco más tarde, Mackenzie empezó a hablar de lo que le interesaba.

—En su viaje hacia Israel, durante sus vacaciones, nos gustaría que hiciera un alto durante un par de días, para ver a alguno de nuestros amigos en

Europa.

—¿Para qué? —preguntó Gonen, en guardia.

—Quieren únicamente tener una conversación más completa con usted, una especie de intercambio de puntos de vista sobre la situación en Oriente Medio.

—¿Y por qué no pueden ellos venir aquí?

—Simplemente porque no pueden —en el tono de Mackenzie se notaba ahora una cierta impaciencia—. Quieren verse con usted en un ambiente tranquilo y relajado. Nosotros poseemos un lugar bonito y tranquilo en la Riviera francesa. Arregle su billete hacia Israel con una escala en Niza, y allí nos ocuparemos de usted. Siempre podrá explicar usted que quería pasar un agradable fin de semana en Cannes o en Saint-Tropez.

—No me gusta eso —dijo Gonen, agriamente—. Y no estoy dispuesto a hacerlo.

—¡Oh, sí! ¡Claro que lo hará! —replicó Mackenzie.

Por primera vez, Gonen miró directamente a los ojos al canadiense.

—¿Qué diablos le hace estar tan seguro?

—Deje de hacer el tonto —le dijo Mackenzie secamente—. Usted sabe perfectamente que no tiene ninguna posibilidad de elegir.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Ahora ya ha ido usted demasiado lejos. ¿O quiere usted que le recuerde que tenemos en nuestro poder sus informes manuscritos, sus recibos por pagos en efectivo durante un período de casi cinco meses, y todo lo demás?

—En nuestro acuerdo no se decía nada de que tuviera que ir a una de sus bases en Europa —dijo Gonen, acalorado.

—Quizá no leyó usted la letra pequeña... —masculló sarcásticamente Mackenzie.

—¡Hijo de perra! —Gonen apartó bruscamente su bandeja y abandonó el restaurante.

Esa misma noche, en un pequeño motel de Silver Spring, Gonen estaba con Jenny. La había llamado por teléfono a mediodía y le suplicó que se vieran. A Jenny el mero sonido de su voz ya le hacía daño.

—No puedo seguir así, Joe —le dijo, tristemente.

Pero Joe le rogó e insistió en verla, y ella notó en su voz una inequívoca nota de desesperación. A pesar de eso, había ido temiendo una nueva y dolorosa confrontación.

Gonen abrió la puerta, y su corazón se paralizó al verla, al ver su largo y dorado cabello, su verde mirada que ahora estaba cargada de reproches, y el sensual contorno de su cuerpo, que él recordaba tan bien. Quería cogerla en sus brazos, y desahogar toda su soledad y su pasión; en vez de eso, le sonrió con ternura, la cogió de la mano con delicadeza y se sentó en la cama, con ella en sus rodillas.

Gonen estaba pálido y parecía lleno de inquietud, y su voz sonó temblorosa mientras apretaba fuertemente su mano.

—Jenny, todo este horror en el que hemos estado metidos se acabará pronto, quizá muy pronto. Y yo te sigo amando —daba una impresión de vulnerabilidad que hizo que Jenny notara una punzada de dolor en su corazón—. ¿Serás capaz de dejarlo todo y venir conmigo para compartir mi vida, toda ella, sin separarnos nunca más?

Jenny le miró durante un buen rato, advirtiendo sus nuevos pelos grises en las sienes, pero su tono se mantuvo imperturbable.

—¿Quieres decir que nos casemos?

—Claro que sí —su ansiedad era evidente—; eso es lo que quiero decir, querida —añadió con dulzura.

Jenny cerró los ojos, y luego miró sus propios puños cerrados.

—Es demasiado para mí —dijo lentamente—. No puedo decir que sí por las buenas, después de todo lo que ha pasado.

—Lo sé. Tiene que haber sido terrible para ti. También para mí ha sido horrible. Pero todo tiene una explicación, y yo te lo explicaré. Te necesito, Jenny —su voz era ahora desesperada—. Quiero que dejes a Robert, a tus amigos, todo. Que estés solamente conmigo y para siempre. Yo te haré feliz, y tú sabes que sí.

Jenny no pudo resistir más. Joe la apretó contra sí, y sus labios se juntaron. La llama de la pasión volvió a apoderarse de ellos, y Jenny se abandonó en sus brazos llena de deseo.

Mucho más tarde, en la oscuridad, Jenny quiso expresar una preocupación que la acuciaba.

—Para ser alguien que quiere vivir conmigo, Joe, tú sabes muy pocas cosas sobre mí... —dijo con indecisión, conteniendo la respiración mientras aguardaba su respuesta.

—¿Hay algo terrible en tu vida? —le preguntó Joe, en tono burlón.

Estaba totalmente relajado y gloriosamente feliz. Nada en ese momento podría quebrar su estado de ánimo. Jenny dudó, y luego dijo, en tono firme: —No. Claro que no.

Cuando llegó la hora de separarse, Joe la rodeó con sus brazos y la besó dulcemente en los labios.

—Te amo, Jenny. Recuérdalo. Cuando regrese de Israel, todo estará ya solucionado. Te lo prometo —terminó, mirándola profundamente a los ojos.

Jenny lo miró interrogante, sin decir una sola palabra.

El 26 de septiembre de 1973, a las dos y cuarto de la tarde, Gonen descendió de un Caravelle de las Fuerzas Aéreas en el soleado aeropuerto de Niza-Costa Azul. Era un vuelo interno: había hecho el enlace en París, donde había permanecido toda la noche. Fue a recoger su equipaje y se dispuso a atravesar el espacioso y elegante vestíbulo de la terminal. Un hombre de baja estatura, vestido con un traje gris cruzado se le acercó, a la altura de la oficina de información.

—¿El señor Gonen? Me envían para ocuparme de usted. Bien venido a Niza. Venga por aquí, por favor.

El hombre le cogió una de las maletas y lo llevó hacia la salida. Después de una larga fila de taxis, había un «Citroen DS» negro esperando. Dentro había dos hombres. El conductor, que llevaba una gorra negra de chófer, le abrió la puerta y Gonen y su acompañante subieron.

En el primer piso de la terminal, un hombre de pequeña estatura y cabellos plateados, con gafas de sol, observaba toda la escena desde su silla en el acristalado restaurante. Cuando el coche desapareció, hizo un gesto de satisfacción, se quitó las gafas y levantó su copa de vino.

—Por nuestro éxito, Timosheev —dijo alegremente.

—Por nuestro éxito, camarada Yulin —dijo sonriendo Timosheev, vaciando su vaso. Luego, miró su reloj—. Nos queda una hora hasta nuestro vuelo. Parece que todo está bajo control.

En el piso interior, en la terraza de visitantes, otro hombre observó la salida de Gonen en el «Citroen» negro. Era Jeremiah Peled. Su satisfacción era muy parecida a la del general Yulin, con la única diferencia de que no tenía un vaso de vino que llevarse a las manos.

—Así que lo han cazado —le dijo a su ayudante, Avivi, que estaba a su lado—. Exactamente de acuerdo con nuestro plan. Dejemos que se inicie la siguiente fase ahora.

27 de septiembre - 3 de octubre de 1973

La fuga se produjo la noche del 27 de septiembre. Según la prensa israelí, diecisiete terroristas de la organización Al Fatah que cumplían largas condenas en la cárcel, consiguieron escaparse de la prisión de Ramleh, en la que estaban recluidos unos ochocientos prisioneros árabes. Todo había empezado con un motín durante la proyección de una película, a primeras horas de la noche. Cientos de reclusos salieron de estampida de la sala de proyecciones, e incendiaron todo lo que encontraron a su paso: bancos, mesas, colchones, sábanas. El motín había sido provocado indudablemente por los líderes de Al Fatah en la prisión, como maniobra de diversión. Mientras los guardianes luchaban con la enfurecida multitud, unos veinte reclusos consiguieron saltar al muro exterior de la prisión. Diecisiete de ellos consiguieron salir al exterior con ayuda de cuerdas y escalas suministradas por gente que les esperaba fuera. En ese momento la fuga fue interceptada por guardianes armados, que consiguieron capturar a tres de los prisioneros antes de que saltaran el muro.

La policía y el ejército fueron alertados inmediatamente. Cerca del muro no se encontraron huellas de neumáticos, por lo que era evidente que la primera parte de su huida se había producido a pie. Se colocaron barricadas y controles en las carreteras, y se doblaron las patrullas fronterizas. Se enviaron unidades especializadas a las grandes ciudades árabes bajo ocupación israelí, pensando que los terroristas tratarían de ocultarse entre las multitudes de residentes. Se revisaron las ciudades de Gaza, Nablus, Hebrón, Jenin, Jericó y Jerusalén Oriental. El Shin Bet movilizó a todos sus informadores árabes. Antes de cuarenta y ocho horas, la policía había conseguido arrestar a diez de los fugitivos. Otros dos más fueron capturados en la zona costera del Sinaí una semana después, cuando trataban de escapar a Egipto en un barco pesquero. Pero cinco de los prisioneros fueron más afortunados. Consiguieron llegar al norte de Galilea en la misma noche de la fuga, y al amanecer habían cruzado con éxito la frontera con el Líbano. A mediodía, contaban

orgullosamente sus aventuras frente a las cámaras y micrófonos de la radio y TV libanesas.

Poco después de la conferencia de prensa, dos de los fugados fueron trasladados a una pequeña cabaña de un campo de refugiados en las afueras de Beirut. Miembros de la organización Al Fatah, con uniformes de comandos, botas de suela de goma y kaffiyehs rojos, los escoltaron a través de la ruidosa multitud de refugiados palestinos que los vitoreaban blandiendo sus metralletas Kalachnikov que disparaban continuamente al aire. Pero en la cabaña la atmósfera que reinaba era completamente distinta. La multitud era mantenida a distancia por guardias de Al Fatah. Los dos fugados fueron invitados a sentarse en un banco. En la habitación sin ventanas había simplemente una mesa de madera y algunas sillas. En medio de la mesa, una lámpara de petróleo encendida. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, los fugitivos vieron la inmóvil silueta de un hombre que permanecía de pie observándolos entre las sombras.

—Bien venido, Hassan. Bien venido, Alí. Os dábamos por muertos —les dijo con suavidad.

No le veían la cara, pero reconocieron su voz. Era la de Abu Ayad, el jefe de operaciones de Al Fatah, la mano derecha de Yasser Arafat.

Se movió sin hacer ruido, y se sentó ante la mesa, manteniendo su rostro en la oscuridad.

—Creíamos que habíais muerto —volvió a decir—. Vuestras fotografías y vuestros nombres aparecieron en los periódicos israelíes hace más de siete meses. ¿Qué es lo que ha pasado?

Hassan Kailani y Alí Baker se miraron entre sí.

—Cuéntaselo tú —dijo Alí, el más joven de los dos.

Hassan empezó a hablar en tono indeciso.

—Abu Ayad, ¿recuerdas nuestra misión, hace siete meses? —le preguntó con timidez.

—Sí, la recuerdo.

—Teníamos que participar en los secuestros de aviones. Nuestra misión era la más arriesgada. Teníamos que penetrar en Israel a través de la frontera libanesa y subir a bordo de un avión de la El Al utilizando pasaportes turcos falsificados. Teníamos órdenes de apoderarnos del avión. Llevábamos unos cinturones repletos de cargas de plástico bajo nuestras ropas. Una vez que el avión estuviera en el aire, tendríamos que mostrar nuestros cinturones y decir que saltaríamos todos por los aires si el piloto no seguía nuestras instrucciones.

—Sí, recuerdo todo eso perfectamente —dijo Abu Ayad con frialdad—. No olvidéis que fui yo quien ideó todo el dispositivo. Empleando cargas de plástico en vuestros cinturones, debajo de vuestras ropas, conseguiríais salvar los sistemas de detección electrónica.

—Ya lo sé —dijo Hassan—. Pero nos atraparon. —¿Cuándo?

—Cruzamos la frontera dos semanas antes de los secuestros. Y esa misma noche éramos capturados cerca del kibbutz de Rosh Haniktra. No llevábamos armas, como recordarás, y con las cargas de plástico en nuestros cuerpos éramos como bombas vivientes. Caímos en una emboscada del ejército, cerca de la frontera. Ellos empezaron a disparar. Tuvimos que rendirnos. —¿Y las fotos en los periódicos? Hassan sonrió desmayadamente.

—Ellos publicaron las fotos de otros feddayines muertos en la frontera. No es fácil reconocer a dos cadáveres. Publicaron también nuestras fotos y nuestros nombres, pero eso fue para engañaros a vosotros. —¿Por qué?

—Querían saber qué íbamos a hacer. Nos dijeron que todo el mundo pensaba que habíamos muerto, de forma que nos interrogarían con plena libertad, y nos matarían si no decíamos la verdad. Nos tuvieron días y noches enteros interrogándonos, sin parar.

—¿Y qué ocurrió?

Hassan, embarazado, miró a su amigo. Alí estaba con la cabeza hundida bajo los hombros.

—¿Qué sucedió? —gritó el comandante. Hassan lanzó un suspiro.

—Perdónale Abu Ayad, ten compasión. Es un chico muy joven, no quería morir.

—¿Quieres decir que habló? ¿Es verdad eso, Alí? ¿Les contaste todo a ellos?

El muchacho afirmó con la cabeza lentamente, sin levantar la mirada.

—¿Qué es lo que les contaste? —gritó el comandante de Al Fatah.

Alí no contestó. Se cogía la cabeza entre las manos. Su cuerpo se estremecía entre fuertes sollozos.

—Les contó todo lo que sabía —dijo Hassan con voz cansada—. Todo sobre el secuestro, sobre nuestra misión, y también sobre los demás secuestros.

—¿Los demás secuestros? —Abu Ayad se incorporó hacia adelante. La luz de la lámpara iluminó su rostro sorprendido.

—Sí. Como Alí había estado trabajando contigo en la planificación, lo sabía todo: qué aviones iban a ser capturados, qué compañías, qué vuelos, dónde, quiénes habían sido asignados a cada misión.

Abu Ayad se puso de pie de un salto.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Quieres decir que los israelíes conocían de antemano todos los proyectos de secuestro? ¿Que sabían que íbamos a apoderarnos de los aviones de El Al, Swissair, TWA y Pan Am? ¿Y las fechas y las horas exactas?

—Sí —contestó Hassan.

Abu Ayad lo miró a la cara con rabia.

—¡Dios mío! —repitió otra vez—. ¡Lo sabían, y no hicieron nada por evitarlo! Se limitaron a proteger su avión. ¡Y enviaron una valija diplomática en un avión que sabían que iba a ser secuestrado y llevado a Zarqa!

Se dirigió apresuradamente hacia la puerta de la cabaña, deteniéndose en el umbral.

—Reza tus oraciones, Alí —le dijo con voz cargada de odio—. Eres un traidor. Morirás como un perro.

Dos horas más tarde, un teléfono sonó en la embajada soviética de Beirut.

—Tengo algo que comunicar —dijo una voz en inglés, con fuerte acento árabe.

En Moscú, el general Yulin miraba, absorto, el telegrama que acababan de traerle. Lo leía una y otra vez.

—Así que lo sabían —dijo lentamente—. ¿Se da cuenta, Timosheev? ¡Lo sabían todo!

Su ayudante lo miraba, desconcertado.

—Y yo tenía razón desde el principio —Yulin se mesaba nerviosamente sus escasos cabellos plateados. No había ningún tono de triunfo en su voz—. Lo presentía. ¡Todo estaba planeado, Timosheev, todo! Pusieron a propósito la carta sobre Gonen en la valija, y metieron la valija en el avión. Querían que cogiéramos a Gonen. Y lo echaron en nuestros brazos. ¡Y nos dejamos coger en la trampa como unos idiotas!

Timosheev se sentía aliviado porque Yulin no le acusaba directamente a él del error cometido.

—¿Qué es lo que se propone hacer, Lev Ivanovich?

—Ya lo verá —Yulin recobró rápidamente su compostura. Apretó el pulsador del interfono—. Regreso a Francia inmediatamente. Quiero que me preparen un vuelo especial. —Luego, masculló entre dientes—: ¡Ahora obtendremos algunos resultados!

El «lugar tranquilo y bonito» de los amigos de Gonen en la Riviera francesa era realmente un espléndido chalet en Cavalaire-sur-Mer, unos quince kilómetros al suroeste de Saint-Tropez.

La blanca mansión de dos pisos estaba rodeada de multitud de árboles exóticos que extendían su lujurioso follaje bajo los benignos rayos del sol de septiembre. De los parterres de rosales y espliego emanaban agradables aromas por todo el jardín. Unos caminos de losetas conducían a través del césped hacia una pequeña bahía. Había allí una playa privada de suave arena, protegida de los vientos mediterráneos por el pequeño puerto que la naturaleza había construido a su alrededor. Dos motoras estaban amarradas a un pequeño muelle de madera, que pertenecía a la finca.

La casa estaba muy bien protegida. Toda la finca estaba rodeada por altos muros coronados por cristales rotos. Las pesadas puertas de hierro que daban acceso al camino interior permanecían siempre cerradas, lo mismo que otra puerta más pequeña que conducía a la playa y un pequeño muelle. Era una prisión de lujo, pero no dejaba de ser una prisión.

Gonen acababa de terminar su agradable desayuno en el jardín tropical, y se dirigía lentamente hacia la casa, entre dos setos de laurel. Los dos últimos días habían sido casi divertidos, con esos pobres rusos tratando dificultosamente de representar el papel de oficiales de inteligencia de la OTAN belgas, ingleses y canadienses. No sabía cuánto tiempo iban a seguir conservando esa falsa cobertura de la OTAN. Le preguntaban amablemente sobre los planes de emergencia israelíes, y él les contestaba con bastante facilidad. Pero sabía perfectamente que eso era sólo el principio. Tarde o temprano, dentro de una hora, o de un día, se quitarían sus máscaras, y empezaría la parte más peligrosa de su misión.

Pero ahora mismo, paseando al sol, se sentía bastante relajado; a pesar de su cansancio. Tuvo la repentina sensación de que los años frenéticos y llenos de excitación que había vivido hasta ahora se estaban convirtiendo en una pesada carga sobre sus hombros. Todavía era joven —sólo tenía treinta y tres años—, pero había estado batallando y luchando durante toda su vida. Nunca había llegado a conocer a sus padres. Era un niño de dos años en un París en plena guerra, cuando su padre y su madre fueron arrestados por la Gestapo y enviados a las cámaras de gas. Se había salvado gracias a la intervención del portero, católico, de su casa, que lo mantuvo oculto hasta que la guerra terminó. En 1947, cuando todavía era muy pequeño, un tío suyo se lo llevó consigo en un intento de emigrar a Palestina, que entonces estaba bajo dominación británica. Pero su barco fue interceptado por la Royal Navy, y el pequeño Joe fue enviado a un campo de detención en Chipre. Después vino el nuevo estado de Israel, el kibbutz en el desierto de Negev, la guerra de la Independencia y la muerte de su tío. Otra vez se encontraba solo, un simple

jovencito instalado en un kibbutz fronterizo, llevando una vida de constantes peligros, en la que las emboscadas terroristas, las minas que explotaban bajo las ruedas de los tractores, los continuos ataques procedentes de las fronteras cercanas eran el pan de cada día. Tenía 14 años cuando utilizó por primera vez una ametralladora, durante un ataque guerrillero al kibbutz. A los dieciséis, su mejor amigo fue asesinado en una emboscada tendida por los terroristas en la carretera hacia Beersheba. A los 18 años se alistó en el ejército. Resultaba natural que, como miembro de un kibbutz, perteneciente a la élite de pioneros que se consideraba a sí misma en gran medida responsable de la propia supervivencia del Estado, quisiera ingresar en la academia de pilotos. Estaba poseído por una gran ambición de llegar a ser alguien, y lo consiguió. Cuando se convirtió en piloto, sintió por primera vez en su vida que ya había conseguido algo. Pero esta sensación no duró mucho. Su herida de guerra en 1967, y sus consecuencias, le afectaron profundamente.

Quizá fuera su pasión por la aventura, que ni siquiera se confesaba a sí mismo, su inconsciente búsqueda de nuevos desafíos, o incluso su patriotismo instintivo lo que le llevaría otra vez por la senda del peligro. Como jefe de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Aéreas había efectuado peligrosas misiones en Europa, en los países árabes, en África. Pero la que con más placer recordaba era su misión en el Líbano, bajo cobertura francesa, cuando consiguió mediante astutas maniobras hacer fracasar el ambicioso plan soviético de robar un caza Mirage II. Y, sin embargo, durante esa misma misión había roto su autodisciplina, enamorándose como un adolescente. Más tarde había tratado de reprocharse su relación amorosa, que es el peor error que un espía puede cometer en territorio enemigo. Pero su relación con Jenny le había hecho descubrirse a sí mismo y comprender que bajo la dura coraza del luchador, se escondía un ser humano romántico y vulnerable. Al introducirse en su vida, Jenny había abierto la espita de un potencial de amor y ternura que él nunca había sospechado. Sólo después de conocerla supo lo que representaba amar y ser amado. Y sólo cuando ella desapareció descubrió lo solo que había estado durante toda su vida.

Pero el período más doloroso y angustioso de esa vida había empezado cuando se encontró de nuevo con ella en Washington: tuvo que mentirle, engañarla y hacer trampas para poder cumplir su misión y para hacer ver a la KGB que era un juerguista corrompido que sólo andaba a la búsqueda de placeres. Estaba ya harto de ese tipo de existencia. Su misión actual sería la última. Una vez acabada, se buscaría una vida tranquila. Estaba seguro de que Jenny dejaría todo y se iría a vivir con él una existencia normal, sin tener que

estar constantemente luchando y enfrentándose a nuevas amenazas. Pensar en Jenny le animaba, le hacía olvidarse de la pesada carga que tenía sobre sus hombros, y por unos momentos se evadía del duro panorama que le aguardaba, sumergiéndose en sus cálidos recuerdos.

Salió entonces de su ensueño. Primero, se dijo, tenía que cumplir su misión. Se detuvo, encendió un cigarro suizo y miró a su alrededor. El sol brillaba en medio de un azul perfecto. Podía oír el zumbido de los inquietos insectos matinales en la tranquilidad del parque. El verde césped y los árboles, el tranquilo mar azul, todo parecía lleno de paz. ¿Podía realmente ser éste el escenario de una misión mortalmente peligrosa, de la que incluso llegaría a depender la propia existencia de su país?

El golpe en la nuca le cogió completamente desprevenido. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se vio sumergido en una lluvia de golpes y patadas salvajes. Trató en vano de revolverse, de alzar sus brazos para proteger su cabeza de los terribles golpes. Eran cuatro hombres, todos profesionales, que le golpeaban con certera crueldad. A través de una especie de cortina roja pudo alcanzar a ver sus poderosos cuerpos, sus enormes puños que golpeaban con saña por todas partes; pudo escuchar su rápida y breve respiración. No se dijeron entre ellos ni una sola palabra. Asfixiado, sangrando y tratando de aspirar algo de aire, cayó al suelo totalmente indefenso. Lo último que vio antes de perder el sentido fue la expresión indiferente de sus rostros.

Eso fue también lo primero que volvió a ver, cuando recobró el sentido en una pequeña y poco iluminada celda de los sótanos del chalet. Los cuatro estaban esperando a que se despertara. Cuando se dieron cuenta de que estaba empezando a abrir los ojos, se acercaron lentamente hacia él. Y nuevamente volvieron a golpearle, fría y sistemáticamente, en medio de un total silencio. No se dio cuenta de si llegó a gritar o no. Probablemente sí, pues el dolor era insoportable. De repente, uno de los hombres le tomó por los cabellos y los demás empezaron a golpearle en la cara hasta que se convirtió en una máscara sangrante. Volvió a perder el sentido.

La segunda vez que se despertó no había nadie en su celda. No podía tocarse el rostro, hinchado y sangrante. La sangre seca había formado una costra en su ojo izquierdo. El otro estaba hinchado, y no podía ver casi nada a través de él. Palpó con sus manos todo su cuerpo. Cuando tocó su costado izquierdo, sintió una terrible punzada de dolor. Al menos una de sus costillas estaba rota. Le ardía la garganta. Buscó algo de agua por la estancia, pero no había. Temía ponerse a gritar pidiéndola, no fuera que los cuatro volvieran

otra vez. Se quedó tumbado, jadeando, en el frío suelo de piedra. Algún tiempo después —¿una, dos horas?—, los cuatro hombres se presentaron otra vez.

La última satánica paliza le hizo perder completamente el sentido del tiempo. No tenía el reloj roto, pero cuando vio que señalaba las diez, no podía saber si eran las diez de la noche o de la mañana siguiente.

De repente, escuchó pasos en el corredor. La puerta de su celda se abrió y entró un hombre. Con un terrible esfuerzo, Gonen entreabrió sus párpados ensangrentados y lo miró. Era bajo de estatura, vestido con un traje negro pasado de moda, camisa y corbata azul. Su rostro, lleno de arrugas, era inescrutable. El hombre se acercó a él.

—Soy el general Yulin —dijo con voz monótona—. Pertenezco al servicio de contraespionaje soviético. Y usted, coronel Gonen, es un espía israelí.

Aunque hubiera querido, Gonen no hubiera podido protestar. Tenía los labios entumecidos y sintió que no podía realizar el esfuerzo necesario para abrir la boca y hablar.

—Lo sabemos todo —prosiguió Yulin—. Sabemos que usted cayó deliberadamente en nuestros brazos, que la carta sobre usted era una trampa y que los servicios secretos de ustedes la pusieron en el avión de la TWA, porque sabían que iba a ser secuestrado. Sabemos que usted se hacía pasar por bebedor y jugador y se cargaba de deudas. Usted mismo se echaba intencionadamente en nuestros brazos. Ahora sabemos que sus servicios secretos querían que usted nos suministrara información falsa.

Gonen empezó a temblar de frío y debilidad.

—¿Por qué hizo todo eso? —preguntó Yulin—. Y se lo advierto, se acabaron los juegos. Me parece que ha quedado demostrado durante las últimas veinticuatro horas. Y eso es sólo el principio. Tiene usted una elección sencilla. O habla o lo matamos.

El dolor se apoderó del cuerpo de Gonen. Cerró sus ojos ensangrentados.

—De acuerdo —susurró con voz ronca—. Hablaré.

—Muy bien —dijo el general con indiferencia—. Le dejaremos que se recupere un poco, y luego hablaremos.

Ocho horas después, comido, bebido y dormido, Gonen fue llevado por dos hombres desconocidos a una celda vecina, donde lo depositaron en una cama. En la celda había dos sillas, una de ellas estaba permanentemente ocupada por un guardia armado. Una bombilla eléctrica desnuda bañaba la celda con una luz cruda. La puerta se abrió y Yulin apareció de nuevo. Gonen

se incorporó apoyándose en un codo, y el esfuerzo hecho lo dejó bañado en sudor.

—¿Podemos empezar? —le preguntó Yulin, sentándose. Su voz ahora parecía casi amable.

Gonen miró hacia el guardia, un hombre de mediana complexión, cabello corto en punta y pequeños ojos azules. El ruso miraba fijamente hacia la pared opuesta.

—Sabemos bastantes cosas sobre usted —continuó Yulin con el mismo tono de charla amistosa, sin esperar una respuesta—. Sabemos que antes de que fuera usted a Washington, era el jefe del servicio de inteligencia de las Fuerzas Aéreas de su país.

—Sí —admitió Gonen.

—Dígame exactamente qué ocurrió y por qué fue usted a Washington.

Gonen habló lentamente, muy tranquilo.

—A principios de este año descubrimos que se producían importantes fugas de información en nuestras Fuerzas Aéreas. Informaciones vitales, del máximo secreto, sobre nuestro potencial, nuestros aeropuertos, nuestro armamento y nuestros sistemas de alarma inmediata, estaban llegando al enemigo, especialmente a Egipto y Siria.

—¿Cómo lo supieron?

—Tenemos agentes introducidos en los ejércitos egipcios y sirios. En enero empezaron a informarnos de que un repentino flujo de informaciones secretas sobre las Fuerzas Aéreas israelíes estaba llegando a ambos países.

—¿Les indicaban también cuál era la naturaleza de tales informaciones secretas?

—Sí. Habían leído algunos informes. Nos quedamos extremadamente preocupados. Era material del máximo secreto. —¿Entonces?

—Tratamos de localizar las filtraciones y fracasamos. Tampoco conseguimos descubrir a ningún sospechoso que estuviera en un puesto lo suficientemente importante como para suministrar tales informaciones a los países árabes.

—Muy bien —dijo Yulin—: prosiga.

—Al cabo de un tiempo, llegamos a la conclusión de que la información estaba llegando a través de la KGB.

—¿Qué es lo que les hizo pensar eso? —preguntó Yulin cortante, entrecerrando los ojos.

—Pura lógica. La información estaba siendo suministrada simultáneamente a los servicios secretos de los dos países que se encontraban

en estado de confrontación con nosotros. Ambos países tenían estrechas relaciones con la URSS. Jordania, el tercero en conflicto, y el Líbano, ambos países prooccidentales, no recibían la información.

—Podía haber sido Egipto la que suministraba la información a Siria, o viceversa —sugirió Yulin.

—No. Los dos países estaban recibiendo informes idénticos. Tenían que ser ustedes. —Prosiga.

—De acuerdo, pero ¿puedo tomar un poco de té? Me cuesta mucho mantener la cabeza sobre mis hombros.

—Claro que sí —dijo Yulin, amable. Le dijo unas palabras en ruso al guardia, que salió rápidamente de la celda. Luego se volvió hacia Gonen—. Mañana, cuando se sienta mejor, continuaremos hablando en el jardín. Gonen sonrió con amargura.

—El Shin Bet y los servicios de seguridad aéreos empezaron a comprobar las posibilidades de que estuviera funcionando un círculo de espionaje prosoviético, o que incluso fuera un solo individuo el que se encargara de todo. No encontramos nada. Sabíamos que, después de cerrar su embajada, a continuación de la guerra de los Seis Días, y después de que saliera su misión científica en Jerusalén, sus actividades en Israel se habían reducido sensiblemente.

El guardia volvió, trayendo un gran tazón lleno de té hirviendo hasta los bordes. Gonen lo cogió con manos temblorosas. Un reguero de líquido corrió por sus mejillas y cayó en el cuello de su camisa. Gonen no hizo nada por secarlo.

El general esperó pacientemente a que continuara.

—Decidimos montar entonces una contramaniobra —dijo Gonen.

—¿Quiénes son «nosotros»? ¿Peled? ¿La Comisión? Sea más preciso, por favor.

—Peled. Fue quien ideó que uno de nosotros, alguien de alta graduación en las Fuerzas Aéreas, se dejara caer en vuestras manos, con un doble propósito. Primero, para suministrar informaciones verdaderas y falsas cuidadosamente escogidas y contrarrestar el efecto de los informes del espía de ustedes, quienquiera que fuese. Peled trataba de hacerles dudar de la credibilidad de su agente, suministrándoles informaciones diferentes mediante una fuente de mayor credibilidad.

—¿Y segundo? —urgió Yulin. Nunca dejaba hilos sueltos en una conversación.

—El segundo motivo era el de tratar de deducir, por la naturaleza de las preguntas de ustedes, qué era exactamente lo que sabían y lo que no. Después, comprobando exhaustivamente quiénes eran los que tenían acceso al material que ustedes recibían, y mediante la eliminación escalonada de sospechosos, esperábamos llegar a descubrir a su informador.

—¿Por qué fue usted el elegido para esa misión?

—Por varias razones. Primero, había sido el jefe de los servicios de inteligencia aéreos, y tenía mucha experiencia en ese tipo de trabajos.

—Sí, como lo de Beirut, por ejemplo —le interrumpió Yulin, con una sardónica sonrisa.

Gonen estaba evidentemente sorprendido.

—¿No sospechaba que supiéramos eso? —le preguntó Yulin—. También sabemos otras cosas más, coronel. Pero no quiero interrumpirle. Estaba usted diciendo que había sido elegido para esa misión gracias a su experiencia.

—Sí. Además, estaba en una posición muy adecuada. Acababa de llegar a Washington, pocos meses antes, como ayudante del agregado aéreo. Como ustedes estaban actuando con mucha intensidad en Estados Unidos, no me resultaría difícil entrar en contacto.

—Todas esas tonterías sobre el juego y la bebida eran simplemente un cebo, ¿verdad?

Gonen asintió con la cabeza.

—Claro. Queríamos que se pusieran en contacto conmigo. Así que yo empecé a llevar ese tipo de vida, el agregado escribió una carta, que colocamos a propósito en el avión de la TWA que sabíamos iba a ser secuestrado, y llevado por primera vez a una zona controlada por los terroristas, en Zarqa. Suponíamos que antes de hacer estallar el avión, los terroristas examinarían la carga, cosa que ocurrió. Suponíamos también que si encontraban algo de valor, se lo entregarían a los rusos. Y así, una vez que ustedes lo recibieron, cayeron en la trampa. En Las Vegas se pusieron en contacto con nosotros, y yo empecé a informarles.

—¿Y si el plan no hubiera salido bien, y la valija diplomática hubiera estallado con el avión de la TWA?

—Bueno... —Gonen sonrió desmayadamente—. Peleado hubiera ideado media docena de trucos para forzarles a ir detrás de mí. Hubieran recibido otra carta, o cualquier otra cosa. No se preocupe, me hubiera encontrado finalmente.

—Sí, no lo dudo —concedió el general, pensativo—. ¿Y por qué estuvo usted de acuerdo en venir hasta aquí?

—Yo pensaba que querían ustedes informes más completos. Y estaba dispuesto a ello. No podía imaginarme que hubieran descubierto todo. Yulin cambió de tema.

—¿Ha dicho usted que toda la información, todos esos informes semanales que recibíamos eran falsos?

—No, le dije que era una mezcla de informaciones verdaderas y falsas.

—Muy bien. Tenemos aquí todos sus informes —Yulin miró su reloj—. Ahora comerá y luego se acostará. Dentro de cinco horas le despertaremos y examinaremos todos esos informes con uno de mis hombres. Usted le dirá exactamente qué es lo verdadero y qué lo falso.

Gonen no reaccionó.

—A propósito —dijo Yulin mientras se levantaba para marcharse—: ¿consiguió su gente localizar quién era el informador?

Gonen se mostró indeciso por primera vez. Pero no se imaginaba —ni podía hacerlo—, la terrible significación que encerraba la pregunta.

—Sí, creo que sí. Mis superiores llegaron a la conclusión de que la filtración se producía fuera del país, y que ustedes estaban obteniendo la información a través de una fuente amiga de Israel, que tenía acceso a informes secretos sobre nuestras Fuerzas Aéreas. Pensamos que las obtenían de un agente estadounidense introducido en la actual Administración de EE. UU.

Yulin no hizo comentario alguno, pero salió apresuradamente de la celda. Subió las escaleras hasta el piso principal del chalet, cruzó el amplio vestíbulo y entró en una pequeña habitación en la que había un escritorio, un teléfono y una cama estrecha. Tomó el teléfono.

—Llame a Poliakov —dijo.

El hombre al que Gonen había conocido como George Mackenzie entró en la habitación.

—Los israelíes sospechan que tenemos una fuente de información en Estados Unidos, que nos mantiene informados sobre sus Fuerzas Aéreas —le dijo Yulin—. Eso significa que debemos ocuparnos de Jenny Bacall. Los israelíes han llegado ya muy lejos. Si ella habla, puede hacer peligrar a nuestra gente en Estados Unidos.

—¿Ocuparnos? ¿Qué quiere decir, general?

La expresión de Yulin no cambió, como tampoco su voz fría y despegada.

—Que la maten —dijo.

1 - 4 de octubre de 1973

Ninguna alusión a la sentencia de muerte pronunciada sobre Jenny Bacall llegó al prisionero del chalet de Cavalaire-sur-Mer. Varios equipos lo estuvieron interrogando día y noche. Después de cada período de interrogatorio, le daban de comer, le dejaban dormir varias horas, y volvían a despertarle para seguir interrogándole. Gonen estaba convencido de que su comida estaba drogada, porque la mayoría del tiempo se sentía cargado de sueño. Pero su memoria era buena. Su poder de resistencia parecía haberse desvanecido, y no volvieron a torturarlo más. Yulin utilizaba un método clásico, extremadamente efectivo, para obtener su colaboración: primero golpear salvajemente al prisionero, llevarlo hasta el umbral de la muerte, después, portarse amablemente con él, dejarle que se sienta agradecido. La mezcla de terror y gratitud era un remedio seguro para tener éxito.

Cuando el general volvió a verle por segunda vez, Gonen empezaba a recuperarse lentamente. Había subido las escaleras hasta el piso superior, ayudado por uno de los rusos, y se había tumbado en un sillón que le habían colocado al sol. Un guardia le trajo el desayuno: café, tostadas y queso. Gonen calculaba que debería haber entre quince y veinte personas en el chalet, lo que le daba una idea de la tremenda importancia que alguien en Moscú otorgaba a su interrogatorio.

Yulin se trajo consigo una silla y se sentó a su lado. Se había quitado la chaqueta, y en mangas de camisa tenía un aspecto frágil e inofensivo. Esto cuando no miraba directamente a los ojos de su prisionero, ya que en su mirada gris-azulada hervía un amenazante y salvaje poderío.

—Hoy hablaremos de algo diferente —empezó a decir, echándose hacia adelante. Hablaba en voz baja, como si no quisiera que los tres guardias que les rodeaban, pistolas con silenciador al cinto, pudieran oírle—: ¿Qué es lo que usted sabe sobre la expedición Marsa? —le preguntó.

Gonen no quiso responder inmediatamente.

—¿Qué expedición?

El rostro de Yulin enrojeció de ira.

—No trate de ganar tiempo. Conozco demasiado bien el juego. Le he preguntado qué es lo que sabe sobre la expedición a Marsa.

—Sé que fue una operación organizada por las Fuerzas Aéreas para robar una estación de radar en Egipto, en el mes de enero de 1972.

—Usted sabe más que eso. Sabemos que tomó parte en la expedición. Era el jefe de la inteligencia aérea en esa época.

Gonen se estremeció.

—¿Quién le ha dicho que yo estuve allí?

—Lo sabemos —dijo Yulin bruscamente—. Y no olvide que soy yo quien pregunta, y no al revés.

—Sí, es cierto. Estaba allí —dijo Gonen, viendo la inutilidad de seguir fingiendo.

—Pienso que usted inspeccionó personalmente todas las piezas y todos los documentos capturados.

—Sí.

—Así que conoce la naturaleza de las instalaciones.

—Sí, la conozco.

—Descríbame.

Gonen respiró profundamente.

—Marsa era una base exclusivamente rusa. El equipo que encontramos era una instalación para el control y seguimiento de misiles balísticos de alcance intermedio.

—¿Descubrió cuáles eran los objetivos de los misiles?

—Sí. Encontramos algunos documentos que indicaban que los misiles apuntarían hacia los principales países productores de petróleo de Oriente Medio. Cuando capturamos la base de Marsa, los misiles todavía no habían sido instalados. Calculamos que harían falta al menos dos o tres años para completar las instalaciones.

—Habla usted de documentos. ¿Qué documentos vio?

—Lo siento, general, yo no hablo ruso, y de todas formas el asunto no era de mi competencia. Todo lo que puedo decirle es que recuerdo, muy vagamente, haber visto las traducciones de uno o dos documentos del máximo secreto.

—¿Qué tipo de documentos eran? Trate de recordar.

Gonen se encogió de hombros.

—No puedo, no recuerdo nada —Gonen tuvo un momento de indecisión—. Todo lo que vi fue algún informe sobre su proyecto en general. Se refería a su amenaza sobre los países árabes productores de petróleo. Recuerdo que

eso estaba de algún modo relacionado con una insurrección militar en Egipto, denominada «La Noche Azul». ¿Es así?

La expresión de Yulin era enigmática.

—Continúe —dijo.

—Había un documento sobre las instalaciones de misiles, con gran cantidad de claves y números —el tono de Gonen era indeciso—. Alguna de las claves me resultó sorprendente: Joven Komsomol, Guardia roja, Cosaco del Don, Tártaros de Crimea... El documento tenía la indicación de alto secreto.

—¿Estaba firmado? —preguntó el general con ansiedad.

—Creo que sí, en efecto —Gonen contestó lentamente y luego cerró los ojos. Después, dijo—: Belagov o Blaranov. ¿Puede ser eso? Se trataba de un general.

—¿Quizá Blagonravov? —Yulin se mostraba súbitamente excitado.

Gonen pensó por un momento.

—¿Blagonravov? Sí, ése puede ser. General Blagonravov.

El general Blagonravov, vestido con uniforme ligero de verano, descendió de su *jeep* ruso color amarillo. Eran las últimas horas de la tarde, y soplaba una brisa refrescante del este, sobre la base aérea soviética de Kabrit, en Egipto, cerca del canal de Suez. Blagonravov miraba admirativamente el nuevo hangar de grandes dimensiones que había sido levantado al extremo de la pista norte-sur. Sabía que desde el aire ese hangar parecería idéntico a los otros seis que estaban diestramente dispersos por todo el campo de aterrizaje. Resultaba perfectamente normal que uno de los hangares de mantenimiento estuviera colocado cerca de las pistas. Una extensa superficie frente al hangar había sido asfaltada recientemente. Blagonravov paseó sobre ella. A una distancia igual de las gigantescas puertas de hierro del hangar, unos trescientos metros, se habían pintado cinco cruces blancas sobre el asfalto, formando una especie de amplia media luna. Las distancias entre las cruces eran también iguales, unos ciento cincuenta metros. En la parte superior del hangar había un gran letrero en ruso y en árabe: prohibida la entrada. Pero no se cumplía de forma estricta. Unos cincuenta soldados rusos, desnudos hasta la cintura, entraban y salían frenéticamente del hangar. Llevaban cajas y embalajes que cargaban en varios camiones aparcados ante las puertas, con los motores en marcha.

Un mayor delgado y de baja estatura se cuadró ante Blagonravov.

—A sus órdenes, camarada general.

—Descanse —contestó Blagonravov con calma, mientras con gesto estudiado cargaba su pipa de tabaco y la encendía cuidadosamente. Volvió a meter la cerilla apagada en la caja metida en su bolsa de tabaco.

—¿Cuál es nuestra situación, mayor Koritin?

—Todo está listo, camarada general. Estamos en perfecta situación de combate.

Dos cazas rusos MIG-21, con los colores egipcios, aterrizaron uno detrás de otro en la pista este-oeste. Koritin los siguió con su mirada.

—¿Nuestros? —preguntó Blagonravov.

—Sí, camarada general. Una patrulla rutinaria vespertina. Desde hace dos semanas no se permite la entrada en la base a pilotos o soldados egipcios.

—¿Y antes? ¿No hicieron preguntas sobre el hangar?

—Nunca pudieron acercarse al hangar. Ya nos preocupamos de eso.

—¿Y al puesto de mando subterráneo?

—Tampoco. Hemos seguido al pie de la letra las instrucciones de seguridad.

—Muy bien —Blagonravov miró su reloj—. Acabo de recibir confirmación de que las bases de Matruh, Luxor y Assuan han terminado también sus preparativos. Creo que es el momento de comprobarlo todo.

—Sí, camarada —pero su gesto de duda indicaba que no comprendía lo que quería decir el general.

—Quiero decir un ejercicio de combate por sorpresa, efectuado en todas las bases simultáneamente. Quiero comprobar la coordinación en el tiempo. Venga conmigo.

Blagonravov se dirigió a grandes zancadas hacia su *jeep*, con Koritin corriendo detrás de él. En el asiento delantero derecho del *jeep*, al lado del conductor, un soldado manejaba un equipo de comunicaciones.

—Póngame con el puesto de mando —ordenó Blagonravov.

El general echó una rápida ojeada hacia los soldados que acababan de cargar los camiones y estaban ahora poniéndose sus camisas y subiendo rápidamente a los vehículos.

—El puesto de mando, camarada general —dijo el soldado, entregándole un receptor telefónico.

—¿Novikov?... aquí Blagonravov. Escúcheme. En tres minutos, ejercicio sorpresa de emergencia. Disposición de combate para todos los componentes Aurora en todas nuestras bases. Usted alertará a Kabrit con las sirenas, según las instrucciones vigentes. Avise inmediatamente a las otras bases por

radioteléfono, ordenándoles que realicen simultáneamente el mismo ejercicio. Que informen sobre la marcha de las operaciones y la coordinación de tiempo... ¿Qué código se emplea hoy?

—Código amarillo, camarada general —la voz resonaba con un eco metálico.

—Me uniré con ustedes inmediatamente después del ejercicio, para comprobar la coordinación. Sincronicen sus relojes. Yo tengo exactamente las cinco y diecisiete.

—Las cinco y diecisiete, camarada... Sí, camarada... tres minutos. Ejercicio de emergencia. Todas las bases. Radioteléfono. Sirenas.

—Perfecto. Adelante.

—Ahora sólo nos queda esperar —dijo Blagonravov acomodándose en el asiento trasero del *jeep*. Pero inmediatamente después se incorporó, gritando:

—¿Eh, qué es eso?

Una figura solitaria en una motocicleta apareció al extremo de la pista. El hombre llevaba casco y estaba tumbado sobre su máquina mientras se acercaba al *jeep* a toda velocidad.

—¡Qué echen a ese idiota de la pista! —gritó Blagonravov—. ¡Lo va a estropear todo!

Hizo frenéticas señas al motorista para que saliera de la pista, pero en vano. La máquina rugiente se dirigía directamente hacia él. Se detuvo con gran chirrido de frenos a dos metros escasos del *jeep*. Un soldado con galones de sargento saltó de la moto, la inmovilizó en su soporte, y corrió hacia el *jeep*.

—¡Qué diablos...! —empezó a decir, colérico, Blagonravov. Pero el sargento se cuadró y le entregó un sobre azul sellado.

—Camarada general, un telegrama urgente. Es de máxima prioridad.

Blagonravov, ligeramente desconcertado, tomó en sus manos el sobre y empezó a abrirlo.

—Sí —dijo—, gracias. Quite su moto de ahí, póngala al lado del *jeep*.

En ese momento empezaron a sonar intensamente las sirenas de alarma de la base.

—Ahora tendremos un poco de acción —susurró Blagonravov, metiendo en el bolsillo el telegrama, sin leerlo—. Compruebe la sincronización, Koritin —ordenó—. Son exactamente las cinco y veinte ahora.

Un chirrido sordo vino del hangar, y las gigantescas puertas de acero empezaron a moverse lentamente en direcciones opuestas, creando un hueco cada vez mayor.

Blagonravov miró hacia el oscuro interior del hangar, entre las puertas en movimiento, pero no pudo ver nada. Koritin se dio cuenta de lo que miraba.

—Ya ve, camarada general. Debido a los reglamentos de seguridad, la sección operativa del hangar se halla oculta bajo un telón metálico, que sólo empezará a alzarse cuando las puertas exteriores estén completamente abiertas.

—Sí, claro —confirmó Blagonravov.

Las grandes puertas de acero estaban ya abiertas. Del interior surgió un nuevo ruido sordo, pero de otro tipo. Empezaba a ponerse en movimiento la pared interior del hangar.

—Eso es —señaló Koritin—. La mampara interior.

Al fondo del hangar podían vislumbrarse unas formas monstruosas, cubiertas con lona.

—Son fundas interiores Tarpaulin —dijo, feliz, Koritin—. Serán retiradas automáticamente por elevadores independientes, instalados encima de cada unidad.

En efecto, las enormes piezas de lona que tapaban el equipo estaban siendo retiradas hacia arriba por medio de unos cables difícilmente visibles. Las piezas de lona de color claro, aleteando en la oscuridad, parecían efectuar una grotesca danza fantasmal.

Cuatro *jeeps* y una furgoneta aparecieron a toda velocidad por la pista, dieron la vuelta al hangar y se oyó cómo se detenían detrás. Unos segundos después se oyeron pasos apresurados en el suelo de cemento del hangar.

—Los tripulantes —dijo Blagonravov, mirando otra vez su reloj—. Diez minutos. No muy bien.

—Un mensaje del puesto de mando, camarada general —dijo el soldado que manejaba el transmisor—. El coronel Novikov informa que el puesto de mando está en disposición de combate. La estación de control y seguimiento de Ras Bañas ha entrado ya en contacto. La estación de Sidi Barraní comunica que tiene una avería técnica.

Blagonravov asintió con la cabeza. En el interior del hangar pudo escucharse el ruido seco de un motor de arranque, luego un segundo, y un tercero; después, el rugido de potentes motores inundó el aire.

—Dos minutos para calentar motores —dijo Koritin—; después, empezarán a salir.

—El radar listo, comunicaciones listas, monitores de televisión listos, verificación positiva de las comunicaciones —salmodió el operador de radio.

Por la pista se acercaban nuevos vehículos; dos de ellos se detuvieron a unos quinientos metros: otros llegaron hasta los hangares, descargando soldados y equipo en diversos puntos. Varios tractores-oruga subieron las bajas colinas que rodeaban la base. Koritin anunció:

—Las dotaciones de emergencia para los cañones antiaéreos. Blagonravov miró su reloj.

—Esto marcha muy mal, Koritin. Catorce minutos. Quiere decir que hasta ahora la base estaba sin protección.

—Eso son sólo las dotaciones de emergencia, camarada general —Koritin estaba desconcertado—. Las dotaciones regulares ocupan otras posiciones y están dispuestas para actuar en el momento mismo de la alarma.

—Eso son dotaciones mínimas —dijo Blagonravov despreciativamente—: no matarían una mosca.

Dentro del hangar los motores rugían.

—Están saliendo, general —exclamó Koritin, nervioso—. Quince minutos.

Brillaron unas luces cegadoras dentro del oscuro hangar. La tierra tembló ligeramente, o así lo parecía. Entonces apareció a la luz del sol, lenta y pesadamente, el primer monstruo, un gigantesco camión de dieciséis ruedas enormes, que llevaba detrás un pesado remolque. Por encima del vehículo, con su afilada cabeza apuntando hacia adelante, asomaba el enorme cuerpo cilíndrico de un misil SS-14. El pesado camión torció ágilmente hacia la derecha, redujo velocidad y se detuvo con las ruedas delanteras exactamente colocadas encima de la primera cruz blanca. Uno tras otro, como monstruos prehistóricos emergiendo de su gruta, aparecieron los otros cuatro misiles montados sobre sus camiones a las puertas del hangar. Cada uno se dirigió hacia una cruz blanca. En menos de dos minutos estaban estacionados los cinco remolques.

—Ya están en posición de lanzamiento —murmuró para sí Blagonravov. Observó con satisfacción los monstruos de acero—. Hay que anotar en el informe sobre el ejercicio, que no hemos tenido en cuenta los cincuenta y cinco minutos necesarios para armar y montar las cabezas nucleares —le dijo a Koritin, que escribía precipitadamente una nota en su bloc.

Los motores de los camiones portadores de misiles empezaron a sonar de modo diferente. Lentamente, los erectores —las grúas hidráulicas incorporadas— empezaron a elevar los misiles hacia una posición vertical. La visión era a la vez hermosa y aterrorizadora. Como si fueran los cinco dedos

de una gigantesca mano, los pesados misiles en forma de aguja se irguieron y quedaron fijos apuntando al cielo.

—¡Magnífico! —exclamó Blagonravov—. Simplemente magnífico. ¿Cuánto tiempo?

—Dieciocho minutos y medio —informó Koritin.

—¡Vámonos al puesto de mando, de prisa! —ordenó al conductor.

El pequeño *jeep* dio inedia vuelta y pasó entre los monstruos de acero, como un pequeño e inofensivo insecto bajo las patas de enormes animales. El *jeep* salió disparado en dirección sur a lo largo de la pista de vuelo, y unos doscientos metros después torció a la derecha por una estrecha carretera asfaltada que conducía a una gran casamata de acero y cemento. Sólo una pequeña parte de su estructura sobresalía del nivel del terreno. La mayor parte estaba bajo tierra. El general Blagonravov saltó ágilmente del *jeep* y se dirigió de prisa hacia la escalera, cruzando la hilera de guardias armados. Pasó al lado de otro guardia y apretó un botón de una pesada puerta de acero, que tenía un aviso escrito en ruso: sala de guerra — prohibida la entrada sin autorización especial.

Alguien, desde el interior, comprobó su identidad a través de una mirilla. Entró en una amplia sala, que hervía de actividad. En medio de la sala, profusamente iluminada por lámparas de neón colgadas del techo, una gran mesa en la que estaba instalado un enorme mapa en relieve de Oriente Medio. En el mapa se habían señalado, con líneas de puntos azules y rojos, las trayectorias desde Kabrit, Matruh, Luxor y Assuan, hacia Libia, Arabia Saudí y los Estados petrolíferos del golfo Pérsico. Diversos círculos, triángulos y rombos, representaban la cobertura de los radares, la protección de misiles tierra-aire, los radios de acción de aviones y misiles desde diversas bases. Pequeños puntos luminosos por todo el mapa mostraban que se manejaba eléctricamente. Y justo en el momento en que los puntos de luz de Luxor, Assuan, Matruh, Kabrit y Ras Bañas empezaron a encenderse y apagarse intermitentemente en rojo y verde, Sidi Barraní permaneció apagado.

—¿Sidi Barraní sigue averiada? —le preguntó furioso Blagonravov al coronel Novikov.

Éste se encontraba inclinado sobre un mapa de papel, en el que iba anotando diversos datos de situación. Como llevaba puestos unos auriculares, no pudo oír la pregunta del general.

Había oficiales y sargentos yendo y viniendo por todos lados. Adosadas a dos de las paredes de la sala, dos largas y estrechas mesas de trabajo. Al otro lado estaban instalados una serie de teléfonos de campaña. Las mesas,

repletas de mapas y documentos. En cada silla había una instalación para auriculares. Por encima de las mesas, dos hileras de monitores de televisión. Todos ellos estaban funcionando, pero sólo cinco, al fondo y ala derecha, transmitían una imagen: la de los cinco misiles en posición de disparo de la base de Kabrit. Al fondo de la sala había un pequeño computador a pleno funcionamiento. En sus pequeñas pantallas aparecían continuas series de números en color verde. Dos ingenieros manejaban los mandos y al mismo tiempo anotaban algunos de los números en sus blocs.

Novikov se quitó los auriculares, se incorporó y se acercó a Blagonravov. Era un hombre joven, de mirada incisiva.

—Creo que todo está listo, general —dijo, elevando su voz para poder ser escuchado—. Matruh acaba de informar que está en disposición de combate. Con todos los elementos dispuestos, se ha tardado veintisiete minutos. Sidi Barraní sigue teniendo dificultades, y en Assuan dos de los remolques no pudieron moverse. Ahora los están apartando. Allí tienen doce misiles.

—¿Qué pasa con el circuito cerrado de televisión? —Blagonravov señaló las pantallas sin imagen.

—No quise activar nuestros transmisores de TV —dijo Novikov, en tono de excusa—. Esto es simplemente un ejercicio, y no quise poner en peligro todo el proyecto. Los egipcios podían haber interceptado las emisiones. Era demasiado arriesgado. Toda la información necesaria la estamos obteniendo por teléfono.

—De acuerdo —dijo Blagonravov, suspirando, como si quisiera liberarse de toda la tensión acumulada—. Teniendo en cuenta las condiciones existentes, todo ha salido muy bien, camarada Novikov. Alrededor de media hora para preparar la operación es un tiempo bastante razonable. Si se diera la orden, podríamos disparar ahora mismo, ¿no?

—Podríamos haberlo hecho incluso antes, general. Hace ya cuatro minutos que los misiles aquí, en Kubrit, y en Luxor, estaban listos para el lanzamiento.

—Muy bien. Puede estar usted satisfecho. Reúna después a los hombres en el comedor grande y dígales que me siento orgulloso de ellos. Buen trabajo, Novikov.

El rostro juvenil del coronel enrojeció de satisfacción. Se cuadró militarmente.

—Al servicio de la Unión Soviética, camarada.

Blagonravov sonrió, divertido.

—Vamos, vamos, deje esas cosas. Aquí somos adultos, no cadetes de la academia.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida, metiendo la mano en el bolsillo en busca de su pipa. Sus dedos tropezaron con el sobre que había recibido antes de que empezara el ejercicio. Extrajo de él un trozo de papel azul y lo leyó. Entonces se detuvo, como partido por un rayo. Su rostro se volvió color ceniza. Se tambaleó y se derrumbó sobre una silla.

El cable había sido enviado desde su oficina de Moscú en clave roja, una precaución muy poco frecuente. Llevaba la indicación de máximo secreto —exclusivamente personal. También la prioridad era infrecuente: máxima emergencia. Se imaginó que el telegrama le había sido enviado a su oficina de Moscú, y que sus ayudantes habían añadido simplemente una línea antes de transmitírselo de nuevo a Egipto: general Blagonravov sigue texto de telegrama urgente máxima prioridad recibido 3 octubre 12.35.

El telegrama decía lo siguiente:

Informador israelí de máxima fiabilidad informa de la captura de la expedición de marsa enero 1972 documento máximo secreto probablemente firmado por usted. documento incluía valiosa información aurora y diversos nombres clave: joven komsomol —guardia roja —cosaco del don —tártaros de crimea. todas nuestras investigaciones en escalones inferiores de sus servicios sobre este documento han dado resultados negativos. es necesaria su colaboración urgente para establecer la naturaleza e importancia del documento. el informador israelí está en nuestro poder y coopera voluntariamente. por favor telegráfíe respuesta por máxima prioridad. firmado yulin director octavo departamento primer directorio kgb.

Seguía a continuación una dirección en clave para la respuesta.

Blagonravov se levantó lentamente de la silla y salió. Se había dado cuenta de las miradas asombradas de los soldados y oficiales en la sala de guerra, que habían visto su repentino desfallecimiento, pero eso no tenía importancia. Seguramente lo atribuirían a sus años o a las emociones causadas por la realización del ejercicio. Subió las escaleras y salió del bunker, alejándose un poco del *jeep* que le estaba esperando. El rojizo sol africano empezaba a ponerse por el oeste. La seca arena del desierto se estrelló contra su rostro. Trató de pensar, de superar el terrible miedo que

había paralizado repentinamente su cerebro cuando sus ojos tropezaron con el nombre clave «Cosaco del Don». Tuvo un escalofrío. Lenta y dolorosamente, consiguió volver a controlar sus emociones y a poner en orden sus pensamientos. Por supuesto, nunca había habido un documento que él hubiera firmado. Nunca habían existido palabras clave como Tártaros de Crimea o Joven Komsomol. Eran simplemente parte del plan, de un plan diabólicamente astuto para hacer llegar su mensaje: «“Cosaco del Don”, sabemos quién es usted. Le necesitamos. Queremos que nos informe, como es su obligación». Todo quedaba reducido a eso. Le habían atrapado, después de casi treinta años. No sabía cómo, pero los israelíes habían conseguido desenterrar la verdad sobre él. Y habían encontrado una forma, utilizando al propio Yulin, para ordenarle que apareciera.

Por un segundo —sólo por un segundo—, pensó en el pesado revólver Tokarev que llevaba al cinto. Pero rechazó inmediatamente la idea. Era demasiado pronto —o demasiado tarde— para eso. Tenía que seguir el juego hasta el final. Quizás había todavía alguna esperanza. Del telegrama se desprendía claramente que Yulin no tenía idea de qué se trataba. El informador israelí era el único que lo sabía. Así que sólo había una cosa que pudiera hacer.

Se acercó a su operador de radio.

—Corra hacia comunicaciones y telegrafía este mensaje a esta dirección —le dijo—. Código rojo. Máxima prioridad urgente.

En el sobre anotó: «Llegaré inmediatamente para interrogar informador. Informe urgente agregado militar El Cairo dónde se encuentra informador. Firmado Blagonravov».

Media hora después despegó en un avión especial hacia El Cairo. Pensaba llamar a la oficina del agregado militar desde el aeropuerto. Debería tener ya la respuesta entonces.

En la madrugada del 4 de octubre su avión alquilado —quiso evitar el volar en un avión militar soviético— aterrizó en el aeropuerto internacional de Niza-Costa Azul. Descendió del reactor Mystère 20 vestido de civil. Dos hombres le esperaban para acompañarle a un coche aparcado fuera.

En Tel Aviv, una llamada telefónica despertó a Peled. Era su adjunto, A viví.

—Acabamos de recibir una llamada del hombre que vigila de noche el aeropuerto de Niza. Tu cosaco acaba de llegar. Parecía tener mucha prisa.

El Viejo sonrió, satisfecho.

4 de octubre de 1973

Jeremiah Peled colgó el teléfono, apartó la sábana y se levantó de la cama, vistiendo sólo los pantalones cortos de su pijama veraniego. Adoraba las noches cálidas y secas de octubre, y dio la bienvenida a la nueva claridad del amanecer que coloreaba la ventana abierta. Una brisa suave y fresca trajo el aire mañanero, perfumado con los delicados olores de los naranjos.

Después de vestirse y comer un frugal desayuno, salió de la casa a través de las graciosas puertas francesas. El hermoso jardín estaba todavía bañado por el rocío mañanero, que producía una ilusión de encantamiento e irrealidad. Este lugar era su alegría secreta. La voluptuosa composición de los prados verdes, los setos de cinco años ya, los rosales y los lechos de flores de brillante colorido habían sido diseñados por él y realizados con sus propias manos. Paseó por entre los naranjos, recogiendo cuidadosamente una rama rota, una hoja caída, dejando que el frescor del nuevo día acariciara su cálida piel.

Una dulce sensación de tarea acabada, tanto tiempo puesta en duda, empezaba a surgir dentro de él mientras continuaba paseando entre sus amadas flores, convirtiéndose después en alegría exultante. Después de todo, su plan, tan meticulosamente preparado y ejecutado, empezaba a dar sus primeros frutos. Había conseguido introducir a Gonen en uno de los centros nerviosos del Poder soviético. Para establecer su credibilidad a los ojos del general Yulin, había descubierto su papel secreto en el momento justo. Joe se había rendido siguiendo el plan, y debería haber simulado convincentemente una total desintegración. Mediante una «confesión» ingeniosamente planeada, debería haber establecido el crucial contacto con el general Blagonravov, el «Cosaco del Don». La apresurada aparición del general en el aeropuerto internacional de Niza, en ruta hacia Cavalaire-sur-Mer, probaba que Joe había cumplido sin fallo su misión, hasta ese momento. Al cabo de pocas horas, quizás en este mismo momento, Blagonravov hablaría con él y le contaría todo, pues no tenía otra alternativa. Sería chantajeado por Joe hasta que

revelara todos los detalles del proyecto ruso en territorio egipcio, y Gonen los traería a Israel.

Por supuesto que la KGB estaba al corriente de la existencia de la lista que había pertenecido a Heinrich Roehm. Por supuesto que la KGB estaba esperando un contacto. Pero nunca podría sospechar cómo se estaba efectuando realmente el contacto entre el agente de la Mossad y el antiguo espía de Gehlen. En lugar de eso, los servicios secretos rusos estaban dando vueltas a tontas y a locas, exactamente como se había planeado.

Escuadras enteras de agentes de la KGB estaban comprobando ansiosamente cada pulgada de las huellas de elefante que el comando de antiguos agentes de la Mossad estaba dejando tras sí en el bloque soviético. El Viejo se rió entre dientes cuando recordó el informe enviado por Jacob Barnea, el primero de sus hombres en regresar de Moscú. Había llevado al borde de la desesperación a su sombra de la KGB, dando vueltas alrededor de la capital soviética, haciendo llamadas telefónicas al azar, hablando con la gente en la calle, en los parques, en las terrazas de los cafés. Informes similares llegaban de los hombres que Peled había enviado a Kiev, Odesa, Leningrado, Sofía y Berlín. En pocos días estaría de vuelta en Israel el último de sus hombres. Tal como había previsto, los rusos no les habían molestado, concentrándose exclusivamente en la gente con la que habían tomado contacto.

La única operación que todavía no había producido resultados era el intento de descubrir la identidad de Minerva. Desde el pasado mes de noviembre, cuatro de sus mejores hombres —Dori, Brandt, David Ron y el profesor Joseph Heller— se habían dedicado a una búsqueda febril, por toda Europa, de alguna pista que pudiera llevarles hasta el hombre de Gehlen en Moscú. Se habían entrevistado con cientos de especialistas, investigadores, soviólogos, historiadores, autoridades de renombre mundial en Rusia y la Segunda Guerra Mundial. Habían pasado meses enteros en centros de investigación y documentación de Alemania, Inglaterra, Francia, Austria y Suiza. Habían hablado con antiguos oficiales de la Abwehr, con desertores rusos, con los líderes de numerosas asociaciones de emigrados rusos. Pero hasta ahora todo había sido en vano. Minerva continuaba siendo un misterio.

Bueno, suspiró Peled, mientras examinaba amorosamente la nueva hoja de una palmera enana; no puedes tenerlo todo, Viejo. Minerva puede estar muerto, jubilado, o tan ingeniosamente camuflado que en cincuenta años no se ha podido desenmascararlo. Y, de todas formas, una vez en nuestras manos

Blagonravov, la identidad de Minerva no tiene mayor importancia. Un informador del calibre de Blagonravov era más que suficiente.

Anotó mentalmente hacer regresar al equipo Minerva de Europa. Su actual operación, pacientemente montada y ejecutada, pieza a pieza, durante dos años, estaría terminada en veinticuatro horas. Al echar el telón preferiría tener a todos sus hombres en casa. Ya encontraría unas palabras amables para decirles a los del equipo Minerva. Ciertamente, habían hecho todo lo que habían podido. No habían obtenido resultados, pero tampoco cometieron ningún error. Así era la labor de los servicios secretos: se hacen enormes esfuerzos, se montan coberturas a prueba de bombas, se planean atrevidas operaciones, se extienden los detectores y las antenas, se arriesgan las vidas de amigos íntimos. La mayoría de las veces se fracasa, pero hay ocasiones en que alguien, en algún lugar, consigue abrirse paso, y allí es donde está el éxito. Esa mañana agradable y serena, Peled se sentía en paz consigo mismo. El éxito final de la operación estaba casi al alcance de la mano. Sin razón aparente, se puso a repetir la vieja frase hecha: «Todo se está desarrollando de conformidad con lo planeado». Pero Peled estaba equivocado.

En ese mismo momento, su complicada e ingeniosa operación estaba saltando por los aires.

Una semana antes, Laurenti Karpin había sido enviado a París.

Desde el pasado mes de junio, el jefe de Operaciones del Octavo Departamento (Oriente Medio) de la KGB había estado luchando con la más frustrante operación de su carrera: la de seguir las huellas de los agentes israelíes relacionados con la lista de Roehm. Hasta ahora todo había sido un fracaso detrás de otro. En Berna, el rastro del anciano caballero que había recogido la lista del Banco suizo había desembocado en un callejón sin salida. Los informadores de la KGB en París, Bonn y Roma no sabían nada sobre una operación secreta israelí. Una estrecha vigilancia de los israelíes que estaban notoriamente relacionados con la Mossad, no dio resultado alguno. Karpin tenía la impresión de que los israelíes estaban cumpliendo a rajatabla unas normas estrictas de compartimentalización, de modo que sus agentes fijos en Europa no tenían la menor idea de lo que se tramaba.

Aproximadamente un mes atrás, creyó que había logrado abrir una brecha. La sección de Frankfurt informó que un supuesto periodista estadounidense había visitado la sede central de la Narodny-Trudovoy Soyouz (Liga de Trabajo del Pueblo), una asociación de rusos emigrados. Debido a su violenta actividad antisoviética, dicha asociación estaba siendo estrechamente vigilada por agentes de la KGB. El periodista, decían en su informe, había hecho

numerosas preguntas sobre los líderes de su movimiento que permanecían en la Unión Soviética y actuaban secretamente. No quedó satisfecho con sus respuestas y abandonó el lugar bastante desilusionado. Una inmediata investigación demostró que no se había alojado en el hotel que había mencionado. Pero no volvió a aparecer, y desapareció todo rastro de dicho periodista.

Una semana después volvió a surgir una nueva esperanza, que poco después se vino abajo. La noche del 9 de septiembre, algunos desconocidos intentaron entrar por la fuerza en las oficinas de la Organización de Nacionalistas Ucranianos de Munich. Era un grupo anti-comunista de separatistas ucranianos que soñaba con establecer un Estado ucraniano independiente. La independencia de Ucrania no era una idea nueva. Durante la Segunda Guerra Mundial, miles de ucranianos habían colaborado entusiásticamente con los ejércitos invasores alemanes. Muchos de ellos constituyeron una división de traidores que, bajo el mando del general Vlassov, habían luchado al lado de los nazis contra el Ejército Rojo. Después de la guerra, muchos ucranianos que tenían importantes puestos en el Gobierno fueron desenmascarados como espías alemanes, juzgados sumariamente y ejecutados por la NKVD. A pesar de eso, una poderosa organización secreta, dirigida por Stefan Bandera, estuvo luchando con éxito contra los comunistas hasta el 1947. Una vez aplastada la organización, la mayoría de sus líderes, y entre ellos Bandera, consiguieron escapar a Occidente. Fueron ayudados, sin el menor género de dudas, por cómplices situados en altos puestos. A finales de la década de los años cincuenta, de nuevo la KGB se mostró muy preocupada por las actividades subversivas de la resucitada organización secreta ucraniana, que estaba dirigida desde Munich. Un asesino especialmente adiestrado del V Departamento, Bogdan Stashinsky, fue enviado a Alemania para que se ocupara de los cabecillas de la Organización de Nacionalistas Ucranianos. Utilizando un arma casi infernal, una pistola silenciosa de cianuro de hidrógeno, asesinó al ideólogo de la organización, Lev Rebet, el 12 de octubre de 1957, en las escaleras del edificio donde estaban sus oficinas. El 15 de octubre de 1959, asesinó al jefe de la organización, Stefan Bandera. Desde entonces, la central de Moscú había mantenido una estrecha vigilancia sobre las actividades ucranianas. La KGB llegó incluso a conseguir introducir a sus agentes en las diversas ramas de dicha organización en Europa Occidental.

El agente permanente de la KGB en París fue quien pidió a Laurenti Karpin la semana anterior que se presentase urgentemente en París. Se

reunieron, siguiendo las estrictas normas de los conspiradores, en el bullicioso Hotel Meridien, de la avenida Gouvion-Saint-Cyr, donde el agente tenía reservada una *suite* de dos habitaciones con nombre supuesto.

Cuando se encontró a solas con Karpin, el agente le dijo:

—Me gustaría que conociera a alguien. —Abrió la puerta de la habitación contigua e hizo entrar a un hombre delgado y de aspecto miserable, que parecía muy nervioso y asustado. Era más bien viejo, calvo y llevaba unas gafas redondas de montura metálica—. Éste es Ilya Zelenev, uno de nuestros hombres aquí, en París. Es ucraniano. Quiero que le cuente una historia.

Zelenev poseía una mirada furtiva y una voz tímida y baja.

—Llevo viviendo en París desde 1958 —dijo—. Anteriormente trabajé como agente en la sombra para la sección de Kiev, del Departamento de Nacionalidad del Octavo Directorio. El Octavo Directorio me envió aquí para que me introdujera en la organización de emigrados ucranianos. He conseguido llegar hasta las más altas esferas de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). Desde 1964 estoy trabajando como director de ediciones de la revista bimensual *L'Ukraine Libre*, que es el órgano oficial de la OUN en Francia. Sus oficinas están alojadas en el mismo piso en el que la OUN tiene su sede central en París. La dirección es 37, rué de Grenelle. Yo tengo libre acceso a todos los documentos de la OUN y conozco todos sus secretos.

Zelenev tosió nerviosamente y prosiguió su relato.

—Ayer, cuando estaba solo en la oficina con Nikolai Volodin, el presidente de los anticomunistas ucranianos, vinieron dos hombres a visitarnos. Puedo darle su descripción si es necesario. Uno de ellos hablaba perfectamente en francés, pero el otro no dijo una sola palabra. Nos mostraron sus credenciales. —Eché una rápida ojeada a un trozo de papel arrugado que llevaba en el bolsillo—: Se llamaban Georges d'Arbois y Michel Azeau, ambos del Service de Documentation Extérieure et de Contre Espionnage, que es, como usted sabe, el servicio secreto francés. D'Arbois hablaba con cierta brusquedad y nos pidió información sobre la gente que todavía permanecía en Rusia, en Ucrania o en Moscú. Nos dijo que nosotros éramos simples huéspedes de este país, y que se nos permitía quedarnos y realizar nuestras actividades gracias a la hospitalidad del Gobierno francés. El Gobierno francés necesitaba ahora, a cambio, los nombres y direcciones de nuestros hombres más importantes que continuaban viviendo en la Unión Soviética. Volodin, nuestro presidente, se negó, por supuesto. Entonces D'Arbois dijo que si no colaborábamos cerraría la revista, disolvería la OUN y nos

expulsaría de Francia. Yo traté de ganar tiempo. Le dije que la mayoría de nuestros documentos no estaban aquí, sino en la sede central de Munich. Les expliqué que Bandera, al salir de Rusia, se había traído muchos documentos importantes sobre nuestra red allí, pero que todo estaba en nuestros archivos secretos en Munich, y que para obtener copias harían falta algunos días. D'Arbois dijo entonces que volvería mañana.

—¿Entonces? —Karpin miró a su agente en París, con expresión confundida—. Todo esto no prueba nada. No tiene nada que ver conmigo, por lo menos.

—Oh, sí, claro que tiene que ver —dijo el ruso. Le hizo una seña a Zelenev para que saliera de la habitación, y cuando cerró la puerta tras él, prosiguió con gravedad—: yo tengo muy buenos contactos en los servicios secretos franceses. Tenemos un hombre que ocupa un elevado puesto en la SDECE —y sonrió orgullosamente—. Este hombre me ha informado que ningún Georges d'Arbois o Michel Azeau trabaja con ellos, y que los servicios secretos franceses nunca han tratado de obtener información sobre los líderes secretos de la organización ucraniana en la Unión Soviética.

—Sí, ya veo —admitió Karpin. Se dirigió a la ventana, corrió la cortina transparente y se quedó mirando pensativo el enorme edificio del Hotel Concorde-Lafayette, al otro lado de la estrecha avenida—. Así que deben ser otra vez nuestros amigos judíos. Están buscando afanosamente alguna información sobre algunos líderes secretos ucranianos que deben seguir viviendo en la Unión Soviética. Trataron primero de obtener información en la Narodny-Trudovoy Soyouz en Frankfurt; después, trataron de entrar por la fuerza en la sede de la OUN en Munich, pero fracasaron. Así que ahora están intentando hacerlo en París.

—Pero, ¿por qué los ucranianos?

Karpin sabía que podía hablar con toda libertad con su hombre.

—Los israelíes deben haber sabido que algunos líderes ucranianos estuvieron espionando para Alemania durante la guerra —sonrió súbitamente—. No se preocupe —le dijo con viveza—. Lo que ahora necesitamos es una tranquila y amistosa charla con esos dos individuos. ¿Quiere decir que vuelva Zelenev?

El hombre de la expresión triste volvió a entrar en la habitación. Karpin lo observó con fijeza.

—¿Puede usted conseguir que su presidente, cómo se llama...?

—Volodin —respondió rápidamente Zelenev.

—Sí, Volodin. ¿Puede usted conseguir que no vaya a la oficina cuando los dos hombres de la SDECE vuelvan?

Zelenev pensó por unos segundos.

—Sí —dijo finalmente—; puedo convencerle de que se quede en casa, con la excusa de que está resfriado. Le diré que, si él no está presente, podremos ganar otros varios días con los franceses.

—Muy bien —Karpin se mostró satisfecho—. Entonces estará usted solo en la oficina.

Zelenev confirmó con la cabeza.

—¿Cuándo dijo que vendrían?

—Mañana por la tarde —contestó Zelenev—. A las seis.

—Mañana a las seis —repitió Karpin—. Bien. Allí estaremos.

Todavía no eran las cinco, pero las nubes oscuras que se abatían sobre París habían sumergido a la ciudad en una noche prematura. Súbitas ráfagas de viento hacían chocar las gruesas gotas de lluvia contra las paredes grises de las casas de la rué de Grenelle. Las estrechas aceras estaban resbaladizas, y los peatones, con las cabezas agachadas, pasaban corriendo, irritados por este primer encuentro con el típico otoño parisiense.

En el cruce de la rué de Grenelle y la rué Saint-Guillaume, el iluminado café de la esquina, Chez Basile, se mostraba lleno de bullicio y alegría, en contraste con el ambiente triste y húmedo del exterior. La rué Saint-Guillaume se había hecho famosa en todo el mundo como el sinónimo de «Sciences-Po», la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de París, alojada en dos edificios poco llamativos, uno frente a otro. Durante cincuenta años, Sciences-Po había producido algunos de los más brillantes líderes políticos, periodistas y diplomáticos franceses y extranjeros. El día 1 de octubre se habían reanudado las clases. Multitud de jóvenes estudiantes, charlando y riendo, se dirigían en oleadas hacia Chez Basile, para tomar una rápida «demi» de cerveza, o un fuerte café exprés a la italiana, antes de la siguiente clase.

Nadie prestó atención a un hombre de unos cuarenta y cinco años que entró por la puerta de Saint-Guillaume, pidió un *bailón* de beaujolais y se colocó en el extremo de la barra, frente a los grandes ventanales que daban sobre la rué de Grenelle. Desplegó un ejemplar nuevo de la última edición de *Le Monde* y se concentró en los artículos de la primera página, aparentemente ajeno a todo el bullicio que había a su alrededor. En realidad, no estaba leyendo nada en el periódico. Estaba observando atentamente la entrada del 37, rué de Grenelle, al otro lado de la estrecha calle. El hombre era David

Ron, uno de los integrantes del equipo Minerva de la Mossad. Su misión esa tarde era rutinaria: vigilar la entrada del edificio donde dos de sus colegas, Brandt y Heller, haciéndose pasar por agentes secretos franceses, tenían una cita a las seis.

Media hora después, otro miembro del equipo Minerva, Raphael Dori, entró en el café. Estaba sudando profusamente y tenía aspecto malhumorado. Durante cuarenta y cinco minutos había estado dando vueltas en su «Renault 16», alquilado, buscando aparcamiento. Había sido una experiencia muy desalentadora. La rué de Grenelle y la rué Saint-Guillaume eran calles de una sola dirección, abarrotadas de coches de los estudiantes subidos en las aceras y sobre los cruces de peatones. Dori no se podía permitir aparcar de forma ilegal, aunque tenía el propósito de permanecer dentro del coche. En ningún caso podía correr el riesgo de ser abordado por un policía, o de que le pusieran una multa de tráfico, con lo que quedaría constancia de la presencia de su coche. Finalmente, consiguió encontrar un sitio en la rué Saint-Guillaume, muy cerca de Chez Basile. Ahora, al entrar en el café, miró a su alrededor, pasó al lado de Ron, quien le lanzó una mirada de indiferencia, y regresó a su coche. Se sentó dentro, en la oscuridad, esperando pacientemente. Todo parecía normal.

Ni Ron ni Dori vieron los dos coches, un «Peugeot 404» azul y un potente «Mercedes 300» gris, aparcados un poco más abajo, en la rué de Grenelle. En cada uno de ellos había tres hombres, todos miembros del equipo de operaciones de Laurenti Karpin. Ron y Dori tampoco podían saber que desde primeras horas de la tarde, Karpin y otros tres de sus hombres habían entrado secretamente en las oficinas de la organización anticomunista ucraniana. El edificio del n.º 37 de la rué de Grenelle era una casa baja de tres pisos, utilizados como oficinas. Las de la OUN, en el piso segundo, tenían sus ventanas hacia la parte trasera, con vistas a un pequeño patio. A últimas horas de la tarde, la mayoría de las otras oficinas estaban vacías. A las seis ya no quedaba nadie en el edificio. A las seis en punto, Brandt y Heller entraban en la casa.

David Ron observó a sus amigos hasta que desaparecieron en el interior. Subieron en silencio los viejos peldaños de madera. Al llegar al segundo piso, Heller torció a la izquierda. Un modesto letrero en bronce, en ruso y en francés, estaba adosado a la gran puerta de roble. Podía leerse en él: ORGANIZACIÓN DE NACIONALISTAS UCRANIANOS, y debajo, en letras más pequeñas, UKRAINE LIBRE — REDACTION GENERALE.

Heller llamó a la puerta, que se abrió casi inmediatamente. Zelenev, uno de los hombres que había conocido dos días antes, les saludó ceremoniosamente.

—Pasen, por favor, señores —les dijo en francés, con fuerte acento extranjero, haciéndoles pasar. Tenía un rictus de nerviosismo en su boca.

Atravesaron un pasillo escasamente iluminado, y entraron en una oficina grande, con muebles muy usados. Heller entró primero, y se encontró de frente con un desconocido, que estaba sentado ante una vieja mesa de roble, en medio de la habitación.

Comprendió inmediatamente que algo marchaba mal. El hombre sentado no era el mismo que habían conocido dos días antes. Empezaron a sonar miles de campanillas de alarma en el interior de su cabeza, aun antes de ver la pesada pistola que tenía en su mano, apuntándole: antes incluso de que viera de reojo cómo se abría una puerta a su derecha y apareciese otro hombre.

—¡Atención! —gritó en hebreo, dando media vuelta y saltando hacia el corredor.

Pero instintivamente sabía que ya era demasiado tarde, que no daría resultado, y, por desgracia, ni siquiera estaba armado. Alguien saltó sobre él, le golpeó en la nuca, le fallaron las piernas y se derrumbó. Antes de perder el sentido, oyó los pasos de Brandt corriendo hacia la salida, y después el sonido sordo de una pistola con silenciador, el pesado golpe de un cuerpo contra el suelo de madera. Todo se volvió negro.

Recobró el sentido cuando alguien le vació un cubo de agua fría sobre la cabeza. Cuando abrió los ojos, dos hombres lo llevaban a una silla, donde lo habían atado expertamente. Miró a su alrededor. En el suelo, sobre un charco de sangre, estaba Brandt, respirando pesadamente. La sangre todavía brotaba de una herida en su estómago. Las huellas de sangre por el pasillo indicaban que había sido arrastrado hasta allí desde el sitio donde lo habían abatido, probablemente ante la entrada del piso.

Karpin, satisfecho, se levantó, dio un rodeo a la mesa y se puso frente a Heller. Sus ojos negros estaban iluminados por una llama de furia.

—No tengo tiempo para juegos —le dijo, en un inglés dificultoso—. Tampoco tengo tiempo para torturas ni interrogatorios. Sabemos quién es usted. Usted y su amigo son agentes israelíes. Están ustedes buscando informaciones que le ayuden a localizar algunos traidores en la Unión Soviética, que habían sido espías nazis durante la guerra. Sus nombres están en una lista, que está en poder de su jefe. Queremos conocer esos nombres.

Heller lo miró imperturbable. No estaba preparado para un desastre así. Frenéticos pensamientos cruzaron su mente, pero era incapaz de ponerlos en

orden.

El ruso volvió a hablar.

—Tiene usted que elegir. Su amigo, allí, se está muriendo. Si no recibe inmediato tratamiento médico y una transfusión de sangre, morirá antes de media hora. Y si no muere, lo mataremos nosotros, y también a usted. No tenemos tiempo.

Se sacó del bolsillo una pitillera de cuero, de aspecto corriente. Presionó la tapa y la abrió. Estaba llena de cigarrillos, pues las boquillas sobresalían visiblemente. Tomó cuidadosamente un cigarrillo y lo sacó. Todos los demás empezaron también a salir. Heller comprendió que los cigarrillos eran simplemente un camuflaje. Las boquillas, escasamente de diez centímetros de longitud, estaban pegadas a una fina placa metálica, y servían como inocente escondite para algo que estaba oculto en el interior de la pitillera.

Karpin sacó de ella un aparato de extraño aspecto. Era una caja de forma rectangular, de acero gris, que se acoplaba a la palma de su mano. Se acercó a Heller y le enseñó la caja, para que pudiera verla por todos sus lados. De la parte superior salían dos tubos de forma extraña. En uno de sus extremos había dos aberturas redondas, casi del tamaño de un cañón de pistola. Del otro extremo sobresalían dos piezas de metal amarillo.

—Esto es una pistola eléctrica —dijo Karpin en tono explicativo—. Dispara balas envenenadas, como éstas —le enseñó dos cápsulas de vidrio que contenían un líquido incoloro—. Están cargadas con ácido prúsico, más conocido como cianuro. El ácido está en estado gaseoso —metió una cápsula por una de las bocas gemelas. Heller oyó un chasquido, como si la cápsula quedara sujeta a algo—. Ahora la pistola está cargada —prosiguió—. Cuando apriete uno de estos tubos, el gatillo quedará liberado —señaló los brillantes cilindros—. Entonces el gatillo rompe la cápsula y proyecta el ácido prúsico a la cara de la víctima. ¡Así!

Con un rápido movimiento de su muñeca, le colocó la pistola frente a sus ojos, sonriendo de satisfacción al ver las pequeñas gotas de sudor que aparecieron en la frente de Heller.

—Dicen que produce una muerte muy desagradable.

Dejó de apuntarle y observó pensativamente la extraña pistola.

—Hace años que la estamos usando, y con magníficos resultados —dijo, y después sonrió—. Seguramente habrá usted oído hablar de Rebet y de Bandera, los traidores ucranianos que fueron ejecutados hace algunos años. Los matamos con este tipo de pistola. Esta noche usted se añadirá a esa lista.

El rostro de Heller palideció.

—Como ve —continuó el ruso, ahora en tono casi amistoso—, esta pistola tiene dos grandes ventajas: primero, no hace ningún ruido; y segundo, no deja ningún rastro. Una vez muerto y evaporado el gas, ningún médico sospecharía que hubiera muerto envenenado. El cuerpo muestra todos los síntomas de un ataque cardíaco. Sencillo y efectivo.

Heller se pasó la lengua por sus labios secos.

—El único problema está en que el hombre que utiliza la pistola puede ser también atacado por el gas. Pero, afortunadamente, eso puede solucionarse con antídotos. —El ruso daba rápidas vueltas alrededor de su prisionero, como un científico en su laboratorio, feliz de exhibir ante un ilustre visitante sus últimos descubrimientos. Se sacó de un bolsillo una pequeña píldora blanca, que puso en su mano abierta—. Antes de disparar, tengo que tragarme una de estas píldoras. Neutraliza el efecto del gas durante unas tres horas. — Se llevó la píldora a la boca, echó hacia atrás la cabeza, y se la tragó—. Después de disparar tengo que tomarme otra píldora. Entonces estoy completamente a salvo.

Heller, atado a la silla, seguía como hipnotizado los movimientos del hombre que estaba frente a él. Karpin, bruscamente, exclamó:

—¡Así que ya ve lo que le espera! ¡La muerte! La muerte para usted y para su amigo. ¡Y ahora mismo!

Con agilidad felina, Karpin se puso de rodillas ante el inconsciente y desangrado Brandt.

—¡Apártense todos! —ordenó a sus hombres.

Los agentes de la KGB se retiraron apresuradamente hacia los rincones de la oficina. Karpin apuntó su pistola venenosa a la cara de Brandt, pero mantenía su mirada fija en Heller.

—Sólo hay dos alternativas —dijo, con voz ronca—. Si usted se niega a hablar, mataré a su amigo. Y después a usted. Pero si habla, los dejaré libres a ambos. Todavía pueden salvar sus vidas.

Heller se mordió los labios con tal violencia, que empezaron a sangrar.

—¿Hablará o no? —le gritó el ruso—. ¡Voy a matarlo ahora mismo! ¡No puedo esperar más!

Heller temblaba violentamente.

—¡No! —gritó desmayadamente. Era la viva imagen de la derrota—. No lo mate. Hablaré. Le contaré todo lo que sé.

Y habló. Habló sin parar. Con voz rota, estremecida, de miedo y vergüenza, le contó a los rusos lo que sabía sobre la lista, sobre el general Blagonravov, sobre el misterioso Minerva, sobre su fracasada búsqueda de

datos sobre él en los centros de emigrantes de Europa. Laurenti Karpin lo miraba triunfalmente, mientras uno de sus ayudantes iba anotando rápidamente las sorprendentes revelaciones en un bloc de notas. Heller habló con rapidez. En cinco minutos lo había contado todo. Después, echó una mirada furtiva hacia Karpin, con expresión angustiada y desesperada.

—Eso es todo lo que sé. ¿Nos dejará marchar ahora? Mi amigo se está muriendo.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Karpin. Heller sintió que se le helaba la sangre.

—¿No se habrá creído realmente que iban a poder marcharse simplemente de aquí, verdad? —les respondió en tono burlón el ruso.

Totalmente aterrado, Heller observó cómo Karpin apuntaba la pistola a la cara de su amigo herido y apretaba tranquilamente el gatillo.

Escuchó claramente cómo se rompía la cápsula de vidrio, y sintió el olor tenue a almendras amargas. Vio cómo el cuerpo de Brandt pegaba saltos en el suelo, poseído por agudos espasmos. Después, Karpin se incorporó y colocó otra cápsula en la silenciosa pistola. Heller notó que el sudor le recorría todo el cuerpo, y que sus tripas se distendían.

—¡No, no lo haga! —gritó angustiado.

Miró después hacia la boca de la pistola y escuchó el chasquido, y el gas venenoso chocó contra su cara, entrando por la nariz e inundando de muerte sus pulmones.

Karpin se volvió hacia sus hombres, que estaban de pie pegados a las paredes. Uno de ellos, un joven gigante rubio, estaba inclinado en una esquina, vomitando. Karpin lo miró con desprecio, mientras se tragaba otra píldora.

—Están muertos —dijo. Su voz era normal—. Vamos a limpiar el lugar. Envolvedlos en algo y dejadlo todo listo —miró su reloj—. Ya nos llevaremos los cuerpos después, cuando la calle esté vacía. Ahora no podemos hacerlo. Son sólo las ocho de la tarde.

A las ocho y cuarto, David Ron dejó dos monedas de un franco en el mostrador del ahora desierto Chez Basile, y salió por la puerta de la rué Saint-Guillaume. El «Renault 16» estaba aparcado frente a la puerta del café. Dio un golpe en la ventanilla del conductor.

—Son más de las ocho —dijo—. Algo tiene que haber ido mal. Voy a entrar. Pon el coche en marcha, por si acaso —Dori asintió con la cabeza, y arrancó el motor.

Ron cruzó la rué Saint-Guillaume, dobló la esquina hacia la rué de Grenelle, siguió unos cien metros más allá del número 37, y luego cruzó la calle y regresó lentamente, manteniéndose a la sombra. Entró silenciosamente en el portal del número 35, cruzó el vestíbulo oscuro y salió al patio. Días atrás había reconocido el sitio y lo recordaba muy bien. Saltó ágilmente sobre un muro bajo de piedra. Ahora se encontraba en el patio del número 37. Se dirigió hacia la escalera desierta y subió de dos en dos los escalones hasta el segundo piso, silencioso como una sombra. Se acercó a la puerta de las oficinas de la OUN y se quedó un buen rato allí, escuchando atentamente. Lo que oyó le hizo tensar todos los músculos de su cuerpo. No tenía mucho tiempo para actuar.

—¡Abran inmediatamente! —gritó en ruso, tratando de dar un tono de urgencia y miedo a su voz, y rezando en silencio para que nadie le pidiera una contraseña.

Cogió su pistola y se apartó a un lado, saliendo del posible campo de tiro de alguien que estuviera tras la puerta. Oyó unos pasos lentos y cautelosos, y luego se abrió la puerta. Sabía que todo era cuestión de segundos. Trató de calcular exactamente cuál era la posición del hombre que estaba al otro lado de la puerta, cómo llevaría su pistola. El ruso había abierto la puerta con su mano derecha y, si el hombre no era zurdo, se encontraría en desventaja por un momento. Y ése era el momento. Ron se tiró con todas sus fuerzas sobre la puerta abierta. En el momento justo del impacto, golpeó salvajemente la mano armada del ruso que había abierto la puerta, dándole a la vez una patada en la ingle. Mientras el hombre resoplaba de dolor, le quitó la pistola y lo empujó hacia adentro. Sabía que había otros dentro, que le estarían esperando ahora, y comprendió que su vida y la de sus compañeros dependía exclusivamente de su rapidez de movimientos. Empujó al ruso por el pasillo, apuntándole la pistola a la cara. El agente de la KGB se tambaleaba hacia adelante en silencio hasta que llegaron a la puerta abierta de la oficina. Ron lo empujó violentamente hacia dentro, poniéndose él detrás, y cruzó el umbral, apuntando al grupo de hombres que estaban en el centro de la habitación.

—¡No se muevan! Un solo movimiento y... —gritó en ruso.

Pero sus palabras se ahogaron en su garganta cuando vio los cuerpos de sus amigos muertos en el suelo. Fue entonces cuando vio un rostro que le hizo gritar de rabia:

—¡Karpin!

Eso fue todo lo que pudo decir. Desde detrás de la mesa le dispararon dos tiros. Una bala le hirió en el hombro derecho, y su cuerpo se estremeció de

dolor. Automáticamente, vació el cargador de su pistola sobre la gente que tenía en frente, se echó hacia atrás, cerró la puerta con violencia y salió corriendo hacia las escaleras, todavía blandiendo su revólver vacío. Oyó arriba el ruido de gente corriendo. Lo empezaban a perseguir. No tuvo tiempo de reducir su frenético descenso, cuando vio diversas figuras borrosas que se asomaban a la puerta del edificio. La pistola que llevaba en la mano debió haberle salvado, porque la gente se apartó rápidamente. Respirando con dificultad, buscando desesperadamente aire, salió disparado por la rué de Grenelle, y entró como una exhalación en el café. Oía detrás de él fuertes gritos, y un disparo aislado resonó en sus oídos. Corrió como un loco entre los escasos clientes de Chez Basile, derribando a un aterrorizado camarero que llevaba una bandeja llena de vasos, y salió por la puerta de la rué Saint-Guillaume. Ahora tiraban desde todas partes, pero no tenían precisión por la oscuridad reinante. En treinta segundos escasos se darían cuenta de que había atravesado el café hacia la otra calle, pero eso era todo lo que necesitaba Dori para hacerlo entrar en el «Renault» y disparar su coche a toda velocidad hacia el cercano bulevar Saint-Germain, a unos doscientos metros de allí. Los rusos también tenían sus coches esperando, con los motores en marcha y gente al volante, pero estaban aparcados bastante más abajo en la rué de Grenelle, de un solo sentido. Hasta que hicieran la maniobra marcha atrás y salieran a la rué Saint-Guillaume, el coche de Dori y Ron se habría alejado definitivamente.

—Derecho al aeropuerto —susurró Ron mientras Dori conducía con pericia el coche entre el congestionado tráfico del bulevar Raspail, para salir a la plaza Denfert-Rochereau—. Todo el tiempo que pasemos en París, es tiempo perdido.

Le explicó con pocas palabras a Dori lo que había sucedido en la oficina. Dori escuchó con atención, mientras se dibujaba un gesto de furia en su rostro.

—¿Qué quieres que hagamos ahora? —le preguntó. Ron gimió de dolor.

—Al aeropuerto de Orly. Dejaremos allí el coche. Nos desembarazaremos de las pistolas. Y subiremos al primer avión que salga de este país, no importa adonde —miró la cada vez más amplia mancha de sangre de su chaqueta—. Me pondré tu abrigo de cuero, así no se notará la sangre. Sobreviviré. Dori echó un vistazo preocupado a su chaqueta.

—Quizá deberíamos parar para vendarte la herida.

—Ahora no —replicó, obstinado, Ron—. Si tenemos tiempo, quizás en los lavabos del aeropuerto. ¿Tienes todavía esas tabletas de morfina?

—Sí.

—Muy bien. Así podré dormir durante el vuelo. Antes de que subamos al avión, envíale un telegrama a Peled. Con nuestra clave especial. Una simple frase: «Karpin ha matado a Heller y a Brandt, después de hacerles hablar, suponemos».

—¿Cómo sabes que les ha hecho hablar, y cómo sabes que era Karpin? —le preguntó Dori sin dejar de mirar la carretera. Estaba ahora en la autopista Sur, y apretaba al máximo el acelerador.

—A Karpin lo conozco. Una de sus primeras misiones, cuando empezó a trabajar para el Octavo Departamento, fue en Israel. Fue destinado a la Embajada rusa como agregado agrícola. Lo estuve siguiendo durante meses, ¿no lo sabías? Descubrí que era el jefe directo de Beer, y testifiqué contra él en juicio. Fue expulsado de Israel por mis pruebas. Reconocería su cara entre un millón. —Ron apretó los dientes de dolor—. Y conozco su carácter sanguinario. No hubiera asesinado a Heller y a Brandt si no hubieran hablado. Es demasiado inteligente para eso.

—Quizá no deberíamos habernos marchado —aventuró Dori—. Podríamos haber intentado cogerlos, y evitar que comuniquen las informaciones que habían obtenido.

—Debes estar loco —le interrumpió Ron—. Yo no podría hacer nada con mi hombro herido. Tú estarías solo. Y ellos tenían gente por todos lados. ¿Qué te crees, que te hubieran estado esperando para que los mataras uno a uno?

Dori no dijo nada.

Echaron sus pistolas por las ventanillas del coche a un campo cercano, abandonaron el Renault en el aparcamiento de Orly, y consiguieron subir a bordo de un avión que se dirigía a Ginebra.

Esa misma noche, un coche patrulla de la Gendarmerie Nationale informó que se había producido un accidente en las cercanías de Fontainebleau. Un «Simca 1100» había derrapado aparentemente en la carretera mojada al tomar una curva, saltó el guardarraíl y se precipitó por la pendiente. El tanque de gasolina había explotado, y el coche se incendió inmediatamente. Cuando llegó la brigada de rescate, ya no había nada que rescatar. Sólo quedaban los esqueletos calcinados de los dos hombres atrapados dentro del coche. Nadie hubiera podido reconocerlos como el profesor Joseph Heller y el agente de la Mossad Dan Brandt. El coche había sido robado esa misma noche cerca de la Porte d'Orléans, en París. La Policía no relacionó el accidente con el misterioso tiroteo de la tarde en la rué de Grenelle. El caso quedó sin resolver,

y los detectives del Quai des Orfèvres lo atribuyeron a un ajuste de cuentas entre los bajos fondos.

Esa misma noche, dos telegramas, con un intervalo de media hora entre uno y otro, fueron despachados desde París. Ambos tenían el texto en clave y se enviaron a direcciones encubiertas. Uno le llegó a Lev Ivanovich Yulin. El segundo a Jeremiah Peled.

En Jerusalén, el primer ministro de Israel recibió una llamada urgente en su despacho, en el edificio del Parlamento, en medio de un debate sobre la inmigración procedente de la Unión Soviética. Un demacrado y pálido Jeremiah Peled la estaba esperando. Le explicó lo que había sucedido en París. El primer ministro se cubrió el rostro con las manos.

—Es terrible —murmuró—. Dos hombres asesinados.

—Y eso no es todo —dijo el Viejo, abatido—. Antes de asesinarlos, les hicieron hablar, lo que significa que la vida de Blagonravov no vale diez centavos. Y una vez que detengan a Blagonravov, tienen también atrapado a Joe Gonen. Lo matarán. A mi mejor hombre. El primer ministro se quedó inmóvil largo rato.

—Quiere usted decir que toda la operación ha sido un fracaso —dijo finalmente, mirando con gravedad al jefe de la Mossad.

—Asumo toda la responsabilidad —dijo Peled despacio.

Quinta Parte

La matanza

4 de octubre, por la mañana - 5 de octubre de 1973, al amanecer

Gonen se despertó al oír el ruido de rápidos pasos que bajaban por la escalera de piedra y se acercaban a su celda por el estrecho pasillo. Miró su reloj: eran las seis de la mañana. Pero lo supo sólo porque conservaba el sentido del tiempo. Ninguna luz del día penetraba en su celda subterránea; tenía una lámpara eléctrica sobre su cabeza encendida día y noche. Los pasos se detuvieron frente a su puerta. Oyó algunas frases apagadas en ruso: después, una llave dio la vuelta a la oxidada cerradura. La pesada puerta de hierro giró sobre sus goznes. Un hombre apareció en el umbral: alto, de cabellos grises, vestido con un traje azul de verano. Su rígida postura descubría a un militar, pero Gonen no necesitó adivinar de quién se trataba. Conocía perfectamente esa cara, cada línea, cada centímetro de sus aristocráticas facciones. Había pasado horas enteras estudiando la fotografía de ese hombre y había dedicado largos y terribles esfuerzos para poder llegar a este preciso momento: el de verse frente a él cara a cara.

El hombre volvió la cabeza y le dijo algunas palabras en ruso al guardián. Éste, mirando hacia el interior de la celda por encima de sus hombros, se retiró lentamente. El visitante entró y cerró la puerta tras de sí. Gonen se incorporó, con grandes esfuerzos.

Durante algunos segundos, él y Blagonravov se miraron uno a otro, en silencio. Gonen estaba exultante de alegría. ¡Lo había conseguido! ¡Blagonravov estaba aquí, solo, en su celda! Había sido un largo y duro camino, desde aquella noche en Marsa.

Súbitamente, se dio cuenta de que su visitante estaba asustado.

Su rostro estaba pálido, y sus ojos nerviosos no paraban de recorrer la celda en todos sentidos. Finalmente, habló: —¿Qué es lo que quiere? —le dijo en inglés.

Gonen entró directamente en materia.

—Usted conoce el significado de la frase «Cosaco del Don». Usted sabe que yo deslicé ese nombre clave en mi declaración, para hacerle venir a usted aquí. Ahora escuche: mi país posee un documento que puede llevarle a usted

directamente a la horca. Es una lista de nombres de antiguos espías alemanes en Moscú. La lista fue redactada por un hombre a quien quizás usted conoció. Su nombre era Heinrich Roehm. Durante la guerra fue su oficial de enlace. Nosotros tenemos en nuestro poder el original de la lista de Roehm. Su nombre y su denominación en clave están allí. Podemos hacer que sea usted condenado a muerte.

Blagonravov había conseguido dominar su pánico. Sólo su voz era temblorosa.

—¿Qué es lo que quiere? —volvió a repetir.

—Se me ha enviado para llegar a un acuerdo con usted —contestó Gonen—. Yo puedo prometerle que nunca más se volverá a hablar del Cosaco del Don. A cambio, tendrá usted que contarme, ahora, todos los detalles del proyectado ataque contra Israel: las fechas, los planes de operaciones, las unidades y la estrategia que se empleará. Quiero también detalles completos sobre sus instalaciones de misiles a través de Egipto, y quiero conocer cuáles son los objetivos de sus IRBM. Creo que sus misiles están ya en Egipto y, según nuestros cálculos, son ya operacionales. Y otra cosa más: quiero que usted me saque de aquí. Encuentre una excusa: para interrogarme en otro sitio, para someterme a careos, organice mi huida de la forma que quiera.

Las armoniosas facciones de Blagonravov estaban distorsionadas por el odio.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no van ustedes a seguir chantajeándome continuamente?

Gonen sonrió fríamente.

—No puede estar seguro. Pero me parece que no tiene mucho donde elegir, ¿no es cierto?

Los hombros del general se abatieron.

—No —dijo lentamente—. No tengo posibilidades de elección.

Empezó a hablar rápidamente, como si quisiera dar por terminada su vergonzosa traición lo antes posible.

—Siria y Egipto han estado planeando atacarles de forma simultánea, con objeto de recuperar los territorios perdidos durante la guerra de los Seis Días. Siria atacará en el Golán, y Egipto piensa cruzar el Canal de Suez. Jordania se ha negado a unirse a la coalición. Las ofensivas de Egipto y Siria estarán sincronizadas. Nuestros expertos militares llevan tres años instruyendo al Ejército egipcio sobre el paso de una vía de agua. El modelo utilizado para el adiestramiento es el famoso paso del Dniéper, que constituye un tema clásico de nuestras academias militares. Yo no puedo decirle cuáles son los

propósitos últimos de los egipcios y los sirios. Ellos confían fundamentalmente en el efecto sorpresa. Están convencidos de que su única posibilidad de conseguir un éxito sustancioso depende de que puedan sorprender desprevenido al Ejército israelí. Desde hace más de un año están llevando a cabo un amplio plan para engañarles a ustedes, preparado en estrecha colaboración con nosotros. Su objetivo es el de confiar a Israel en una falsa ilusión de seguridad, y hacer circular entre sus líderes militares y civiles la convicción de que los árabes no están preparados para la guerra, y que no se atreverán a atacar durante bastantes años.

Gonen le interrumpió:

—¿La salida de sus expertos de Egipto era una parte del plan?

—Sí. Hasta ahora, el plan se ha ido llevando a nuestra entera satisfacción.

—¿Cuál es el interés de ustedes en el proyecto?

—A pequeña escala, mi país desea obtener una influencia decisiva en Egipto. Pero nuestro objetivo principal es el de asestar a Occidente un golpe definitivo.

—¿De qué modo?

Blagonravov reflexionó antes de contestar.

—En realidad, todo el plan sirio-egipcio ha estado dirigido por nosotros. Debe provocar la iniciación de una serie de acontecimientos cuidadosamente planeados por nosotros. Sabemos que Occidente depende en gran medida del petróleo de Oriente Medio. Decidimos, por tanto, presionar sobre Occidente cortando totalmente el suministro de petróleo a Europa y Norteamérica. Para conseguir esto, tenemos que lanzar una amenaza militar sobre los países árabes productores de petróleo, forzándoles a cortar inmediatamente el suministro a Occidente.

—No necesitan a Egipto para eso —replicó Gonen.

—Sí, claro que sí —dijo Blagonravov acalorado—. Por supuesto que nosotros tenemos un enorme arsenal de misiles balísticos intercontinentales, que podríamos apuntar hacia cualquier objetivo en Oriente Medio. Pero una amenaza soviética directa daría lugar a la inmediata represalia de los norteamericanos, con lo que podríamos vernos abocados a una guerra atómica. En ningún caso podíamos tomar en consideración dicha posibilidad. Para que nuestro plan tuviera éxito, debía tratarse de una amenaza indirecta, apoyada por nosotros, pero efectuada por otro país. Así que hemos organizado en Egipto un movimiento secreto prosoviético. Es un grupo muy poderoso, encabezado por el propio jefe del Estado Mayor, el general Salem.

»La guerra contra Israel creará una nueva realidad en Oriente Medio y en el mundo. Inmediatamente después de terminada la guerra —y nosotros creemos que terminará seguramente con una victoria—, el general Salem se hará con el poder en Egipto. En ese momento tendrá el prestigio de un héroe nacional, y no tendrá ningún tipo de problemas para derribar a Anuar el Sadat. Poco después del golpe de estado, dirigirá un ultimátum a los países árabes productores de petróleo para que cesen los envíos a Occidente, amenazándoles con destruir sus ciudades y sus campos petrolíferos. El ultimátum se presentará como una represalia por la ayuda prestada a Israel por los imperialistas occidentales. Salem revelará entonces que tiene una serie de bases de misiles en todo su territorio apuntando a los principales países productores de petróleo. Quedará claro que tales misiles han sido suministrados por la Unión Soviética, pero que están ahora en poder de los egipcios.

—¿Usted cree que dará resultado?

—Tiene que darlo. La Unión Soviética estará implicada, pero no hasta el punto de justificar un ataque nuclear de EE. UU. Por otro lado, nuestro compromiso para proteger al nuevo régimen egipcio, impedirá que Occidente intervenga militarmente en dicho país. Bajo la amenaza egipcia, Occidente no recibirá nunca más una sola gota de petróleo árabe. Occidente tendrá que capitular y negociar con nosotros, lo que significa que tendrá que aceptar nuestras condiciones políticas y militares antes de que se reanude el suministro de petróleo.

—¿Qué me dice de los misiles? ¿Son ya operacionales?

Blagonravov dudó.

—Sí —dijo finalmente—. Los hemos tenido camuflados en Egipto desde hace bastante tiempo. El Gobierno egipcio no sabe que hemos instalado los misiles en nuestras bases aéreas. Hemos conseguido traer las armas a Egipto con ayuda de Salem y un pequeño grupo de sus amigos. Hace dos años, cuando ustedes capturaron nuestra estación de seguimiento de Marsa, casi echaron abajo todo el proyecto.

Gonen cerró los puños, para que no se notara que los dedos le estaban temblando. Confiaba en que Blagonravov no se diera cuenta de lo aterrorizado que se encontraba. Por primera vez, un ruso le revelaba los detalles de ese maquiavélico plan que ellos habían empezado a vislumbrar dos años atrás. Era un plan sin fallos, que tenía todas las posibilidades de éxito a no ser que fuera aplastado antes de iniciarse. Era evidente que Israel se

enfrentaba con el peligro de una total exterminación, y que Occidente se veía amenazado por una lenta estrangulación.

El general lo observaba atentamente. Gonen se sobrepuso a sus terribles pensamientos.

—Hábleme ahora de su sistema de misiles en Egipto —le dijo, animado—. Cuántos misiles, de qué tipo y dónde se encuentran.

Blagonravov bajó el tono de su voz hasta un murmullo apenas audible. Sus frases eran lacónicas y compactas, como un telegrama de instrucciones operativas.

—Proyecto Aurora. Treinta y seis misiles. Veinte SS-4, Sandal, construidos en 1959. Dieciséis SS-14, Scapegoat, construidos en 1971. Todos ellos en plataformas móviles. Alcance: 1800 kilómetros. Cabezas atómicas. Los misiles van montados en remolques que sirven de plataformas de lanzamiento, ocultas en hangares. Cinco misiles en Kabrit. Doce misiles en Assuan. Seis misiles en Matruh. Trece misiles en Luxor. Las estaciones de control y seguimiento en Ras Bañas y en Sidón Barraní.

—Ahora los nombres del grupo de Salem —pidió Gonen.

Blagonravov soltó una larga lista de nombres: generales, diplomáticos, dos ministros. Gonen escuchaba atentamente, grabando en su memoria los detalles, los nombres de las personas, los puntos geográficos.

Entonces hizo su última pregunta, la más crucial.

—¿Cuándo será el día D? ¿Cuándo empezará todo?

—Empezará dentro de dos días, coronel Gonen —dijo una voz irónica procedente de la puerta—. Pero desgraciadamente usted no estará vivo para contárselo a nadie.

Gonen y Blagonravov se dieron la vuelta, consternados. Absortos en su conversación, no habían oído que la puerta se abría.

Allí, en medio de varios rusos apuntando con sus pistolas, estaba el general Yulin.

El pequeño director del Octavo Departamento entró despacio en la celda. En su mano derecha mantenía todavía el papel arrugado de un telegrama. Miró a Blagonravov con desprecio. El aristócrata miró hacia otro lado.

—Acabamos de recibir las noticias sobre su traición, general Blagonravov —el tono de su voz era punzante—. Pero las hemos recibido a tiempo. Hace diez minutos que desciframos este telegrama de París. Sabe lo que significa, ¿no? Queda usted arrestado por alta traición, hace treinta años y ahora. Será usted trasladado a Moscú, sometido a juicio, y probablemente ejecutado.

Hizo una seña a dos de sus hombres, que se llevaron a Blagonravov. Desconcertado, Blagonravov no puso objeción alguna y salió obedientemente. Yulin esperó hasta que se dejaron de oír los pasos, volviéndose entonces hacia Gonen.

—Y usted, coronel, casi ha conseguido engañarnos a todos, especialmente la segunda vez. ¿Quiere usted aceptar las felicitaciones de un profesional? ¿Quién planeó todo, el viejo Jeremiah Peled?

Gonen no contestó. Estaba todavía en un estado de conmoción. En sólo escasos segundos había pasado de las alturas de un magnífico triunfo a las profundidades de la desesperación.

—De todas formas, era el plan de un genio —prosiguió Yulin—. Sólo cuando recibí el telegrama sobre Blagonravov y me di cuenta de por qué había usted sucumbido tan fácilmente y empezado a hablar, entonces comprendí qué es lo que se tramaba. ¡Qué insolencia, coronel! ¡Utilizarme a mí como mensajero!

Contándome esa historia sobre un informe firmado por Blagonravov, consiguió que lo hiciera venir aquí. Siempre pensé que era yo quien lo estaba utilizando a usted, ¡y en realidad era al revés!

Yulin hizo una pausa y miró pensativamente a Gonen.

—¿Cómo consiguió alertarle? —le preguntó—, ¿con su nombre clave?

Gonen confirmó con la cabeza.

—¿Era el de Joven Komsomol? ¿Cosaco del Don?

—Cosaco del Don —dijo Gonen.

Yulin empezó a dar vueltas en torno a Gonen, hablando más bien consigo mismo que con él, ordenando todas las piezas de la operación israelí, reconstruyendo el proyecto del Viejo.

—¡Vaya plan! —dijo entre dientes—. Primero, se echó en nuestros brazos. Después, su gente nos hizo descubrir deliberadamente que todo era un truco, y usted nos proporcionó la segunda historia falsa, sobre esa «filtración en las Fuerzas Aéreas». Esta famosa filtración era para dar credibilidad a toda la primera parte, una vez descubierta por nosotros. Todo muy inteligente, coronel. Su única misión era la de establecer contacto con Blagonravov. Y así lo hizo, mientras nosotros andábamos detrás de pistas falsas.

Yulin dejó de dar vueltas y se enfrentó con la mirada apagada de su prisionero.

—¡Qué lástima que no pueda usted vivir para hacer llegar mis felicitaciones a Jeremiah Peled! Me parece que nació en Rusia, ¿verdad? —se rió entre dientes—. Bueno, eso al menos justifica toda su astucia.

Súbitamente su voz se convirtió en un siseo lleno de odio.

—Me gustaría matarle con mis propias manos. ¿Me oye? ¡Ahora mismo! Pero no puedo. Desgraciadamente, me parece que necesitaremos de su colaboración durante los próximos días. El ataque árabe está previsto para pasado mañana a mediodía. Es su Día de la Expiación ¿no? Quizá podamos hacerles expiar todo lo que nos hicieron. Será usted una valiosa ayuda para nuestros amigos árabes, con todos los secretos militares que conoce. Aunque sólo sea por una vez, usted hablará y dirá la verdad. ¡Ya me encargaré de eso!

Yulin dejó a su prisionero en manos de sus subordinados.

—Le ruego me perdone —dijo cáusticamente—, pero tenemos que abandonar este lugar. Está empezando a hacer demasiado calor aquí.

Media hora después, varios automóviles abandonaron simultáneamente el chalet y tomaron distintas direcciones. En uno de ellos, el general Blagonravov fue conducido a una pista de aterrizaje privada, donde esperaba un avión ligero. El general no ofreció resistencia y subió a bordo con sus dos guardias. Yulin se dirigió al aeropuerto de Niza, donde, con dos de sus hombres, subió a bordo de un avión de la Air France con destino a París y enlace hacia Moscú.

Gonen fue conducido a través del jardín hasta el pequeño muelle de la playa privada que había frente a la residencia. Una motora lo llevó hasta un barco pesquero polaco que estaba anclado un poco más allá. Sus guardianes rusos, blandieron sus pistolas, le hicieron bajar a cubierta y lo encerraron en un compartimento, medio lleno de redes de pesca estropeadas.

Mientras tanto, los restantes agentes de la KGB, unos doce, estaban cargando apresuradamente el barco con embalajes de equipos electrónicos y documentos que habían sacado del chalet. Dos horas más tarde, los hombres y las cosas estaban seguras a bordo.

Una vez solo en la oscuridad de su nueva celda, Gonen cayó presa de un ataque de nervios. Lágrimas de rabia y desesperación inundaban sus ojos, y se puso a golpear furiosamente sus puños contra las paredes, hasta que brotó la sangre de sus nudillos. Toda su fortaleza y todo su control habían desaparecido. Acababa de oír pronunciar la sentencia de muerte para su país, y él no podía hacer nada para salvarlo. En dos días, Israel dejaría de existir.

Al caer la noche, largos convoyes de camiones, orugas, tanques, *jeeps* y otros vehículos de combate empezaron a trasladarse desde las bases del ejército egipcio cerca de El Cairo, hacia posiciones a lo largo del Canal de Suez. Las divisiones acorazadas del Segundo ejército se concentraron en la parte norte del canal. Las unidades del Tercer ejército se dirigieron hacia el

sur y se desplegaron entre los Lagos Amargos y la ciudad de Suez. Las unidades auxiliares estuvieron trabajando durante toda la noche para camuflar las grandes masas acorazadas a escasos cientos de metros de las líneas de defensa israelíes, al otro lado de la vía de agua. Las unidades de ingenieros empezaron a montar las partes móviles de los pontones rusos, necesarios para cruzar. Unidades especiales de la Marina comprobaron por última vez las grandes cantidades de motoras, lanchas, balsas, lanchas de desembarco y vehículos anfibios, concentrados en unas cincuenta zonas de cruce a lo largo de las cien millas del Canal. Mil ochocientas piezas de artillería apuntaron hacia los fuertes y posiciones israelíes. Varias brigadas de comandos de élite iban camino de las bases aéreas militares, donde más de cien helicópteros M-13 estaban listos para despegar hacia el Sinaí a la hora H. Mensajeros del Comando Supremo circulaban entre las unidades avanzadas, distribuyendo entre los oficiales de mayor graduación unos sobres sellados con la indicación: operación badr — máximo secreto. Una primera oleada de cuarenta mil soldados estaba lista para cruzar el canal en cuanto se diera la orden. En el lado israelí, en las fortificaciones a lo largo de la línea Bar-Lev, escasamente cuatrocientos soldados, la mayoría de ellos reservistas, se estaban preparando para un aburrido y tranquilo Día de la Expiación, lejos de sus hogares. En el extremo norte, unos ochenta tanques israelíes estaban desplegados a lo largo de la línea de alto el fuego de las Alturas del Golán. Frente a ellos, mil quinientos tanques sirios estaban listos para lanzarse adelante en menos de cuarenta y ocho horas.

Israel no sospechaba el peligro mortal que le amenazaba en esos agradables y soleados días de octubre. Ese mismo día, el 4 de octubre, miles de soldados recibieron permiso para pasar el Yom Kippur con sus familias. Las líneas del frente, los puestos de combate, los centros de comunicación estaban casi vacíos, con las dotaciones mínimas. Confiados, convencidos de su enorme superioridad, los líderes israelíes no podían creer que los árabes pudieran arriesgarse a una guerra. Habría equivalido a un suicidio, decían los expertos.

Jeremiah Peled llegó muy tarde a su casa esa noche. Había pasado la mayor parte del día en su despacho, tratando de buscar una forma de salvar la vida de Gonen. Sabía que Gonen estaba viviendo de prestado, porque ahora que los rusos habían descubierto que Blagonravov había sido un traidor, conocían la razón de que Gonen se hubiera echado en brazos de la KGB. Había estado incluso estudiando la posibilidad de un ataque por una unidad especial al chalet de Cavalaire, pero a mediodía sus hombres le informaron

que los rusos habían abandonado apresuradamente el lugar. A últimas horas de la tarde, se había dirigido al aeropuerto para recibir a David Ron y a Raphael Dori, los miembros supervivientes del equipo Minerva. Les estuvo interrogando a fondo, y acompañó a Ron en la ambulancia que le llevó al hospital. No lo abandonó hasta que lo llevaron a la mesa de operaciones.

Su casa estaba tranquila y en silencio, pero Peled tenía los nervios a flor de piel. Sabía que en ese mismo momento Gonen podría estar siendo torturado, agonizando, o ya muerto. A nadie se lo hubiera confesado, pero tenía un afecto profundo por Joe, que a veces le recordaba a su hijo fallecido. O era simplemente un impulso sentimental, y hubiera deseado que su hijo fuera igual que Joe, en caso de que viviese. Peled suspiró. Era un hombre solitario, temido, respetado y admirado, sin verdaderos amigos, viviendo en las sombras, desde las que tenía que enviar a sus hombres a matar y a ser asesinados.

Haciendo grandes esfuerzos, trató de sobreponerse a la situación. Se encaminó a la cocina y se hizo un café turco muy cargado, que se llevó a su estudio. Se encerró con llave dentro, para evitar que viniera a molestarle la anciana criada que se ocupaba de él desde que murió su mujer. Apagó todas las luces salvo la potente lámpara de su mesa de despacho. Colocó la voluminosa carpeta de la operación Minerva frente a sí. Empezó a leerla desde el principio, página por página, línea a línea, tomando notas en un bloc. Había varios documentos que leyó dos y hasta tres veces. Estudió la lista de Roehm, los detalles sobre Minerva, las descripciones fragmentarias de las operaciones soviéticas contra el equipo Minerva en Europa, y las notas que había tomado a primera hora de la noche, cuando interrogaba a Ron y a Dori. Eran las tres de la madrugada cuando marcó un número telefónico e hizo una pregunta. La respuesta le dejó desconcertado. Durante largo rato se quedó mirando por la ventana abierta, mientras la noche iba poco a poco desvaneciéndose y la primera línea gris que aparecía al este anunciaba el nacimiento de un nuevo día. Entonces, súbitamente, sus ojos se iluminaron. Tomó el teléfono y dio una serie de órdenes cortantes. A las objeciones y exclamaciones al otro lado de la línea, replicaba con impaciencia:

—¡No me repliques! ¡Haz lo que te digo!

A las seis de la mañana, despegó en el primer avión hacia Europa. Poco después del mediodía aterrizaba en Helsinki.

5 de octubre de 1973, a mediodía

El parque Sibelius de Helsinki estaba desierto. El terrible frío y la lluvia helada que caía de unas nubes bajas y grises habían desbandado a sus habituales visitantes. Los últimos en escapar de la lluvia y el frío eran un gigante de barba rubia, que llevaba una pequeña gorra blanca, zapatos de tenis y chándal azul de entrenamiento, y una viejecita vestida de negro que paseaba su perro de raza ártica, blanco como la nieve. Una deprimente atmósfera de desolación se apoderó del abandonado parque. El viento del norte del mes de octubre aullaba entre las copas de los árboles, doblando las ramas jóvenes y haciendo volar las hojas secas, rojas y amarillas, de los abedules. Rocas de granito de aguzados bordes sobresalían entre los verdes prados de suaves ondulaciones. En el centro del parque, sobre una elevada masa de roca oscura, estaba suspendida una extraña estructura futurista: un conjunto de tubos grises de acero inoxidable, desiguales en longitud y diámetro, algunos de ellos con agujeros redondos, y otros con profundos cortes que parecían heridas incruentas. Esta estructura ciertamente atemorizante era como un enorme órgano construido para que lo tocara un gigante mitológico o los elementos desatados de la naturaleza. Nada, sin embargo, podía simbolizar mejor el genio del compositor finlandés Jan Sibelius, cuya máscara mortuoria, reproducida en acero e incrustada en la roca, contemplaba gravemente este enorme monumento construido a su memoria.

Desde direcciones opuestas, dos hombres aparecieron caminando hacia el órgano de acero. Uno venía de la carretera cercana, donde había dejado aparcado su Volvo negro. El otro, de una pequeña y húmeda caleta que abrigaba un pequeño desembarcadero donde estaban atadas varias motoras cubiertas de lona.

Subieron las escaleras labradas en la roca, a ambos lados del monumento. Ambos eran de baja estatura, ya no jóvenes. Se parecían bastante. Los mismos ojos gris-azulados de mirada penetrante, facciones delicadas, labios finos apretados; la misma expresión vigilante e impenetrable. Dos hombres que eran enemigos mortales.

Se detuvieron y se miraron frente a frente, bajo el órgano de acero. La fuerte lluvia golpeaba sobre los enormes tubos, y los aullidos del viento otoñal producían unas vibraciones fantasmales a su alrededor.

Yulin fue el primero en hablar.

—Estaba usted seguro de que vendría, ¿verdad? —le dijo en inglés.

—Sí —respondió despacio el Viejo.

—¿Por qué?

—Porque usted quería saber si yo lo sé —contestó Peled en ruso—. Sí que lo sé. Minerva 6N. Así le llamaban a usted durante la guerra, ¿no?

Yulin no se inmutó ni dijo una palabra. Sólo los nudillos de sus pequeñas manos, que sujetaban sus guantes, se volvieron blancos por la presión.

—Ayer noche estuve leyendo todos los detalles sobre Minerva —dijo el Viejo con suavidad, como si estuviera conversando apaciblemente—. Su carrera cuando era joven. GPU, después NKVD. Después, durante la guerra, proporcionó informaciones de carácter interno sobre los líderes soviéticos. Eso quería decir que tenía que ser alguien dentro del círculo interno de los servicios secretos, con posibilidades de entrar y salir a voluntad del Kremlin. También envió informes sobre las actividades secretas contra los alemanes en Ucrania. Nunca pidió dinero, así que espiaba por razones políticas. Por consiguiente, tenía que ser un hombre que amase a su patria, pero que odiase su régimen. Podía ser un nacionalista ucraniano, que quisiera utilizar a los alemanes para obtener la independencia de su tierra natal... Y entonces, de modo repentino, tuve una sensación de *déjà vu*. Como ve, tenemos un completo historial sobre usted, general. ¿Quiere que se lo lea? ¿Quiere que le diga cuántos años estuvo usted en la GPU y en la NKVD? ¿Que le recuerde que durante la guerra estuvo usted destinado en el Kremlin? ¿Que nació usted en Kharkov, en Ucrania? ¿Que ganó sus medallas por aquellas osadas operaciones de inteligencia y sabotaje, que tan bien dirigió con sus partisanos rojos ucranianos, tras las líneas enemigas? Pero supongo que entonces no tenía nada que temer: sus amigos alemanes tomaron todas las precauciones para conservarle con vida.

Peled levantó su mirada por un instante. Las gruesas gotas de lluvia caían sobre el órgano de Sibelius, y pequeños chorros de agua iban gradualmente empapando a los dos hombres hasta los huesos.

—Es una lástima —añadió el Viejo—, que el informe completo de mis agentes supervivientes no llegara hasta ayer noche, después de que usted capturó y asesinó a sus dos compañeros.

Yulin le miró con ojos inexpresivos, impasible.

Peled prosiguió.

—Y sin embargo, lo que realmente levantó mis sospechas fue su extremado celo. En verdad, el asunto Roehm, la búsqueda de la lista, la caza y asesinato de mis agentes, todo eso no era de su competencia. Conocemos el *modus operandi* de la KGB. Todas esas operaciones debe llevarlas a cabo el departamento de Europa Occidental, el Departamento de Investigaciones Especiales, o las brigadas de secuestros y asesinatos de la Mokroie Déla. Y, sin embargo, fue usted quien tomó la iniciativa. A todas partes donde íbamos, allí estaba usted. Demasiado celo, camarada Yulin.

Los ojos de Peled examinaron intensamente al pequeño general, atentos al menor cambio de expresión del rostro inteligente y curtido por la intemperie de su enemigo.

—Cometió usted un error, Yulin. Mató a mis hombres —Peled suspiró—. Ya ve, yo envié a un equipo entero al bloque soviético, para desviar la atención de la KGB. Se movieron por toda Rusia, Polonia, Bulgaria, Berlín Este. Fueron seguidos de cerca, pero nadie les tocó un pelo. Su jefe, Andropov, debió llegar a la conclusión de que la lista de Roehm no tenía tanto valor como para asesinar a agentes extranjeros. Así que dejó que mis hombres se fueran indemnes. Pero usted no. Sus agentes mataron a mis hombres sin piedad, por orden suya. Karpin, su jefe de Operaciones, era el encargado de cometer esos asesinatos. Estaba usted dispuesto a correr todos los riesgos, a secuestrar y a asesinar. Por los nombres. Por la lista secreta de Heinrich Roehm. Entonces lo comprendí: usted estaba asustado, asustado de que alguien pudiera descubrirle.

Durante unos momentos que parecieron una eternidad, los dos maestros de espías se quedaron inmóviles, mirándose uno a otro. Sus ojos libraban una terrible batalla, la batalla de una voluntad contra la otra. El repiqueteo de la lluvia, el chirriar del viento y la sorda tormenta que se desencadenaba allá lejos, en el golfo de Finlandia, eran los únicos sonidos que acompañaban esta confrontación final de dos hombres desesperados.

Uno de ellos habló.

—¿Qué es lo que quiere? —la voz de Yulin sonaba vieja y muy cansada.

—Quiero que vuelva mi hombre —replicó Peled—. Que vuelva con toda la información que pidió, antes de doce horas. Usted sabe lo que tiene que hacer.

Después se dio media vuelta y se dirigió al embarcadero, que ya había empezado a desaparecer entre la niebla. Era la tarde del día 5 de octubre.

Media hora más tarde, el general Yulin conducía lentamente su Volvo alquilado por el centro de Helsinki. Había despedido a sus guardaespaldas y secretarios sin la menor explicación. Se dirigió hacia la Avenida Mannerheim, bien agarrado al volante de su coche, sin desviar su vista de la calle mientras pasaba ante el Museo Nacional y el enorme edificio del Parlamento. Aparcó el coche cuidadosamente al lado de la entrada principal de un edificio de ladrillo amarillo, la Oficina Central de Correos. Entró, después de pasar al lado de la estatua del mariscal Mannerheim, montando su magnífico caballo y con aspecto de estar muy satisfecho de sí mismo.

A la derecha del vestíbulo había una pequeña cabina telefónica. Yulin la eligió porque tenía paredes de cemento, y no de vidrio transparente o plástico que revelaban todo lo que pasaba dentro. Entró en la cabina y puso un pañuelo alrededor del micrófono. Marcó el número 003.

—Policía criminal —le respondió entonces una voz grave en finlandés.

—¿Habla usted inglés? —preguntó Yulin en un tono de voz bajo.

—Un momento, por favor —pocos segundos después, una nueva voz dijo en inglés—: Sí, adelante, por favor.

Yulin habló con rapidez.

—Quiero informar sobre una importante operación de contrabando de heroína, al sur de Francia. Un barco, camuflado como pesquero polaco, ha estado subiendo un cargamento de heroína a bordo, en la Riviera francesa. El nombre del barco es *Ian Chmielnizki*, muy cerca de Cavalaire. La carga se realizó esta noche. El barco se marchará al amanecer. Si ustedes informan a la Interpol inmediatamente, lo capturarán con toda la droga a bordo.

—¿Quién habla, por favor? —la voz del oficial de policía resonó en el auricular.

La comunicación se cortó.

Yulin se dirigió apresuradamente hacia su coche. En menos de un minuto se unió al numeroso tráfico del centro de Helsinki, y tomó la dirección del aeropuerto.

6 de octubre de 1973, 2.00 - 4.35 de la madrugada

A las dos de la madrugada, una patrulla de reconocimiento de la Pólíce Maritime francesa abordó el pesquero *Ian Chmielnizki* a la salida de la bahía de Cavalaire, mientras maniobraba frenéticamente para salir de las aguas territoriales francesas. La sorpresa había sido casi total. Sólo cuando dos rápidas lanchas motoras, con todas sus luces y proyectores encendidos, aparecieron súbitamente por detrás de la punta sur de la península de Saint-Tropez, pudo el marinero de guardia dar la alarma. En cuestión de segundos, el capitán Kolajcyk, un polaco rubio y alto de Gdynia, se presentó en el puente y empezó a gritar órdenes a través de los altavoces. Intentó una huida desesperada: los extraordinariamente potentes motores del *Ian Chmielnizki* empezaron a rugir, levantó su morro y en pocos momentos estaba a toda marcha, dejando tras sí una amplia estela de espuma blanca. Pero no tenía la menor posibilidad. Las ágiles lanchas de la guardia costera francesa estaban diseñadas para apoderarse de cualquier embarcación convencional. Y el *Ian Chmielnizki* no era una excepción. Pronto los dos patrulleros navegaron a los flancos del pesquero, y la carrera había terminado. Un alto oficial francés, el coronel Jean Richet de la Policía, se identificó a través de los altavoces. Ordenó al barco polaco que se detuviese y parara los motores, cosa que hizo obedientemente. Las lanchas maniobraron con pericia y se detuvieron también, con los cascos casi tocando el del *Ian Chmielnizki*. Se amarraron al pesquero, y dos grupos de funcionarios franceses saltaron sobre cubierta. Eran alrededor de veinte hombres: tres detectives de paisano de la División de Narcóticos de la policía marsellesa, tres oficiales de Aduanas y una escuadra de gendarmes armados. El capitán Kolajcyk observó interesado cómo dos hombres-rana con trajes negros de goma se colocaban el equipo de inmersión y se tiraban al agua, para inspeccionar la quilla del barco.

Luego se dio media vuelta y saludó educadamente al coronel Richet, que subió al puente e inmediatamente le mostró las órdenes de registro, debidamente firmadas y selladas.

—Tenemos razones para sospechar —dijo el coronel secamente—, que a bordo de su barco hay un cargamento ilegal de heroína, capitán. Tengo órdenes de efectuar un registro completo.

Kolajcyk se encogió de hombros, impotente. El grupo se dispersó por la cubierta superior y empezó un registro sistemático, que se inició por el puente y siguió por abajo. Los marineros fueron confinados en sus alojamientos, rogándoles por los altavoces que no se movieran de su sitio.

En las bodegas del barco, los guardianes de Gonen efectuaron rápidas consultas. No había posibilidad de que la patrulla no examinara la pequeña cabina en la que estaba encerrado el prisionero. Y no podían permitirse que la policía descubriera a Gonen. Tenían que improvisar algo, y a toda velocidad. Uno de los guardias abrió la puerta de la celda. Echó a los pies de Gonen un paquete de ropas usadas de marinero, apuntándole con su máuser.

—¡Póngase esto, rápido! —ordenó. Gonen obedeció—. ¡Ahora, dese la vuelta!

Cuando Gonen lo hizo, le golpeó con la culata de su arma en la nuca. Gonen se derrumbó, sin sentido, sobre un montón de redes rotas. El ruso se agachó sobre él y le dio la vuelta. Descorchó una botella de vodka barato y vació su contenido sobre la cara y las ropas de Gonen. Le tiró la botella encima, salió de la celda, y dejó la puerta semiabierta. Eso era lo mejor que podía hacer, ante la urgencia del momento. Gonen permanecería inconsciente al menos un par de horas. La policía francesa encontraría a un sucio y borracho marinero, durmiendo en un lugar donde no le molestaran. Su respiración desacompasada, el fuerte olor a vodka de su cara y ropas, y la botella vacía a su lado, engañarían al más perspicaz de los investigadores. Los franceses podían registrar la celda todo lo que quisieran: no encontrarían nada más que viejas redes de pescar. Todo lo que importaba es que Gonen no se despertara. Y si lo hacía, pensó el ruso mientras se dirigía de puntillas a su cabina, ya se ocuparía él de que el prisionero no consiguiera abrir la boca.

Una vez recuperado de la sorpresa inicial, el capitán polaco empezó a calmarse. No había heroína a bordo, y la policía francesa no encontraría nada. En pocas horas el barco estaría navegando otra vez, sin duda.

Pero no había pensado en los pasajeros rusos que subieron al pesquero la mañana anterior. En las pesadas cajas que habían subido a bordo no había, efectivamente, heroína, pero sí montones de documentos, algunos poderosos transmisores de modelo extraño, y gran cantidad de armas e instrumentos que no tenían nada que ver con la navegación y menos aún con la pesca de la sardina. Y cuando un desconfiado gendarme ordenó a uno de los silenciosos

extranjeros que abriera la caja que estaba en su cabina, sucedió lo inevitable. El nervioso agente de la KGB sacó su pistola Tokarev. Su compañero metió la mano bajo su litera y sacó una metralleta Kalachnikov. El estupefacto policía trató de escapar, pero fue derribado por una corta ráfaga de la Kalachnikov antes de que llegara al umbral de la cabina. Un minuto más tarde el tiroteo se generalizó. Los policías franceses, alertados por los disparos, corrieron en ayuda de su compañero. Los rusos, que se dieron cuenta demasiado tarde de que no había salida por detrás, corrieron en busca de sus armas y empezaron a disparar sobre todo francés que se pusiera a tiro. La única esperanza que les quedaba era la de desembarazarse de todos los miembros de la patrulla de reconocimiento y escapar a mar abierto. En una súbita metamorfosis, el barco se convirtió en un campo de batalla. En los pasillos, en las cubiertas, incluso en el puente del capitán, rusos y franceses luchaban entre sí, mientras los miembros de la tripulación polacos corrían en busca de refugio. La única iniciativa que el capitán Kolajcyk tomó en ayuda de los rusos fue la de cortar la energía eléctrica, dejando el barco en completa oscuridad y total confusión.

Una cercana ráfaga de ametralladora despertó a Gonen. Se incorporó dolorido y se frotó el pescuezo. Le dolía terriblemente la cabeza. Sentía como si alguien estuviera martilleándosela a un ritmo constante. Se notó débil y atontado, y el olor del vodka le producía náuseas. Sus ojos se adaptaron poco a poco a la oscuridad. Se acercó a gatas a la puerta. No comprendía lo que estaba pasando, pero cuando alcanzó la puerta de hierro y vio que se abría sólo pensó en una cosa: tenía que salir de allí.

Alguien al fondo del estrecho corredor estaba disparando. Supuso que sería su guardián ruso, que participaba en el tiroteo general. Escogió la dirección opuesta, lejos de las ráfagas y de aquella figura agachada que no cesaba de disparar. Empezó a andar por el pasillo, la cabeza pesada, el cuerpo tambaleante y golpeándose contra las paredes. Se cayó una y otra vez, volvió a levantarse y siguió adelante como un sonámbulo. Sabía que la salvación estaba en subir las oxidadas escaleras de hierro. Laboriosamente siguió su camino, aunque algunas escaleras le llevaban a puertas cerradas que no podía abrir, y tenía que volver atrás. Una y otra vez se encontró en medio de un tiroteo, teniendo que tirarse al suelo o meterse en una cabina para evitar las balas.

No podía saber lo que había tardado en hacer esa infernal ruta. Pero cuando empujó la última escotilla, el aire marino golpeó su cara y pudo ver las estrellas en lo alto, supo que pronto estaría libre. Estaba en la cubierta de

popa, en algún lugar de la parte de atrás del barco. Miró hacia la derecha y pudo ver las luces del patrullero francés. Al fondo, en dirección norte, podía ver una línea de puntos de luz: la costa. Tropezó con un obstáculo y casi se cayó. Detrás de él sonaron unos pasos rápidos. No se detuvo a pensar. Se dio la vuelta y corrió hacia popa, en un último esfuerzo. Podía oír gritos en francés. Alguien empezó a dispararle. Tambaleándose, pasó con dificultad una pierna, después la otra, por encima de la barandilla, y saltó a las aguas oscuras y frías.

A las cuatro de la madrugada, los fuertes golpes en la puerta de entrada despertaron a Gastón Benoit, un anciano provenzal, dueño del único café del pequeño pueblo pesquero de Bellecagne. Necesitó bastante tiempo y una buena dosis de coraje para saltar de la cama, ponerse una vieja bata y dirigirse a la puerta.

—*J'arrive, j'arrive* —gritó, malhumorado.

Su rolliza esposa, Ernestine, le hizo detenerse con gritos asustados.

—¡El rifle, Gastón! ¡Toma el rifle!

La Riviera estaba inundada de gánsters y atracadores. Hace poco se habían producido varios asaltos en la cercana Cavalaire y en Saint-Tropez.

—Tranquilízate —le dijo Gastón a su mujer.

Pero tomó el viejo fusil de caza que colgaba de la pared. Ernestine se unió a él, y se echó en sus brazos, temblando, mientras él manipulaba la cerradura.

Ambos se quedaron desconcertados ante lo que veían. Un hombre estaba de pie en el umbral, apoyado pesadamente en la pared. Parecía completamente exhausto. Tenía la cara llena de magulladuras y el pelo completamente mojado. Con las manos entumecidas, y los ojos enrojecidos, no paraba de temblar. Sus ropas estaban empapadas, y se había formado un charco de agua ante sus pies desnudos.

Su voz parecía casi un susurro, y sus palabras casi no se entendían.

—Necesito utilizar su teléfono, *monsieur* Benoit —le dijo en francés—. Me han dicho sus vecinos que usted tiene el único teléfono de Bellecagne. Tengo que llamar a París. Es cuestión de vida o muerte.

Benoit le miró con desconfianza.

—No sé, me parece que esto parece más bien cosa de la policía —dijo, indeciso. Su mujer, asustada, confirmó con la cabeza.

—Puede usted llevarme a la policía si quiere, pero primero, por favor, déjeme telefonar —imploró el desconocido—. Mire, se lo pagaré —alzó su brazo izquierdo—. ¡Mire!, le regalaré mi reloj para pagarle la llamada. Es un reloj de piloto: es muy caro.

Benoit sintió compasión ante su gesto. Ya no dudó. El hombre estaba en tan malas condiciones que no podría hacer daño a nadie.

—*Bon* —dijo—. Le dejaré telefonar. Dé la vuelta a la esquina, hasta el café. Yo iré por la puerta trasera y le dejaré entrar. El teléfono está allí.

Se volvió hacia su mujer.

—Ernestine, prepara un poco de café. Este hombre se encuentra enfermo.

Pocos minutos después, Gastón y Ernestine miraban desde el viejo mostrador de madera de su pequeño café, cómo el joven desconocido trataba de articular palabras a través del micrófono. Sus cuerdas vocales se resentían con el esfuerzo realizado, y sus palabras sonaban en un extraño y bárbaro idioma. El sorprendido Gastón miró a su mujer y masculló:

—*C'est de l'hébreu pour moi* —como queriendo decir que no entendía una palabra de lo que el otro decía al teléfono.

Pero realmente se trataba de hebreo, y la llamada telefónica de Gonen salvó a Israel.

Epílogo

La guerra

6 de octubre, 5 de la madrugada - 26 de octubre de 1973

Todavía no había amanecido cuando Peled comunicó las asombrosas noticias a la primer ministro. Pocos minutos después, una oleada de llamadas telefónicas inundó Israel, despertando a ministros, generales, oficiales de la reserva, diplomáticos. El ministro de la Defensa, el jefe del Estado Mayor, los comandantes de las Fuerzas Aéreas, las divisiones acorazadas y la infantería se precipitaron a la Sala de Operaciones Bélicas, en el cuartel general. Se convocó una reunión extraordinaria del Gabinete.

Cuando el sol se levantó en un cielo azul sin nubes, Israel estaba lejos de ofrecer su imagen pacífica tradicional de una nación dedicada a la plegaria y la expiación en ese día del Yom Kippur de 1973. El 6 de octubre, Israel era una nación que luchaba desesperadamente por sobrevivir, por parar el golpe inminente. Vehículos militares pasaban a toda velocidad por las calles, recogiendo a los reservistas en sus casas, interrumpiendo sus oraciones en las sinagogas y llevándoselos hacia sus unidades, todavía cubiertos con sus mantones de oración blancos y azules. En las bases aéreas, soldados sudorosos se deslizaban, electrizados, a armar y repostar los escuadrones de combate de Phantoms, Mirages, Super Mystères y Skyhawks. Convoyes de tanques, orugas, pesados cañones automotores, camiones cargados de municiones, se trasladaban desde sus bases en el centro del país hacia el Golán y el Sinaí.

Israel no tenía tiempo suficiente para movilizar a todos sus reservistas. A la 1.50 del mediodía, en un primer ataque devastador, hordas de soldados egipcios y sirios atacaron. En el norte, más de mil tanques bajaron por las Alturas del Golán, aplastando la resistencia israelí. En el sur, masas de soldados y tanques cruzaron el Canal de Suez y avanzaron hacia el este.

Pero la sorpresa total, que hubiera sido fatal para Israel, pudo ser evitada. Cuando los sirios y los egipcios avanzaron, el ejército israelí estaba preparado. La Aviación estaba en el aire; unidades de refresco confluían hacia los frentes. Cientos de miles de reservistas fueron enviados apresuradamente hacia los campos de batalla. Después de las derrotas de los primeros días, los israelíes detuvieron la ofensiva árabe. Cinco días después habían rechazado la invasión siria, penetrando profundamente en territorio sirio, y se detuvieron con Damasco al alcance de sus cañones. En el sur, los paracaidistas del general Sharon cruzaron el canal de Suez y abrieron el camino para las divisiones acorazadas, que avanzaron profundamente en territorio egipcio. El Tercer ejército egipcio quedó encerrado en la orilla este del Canal. Unidades israelíes llegaron hasta la autopista Suez-Cairo, a sólo cien kilómetros de El Cairo. Los presidentes de Siria y Egipto se pusieron en contacto con las grandes potencias y pidieron un alto el fuego. El 23 de octubre la guerra había terminado.

Durante la guerra de octubre, la cooperación USA-Israel alcanzó su máxima cota. Un enorme puente aéreo de gigantescos aviones Galaxy de la U. S. A. F. suministró a Israel las tan necesarias armas y municiones. Pero la verdadera, exactamente coordinada operación estadounidense-israelí se llevó a cabo con absoluto secreto. El quinto día de la guerra, bajo el disfraz de un ataque aéreo general sobre las bases aéreas egipcias, una fuerza especial de cazabombarderos Phantom irrumpió sobre los campos de aterrizaje de Kabrit, Matruh, Assuan y Luxor. Con exactitud terrible, los pilotos israelíes destruyeron los hangares en que se almacenaban los poderosos misiles «Sandal» y «Scapegoat». Al mismo tiempo, los cazabombarderos Mirage se lanzaron sobre Sidi Barraní y Ras Bañas, haciendo saltar por los aires las estaciones de control y seguimiento construidas por los rusos. A la puesta del sol, todo lo que quedaba del proyecto Aurora eran montones de hierros retorcidos. Esa misma noche, siguiendo un horario cuidadosamente preestablecido, el representante oficioso de los Estados Unidos en Egipto visitó el Palacio Kubbeh. Llevaba un detallado informe manuscrito y un grupo de fotos aéreas. Los documentos revelaban al presidente Sadat el traicionero plan soviético para apoderarse del país y utilizarlo en su provecho, con el fin de sojuzgar a todo Occidente. Sadat reaccionó con prontitud. Con el pretexto del estado de emergencia, envió a varios de sus más leales oficiales hacia las bases soviéticas. Las airadas protestas de los asustados rusos no evitaron que los egipcios inspeccionaran los hangares, los puestos de mando,

y las estaciones de seguimiento, algunas de las cuales aún seguían ardiendo. Las pruebas estaban allí.

Al día siguiente, mientras la batalla seguía con todo su fragor, el general Salem fue secretamente cesado de su puesto de jefe del Estado Mayor, y arrestado. El general Gamassy, un oficial pro USA, ocupó su puesto. Los miembros del séquito de Salem y sus cómplices políticos, que habían tomado parte en la conspiración, fueron también secretamente encarcelados.

No pudieron apoderarse de Egipto. Y los rusos no pudieron apoderarse de los pozos petrolíferos de Oriente Medio. Durante los meses siguientes, las relaciones ruso-egipcias fueron empeorando. El presidente Sadat se fue acercando gradualmente a Occidente. Los expertos y asesores rusos tuvieron que marcharse de Egipto. Nueve meses después de la guerra del Yom Kippur, el presidente de los Estados Unidos llegó en visita oficial a Oriente Medio, y una multitud entusiasmada lo acogió calurosamente por las calles de El Cairo.

El proyecto Aurora, que podía haber hecho de la Unión Soviética la dueña de la Tierra, llegó a su fin entre las ruinas humeantes de las bases de Kabrit, Luxor y Assuan. Y el hombre que estaba detrás de todo el proyecto, el que había confiado en que Aurora le proporcionase fama y honores, no sobrevivió por mucho tiempo. Hallado culpable de alta traición, el general Laurenti Alexeievich Blagonravov fue fusilado en uno de los patios de la prisión de Lubyanka.

El 10 de octubre, el día en que la aviación israelí ejecutó la sentencia de muerte para el proyecto Aurora, la KGB envió a sus hombres para cumplir otro tipo de sentencia de muerte, que había sido pronunciada diez días antes. Tres hombres llegaron a Washington, procedentes de Montreal, en vuelos diferentes; portaban pasaportes canadienses y franceses. El primero aterrizó por la mañana. Tendría unos treinta años, pelo oscuro y ojos negros, vestido con un traje oscuro tradicional. Podía haber sido un hombre de negocios de Europa Occidental, pero había algo en la dura mirada de sus ojos, en la complexión de sus anchos hombros, que no se ajustaba a esa imagen. Poco después de mediodía llegó un nuevo extranjero, un hombre bajito de unos 40 años, gordo, de labios finos y aspecto ceñudo. El tercer hombre era rubio y alto, de rostro agradable. Había algo de felino en su rápida y ágil forma de caminar. Cruzó despreocupadamente el largo vestíbulo de llegadas, llamó un taxi y desapareció.

Los tres hombres eran miembros del equipo de operaciones especiales del Octavo Departamento de la KGB, y habían sido enviados a la capital de los Estados Unidos para efectuar una operación por orden personal del general

Yulin. Su misión era de máxima prioridad y debía realmente haberse ejecutado varios días antes. Pero los tres se habían retrasado a causa de la operación en París contra el equipo Minerva de la Mossad. Hasta que no terminaron la caza al hombre en Francia, no pudieron dedicarse a su nueva misión en Washington. Si hubieran vuelto a ponerse en contacto con el general Yulin, quizá su misión hubiera sido cancelada, ya que después de la reunión de Helsinki la situación había cambiado, y nada justificaba otro asesinato sin sentido. Pero nadie se puso en contacto con Yulin, nadie hizo preguntas, y la maquinaria infernal de la KGB siguió su camino.

Las fases iniciales de la operación se efectuaron sin fallos. Los asesinos de la KGB no se alojaron en ningún hotel. Su equipaje se había quedado en la consigna del aeropuerto. Cada uno siguió su camino: uno, hacia una papelería; otro, a un *drugstore*, y el tercero, a una pequeña cafetería. Al pronunciar una contraseña, cada uno recibió un revólver. El rubio recibió las llaves de un «Chevrolet Vega», aparcado cerca de la cafetería. Había sido robado la noche anterior, y le habían cambiado la matrícula.

Los tres hombres pasaron la mayor parte del día en varios cines de la ciudad, adormilados en sus butacas. Se reunieron finalmente a las 6 de la tarde, en el bullicioso vestíbulo del Statler Hilton. Estuvieron juntos escasamente un cuarto de hora, para estudiar un plano dibujado a lápiz que había sido depositado en la guantera del «Chevrolet». No necesitaban examinar ninguna foto: ya tenían grabado en la memoria el rostro de la chica rubia que buscaban. Tampoco tuvieron que ensayar el plan; eran profesionales expertos.

Poco después de las siete llegaron a la solitaria casa del suburbio residencial de Chevy Chase. El hombre rubio aparcó el coche al otro lado de la calle, frente a la puerta del garaje. En un buzón de correos estaba pintado el nombre del dueño de la casa: teniente coronel Robert Bacall, U. S. A. F. No había nadie en la casa. Lentamente, los hombres ocuparon sus posiciones entre los arbustos del sendero que conducía al garaje y a la propia casa.

Las horas fueron pasando. Los hombres de la KGB habían pensado en todas las posibilidades, pero no podían haber previsto que, a causa de la guerra de Oriente Medio, Jenny llegaría tarde a su casa. Desde el inicio de la guerra, había ido a ayudar al personal de la Embajada israelí a clasificar las pilas de cartas, paquetes y donaciones que llegaban a la Embajada procedentes de todos los rincones del país. A últimas horas de la noche, un exhausto Robert Bacall saldría de la sala de observación del Pentágono, donde seguía atentamente todos los movimientos de la guerra, y la recogería

en la Embajada. Así que esa noche, cuando Jenny regresó a su casa, no iba sola. Poco después de medianoche, el «Dodge Dart» del coronel Bacall se detuvo ante la puerta. Cuando dos figuras salieron de la oscuridad, los agentes que esperaban quedaron momentáneamente desconcertados. Tardaron escasos segundos en llegar a la inevitable conclusión, pero esos segundos resultaron cruciales. Jenny y su marido habían recorrido ya la mitad del camino hacia su casa, cuando aparecieron dos figuras que empezaron a disparar. El tercer ruso, que estaba más adelantado no se movió, por miedo a entrar en la línea de tiro.

Todo sucedió a la velocidad de la luz: Jenny fue alcanzada por varios disparos y cayó al suelo. Robert Bacall estaba sólo herido superficialmente. Instintivamente, se lanzó sobre sus asaltantes. Su inesperada reacción desequilibró a los rusos. Vaciaron sus cargadores sobre la figura que se les echaba encima, y después corrieron hacia el coche. El tercer compañero estaba ya al volante. El «Chevrolet» salió disparado hasta desaparecer. Escasamente dos horas después, los asesinos habían abandonado el país de acuerdo con el plan preestablecido.

Cuando un coche patrulla de la policía llegó al lugar del tiroteo, dos cuerpos yacían en el suelo. Robert Bacall, agujereado por las balas, murió camino del hospital. Jenny, malherida en el pecho y estómago, fue llevada en seguida al quirófano. Peter Wilkie llegó al hospital a las 3 de la madrugada. El joven cirujano que vino hacia él se encogió de hombros, en señal de impotencia.

—Mejor que empecemos a rezar —le dijo, mirando hacia otro lado.

Hasta el último día de la guerra Jeremiah Peled no pudo darle la noticia a Joe Gonen. Joe había llegado a Israel el 8 de octubre, dos días después de que estallara la guerra. Sin tiempo siquiera de cambiarse se dirigió apresuradamente al cuartel general de las Fuerzas Aéreas y se metió en la Sala de Operaciones, para salir de allí el 23 de octubre sin saber nada del atentado a Jenny. Fue entonces cuando el Viejo le dijo la verdad sobre Jenny.

—Está muy grave, Joe, y sus posibilidades de supervivencia son muy pequeñas —le dijo Peled, respetuoso, como en un susurro.

El Viejo empezó a contarle el papel desempeñado por Jenny en la operación, pero, en medio de sus palabras, Joe se dio media vuelta y corrió hacia su coche, saliendo disparado hacia el aeropuerto de Lod. Consiguió subir a bordo de uno de los Galaxies que regresaba a Estados Unidos, después del puente aéreo. Gonen llegó a Washington veinticuatro horas después de terminada la guerra. Una hora más tarde estaba peleándose con los guardias de paisano ante la puerta de la habitación de Jenny en el Hospital Naval de

Bethesda. Finalmente, uno de los oficiales de seguridad se avino a llamar a sus superiores de la CIA. Pero incluso antes de que Peter Wilkie telefonara al hospital, un médico joven se había acercado a Joe.

—Así que usted es Joe Gonen —dijo—. Yo soy el doctor Keller. La señora Bacall ha estado pronunciando su nombre continuamente —lo miró con gravedad—. Está en una situación crítica, la mayor parte del tiempo en coma. Lo que más me preocupa es su total falta de voluntad para sobrevivir. Debe usted verla.

La habitación estaba escasamente iluminada. Joe se sentó en la silla que había al lado de la cama y acercó su rostro al de ella. Jenny estaba vendada por todas partes, y su respiración era irregular. Joe se quedó inmóvil, mirando a la mujer que había llegado a amar tan profundamente, con su vida pendiente del lento goteo de plasma que entraba en su cuerpo a través de un tubo de plástico.

Después de lo que parecieron muchas horas, sus enormes ojos verdes se abrieron y le miraron. No pareció reconocer a Joe, pero él se acercó más aún y le susurró muy suavemente al oído:

—Jenny, soy yo.

Ella no reaccionó.

—Jenny —volvió a decir—: la última vez que te vi te hice una pregunta. ¿Te acuerdas?

La figura que tenía delante permaneció sin moverse. Joe repitió una y otra vez la pregunta, apretando sus puños. De repente, los grandes ojos húmedos de Jenny cobraron una nueva intensidad.

—Te pedí que vinieras conmigo y nos casáramos —prosiguió—. ¿Puedes responderme? Por favor, querida, trata de hacer un esfuerzo. Hazlo, cariño; te lo pido por favor. ¿Quieres, Jenny?

Lentamente sus ojos se cerraron y volvieron a abrirse. Al final, sus labios se movieron. Fue un murmullo muy bajo, casi inaudible.

—Sí —susurró.

Entonces Joe comprendió que viviría.

Cuando Joe Gonen aterrizó en Tel Aviv, el Viejo le estaba esperando en una puerta lateral del aeropuerto. Jeremiah Peled le pasó el brazo por el hombro, en un gesto afectuoso que sorprendió a Joe. Por un segundo tuvo la impresión de haber visto lágrimas en los ojos del Viejo. Pero desestimó rápidamente tal pensamiento.

Jeremiah Peled llevó a Joe a su casa, donde varios amigos íntimos se habían reunido para hacer una modesta fiesta en su honor. Fue una reunión

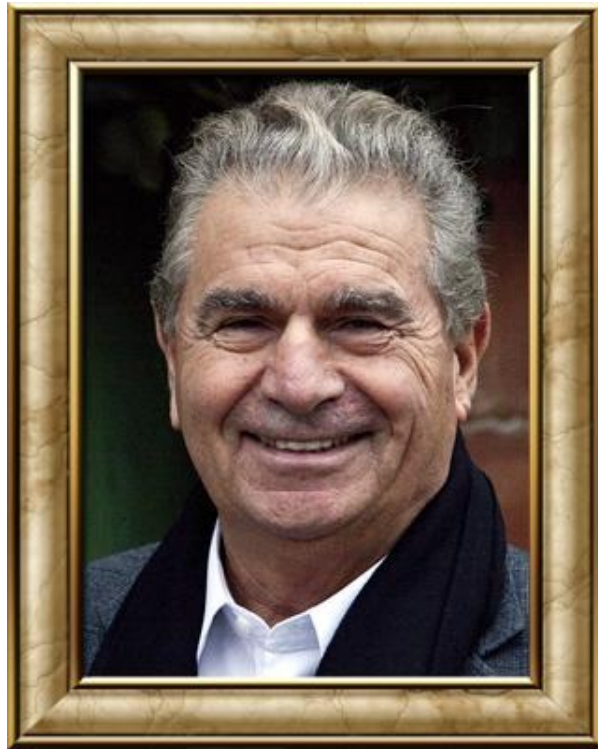
tranquila e informal, y Joe pudo relajarse por primera vez desde que empezara su misión. Lentamente se dio cuenta de que la pesadilla había terminado. Su patria se había salvado. Jenny estaba viva. Revivió en su memoria las dramáticas fases de la operación. Se reunió con Jeremiah en un rincón y le preguntó ingenuamente si había informado a los rusos —o a los norteamericanos—, de la verdadera identidad de Minerva 6N.

El Viejo sonrió.

—No —dijo, con un brillo en sus ojos astutos—: los verdaderos caballeros no se delatan entre sí.

O quizá tuviera otra razón.

The Laromme
Nelson's village
Eilat, 1975



MICHAEL BARAK es el pseudónimo de un conocido escritor israelí, que ha sido secretario de prensa de Moshe Dayan, que ha participado en la Guerra de los Seis Días, que se lanzó en paracaídas sobre el canal de Suez durante la guerra del Yom Kippur.

Maniático de la exactitud, ha verificado cada detalle de su novela, y todo es auténtico, desde el color de las alfombras en el despacho del director de la KGB hasta la descripción del parque Sibelius en Helsinki.